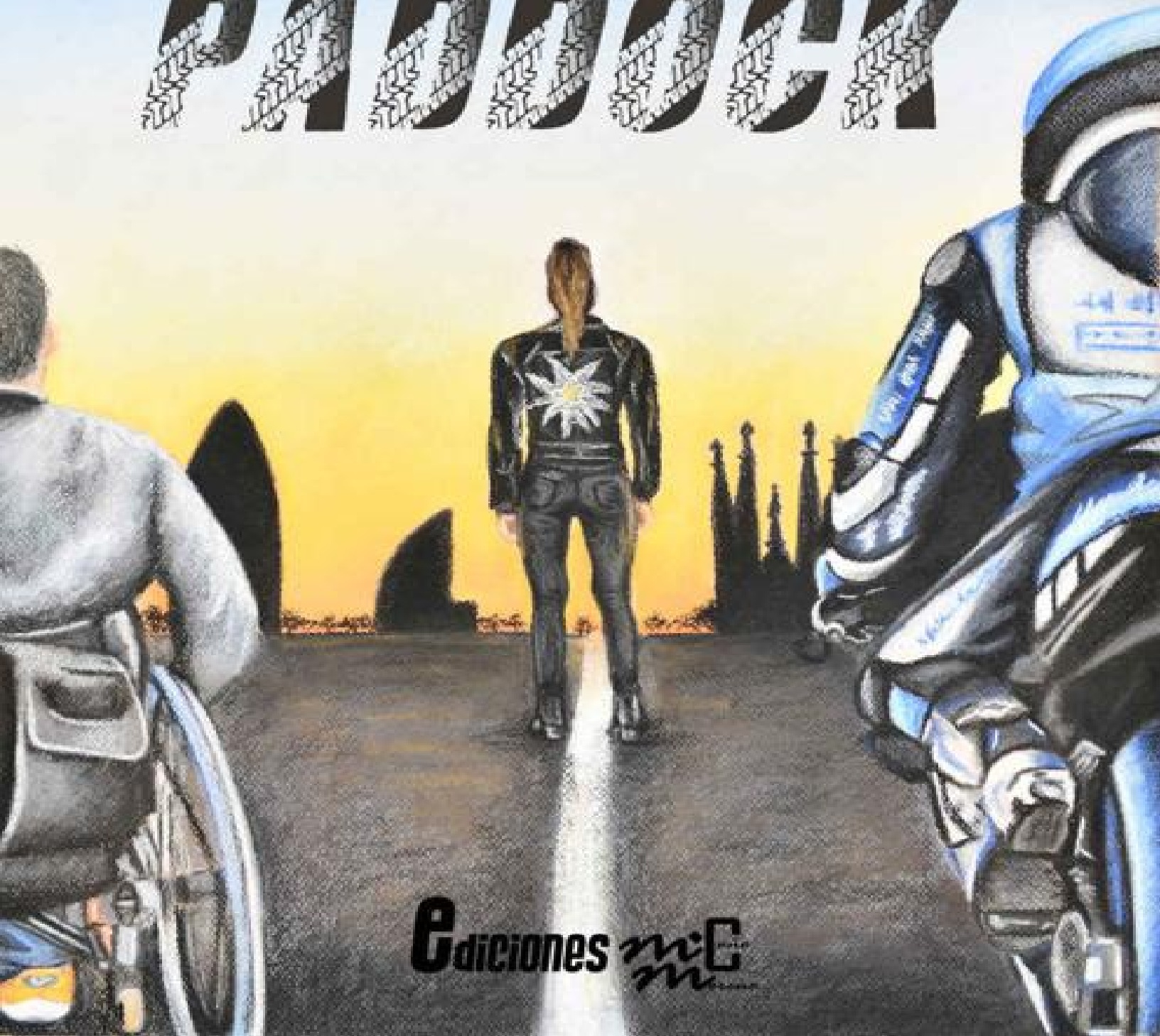
MARÍA ROMERO MEDINILLA

ocurrió en el PADDOCK



Ediciones MC

María Romero Medinilla

Ocurrió en el PADDOCK

Título: Ocurrió en el paddock
Copyright © 2023, María Romero Medinilla
Primera edición: octubre 2023
Corrección y maquetación: María Romero Medinilla
Diseño de la portada: Begoña Vispe Jorge

© Derechos de edición reservados



María Romero Medinilla

ISBN: 9798862803389
Sello: *Independently published*

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación y otros medios, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Todos los derechos reservados.

Gracias por comprar una versión autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, ni escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

“El miedo es la discapacidad más grande de todas:
es la incapacidad para comprender
que todos tenemos capacidades diferentes”

Esta frase, pronunciada por Nick Vujicic
en la Asamblea General de Naciones Unidas de 1992,
captó mi atención cuando me la tropecé en Instagram
y me llevó a profundizar en ChatGPT

ÍNDICE

 **PRÓLOGO**

 **CAPÍTULO 1** El *copi* del Supra

 **CAPÍTULO 2** De Castefa a Sitges

 **CAPÍTULO 3** La gota 1001

 **CAPÍTULO 4** El galo y la canaria

 **CAPÍTULO 5** ¡Cuánta sabiduría!

 **CAPÍTULO 6** Nos vemos en el *paddock*

 **CAPÍTULO 7** ¿Tú y yo?

 **CAPÍTULO 8** El móvil seguía sonando

 **CAPÍTULO 9** Así fue como…

 **CAPÍTULO 10** Por orejas

 **CAPÍTULO 11** *All-In*

 **CAPÍTULO 12** El amor es una patraña

 **CAPÍTULO 13** ¡No lo hagas!

 **CAPÍTULO 14** La X de la ecuación

 **CAPÍTULO 15** Mi mejor amiga

 **CAPÍTULO 16** ¿Qué pasó, *copain*?

 **CAPÍTULO 17** Es la hora de rematarle

 **CAPÍTULO 18** Mi primera calada

 **CAPÍTULO 19** Éramos pasado

 **CAPÍTULO 20** Jaque mate

 **CAPÍTULO 21** Prisión

 **CAPÍTULO 22** Haciendo *a-saber-qué*

 **CAPÍTULO 23** ~~Cotidiano~~ Excepcional

 **CAPÍTULO 24** 73 minutos

 **CAPÍTULO 25** Pero juntos

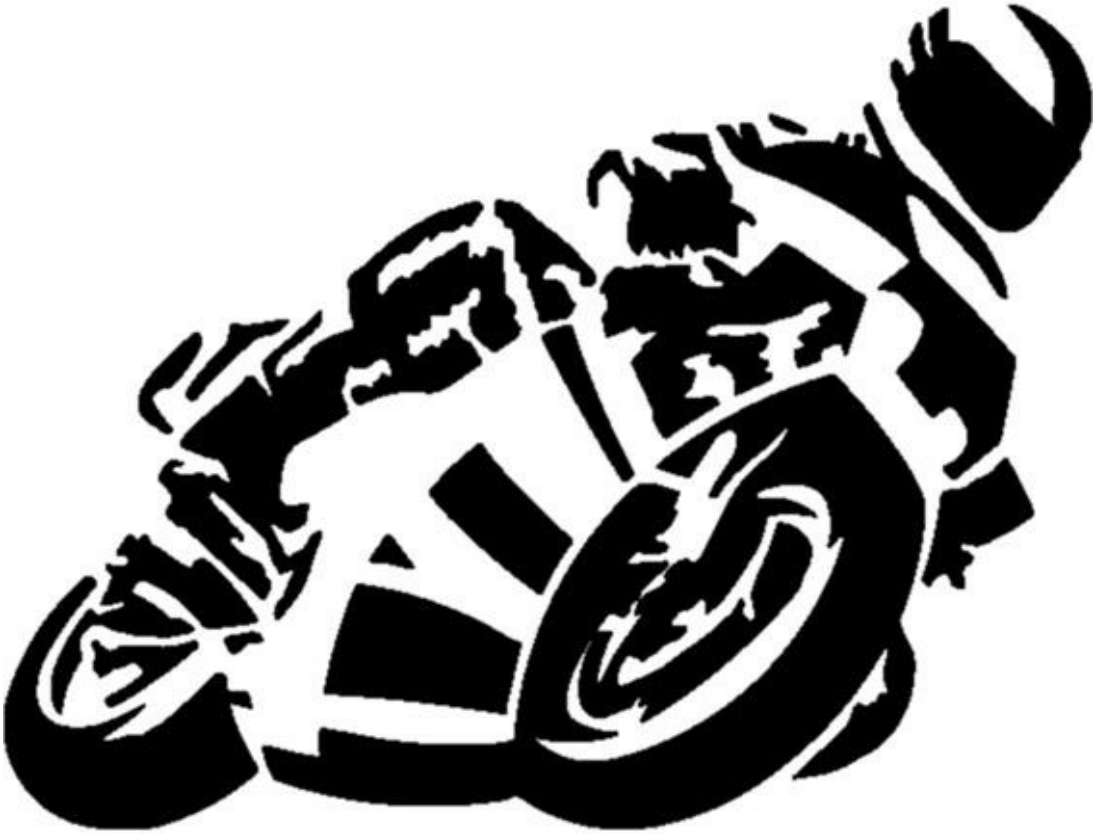
 **CAPÍTULO 26** El intercambio era justo

 **CAPÍTULO 27** La chica de Correos

 **CAPÍTULO 28** Otra vez

 **CAPÍTULO 29** A decir verdad…

EPÍLOGO
NOTA DE LA AUTORA
AGRADECIMIENTOS



PRÓLOGO

Sabía que no debía estar allí, pero estaba.

Apenas había cumplido 17 años y ya montaba a lomos de una Honda CBR 125 R. Regalarme una moto fue la forma que mis padres encontraron de solventar su constante ausencia y acallar la culpabilidad de su conciencia. Siendo una adolescente, me pareció una estrategia cojonuda: ganábamos los tres.

Aquella noche mi madre había salido de fiesta con sus amigas y mi padre viajaba por negocios. Vamos, lo de siempre. Aburrida, chateaba por Messenger. Entre alertas de conversaciones, notificaciones de inicios de sesión y zumbidos, un colega del St. Paul me habló de una quedada de coches a las afueras de Barna. A él le daba pereza ir, pero a mí me pudo la curiosidad. Cambié mi pijama polar por el frío cuero del mono Alpinestars y me enfundé mi casco. A morir por Dios.

Callejeé por Rubí hasta que el ronroneo de los motores me guio a la avenida de La Llana, junto a la riera. Menudo ambientazo. El más tonto tenía un Saxo VTS *tuning*. Había material *del bueno*. Era viernes de carreras y los propietarios de cuatro carracos brutales se jugaban un suculento montoncito de billetes de 500 €: un Toyota Supra, un Nissan GTR R34, un Mercedes SLK 32 AMG y un Honda S2000. ¿Alguien da más? Canelita en rama, señoras y señores.

Sabía que no debía estar allí, pero estaba.

Me colé entre el gentío, descubriendo que mi moto era el único vehículo de dos ruedas entre los presentes. Apagué el motor, me apoyé en el tanque de gasolina y decidí mantenerme con el Shoei puesto, protegiendo no solo mi integridad física, sino también mi identidad. No podía permitir que me reconocieran.

Además, no había mujeres y sentía que daba mucho el cante. A ver, sí que vi alguna *novieta* del machito de turno, la amiga soltera en busca de cacho y seguro que habría más de una despistada; pero, a decir verdad, no encontré una tía que vibrase con el rugir de las máquinas; aparte de mí, quiero decir. Los petardazos de los turbos eran música para mis oídos; el olor a caucho, una fragancia embriagadora. A día de hoy, las mujeres ya somos casi la mitad de la afición; pero, hace unos años, se nos consideraban "machonas", "marimachos" o incluso "lesbianas" si te veían rondar por ambientes de motor. Puro pensamiento cromañón.

El espectáculo iba a comenzar. El improvisado público dedicó vítores, silbidos y aplausos a los cuatro protagonistas que ya se montaban en el interior de sus automóviles. Hubiese vendido un riñón al mercado negro por participar en esa competición callejera, por ilegal que fuese. A segundos de arrancar, animé el cotarro cortando gas con mi pequeña fiera de 125 c.c., 4T y 13 ¿cv? (o ponis, *whatever*) con escape Mivv. También quemé rueda o, al menos, lo intenté; provocar una ligera humareda blanquecina con un Michelin 100/80-R17 tiene mérito. Dame una MotoGP™ y te genero

una niebla digna de cubrir *Silent Hill*. En cualquier caso, recibí el calor de los asistentes en los preliminares del banderazo de salida.

Ensordecedor. ¡Guau! Acojonante, te lo juro. Fue mi primera experiencia en las calles, antes de volverme la *fucking* reina de los tinglados así. Pero, en ese preciso momento…

Sabía que no debía estar allí, pero estaba.

Siendo honesta, ninguno de los que estábamos debía estar. Y eso la *poli* también lo sabía. Las luces azules y rojas y el eco de las sirenas eclipsaron el escándalo de los coches. En un parpadeo, los Mossos d'Esquadra habían rodeado al Nissan y el Mercedes, en su aspiración por salir de ahí a toda costa, se subió a la acera y reventó los bajos. A la gente le dio por correr sin orden ni sentido. De repente, se creó una avalancha de personas histéricas que empujaban y eran empujadas por igual; caían al suelo y se pisaban unos a otros. Tenía que irme si no quería acabar pintada en el asfalto como un paso de cebra… o, peor: detenida.

Me ajusté la cremallera del mono y retiré la pata de cabra de la moto. Bajé la visera de mi casco y metí la primera marcha. Justo antes de darle al puño del acelerador, escuché el derrape del Honda S2000 que esquivaba con éxito una cadena de pinchos metálica que la *pasma* había extendido a lo ancho de la avenida rubinense. Sin embargo, el Toyota Supra que rodaba a su rebufo no pudo evitar caer víctima de la trampa policial. El conductor abandonó con rapidez el vehículo por el lado derecho, subiéndose de copiloto al S2000. Lo gracioso fue que del Supra salió otro pibe, incrédulo al ver como su amigo desertaba en el biplaza de un rival.

Los agentes habían conquistado en escasos minutos nuestra parcela poligonera y yo tenía que irme, pero… Me supo mal por el pringado del Supra. Encaramada bajo la cúpula, cambié mi rumbo y frené en seco junto al Toyota.

—Vamos, colega. Sube que te llevo —le insté a montarse a mi espalda.

—No puedo. ¿Y el coche? —se lamentaba de verlo con los cuatro neumáticos reventados.

—¡Qué le follen al coche! Tu colega se ha pirado y a ti te van a trincar los Mossos por empanado —anuncié, observando con nerviosismo el entorno bajo mi casco—. Va. O subes o vete reservando *suite* en chirona.

El chaval resopló resignado. Bueno, tan chaval no era. Pensé que sería un pibito descerebrado de veintipico, pero el fulano tenía sus años. Entiéndeme, no era un yayo fugado de su residencia, aunque -según mi cálculo mental- sí que podía doblarme la edad. Moreno, un poco más alto que yo, ojos azules y vestido con traje. Parecía un *pijales* de Sant Cugat jugando a ser macarra en los suburbios de Rubí. O un *vendeseguros* haciéndose el agosto en grupo diana.

—Pero, ¿tú qué edad tienes? —quiso saber desconfiado.

—17, ¿algún problema? —contesté con displicencia. Odiaba que me juzgaran por mis años en este mundo.

—No, no, solo es que… —Su voz se fue apagando, entendiendo que, aunque fuese una abuela en tacataca o una cría en patineta, yo era su única posibilidad de fuga—. ¿Y este *cacharro* es seguro? —preguntó con un tono despectivo que me tiró para atrás. Tan atrás que casi lo dejo ahí sin remordimientos.

—Primo, baja un cambio y déjate de buscar pegas que te estoy salvando el culo. *Capisci*?

Le tendí la mano; él la aceptó.

—Gerard —se presentó.

—Agárrate fuerte, Gerard.

CAPÍTULO 1

EL COPI DEL SUPRA

Gerard, el pijales *vendeseguros* sin amigos, se convirtió en mi marido. ¡Toma *instalove*! *Instalove* o *spoiler*, no lo tengo muy claro. Como podrás imaginar, la evolución de la relación no fue tan rápida como escribirte este párrafo, aunque mis padres tuvieron mucho que opinar de la velocidad de nuestro compromiso. Tanto opinaron que ellos mismos, en parte, adelantaron los acontecimientos y ocasionaron que estuviésemos varios años sin dirigirnos la palabra.

Voy a ser buena autora y te voy a resumir los inicios: después de recoger a Gerard con mi moto, lo dejé en su piso de Sant Gervasi. No era de Sant Cugat, no obstante, Gervasi militaba en la misma -sofisticada- cofradía. Esa noche no le dije mi nombre (precursora de "crear *hype*"), pero nos intercambiamos los teléfonos. Ninguno de los dos llamó al otro: mi excusa era la constante falta de saldo; no sé cuál sería la suya. Ah, sí, es posible que le intimidara un poco el hecho de que yo fuese menor de edad. Pasaron los meses y me olvidé de… ¿Cómo se llamaba? Bueno, el *copi* -pringado- del Supra.

En febrero, cuando la mayor parte de la población está pensando en disfrazarse para celebrar el Carnaval, mi familia tiene la costumbre de viajar a Suiza para esquiar. Con frecuencia vamos a Gstaad o Zermatt, pero a mí se me antojó "volver a casa". Nací en Lugano, al sureste del país, territorio de habla italiana y de evasión de impuestos (el detalle más importante para mi familia). Sea como fuere, me apetecía conocer mi ciudad y convencí a mis padres para ir a visitarla en 2009. La estación de esquí más cercana era Monte Tamaro, en el cantón del Tesino, territorio desconocido para nosotros. Mi padre, creyéndose el Yeti, se lanzó a las bravas por una de las pistas rojas y… *Ciao*. Se partió un brazo y dos costillas; aun así tenía que dar las gracias de que no fuese su cuello. De Lugano conocimos una clínica de mala muerte y lo poco que vimos a través del cristal de la ambulancia. Mi padre solo pedía regresar a España para ser tratado por sus médicos de confianza.

Ya en Barcelona, no pasamos por casa: nos esperaba un equipo médico en el Hospital Universitari Dexeus. Nos esperaban ellos a nosotros, y no al revés como ocurre en la sanidad pública. Lo rápido y lejos que se llega con pasta, ¿verdad? Pasta, pero no con atún; sino con caviar iraní Almas, jamoncito pata negra de Jabugo… En lo afectivo éramos más pobres que las ratas, pero dinero nos sobraba para dar y regalar, aunque ni diésemos ni regalásemos, y yo siempre fuese sin saldo por la vida viviendo en Pedralbes.

Mi padre y sus hermanos eran los herederos de un grupo de servicio logístico para el transporte de mercancías. La empresa Moix Logistics fue fundada por mi abuelo en 1971 y estoy acojonada con el temita, ya que según el dicho popular: "El padre la crea, el hijo la mantiene, el nieto la destruye", por lo que ya puedes imaginar cuál va a ser mi papel en la historia de la compañía. A mí me encanta el motor, pero ese rollo de camión arriba y abajo, avión va y viene, me la trae bastante al pairo.

—Señor Moix, soy Amanda, su enfermera. Le informo de que tiene el quirófano a su disposición. Hemos tenido en cuenta el resultado de las pruebas realizadas en Suiza; no obstante, nuestro jefe de traumatología, el doctor Vergés, se quedará más tranquilo si las repetimos con nuestro material médico y humano —comentó Amanda con amabilidad mientras se disponía a mover la camilla que ocupaba mi padre con ayuda de un par de celadores—. Su familia puede esperar en la habitación que le hemos preparado.

Esas éramos nosotras. Mamá y yo. Mamá, sin quitarse las gafas de sol, se acomodó en uno de los sofás del cuarto y ahí se durmió. No teníamos una relación íntima ni mucho menos, tampoco era demasiado habladora; de esta manera, no es que echase en falta su conversación la hora y media que se metió de siesta.

Me aburría cosa mala. Me sentía como un hámster en una rueda, un pájaro en una jaula. En la tele no echaban sino basura y en 2009 los móviles no eran tan listos como en la actualidad. Salí al pasillo principal, a estirar las piernas.

—Como si es el Rey de España, el *president de la Generalitat*, un Emir o el hijo del dueño del hospital. Tengo otros pacientes más graves que llevan bastante más tiempo esperando que este señor —escuché en la lejanía—. Invéntate cualquier excusa, Amanda, pero no puedo liberar el quirófano hasta que no operemos a la víctima del atropello de esta mañana.

—Son órdenes de arriba, doctor Vergés —indicó la enfermera.

Al fondo del pasillo, dos profesionales del centro mantenían una acalorada discusión. Activé mi *mood* más cotilla y, poco a poco, me fui acercando a ambos para lograr mayor nitidez a la hora de escuchar la charla ajena.

—Pues, el de arriba que baje. Que baje y se ponga una bata, que venga a operar. O, mejor, que vaya e informe a la familia del atropellado que debemos dejar pasar a otro paciente solo porque tiene la cartera más llena —protestó el médico—. Esto es un hospital: la salud no se compra ni tampoco se juega con ella.

Obviamente hablaban de mi padre y de su peculiar manía de comprar todo con dinero. El médico me daba la espalda; la enfermera me vio venir y agachó la cabeza al reconocerme.

—Pero…

—Pero nada. Dile a tus amiguitos de la cúspide que me dejen hacer mi trabajo —escupió con rabia el médico, lanzándole el historial de mi padre en la cara a la joven—. Hasta los coj… —El doctor Vergés se giró y se tropezó conmigo.

—¿Ger…? ¡Gerard! —exclamé sorprendida. Coño, sí que me acordaba de su nombre. ¿Cómo es posible? Luego me preguntabas por lo que había cenado ayer y me quedaba en blanco. Memoria selectiva, le dicen. “Ya podría acordarme tan bien de los conceptos básicos de un fondo de maniobra y así aprobar la asignatura de Economía de una puñetera vez”, pensé.

—Eh… ¡Tú! —respondió pasmado—. Chica de la moto. Cuánto tiempo, ¿qué haces aquí?

—Turismo de hospital. Hoy me toca Dexeus, mañana voy al Vall d'Hebron. Tengo un blog y todo. —O no le hizo gracia o no lo entendió—. Es broma —concreté—. No sabía que eras médico. —A decir verdad, no sabía una mierda sobre él—. Ahora encaja tu rollito *esnob* en una carrera ilegal.

—¡*Shh*! —siseó—. Aquí no conocen esa faceta mía. Tengo una reputación —carraspeó la garganta nervioso.

—¿Qué tiene de malo que te vayan los bugas? —pregunté incrédula—. ¡Ahh! Quizá te da mosca que tus colegas ‘Los estirados’ se enteren de que casi te trinca la pasma con un coche trucado. O de que te salvó tu culo fino una menor en moto.

—¡*Shh*! —insistió—. ¿Qué haces aquí?

—Acompaño a un familiar que está un poco pachucho. ¿Y tú, doctor Vergés? ¿Eres el nuevo becario? —reí divertida.

—Soy el jefe de la Unidad de Traumatología del hospital.

—¡Guau! ¿Y por qué ibas de *copi* en el Supra? No sé, llámame loca, pero suena a que puedes pagarte tu propio coche.

—Oye, ahora estoy un poco liado. Tengo mil temas pendientes. ¿Qué tal si hacemos un café después?

—Oh, vale —acepté cortada. ¿Eso ha sido una cobra temática? "Temática" de tema, de huir de un tema. ¿Existe o lo inventó Vergés?—. Seguro que tardas tanto que dejaré de ser menor edad para cuando me llames —lancé a bote pronto. Precursora de "crear *hype*" y también de "zascas".

—Soy un desastre. Siento no haberte llamado. Era… raro. Pero, en serio, de hoy no pasa. Dejo listos unos asuntos y hacemos un café, así te agradezco la heroicidad de hace unos meses. ¿Te parece bien?

—Claro. Nos vemos.

Me marché sin esperanza alguna de hacer ese café, pero (redoble de tambores) el *copi* -pringado- del Supra cumplió y me escribió un SMS. Nota: él aún guardaba mi número; yo el suyo, no.

Con mi madre sumergida en la consecuencia inevitable de beberse una botella de vino en el avión (*ZzZz*), bajé a la cafetería del hospital y me encontré con Vergés pidiendo en la barra.

—Llegas justo a tiempo. ¿Qué te apetece? —se interesó—. Pide, pide sin remilgos: nos invita la directora —anunció agitando una pequeña tarjeta.

—Un zumo de naranja natural y un dónut —respondí señalando el dulce expuesto detrás de un cristal—. A la salud de la señora.

Gerard se había pedido un café con leche bien largo y un par de rebanadas de pan *tumaca*. Hablamos y hablamos de banalidades. Que si "qué frío" o "cuánta gente", los Carnavales, las interminables obras de La Sagrada Familia, la Era Bridgestone de MotoGP™ y el octavo título mundial de Valentino Rossi ("*Scusate il ritardo*"), la primera corona de Lewis Hamilton en la F1 y sus movidas con Fernando Alonso, etc. Al final, puedes comprobar que fui capaz de reconducir el diálogo hacia mis propios intereses.

Retomamos:

—Pensé que solo me iba a enseñar el coche, pero terminó convenciéndome y así acabé en la quedada de Rubí —contó Gerard. Lo siento, notarás que me he comido una parte de la conversación junto con el dónut—. Nunca antes había estado en un ambiente así. Fue divertido. ¿Y tú? ¿Cómo acabaste sola tan tarde y siendo…?

No concluyó el interrogante por no poner su vida en riesgo. "Siendo mujer", "siendo tan joven", "siendo una niña" y se marcaba un 2x1. Cualquier opción le hacía ganar un insulto directo. Roja, y a la calle.

—No podía dormir y cogí la moto para dar una vuelta. Fin. Me iba a largar al ver a los Mossos, pero apareciste tú como un perrito abandonado en el arcén de una autopista y me apiadé de ti —expliqué sarcástica—. Te toca. ¿Qué hacías solo tan tarde y siendo… un desgraciado al que abandona su cuñado?

—*Ok*, *ok*. Perdona. No pretendía ofenderte —se disculpó, observándome con dulzura a través de sus ojos añiles. Eran preciosos. Mirarle era como zambullirte en el océano—. Muchas gracias. Si no fuese por ti, hoy tendría antecedentes penales.

—De nada. Solo espero que tu hermana arregle el radar a la hora de elegir tíos. Menudo capullo.

—Ya no están juntos —anunció, evidenciando su satisfacción—. ¿Y sabes lo mejor de todo? —

Realizó una tensa pausa—: Ella se ha quedado el Toyota Supra.

—Dios, es la puta ama —carcajeé.

Gerard me miraba con una sonrisa ladeada y gesto afable, mientras yo me partía la caja. Le cautivó verme reír.

—Es curioso —agregó, interrumpiendo mi clamor—. Sé que no te gusta el café, que pasas de las aglomeraciones, que te chiflan las motos y debes presidir el club de fans de Rossi, que tienes una sonrisa preciosa, pero… Sigo sin conocer tu nombre —recordó, apartando su taza de café vacía y robando un puñado de servilletas para limpiarse los dedos del aceite de su tostada—. ¿Cómo te llamas?

Disfrutaba generando intriga, pero consideré que ya merecía saber quién era.

—Mi nombre es Edelweiss Moix —me presenté, temiendo por su reacción—. Edel, si te resulta más sencillo.

Pero ni Edelweiss ni Edel, a él le preocupó mi apellido.

—¿Moix? ¿De la familia Moix? ¿De Moix Logistics? —El traumatólogo casi acaba ingresado en cardiología víctima de un infarto.

—Holi.

—¿Eres familia de Théo Moix? —pronunció el nombre de mi padre al borde del *parraque*—. Su… ¿sobrina?

—Casi. Llevas un desayuno tonteando con la hija del tipo al que deberías estar operando en este momento —le guiñé el ojo—. Sin rencores. He pasado un buen rato —añadí sonriendo— y me gustaría volver a verte.

CAPÍTULO 2

De Castefa a Sitges

El susto en el cuerpo le duró semanas, pero no le impidió seguir viéndome. Fue muy profesional y operó a mi padre, además de supervisar al completo su rehabilitación y su consiguiente recuperación; mientras, mantenía una relación conmigo a escondidas. Cuando sospeché que me doblaba la edad no estaba exagerando, me estaba quedando corta. Gerard tenía 35 años cuando yo todavía no había cumplido la mayoría de edad; pero, joder, era un tío fantástico. Al poco dejó ese afán paternalista y protector para permitirme ser libre, sin consejitos no solicitados y concediéndome el derecho a equivocarme propio de mi juventud.

Me encantaba cómo me hacía sentir. Me aportaba templanza, pero también esa risotada sonora cuando más lo necesitaba. Sus brazos se convirtieron en refugio, su piel en mi hogar. Su boca se volvió mi adicción. Aunque había tenido mis *novietes*, Gerard se convirtió en el primero de muchas cosas. Y no hablo solo de sexo, que también, sino que estaba convencida de que con él había conocido el amor. Mi primer amor.

Gerard era divorciado, pero no mantenía contacto con su exmujer. Me contó que su novia de la universidad y él decidieron casarse al quedarse "embarazados". Fue algo informal, por lo civil, sin grandes festejos, solo por el papeleo. Lamentablemente, ella sufrió un aborto y el bebé no llegó a nacer. De igual modo, quisieron intentarlo, pero el dolor de la pérdida y la ausencia de un sentimiento sólido entre ambos, los condujo a separarse. Gerard tomó la determinación de centrarse en sus estudios y sacar adelante una trayectoria laboral impoluta, logrando ser reconocido como un médico prestigioso.

Él siempre me decía que puse su mundo patas arriba. Una tarde de sábado, con nuestros cuerpos enredados sobre el colchón de su cama -y mis padres creyéndose que estaba estudiando en casa de una amiga-, me confesó que le había devuelto las ganas de vivir. Le saqué de su letargo. Era "su persona vitamina". Sin considerarlo un vejestorio, conmigo volvió a revivir lo que consideraba muerto.

Aprobé con buena nota segundo de Bachillerato y saqué un sobresaliente en la PAU (Prueba de Acceso a la Universidad), ayudaba en casa, no salía de fiesta… Si es que hasta dejé de decir palabrotas, *¡jopetas!* Era la hija (adolescente - joven adulta) perfecta. En verano, cumplí los 18 años y consideré que era el momento de terminar con el juego del escondite y contar la verdad a mi familia. Sabía que se lo iban a tomar mal, pero la reacción fue todavía peor. Obtuve plaza en ESADE, en la doble titulación de Administración de Empresas e Inteligencia Artificial impartida en la Universitat Ramon Llull, y mis padres atacaron por ahí: me amenazaron con perjudicar mi futuro cortándome el chorro del dinero para obligarme a decidir entre ellos y Gerard

Y elegí a Gerard. El hecho de ponerme entre la espada y la pared me ayudó a decantarme por él,

quien jamás impuso ningún condicionante. Me mudé a su apartamento en Sant Gervasi y renuncié a ESADE, a mis padres y al dinero de mi familia. Si no tenía pasta para recargar el móvil, imagínate para afrontar los 20.000 *lereles* que costaba el curso académico. A día de hoy, sigo apoyando esa loca decisión de adolescente. ¡Ignoras lo que me ayudó a madurar! Me matriculé en la escuela pública, en el grado de Administración y Dirección de Empresas de la Universitat de Barcelona, y trabajé de mesera en una cafetería del centro.

"Fuimos felices y comimos perdices". Vale, quizá perdices no. Pollo. Arroz con pollo, que teníamos que ahorrar; pero felices… ¡muchísimo! Engranábamos a la perfección como los eslabones de una cadena. Pronto nos acostumbramos a los comentarios de la gente y aprendimos a vivir con ellos: "En 20 años estarás cuidando de un anciano"; "Debe tener mucho dinero", y otras maneras de llamarme interesada; la predicción de un destino perturbador: "Siempre te puedes divorciar"; o su variante fatídica: "Enviudarás joven y podrás rehacer tu vida". Por último, lo que muchos piensan, pero pocos se atreven a verbalizar: "Os imagino juntos y me da asco". A mí, más que asco, me daba orgasmos a tutiplén. Si eso es "asco" que me "asquee" cada día, por favor.

Los meses pasaron y celebramos nuestro primer año como pareja. Gerard me preparó una maravillosa sorpresa: una carrera ilegal en La Llana, Rubí. ¡Cómo me conocía el condenado! Volvimos a dónde todo empezó. Al caucho, la gasolina. A vibrar. Pisar el asfalto me supuso una revelación: yo quería ser parte de aquel espectáculo. Colaborar, organizar. ¿Participar?, también. El motor le daba sentido a los latidos de mi corazón; me provocaba arritmias, pero a la vez era el *bypass* que me salvaba. Una coherencia de lo más incoherente que me hizo replantearme la vida. ¡Al carajo el curro de camarera!

Gerard me apoyó, aunque no le gustó tanto la idea de que pretendiese meterme en el oscuro mundo de la noche y de las competiciones sin licencia. Creo que mi "nuevo trabajo" le hacía sentir que me perdía y se animó a hincar la rodilla para pedirme matrimonio. Fue tan improvisado como suena. Unas pizzas de Domino's y un Lambrusco de Mercadona, en plena maratón dominguera de capítulos de *The Walking Dead*.

—Quiero repetir esto cada día —confesó en voz baja.

—¿El qué? ¿Pizzas y vino? ¡Quién diría que eres médico! —me jacté—. Traumatólogo, no nutricionista. ¿Verdad? Tú come, mi niño.

—Me refiero a esto —extendió los brazos—. A estar juntos. Así.

—Comiendo como cerdos —respondí con la boca llena, cargándome el aura de romanticismo.

—Edelweiss… —protestó con ternura—. Me encantaría casarme contigo. ¿Aceptarías?

Tosí atragantada.

—¿Qué de qué? ¿Qué te encantaría qué?

—Déjalo. —Resopló y se acomodó en el sillón, cruzándose de brazos como un niño enfadado.

—Que sí —respondí quitándome el queso fundido de entre los dientes—. Sí, quiero. —Y me abalancé para darle un beso de lo más calórico. Lo quería tanto que ni me lo pensé dos veces. Sin embargo…

Del compromiso a la boda pasó tan poco tiempo que no llegué a asimilar que con 19 años estaba casada. Como no podía ser de otra manera, un "contrato" con la rúbrica estampada de los dos no cambió nada. Yo seguía con mi *uni* y las movidas nocturnas -que daban pasta gansa- y él, en el hospital. Los días volaban teñidos de monotonía, solo salpicados por pequeñas escapadas; muy puntuales, ya que el grueso de mi negocio se desarrollaba los fines de semana.

Vendí la Honda CBR 125 R, me saqué el carné A de motocicletas y me compré una Yamaha R6 -limitada a 34 cv de papeles, pero no de motor- con dinero manchado de alquitrán. Creé un club de moteros para hacer rutas y también amplié el mapa para organizar carreras más allá de Rubí. En la carretera de L'Arrabassada montábamos cada jarana que los Mossos d'Esquadra no daban abasto; en Ca la Iaia nos lo pasábamos teta y el trazado de Sant Hilari de Sacalm era brutal, pero los accidentes se nos acumulaban finde tras finde. Incluso, perdimos a gente. A más de la que nos gustaría reconocer.

Independientemente de lo ilícito y clandestino del asunto, había un clima sanote. "Había", conjugado en pasado. A finales de 2010 empezaron a rodearnos mafias del Este: venían a las carreras a ojear coches para luego robarlos. Instauraron una atmósfera tóxica, cargada de tensión: como por nuestras calles se apareciera un ruso, rumano, búlgaro o cualquiera con pintas de haber nacido al Este de Europa, se repartían hostias como un domingo de misa.

Gerard no descansaba, se preocupaba mil por mí. No lograba dormir y prefirió acompañarme noche tras noche, a pesar de que la carencia de sueño afectase a su rendimiento laboral. Él, conocedor de que no renunciaría a mi "trabajo", se quedaba más tranquilo si colaboraba en mi "proyecto personal". Aguantó semanas, hasta que a comienzos de 2011, pese a su bajada de productividad por agotamiento físico, le llegó una oferta de empleo irrechazable:

—Me han llamado de la FIM —soltó a bocajarro mientras nos arreglábamos para salir hacia Castelldefels—. Esta temporada, el campeonato de MotoGP™ va a introducir cambios relacionados con la seguridad. Quieren crear el FIM Medical Intervention Team con el objetivo de mejorar la atención médica en carreras y poder asistir de urgencia, en el propio circuito e incluso en la pista, a los pilotos que sufren accidentes graves. El proyecto estaría bajo la coordinación del *Chief Medical Director* del campeonato —explicó—. Me han pedido que sea el director médico de la Federación, un perfil sanitario que contará con la pertinente autorización facultativa para ejercer la medicina en el país donde se desarrolle el Gran Premio. Esa persona será la única responsable de decidir si un piloto es apto o no para correr. Y esa persona puedo ser yo.

—¿Qué me estás contando? ¿En serio? —inquirí asombrada—. ¡Qué buena noticia! ¿Qué vas a hacer?

—Aún no tengo los detalles de la oferta —dijo impaciente—. Eso sí, desde la FIM me permiten seguir ejerciendo como jefe del Servicio de Traumatología en Dexeus. Tendría que ajustar mis condiciones en el hospital para poder compaginar ambas labores, pero en principio son complementarias. No me obligan a dimitir de mi actual puesto.

—Es una gran oportunidad, cariño. Cuando tengas toda la información, la volcamos sobre la mesa y decides.

—Decidimos. Los dos. Nosotros —corrigió, rodeándome entre sus brazos—. Pero, Edelweiss… —Inspiró, tomándose un pequeño *break* para buscar las palabras adecuadas—. Si sale este trabajo, quiero pedirte, por favor, que dejes esta mierda.

Rechacé sus brazos y retrocedí varios pasos en sentido contrario a su persona. Negué con la cabeza, emitiendo una ligera risilla agitada.

—No vayas por ahí, Gerard —dije hosca, frunciendo el ceño y evidenciando mi malestar—. Me alegro por ti. Tienes mi enhorabuena, mi apoyo, pero a mí déjame en paz.

—Edelweiss, mi amor, comenzó siendo una aventura imprudente; pero es que ahora ya es peligroso. —Se esforzó en hallar contacto visual—. No tenemos necesidad de jugarnos la vida en la calle. De arriesgarnos a que nos detengan o de ganarnos una paliza.

—Sé lo que hago, ¿vale? No me trates como una niña —contesté pueril—. No eres mi padre, eres

mi pareja. Compórtate como tal.

Fue un golpe bajo. Gerard odiaba las referencias a nuestra diferencia de edad, a la realidad de que podría ser mi padre; es más, tan solo se llevaba un par de años con mi madre. Optó por callarse y no discutir.

Esa noche bajamos a Castelldefels. Eran las tres de la mañana y en media hora arrancaba una carrera bestial que empalmaba Castefa con Sitges. Tenía inscritos 10 participantes con coches de lujo: Lamborghinis, Ferraris, Porsches… Incluso, se había registrado un Maserati. Atrás habían quedado los Seat Ibiza trucados y la expectación era máxima. Por supuesto, nuestros amigos del Este no quisieron perderse la cita y nos merodeaban como buitres a la carroña.

—¿Habéis pagado todos? —dije contando los billetes de 100 euros a pares, mojando mi dedo índice en saliva para acelerar el cálculo—. Recuerdo: 2.500 pavos por participar. Aquí tenéis los GPS con la ruta. Hay que seguirla, ¡no valen atajos! —Gerard los repartió mientras yo seguía recibiendo dinero—. Hemos manipulado las emisoras de la bofia, generando un margen de tiempo suficiente como para que no *porculeen* durante la carrera. Eso sí, la carretera no está cortada al tráfico, así que tened mucho cuidado con el tramo de curvas de la costa del Garraf. ¿Entendido? El ganador se llevará la mitad del botín, 12.500 euros, y el coche del último que atraviese la meta. Que a nadie se le ocurra huir porque sé dónde vivís y solo tengo que hablar con nuestros *coleguis* 'Los mafias' para ajustar cuentas. ¿Ha quedado claro? —Esperé el asentimiento de la mayoría de pilotos—. ¡A por la victoria!

Gerard y yo nos dividimos la faena. A él le dejé la mitad del dinero (nuestras ganancias) y la responsabilidad de dar el pistoletazo de salida a los participantes; yo cogí la moto y fui a Sitges para recibir al ganador. Eran unos 20 kilómetros serpenteantes. Respetando las normas de circulación, se podían cubrir en unos 25 minutos. Tampoco había luz pública y estaba abierta al tráfico de civiles. Un auténtico reto para los valientes competidores.

Fue un drama. De 10, terminaron 8. O, más bien, siete y medio; medio Maserati se quedó pegado en algún guardarraíl. Uno de los Ferrari se comió a un coche de frente. El Porsche 911 sufrió "complejo de barco" y quiso volar hacia el mar; aunque por fortuna no llegó al agua, sí que dio un par de vueltas de campana colina abajo. Ganó un Lamborghini Gallardo verde que hizo el tramo en 14 minutos y cuyo propietario conducía con gorra y gafas de sol a las 4 de la madrugada.

El sonido de las sirenas nos jodió el podio. Ambulancia, bomberos, policía… ¡La que habíamos liado! Le entregué la pasta al ganador, que se quedó sin el coche del perdedor porque no nos poníamos de acuerdo: yo pretendía darle uno de los estrellados, pero él quería el medio-Maserati por haber cruzado la línea de meta en última posición.

Salimos de allí. Nos desperdigamos. Yo volví a Castelldefels a buscar a Gerard. No aparecía. Di vueltas y vueltas. No lo encontraba. Paré la moto y lo llamé al móvil: el teléfono no daba señal. Pensé que quizá se había ido con algún conocido a Sitges, por lo que me la jugué y volví al pueblo donde la *poli* me buscaba para trincarme. De regreso a Sitges pude ver el estropicio que habían montado los mancos de mis participantes. También encontré el otro medio-Maserati, pero ni rastro de Gerard. De Castefa a Sitges, y viceversa.

Se hizo de día y la claridad del sol me amplió el campo de visión, aunque no sabía dónde más buscar. Consideré retornar a casa, confirmar si había vuelto o no al margen de cómo. Antes, una última vuelta por la avenida donde habíamos tomado caminos separados. Aparqué la moto, dejé el casco sobre el sillín y caminé por la zona. Bajo un coche aparcado, distinguí lo que parecía ser una zapatilla: era una de las Tommy Hilfiger azules que le había regalado por Reyes a Gerard. "Joder", me estremecí al sostenerla en mis manos.

Continué investigando. En la acera descubrí manchas rojas: podrían ser de pintura, pero sabía que

existía la posibilidad de que fuese sangre. Seguí el rastro hasta un contenedor de basura gris que había al otro lado de la calle. El reguero de ~~sangre~~ pintura acababa justo delante del contenedor. Sentí ganas de vomitar. La basura apestaba a ~~perro~~ muerto. Extendí la mano derecha para abrir la tapa del container. Me temblaba muchísimo el pulso, los dientes me castañeaban.

Emergió de la nada un coche negro, un Bentley creo, que se detuvo a mi lado. Del susto, dejé caer la tapa del basurero. Hasta que el conductor no bajó la ventanilla, no pude apreciar quiénes eran, ya que el coche tenía los cristales tintados.

—Tómatelo como una advertencia, Moix —dijo uno de los tíos con marcado acento extranjero—. Sabemos quién eres y vamos a por ti.

El vehículo aceleró, derrapó y se dirigió hacia mi moto. Le bastó un mínimo toque del parachoques para tirarla al suelo, rompiendo uno de los espejos retrovisores y ocasionando que mi casco rodase a lo ancho de la calle. Después, se marchó. No se me ocurrió anotar la matrícula, aunque estaba segura de que no serviría de nada: ese coche debía ser uno de los robados por los rusos.

Me quedé fría. Helada. En *shock*. Y aún debía abrir la tapa del container para descubrir lo inevitable. No era pintura, era sangre; no olía a perro, olía a persona. No a cualquier persona: a mi marido.

Aferré la zapatilla de Gerard a mi pecho y, con la mano que me quedaba libre, abrí la tapa. Estaba hecho, pero aún faltaba examinar el interior. Agarré el borde del cubículo, cerré los ojos y…

—Edel… —Escuché. Exhalación profunda. Tos. Otra exhalación—. Edel…weiss.

¡Estaba vivo!

CAPÍTULO 3

La GOTA 1001

Estaba vivo. Casi no la cuenta, pero estaba vivo. Según las primeras pesquisas de la investigación policial, los agresores -que sumaban hasta cuatro implicados- lo agarraron por las piernas y lo arrojaron al suelo, donde recibió un "manifiesto desprecio hacia su integridad física". La gran parte de los golpes se concentraron en su espalda y abdomen, pero también recibió una patada en la cabeza que lo dejó semiinconsciente y ensangrentado. Para evitar llamar la atención de civiles y dificultar su rescate, escondieron su cuerpo inerte en el interior del container de basura. Por fortuna, lo encontré a tiempo. De tardar un poco más, quizá habríamos comenzado este libro con un cadáver y un entierro; un inicio algo *hardcore* para una novela que puedes encontrar en la sección de romántica de Amazon.

Fue una paliza sobrecogedora. Tuvo que ser operado de urgencia debido a la creciente presión craneal. Se debatió entre la vida y la muerte. Estuvo en coma inducido varias semanas, de las no me separé de él en ningún momento. No solo le hacía compañía, sino que también me encargaba de su atención personal: de irlo moviendo para evitar úlceras, de bañarlo, de cambiarle su ropa, afeitarlo. El amor de mi vida se consumía en una camilla de hospital por seguir mis imprudentes pasos.

Dejé el orgullo de lado y pedí ayuda a mi familia. No quería su dinero, solo su respaldo e influencia. A veces, mi madre venía a dormir la mona junto a él, permitiéndome un *break* para ducharme, coger aire fresco y comer algo. También nos visitaba mi padre, más preocupado por el hecho de que yo siguiese estudiando que por el estado de salud del hombre que se había estado follando a su única hija. La familia y amigos de Gerard desfilaban unos detrás de otros, con más frecuencia durante los primeros días. Su hermana, la ex del tipo del Supra, cuidaba más de mí que de él: me traía libros, *snacks*, películas en USB para el portátil. Cada noche me acostaba suplicando por el día en el que volviese a despertar.

Pero estaba muy grave. Tras un par de meses en el más profundo de los sueños, los médicos decidieron que era el momento de intentar despertarle. No lo hizo. Permaneció en coma otro mes más.

A finales de abril, un rayo de esperanza iluminó la oscuridad en la que vivía desde enero. Gerard abrió los ojos, superó el coma, pero su mirada continuaba perdida en un horizonte lejano. Hubo dudas sobre si volvería a hablar, si volvería a caminar.

Dudamos sobre si Gerard volvería a ser Gerard algún día.

En mayo llegaron los primeros balbuceos y susurró su primer "Edelweiss" en julio, alegrándome al recibir la mala noticia de que debía repetir segundo curso en la universidad; únicamente aprobé Estadística y Matemática Financiera. Un desastre de año académico.

Desde que pronunció su primera palabra, los avances eran diarios. Se recuperaba. A su ritmo, pero se recuperaba. Mi padre dejó de visitarle; si bien, atendió a mis súplicas y ordenó a los mejores

especialistas acompañarlo en su rehabilitación.

Gerard tuvo que aprender a respirar y a modular la lengua, pero con la logopeda pronto arrancó a hablar como una cotorra ~~malhumorada~~. A nivel motriz, iba más despacio. Aunque a él no se lo habían comunicado, los médicos me informaron de que existía la (gran) posibilidad de que la movilidad de sus piernas quedase afectada para siempre.

—No quiero más tele, quiero pasear —protestó. Solo se comunicaba conmigo para quejarse—. ¿Cuándo viene el fisio?

—No lo sé. ¿Prefieres que te lea uno de tus libros? —Gerard me hacía leerle tratados de medicina para mantener actualizados sus conocimientos. Se los leía yo porque a él aún le dolía la cabeza si trataba de focalizar su vista sobre la diminuta letra de sus manuales.

—¿Piensas que soy imbécil? ¿Crees que la paliza que me metieron tus amigos los rusos me dejó tonto? —inquirió enfadado, lanzándome la pullita de la culpabilidad—. Soy traumatólogo. Sé que la lesión de espalda es severa. Sé que me voy a quedar postrado en una puta silla de ruedas por mis restos.

—Gerard, aún es pronto para saberlo…

—No para mí —contestó tajante—. Lárgate, por favor. Ni tele ni paseo, ni tampoco tu compañía. Vete.

Y así, de repente, se convirtió en el enanito gruñón de *Blancanieves*. Era una persona insufrible, huraña. Desagradable.

Resistí a su lado y después de 598 días le dieron el alta definitiva.

Era el primer lunes de septiembre de 2012. Pasamos año y medio con mejoras y recaídas; pero, después de un verano estable, alcanzamos la “normalidad”. Nuestra “nueva normalidad”. Nuestra realidad.

Fue un proceso de idas y venidas lleno de altibajos emocionales. En 598 días tuve el deseo de tirar la toalla más de 1000 veces; ahora bien, una vez recibió el alta, anhelaba tirar la toalla 1000 veces en un solo día. Cuando dudamos sobre si Gerard volvería a ser Gerard, pusimos el foco en su progreso físico y mental sin tener en cuenta el psicológico. Él venció al coma, superó la paliza, pero su cerebro fue incapaz de asimilar las consecuencias. De esta manera, Gerard nunca volvió a ser Gerard.

El piso de Sant Gervasi era una trampa de muebles donde la silla de ruedas no podía rodar con comodidad. Desde la cocina, intentando preparar la cena, solo escuchaba resoplos y maldiciones al sofá o la cómoda de la entrada que le impedían su libre circulación.

También regresó al trabajo en un desesperado esfuerzo por sentirse útil. Mi padre, que seguía sin visitarme, nos regaló una Mercedes Vito: una furgoneta adaptada a las necesidades de Gerard que él se negó a usar por pura cabezonería y el metro de Barcelona es un laberinto de escaleras. Me daba sentimiento y me ofrecí a acompañarle en transporte público tanto a la entrada como a la salida del curro, pero se pasaba el camino refunfuñando y amargándome la existencia. Además, su horario laboral y el de mis clases no eran compatibles. Le di un ultimátum: o íbamos en coche o tendría que empezar a ir él solo en metro. Reaccionó vendiendo el coche.

Me pasaba las noches llorando, dejándome dormir en el salón. Sola y desesperada, sin saber qué hacer. El karma me castigaba a diario con su mirada azul cargada de resentimiento y acusación, con palabras envenenadas de rencor. Hice lo imposible por estudiar, mantener el hogar y atender a Gerard; sin embargo, sentía que no llegaba a todo y que todo lo hacía mal. Al final, ni aprobaba exámenes ni la casa estaba ordenada ni Gerard era feliz.

Una tarde de noviembre, guardando la compra, después de un día de mierda (uno más), Gerard

llegó del trabajo antes de tiempo y me pilló con el piso a medio recoger.

—¡Joder! Te he dicho mil veces que no dejes bolsas ni trastos en el vestíbulo. ¡No puedo entrar a mi propia casa! —gritó desde el recibidor.

Cerré la nevera y respiré hondo. Acudí a la entrada, sorteando bolsas de supermercado.

—Disculpa. He ido a comprar y no me ha dado tiempo de…

—No me cuentes tu vida —respondió con antipatía—. Quítalo de mi paso y cállate. No necesito escuchar tu ridícula justificación.

Cogí de una vez todas las bolsas cuyo peso pude soportar y, antes de cruzar el umbral de la puerta de la cocina, las dejé caer a ambos lados de mi cuerpo.

—No puedo más —musité de manera prácticamente ininteligible.

—¿Qué dices? —quiso saber—. ¿Vas a dejar eso ahí? ¿No ves que sigo sin poder pasar?

—¡No puedo más! —grité histérica, girándome hacia él—. Lo he intentado, Gerard. Te lo juro. Lo he intentado, pero no puedo más.

—Ya sabes dónde está la puerta —dijo señalando la salida—. Nadie te retiene, Edelweiss.

—¿Es eso lo que quieres, verdad? Es eso lo que estás buscando desde el día que te sentaste en esa silla. Dilo, ¡reconócelo! —le increpé—. Tú no eras así.

—No, no era así. Ni tampoco necesitaba ruedas para desplazarme. Las cosas cambian —admitió flagrante—. Te dije mil veces que tu incursión en el mundo de las carreras ilegales podía acabar mal y, mírame, he sido yo el que ha pagado el pato de tu negligencia —disparó (otra vez).

—¡Y lo siento! Sabes que lo siento, sabes que estoy arrepentida, pero no puedo volver atrás. —Las cuencas de mis ojos se inundaron de lágrimas resignadas.

—Ni tus disculpas ni tu arrepentimiento ni tus lágrimas de cocodrilo me devolverán la movilidad de mis piernas —indicó con crudeza.

—¿Qué puedo hacer? ¿Me parto las piernas yo también? ¡No sé qué más puedo hacer, Gerard! Te he dado todo.

—Me lo das todo porque te sientes culpable —escupió rabioso—. Estás conmigo por pena. “Pobre inválido”, ¿cierto?

—¡No! Eres mi marido y me mantengo a tu lado porque te quiero, porque de eso trata la vida, ¿no? De estar en lo bueno y en lo malo, pero…

—Pero ya se está haciendo *pesadito* eso de aguantar al “abuelo” de la “silla de ruedas” —me interrumpió, recurriendo a sus dos grandes complejos: nuestra diferencia de edad y su discapacidad.

—¿Qué más quieres de mí? —inquirí desolada.

—Nada, Edelweiss —respondió rotundo—. Bueno, sí: quiero que te largues de mi casa.

—Sé que no lo dices de verdad —negué con la cabeza—. Estás superando tu duelo, aceptando tu realidad. Es una fase. —Para autoconvencerme, traje a mi recuerdo una de las observaciones del psicólogo al que yo acudía (sin Gerard)—. Si quieres, podemos vencerla juntos; pero tienes que querer, cariño. Yo sola no puedo. Ya no me quedan fuerzas. Te necesito remando conmigo.

—Fuera de mi casa —insistió.

—Gerard…, por favor —susurré.

—Fuera de mi casa —repitió, clavando su mirada inquisitiva sobre mi devastado ser—. Fuera de mi vida, Edelweiss.

Y llegó la gota 1001 que rebosó el vaso. Entonces, tiré la toalla.

CAPÍTULO 4

EL GALO Y LA CANARIA

Ya te he situado. No he querido profundizar en exceso, pero sí que conozcas parte de mi pasado para que puedas entender el presente y compartir conmigo lo que me vaya deparando el futuro.

Como no podía ser de otra manera, Gerard y yo nos divorciamos. La gestión se realizó a través de burofaxes y de los abogados de mi familia. No lo volví a ver en el siguiente lustro ni tampoco tuve ninguna noticia de él. Quedó atrás como una experiencia más. Un recuerdo tan agridulce como intenso que jamás olvidaría.

Terminé mi carrera universitaria. Años atrás no hubiese dado un duro por mí, pero al final conseguí centrarme en mis estudios y concluirlos. Sabía que no los necesitaba, que chasqueaba los dedos y "papi" me daría curro. Sin embargo, me lo tomé como un reto personal, una forma de comenzar una nueva etapa y de demostrarme a mí misma que yo también podía alcanzar metas sin ayuda. En cuarto curso, tuve la magnífica idea de hacer el TFG (Trabajo de Final de Grado) sobre la creación y administración de una escudería de motos.

Oh, sí, mis motos. Aunque en las carreras ilegales había motor, no eran vehículos de dos ruedas. Por mucho *carraco* de lujo que me rodease, a mí lo que me gustaban eran las motos. Con el incidente de Gerard, mi R6 entró en hibernación… como mi alma. Al sacarla del garaje, darle al puño del gas y sentir el aire mediante la visera abierta, mi moto salió de su latencia y mi alma recuperó su brillo. Liderar una escudería se convirtió en mi objetivo empresarial; dirigir un equipo en el Mundial de MotoGP™ pasó a ser mi razón de existir.

A comienzos de 2017, usé una pequeña nave familiar con despacho que teníamos vacía en el polígono Les Pedreres de Montgat. Con la colaboración de mi colega del St. Paul, Oriol Codina -que no te lo presenté en el prólogo- monté lo que esperaba que terminase siendo la sede de mi proyecto mundialista.

Unos golpes en la puerta me arrancaron de mi ensoñación, interrumpiendo la vívida visualización de mi anhelo: ver aquel modesto almacén transformado en el bullicioso cuartel de un equipo campeón.

—Adelante.

—Buenos días, Moix. —Es Oriol, mi excompañero de colegio y actual jefe de comunicación de la (todavía no) escudería—. ¿Quieres ir a tomar algo? Seguro que necesitas un café cargadito.

Era irónico porque de "café" iba la cosa. Ya te contaré en unas líneas.

Acepté la sugerencia de Oriol, pero cambié el bar de la esquina por la máquina de *vending* que habíamos instalado en la oficina. Cliqué sobre el expreso doble, largo. Infinito. Nos sentamos.

—¿Todo bien? —se interesó.

—Sí, perdona —me disculpé por mi actitud silente—. Pensaba en la reunión de esta tarde. Nos lo jugamos todo.

—Saldrá bien. No te preocupes —garantizó, creyendo en él, en mí y en la propuesta.

—Esta mañana me llegó el nombre de otro posible piloto: Vincent Joubert, francés, del campeonato de Superbikes. ¿Qué piensas de él?

—Uhm. Interesante —sorbió de su capuchino—. Campeón del mundo de Supersport en 2015, subcampeón de Superbikes en 2016 con Kawasaki en un codo a codo con Rea y Sykes. Muy interesante, ¿pero? ¿Qué "pero" le ves?

—Pero… Pretendía ser una escudería de oportunidades. Quiero darle asiento a nuevos talentos, a jóvenes sin madrina ni padrino.

—¿Sigues considerando a la chica canaria?

—Sí. Ha demostrado ser buena, pese a que ha tenido pocas ocasiones de exhibirlo. En su tierra no tienen ni siquiera circuito. Para competir debe viajar, y viajar cuesta dinero. Su talento es superior a sus ingresos económicos y me gustaría encontrar la manera de respaldarla, pero no depende de mí —me encogí de hombros.

—¿Crees que el patrocinador te pondrá pegas por ser una tía?

—Aún no tenemos patrocinador —le recordé. El trato estaba cerca, pero no cerrado—. Vamos muy justos de tiempo si pretendemos entrar en la lista de equipos de esta temporada. —Bebí el resto de mi café de un trago—. Se acabó el recreo. Venga, ¡a trabajar!

Sin mediar ninguna palabra más, me encerré en el despacho. No salí ni en el descanso del mediodía, ya que me había traído un *tupper* para comer frente al ordenador. Abrí el Power Point y repasé la presentación, haciendo hincapié en potenciar la parte visual y rememorando los beneficios de la asociación punto por punto.

—Moix, es la hora.

A las 18:30 horas, Oriol irrumpió en mi oficina para anunciar que los directivos de mi posible *sponsor* principal ya esperaban por mí en la improvisada sala de juntas. Aún quedaban muchos viajes que hacer a Ikea para mejorar las instalaciones; no obstante, habíamos creado un ambiente de lo más cálido con los pocos recursos que teníamos.

Acudieron los gerentes de las delegaciones de Lleida y Barcelona de una empresa catalana dedicada al café de calidad, que mantuvieron su total atención durante mi discurso de bienvenida y exposición del proyecto. Diapositiva tras diapositiva su expresión de satisfacción crecía, al igual que el sentimiento de empatía por la fusión de nuestros sectores. Supe que los cafeteros ya veían su logo dando la vuelta al mundo: en marzo, Catar; a la semana, en Argentina; a finales de abril, en Texas; y tomando tierra en Jerez el primer *finde* de mayo.

—Con el ejemplo propuesto por nuestro diseñador —¡*Shh*! "El diseñador" era yo misma aplicando mis conocimientos de *Illustrator*—, podéis comprobar que la imagen de vuestra marca tiene un alto nivel de visibilidad, no solo en la moto sino también en el mono de nuestros pilotos, box, *hospitality*… Sin olvidar que vuestros productos se ofrecerán entre nuestros invitados. —Fui pasando filminas para que mis clientes quedasen enamorados de la propuesta—. Además, si escogéis la primera opción de patrocinio, el equipo adquirirá el nombre de la marca: "Emme Café Racing MotoGP™".

—Suena bien —dijo uno de los presentes—. ¿Y seríamos un equipo satélite de Suzuki?

—Sí, aunque "satélite" quizá desmerece el trato que nos ha prometido Suzuki esta temporada —comenté—. El fabricante japonés nos ha asegurado que no habrá diferencias entre el primer equipo y nosotros, ya que su intención es llevar a lo más alto del Mundial de Motociclismo el nombre de

Suzuki.

—¿Y qué me dices de los pilotos? —preguntó otro de los asistentes a la reunión—. ¿Ya hay nombres?

—Hay varios nombres sobre la mesa, entre ellos un piloto de Superbikes y una prodigiosa mujer procedente de competiciones nacionales menores —anuncié. Aunque era una novedad muy positiva para el equipo y el campeonato, noté reticencia entre mi público al mencionar a la candidata fémina —. Haremos las pruebas pertinentes de talento, capacidad de comunicación y adaptación, control de crisis… Nuestros pilotos no deben ser solo buenos en la pista: buscamos deportistas completos. Si entre ellos hay una mujer válida, ¿por qué no convertirla en compañera de viaje? Nos garantizaría "ser noticia" cada fin de semana.

—Está bien. Lo que tú digas. Confiamos en ti, Moix —cedió el primer interlocutor—. Nos convence.

—Entonces, ¿hay acuerdo? —interrogué con temor a que alguien tuviera algo más que añadir.

—Sí. Queremos ser tu patrocinador principal.

Y arranqué mi andar en el Mundial de MotoGP™.

No fue una irrupción sencilla. Era una cebra en una jaula llena de leones. Lo positivo es que me rodeé de un maravilloso equipo humano. Conté con Oriol, pero también mandé a llamar a una vieja amiga, Agnes Jenkins, hija de un importante socio de mi padre y mi compinche de juerga durante mis veranos en Brighton. Ahí donde tú la veías, con esas pintas de guiri loca, fiestera -de las que practican *balconing* en Ibiza-, la tía era una ingeniera brutal. Graduada en la Universidad de Oxford, era experta en Geometría y Telemetría. Números, números y más números.

Con Agnes me senté a contratar personal: un jefe de mecánicos por moto y 3 mecánicos a su disposición, suman un total de 8 personas. Más ingeniero de motores, ingeniero electrónico; Agnes ocupaba el asiento de ingeniera de datos. El jefe de los jefes, un par de chóferes para los camiones (cedidos por Moix Logistic) y una responsable de *hospitality*, cocinera, camarero… Oriol empezó con labores de comunicación, pero acabó extendiendo sus cometidos hacia la asistencia personal de cada piloto. La premisa era que "todos valemos para todo" y siempre se puede arrimar el hombro. Si había que apretar tornillos, se apretaban.

Por mi parte, como *Team Manager*, también cubrí el hueco de la gestión de patrocinios y la búsqueda de financiación. Con los contactos de mi padre, conseguía llenar las arcas del equipo con tan solo una llamada. Además, Moix Logistic nos facilitaba (y abarataba los costes de) los desplazamientos. Que sí, que dije que iba a sacar adelante la escudería sin ayuda; y fue así, en buena medida. Mi padre no vino y me dijo: "Hija mía, toma un equipo de MotoGP™ por tu cumpleaños". No. Me lo curré, aunque he de reconocer que le saqué provecho a su agenda y a los recursos de la empresa familiar.

Con el equipo aún sin formar, nos perdimos los test de pretemporada de MotoGP™ en Malasia, pero pretendíamos llegar a los de febrero en Australia. Reunimos en Montmeló a los posibles candidatos a domar a nuestras dos bestias. Entre los aspirantes estaban mis dos favoritos: Vincent Joubert y Yurena Marichal, el piloto galo y la chica canaria. Crucé los dedos por ambos, sin evidenciar mi fanatismo, ya que nos acompañaron representantes de la empresa patrocinadora.

Lo bordaron, los dos, aunque era evidente que Vincent tenía más tablas; firmó un 1:49.781 que, si bien sabíamos que lo podía mejorar, era un gran registro para ser su primer viaje sobre la Suzuki. Yurena no logró bajar de 1:50, pero se percibía su destreza sobre la moto; además, lo que me conquistaba de ella era su actitud, tan trabajadora y optimista.

Los quería, a ambos. Lo tenía claro. Clarísimo. Eran mis gallinas de los huevos de oro. Ahora bien, me costó persuadir al resto del equipo. Oriol estaba conmigo, pero los demás creían que otro chaval, un tal Adam Schulz, encajaba. Me comprometí a dejarlo en reserva, como piloto de pruebas y sustitución en caso de lesión o mal rendimiento de alguno de los corredores principales. Estuvieron de acuerdo. Aprobaron la moción por unanimidad.

Ya estábamos todos. El equipo de MotoGP™ al completo. Lo que empezó siendo una ilusión plasmada en un TFG, acabó convirtiéndose en realidad. En mi realidad y en la de otras veinte personas.

Había llegado el momento de presentarnos en sociedad.

CAPÍTULO 5

¡CUÁNTA SABIDURÍA!

La presentación del Emme Café Racing MotoGP™ fue el jueves 9 de febrero de 2017, una semana antes de partir al test de Phillip Island en Australia. Citamos a la prensa en el Hotel Silken Diagonal Barcelona, junto a la Torre Agbar. Cada uno de nosotros invitó a familia y amigos, creyendo que de lo contrario "la foto" se vería vacía. Nada más lejos de la realidad. No me preguntes cómo, pero conseguimos reunir a media Barcelona. ¡Qué coño! ¡Media Cataluña! Cuando me asomé al salón, vi tanta gente que me invadió una única preocupación: "¿Habrán suficientes canapés para todos?", pensé.

—La que has liado, Moix —comentó Oriol, apareciendo como una sombra justo a mi espalda—. ¿Nerviosa?

—¿Tú crees que dará la comida? —pregunté inquieta—. Voy a preguntar a la encargada si hay opción de ofrecer más cava. Al menos que puedan brindar, ¿no crees?

—¡Tranquila! ¡Olvídate de eso! Esta gente no ha venido ni a comer ni a beber —dijo, aunque a mí esa afirmación me hacía dudar seriamente. ¿Quién no ha ido a un evento a arrasar con el cóctel?—. Han venido a conocerte a ti, al proyecto, a los pilotos, al equipo. ¡Dales lo que quieren!

—Vale, vale —carraspeé la garganta—. Vamos a por ello.

Vinieron hasta mis padres. Para mí era un verdadero acontecimiento, ya que mi padre no solía parar por casa y mi madre a esas horas aún solía estar durmiendo; esa mañana, estaba hasta sobria (¡*Aleluya*!). No obstante, lo que más me llamó la atención fue la gran cantidad de medios de comunicación que se interesaron en dar eco a nuestro acto. No sé si sería por mi apellido, por ser mujer, por Suzuki, por haber fichado a Joubert, a Marichal, por mis socios cafeteros o por la comida. La cuestión es que había medios digitales, impresos, audiovisuales, radiofónicos… especializados en deporte, pero también de información generalista. Sí, sí que la habíamos liado. No solo yo, todos.

Subí al escenario. Vestía con unos pantalones ajustados de piel a la cintura, un top de encaje y una cazadora de cuero, completando un *look total black* de lo más motero. Lucía unos botines negros y el pelo recogido en un moño informal, sin pendientes. Me situé entre las dos motos que habíamos colocado en el centro de la tarima.

—Buenos días. ¡Bienvenidos! Gracias por acompañarnos en esta emocionante mañana. Hoy culminamos meses de trabajo, de reuniones, de noches sin dormir. Hoy agradecemos los tropezones que nos han llevado a rehacernos hasta llegar aquí, al Hotel Silken Diagonal Barcelona, y con vosotros, entre estas dos preciosas motos. Hoy, por fin, presentamos un nuevo equipo para la categoría reina del Mundial de Motociclismo. Mi nombre es Edelweiss Moix y soy la *Team General Manager* de Emme Café Racing MotoGP™. —Hice una pausa para permitir al público ovacionar el nombre de la escudería—. Un trabajo que, aunque sacrificado, ha valido muchísimo la pena. No solo

somos un equipo de MotoGP™, somos una familia. Con el concepto de *fair play* comandando nuestra filosofía, irrumpiremos con humildad en un campeonato consolidado, donde preponderantes marcas y célebres pilotos ya participan y tienen ganado su merecido espacio, pero a los que haremos cara; frente a frente, sin complejos.

Mi discurso calaba en el público. Lo percibía a través de gestos, como vaivenes de cabeza reafirmando mis palabras o mi ilusión contagiada en forma de sonrisa. Estaban conmigo, con nosotros. Habían dejado de lado el rol de meros espectadores para involucrar sus corazones en nuestro proyecto.

Presenté a la "familia". Uno a uno. Desde el jefe de ingenieros o la telemétrica hasta la cocinera o el camarero del *hospitality*. Dejando claro que todos y todas eran igual de importantes.

Llegó el turno de los pilotos.

—Faltan ellos. O, más bien, él y ella. Los protagonistas. Hábiles y valientes, pero sobre todo buenas personas. Nuestros soldados, los que estarán en primera línea de combate, jugándoselo todo; incluso, la vida. Señoras y señores, con todos ustedes… ¡Nuestros héroes! ¡Vincent Joubert y Yurena Marichal!

Los asistentes recibieron a los corredores con un aplauso ensordecedor. Algún silbido también se escuchó. La poca familia de Yurena que se había desplazado de Tenerife a Barcelona, comenzó a corear su nombre; la muchacha se derrumbó y se echó a llorar. Fui a su rescate y puse uno de mis brazos por encima de sus hombros.

—Gracias por vuestra calurosa bienvenida. Nuestros talentos se merecen todo nuestro cariño, ya que serán él y ella quienes traerán los trofeos a casa. ¿Verdad? Venga, contadme. ¿Cómo estáis? —Yurena seguía ahogada en un mar de lágrimas, así que tendí el micrófono a Vincent—. Tu compañera está muy emocionada. En lo que se recupera, ¿Joubert? Es tu turno.

—Gracias al equipo; especialmente a ti, Edelweiss. Eres una *patronne*, una jefa, *formidable* —declaró con su marcado acento francés—. También agradezco su apoyo al patrocinador y la labor del resto de *l'équipe*. Conseguiremos cosas muy grandes esta temporada.

Vincent cedió el micrófono a Yurena que, pese a que aún sollozaba, se vio con fuerzas para dedicar unas palabras a los presentes.

—¡Qué fuerte! —exclamó excitada—. Me uno al mensaje de mi compi, pienso como él: Edelweiss es la mejor jefa que podíamos tener. Ha confiado en nosotros desde el primer momento, ha trabajado sin descanso para subirnos en estas maravillosas motos… No vamos a defraudarte. —Me abrazó, aprovechando que me había acercado a ella para ofrecerle consuelo—. Gracias.

—Gracias a vosotros —recuperé el turno de palabra—. Ya lo dijimos al inicio de la presentación, hoy es un día para hacer de los sueños una realidad. Porque los sueños no se cumplen: los sueños se trabajan, se madrugan, se estudian, se trasnochan. Así es como nosotros hemos llegado a cumplir el nuestro: Emme Café Racing MotoGP™, ya está aquí. Es una realidad —señalé las dos motos y a sus respectivos pilotos—. Ahora toca soñar (currar) un poco más. Quizá, ¿un título? Quién sabe. ¿Una corona? El límite lo marca la bandera a cuadros. ¿Soñamos?

Nos felicitó media Barcelona. ¡Qué coño! Media Cataluña. Triunfamos como la Coca-Cola, aunque brindamos con Codorníu. Claro que, entre alabanzas, también noté puñales por la espalda.

—Se van a comer dos mierdas.

—Esta se habrá *follao* a alguien de Dorna.

—Seguro que se abrió de piernas y por eso le abrieron las puertas del campeonato a esta pava y a su circo.

Más "*jajaja*" y "*jijiji*". Quise saltar, intervenir y defenderme, pero creí que lo mejor era hacer oídos

sordos y no eclipsar un evento tan bonito como el que nos había quedado.

—*Pardon messieurs*, les invito a conocer la amplia salida del hotel por Diagonal. —Vincent, que no sé de dónde coño salió, les retiró las copas de cava a los tres machirulos y se las entregó a un afable camarero que se prestó a recogerlas—. *Les troglodytes* son personas no gratas en este evento. *S'il vous plait*… —El piloto les señaló la puerta.

—Otro que se habrá *follao* a la Moix —consideró uno de los tíos, ignorando a Vincent y mofándose de él.

—¡No lo dudes! —exclamó un acompañante—. ¿Te paga el sueldo en carnes? —preguntó, dirigiéndose por primera vez a él—. ¡Ojo! No te culpo. Que se quite el campeonato de Superbikes y un par de millones de euros si tengo a mi disposición ese culito encuerado cuando quiera. ¡*Grr*!

—*Ta gueule, salaud!* —pronunció Vincent enfurecido. No sé qué traducción tiene, lo siento—. Desapareced de mi vista, los tres. YA. De lo contrario, os juro por Dios que llamo a seguridad y serán ellos los que os saquen a patadas de aquí.

—Tranquilo, amigo. Tranquilo —pidió paz el tercero en discordia—. Ya nos íbamos de todos modos. ¿Verdad, chicos?

—Disfrútala —insistía el *follao*—, lo que ten en cuenta que a ella le gustan más los mayorcitos.

—Su ex era de nuestra quinta, ¿no?

—Y más viejo aún. Al pobre desgraciado, la muy puta lo dejó en silla de ruedas a base de polvos.

Más "*jajaja*" y "*jijiji*", pero se fueron. Golpe bajo. Cabrones.

—*Quel bande de cons!* —musitó mi corredor.

—No les hagas ni caso —me acerqué a él.

—*Patronne!* No te vi llegar, lo siento. Esos hombres… Bueno… Estaban siendo muy groseros y me tomé la libertad de echarles de la presentación —explicó con timidez.

—Los escuché. Gracias por defenderme, pero no necesito un superhéroe con capa. Tu trabajo es correr en moto, no pelearte con misóginos en los eventos —le comenté con amabilidad—. Te lo agradezco, en serio, pero te vas a cansar de discutir con cavernícolas. Es un desgaste de tiempo, de saliva. No los vamos a cambiar.

—Decían cosas horribles sobre ti. No es justo —argumentó indignado—. No te lo mereces.

—Lo sé, pero a los comentarios hay que darles la importancia que tienen; viniendo de ellos, la importancia es ninguna. Si queremos molestarles, hagámoslo con hechos —le guiñé un ojo—. Esta gentuza que no cree en nosotros, nos odiará un poquito más cuando les restreguemos por la cara una medalla de oro.

—Cuenta con ello, *patronne.*

Vincent me dedicó una amplia sonrisa. Tenía uno de los colmillos un poco torcido, y ese mínimo rasgo dotaba de personalidad única su rostro. Era rubio, con el pelo lo suficientemente largo como para echárselo para detrás con las manos en un movimiento de lo más sensual que repetía con vicio. Barba incipiente, de un día o quizá dos. Ojos color verdoso, turquesa. A ver, lo confieso, era un yogurín de veinte años. Muy guapo, al que el acento francés todavía lo volvía más interesante. Parecía el doblaje al español de Nicole Collard en *Broken Sword*. Le devolví la sonrisa, un poco tonta, al quedarme *lela* observando un lunar que nacía en su mejilla. Regresé al planeta tierra, al Hotel Silken Diagonal Barcelona y recuperé la profesionalidad, instándole a charlar con los periodistas sobre sus objetivos de temporada.

A la semana, viajamos a Australia. Soy muy fan de los circuitos europeos, pero he de confesar que Phillip Island tiene un "algo" que me encanta. Quizá no solo es el trazado, sino el enclave: pegado a

la costa, al mar, entre canguros y gaviotas. Marc Márquez fue el piloto más rápido del primer test; Vincent entró tercero, quedando a tan solo +0.429 del tiempo establecido por la Honda de Márquez. En los siguientes días, Maverick Viñales y Yamaha se aferraron con fuerza a la primera plaza; Vincent se mantuvo en el Top 10. Por su parte, Yurena no consiguió colarse dentro de los diez mejores, pero sí que firmó un Top 15 muy prometedor.

En el avión de regreso a España, el azar sentó a Vincent a mi lado.

—Ey, ¿cómo te has sentido? —me interesé—. ¿Habías corrido en Phillip Island, cierto?

—*Fantastique!* —expresó—. Sí, el año pasado quedé quinto y sexto en las rondas de Australia de Superbikes. Para este curso, en MotoGP™, tengo muy buenas vibraciones —anunció optimista—. Yurena también lo ha hecho muy bien. Según ella, era su primera vez en tierras oceánicas. ¡Quién lo diría!

—Sí, aprende rápido. Le ha cogido el truco a la Suzuki. Me alegro por ella: se merecía la oportunidad —aseguré, reafirmándome en la decisión de su fichaje.

—La ayudaré en lo que esté en mi mano.

El viaje de Melbourne al Aeropuerto Internacional de Dubái, nuestra escala previa a Barcelona, tiene una duración de 14 horas. Tienes tiempo de leer, comer, ver una serie hasta quedarte sin batería en el portátil, dormir, comer otra vez, jugar al Candy Crush hasta que el móvil sufra las mismas consecuencias que el portátil, cabecear, volver a comer… y hablar. Hablar por los codos.

—¡Y voló! Imagínate un Porsche 911 Carrera saliéndose de la trazada, sobrepasando las protecciones y volando, literal, dirección al mar —conté sobre la última aventura ilegal que tuve en la costa del Garraf en dirección Sitges.

—No sé si reírme o llorar. O reírme llorando —dijo Vincent desternillado—. ¿Y tenías mi edad cuando organizabas las *courses*?

—¿Tienes 21? Yo hago 26 este verano… Pues… ¡Menos! —calculé mentalmente—. Piensa que con 19 años ya estaba casada y llevaba unos meses en el negocio.

—Oh, *mon Dieu!* ¿Y por qué te casaste tan joven?

Odiaba taaanto el "tan joven" de los cojones… Aunque, en su caso, lo comprendí. Vincent debía verse "demasiado joven" para plantearse un matrimonio, por lo que se preguntaba qué motivos me llevaron a mí a hacerlo.

—El amor —respondí clara, sin florituras—. Estaba enamorada. ¿Tú lo has estado alguna vez? —Él negó con la cabeza—. Entonces no espero que lo entiendas. Yo solo sé que, aunque hayamos acabado mal, volvería a casarme con él y a vivir todo lo que vivimos una y otra vez. No me arrepiento.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —interrogó con prudencia Vincent—. Me disculpo de antemano por lo que voy a decir, pero he escuchado algo sobre la diferencia de edad. Rumores.

—No, eso no fue. Reconozco que tampoco lo hizo fácil, pero los años que nos separaban no fue lo que nos distanció para siempre —contesté enigmática, y algo nostálgica al pensar en Gerard.

—Yo creo que la edad es un número —agregó pacífico, posicionándose de mi parte— y que la madurez es sinónimo de experiencia, no de años.

—Correcto —le sonreí, impresionada por su reflexión. Me tomé unos segundos para proceder a darle una razón—: Gerard me odia porque no fui capaz de alejarme de un mundo que nos destruyó.

—El tiempo todo lo cura —consideró Vincent—. Quizá creyó que te odiaba, se convenció de hacerlo, pero nunca lo logró. No digo que no estuviese… ¿Cómo se dice? —Tardó un instante en dar con la palabra exacta en español—. Decepcionado —encontró el adjetivo, dando en el clavo—, pero eso no debe conllevar forzosamente un sentimiento de odio o rencor.

—Es igual. Yo fui la única culpable de lo que pasó —resoplé. Apreté el botón de asistencia para llamar a la azafata a la que pedí un vaso de agua.

—No te castigues. Por lo general, las circunstancias no son ni blancas ni negras y, por lo tanto, tampoco tienen un solo responsable. —Vincent se tomó la libertad de colocar una mano suya sobre la mía que reposaba en el apoyabrazos—. La vida os juntó, la vida os separó. No hay que darle más vueltas. Recordar y agradecer los buenos momentos compartidos; y olvidar y aprender de los malos.

—¡Cuánta sabiduría en un chico "tan joven"! —bromeé—. Me ha encantado hablar contigo de esto —sorbí de mi vaso con agua.

En Dubái nos reunimos con el resto del equipo para pasar la escala en grupo y esperar el avión a Barcelona. La conversación giró en torno a los test, con la vista puesta en el próximo entrenamiento previo a la temporada en Catar. Interveníamos unos y otros, pero la complicidad con Vincent era especial. Le había expuesto un pedazo de mi alma y él lo había abrazado con consejos. Me sentí consolada, su compañía me había reconfortado.

Nos buscamos con la mirada cuando entramos al avión con la intención de que nuestros ojos ejercieran de imanes y nos volvieran a juntar durante las 7 horas y media de vuelo que teníamos hasta El Prat, pero no pudo ser. A mí se me colgó Oriol y a él, Yurena. Nos despedimos con una sonrisa ladeada que dejaba entrever las ganas que quedaban pendientes de pasar otro rato juntos.

En Barcelona, lo busqué en la zona de recogida de equipajes, pero Oriol me contó que a él le quedaba una escala más en su interminable viaje: París. Aunque disponía de residencia en la Ciudad Condal, vivía con su familia en Francia. No me pude despedir. Estuve tentada de enviarle un WhatsApp, pero preferí conservar la profesionalidad de esa vía de comunicación.

Pasaron las semanas y nos preparamos para el último test antes del arranque oficial del mundial. Tocaba desplazarse hasta Catar. Los entrenamientos oficiales estaban fechados para el 10-11-12 de marzo y el inicio del primer Gran Premio de la temporada, disputado en Lusail, daba comienzo el jueves 23. De esta manera, el equipo tomó la determinación de quedarse en la ciudad de Doha la quincena completa.

La tarde antes de partir, ultimando detalles logísticos en la nave de Montgat, Oriol me llamó por teléfono:

—¿Qué pasó? —descolgué sin saludar, ya que el estrés del traslado a la península arábiga me hacía estar a la defensiva.

—Moix, ¿puedes subir a tu despacho un momento? —me pidió con voz tenue y misteriosa.

—¿Qué diablos ha pasado ahora? —protesté en forma de interrogante, soltando sobre una caja la carpeta en la que ordenaba el contenido de los baúles de transporte.

—Mejor… Sube, por favor —insistía mi experto en comunicación, que no se comunicaba.

—Yo subo, pero tú avanza de qué se trata —exigí mientras apretaba el botón del montacargas.

—Aquí hay un señor en silla de ruedas que pregunta por ti —susurró.

"¿Qué? No puede ser?", cuestioné en mi fuero interno; pero sí, sí podía ser. Es más, lo fue.

CAPÍTULO 6

nos vemos en el PADDOCK

La pausada velocidad del montacargas era inversamente proporcional al aumento de mi nerviosismo. Aquellas cuatro paredes de metal me estaban desquiciando. Precisaba llegar a mi despacho y descubrir si se trataba o no de mi pasado tocándome ~~los cojones~~ la puerta. Desde que pronunció su despectivo "Fuera de mi casa, fuera de mi vida" no había sabido nada de él. Esa misma tarde recogí el grueso de mis cosas y no regresé ni a por las bragas que tenía tendidas. Nunca miré atrás ni él tampoco. Nuestros caminos se separaron entre bolsas de supermercado y reproches.

Llegué a la oficina y entré, abriendo la puerta con brusquedad sonora y sobresaltando a las personas que se encontraban en el interior de la estancia.

—*Hòstia*, Moix! ¡Qué susto! —exclamó Oriol, llevándose la mano al pecho y respirando fuerte—. Con la tensión que hay en el ambiente y tu portazo, me vais a sacar de aquí con los pies por delante.

Ni lo miré ni lo escuché con atención. Mis cinco sentidos pusieron énfasis en el otro individuo; que sí, en efecto, se desplazada por medio de una silla de ruedas; y sí, en efecto, se trataba de mi exmarido.

—Hola, Edelweiss —saludó, usando su mirada añil como escudo.

—Oriol, ve abajo y lista el contenido de los baúles —ordené—. Dejé la carpeta sobre la caja de herramientas.

—¿Estás segura? —preguntó mi amigo antes de acatar mi petición.

—Sí. De requerir tu presencia, te haré llamar. —Alcé la vista con la intención de transmitirle tranquilidad a través de mi mirada—. Descuida. Estaré bien —musité.

Oriol se marchó, no sin evidenciar su disgusto mediante un golpe en la mesa que me estremeció. Al cerrar la puerta tras de sí, apoyé mis nalgas en el borde del escritorio, me crucé de brazos creando una coraza y centré mi concentración en Gerard.

—¿A qué has venido? —exigí saber.

Gerard vestía con unos vaqueros desteñidos de color azul y una chaqueta abierta gris que dejaba ver una camisa negra de botones muy arrugada. En los pies, unas zapatillas Air Max naranjas que jamás habían pisado el suelo. Su pelo negro, corto pero alborotado, pintaba más canas de las que yo recordaba. La barba, de cinco días o una semana, también se moteaba de blanco; pero, por extraño que parezca, le daba una apariencia de lo más atractiva.

—¿Cómo estás? —preguntó a mi pregunta (???).

—Gerard, déjate de juegos. ¿A qué has venido? —repetí con cero ganas de sentarme a contarle mis (casi) cinco últimos años.

—Enhorabuena por la escudería. Has hecho un gran trabajo. Espero que los resultados acompañen el sacrificio que…

—Gerard… —insistí hastiada—. Ve al grano.

Él giró su silla para acercarse a mí. Cuando describí su *look*, no me había percatado de los guantes que cubrían sus manos -dejando las falanges al aire- y que favorecían su agarre a los aros propulsores de la silla de ruedas. Los vi cuando tendió una de sus manos frente a mí con el deseo de que la sostuviese. Cumplí su anhelo.

— Por favor, Edel. Hace cinco años que no te veo. No hagas esto más difícil, joder —suplicó aferrado a mis nudillos—. Entierra el hacha. Hablemos como adultos.

—Hace cinco años que tú mismo te encargaste de apartar al adulto para que el niño me echase de tu vida —le recordé, haciendo uso de una metáfora—. Ahora, poco hay que hablar.

Gerard soltó con desprecio mi mano para tirar de su silla hacia atrás y alejarse de mí.

—He venido a informarte de que esta temporada yo también estaré en MotoGP™ —dijo deshaciéndose del tono suplicante y transformándolo en una voz grave y seria—. La Federación ha vuelto a ofrecerme el trabajo de responsable médico del FIM Medical Intervention Team y he aceptado —anunció orgulloso—. Nos veremos en el *paddock*.

La noticia me sentó fatal. No me apetecía nada encontrarme a mi exmarido por el *paddock* en cada Gran Premio o tener que lidiar con él si alguno de mis pilotos sufría un accidente. Sabía que, de algún modo, su mera presencia iba a cohibirme. Ya bastante complicado era caminar entre leones para que encima se sumara un dinosaurio.

—No puedo decir que me alegre —reconocí honesta—. Al menos, por mí —aclaré—. En cambio, por ti… Es genial, Gerard. Enhorabuena. —Opté por enterrar el hacha y ondear la bandera blanca.

Sonreí de manera cálida y amigable, notando cómo él se derretía al ver la curvatura de mis labios.

—Del *paddock* no te puedo echar —bromeó sin gracia.

—¿Cómo estás? —Usé su mismo interrogante, pese a no haberle dado respuesta al suyo.

—Sentado —contestó extendiendo los brazos y mostrando su silla. Apartó su mirada, tornándose acongojado—. Ha sido muy difícil.

Me acerqué a su posición y me coloqué de cuclillas a su lado. Volví a agarrarle la mano que segundos antes sostuvo con esperanza.

—Lo siento muchísimo —pedí “perdón” una vez más.

—Tus disculpas no me van a curar —comentó, abriendo un poco más mi herida—. Lo único que me ayudará a sanar es disculparme contigo y darte las gracias por todo lo que hiciste por mí.

¡Vaya giro de guion! Gerard me redimió de mi culpa seis años después de la paliza. He de confesar que sentí alivio, como si hubiese arrancado un dardo que vivía clavado en lo más profundo de mi ser.

Se me escapó una lágrima. No contaba con su presencia, pero cuanto más pensaba en ella, más ansiaba combinarse con otras. Sentí que no podía articular palabra sin romperme. De esa manera, reaccioné abalanzándome sobre él y dándole un afectuoso abrazo.

—Moix, siento interrumpir, pero te necesitamos en la nave. —La puerta del despacho se abrió de golpe. Oriol me reclamaba—. Vincent y Yurena están aquí.

Aparté mi cuerpo del pecho de Gerard. Recoloqué mi ropa y borré de mis húmedas mejillas cualquier evidencia de emoción desmesurada.

—Enseguida bajo —indiqué.

—¿A ti no te enseñaron a tocar la puerta en esa escuela pija en la que habrás estudiado? —manifestó Gerard disgustado por la interrupción—. Manda cojones con el oportuno.

—Gerard… —mencioné su nombre, reclamando paz.

—Aquí estamos trabajando, señor —le recordó Oriol—. En este despacho no se tratan temas personales.

—En este despacho se tratarán los temas que yo considere. ¿Vale, Oriol? —apunté tosca a mi compañero, yendo hacia la salida—. Bajo contigo. Gerard, nos vemos en el *paddock*.

No le quise dar explicaciones a Oriol. Ni a Oriol ni a nadie. La visita de Gerard y lo que se habló en ella se quedó para mí. Tampoco conté a ningún miembro del equipo que mi exmarido estaría de director médico en el campeonato. Solo Oriol lo había visto, el resto no lo relacionaba conmigo. Con suerte podría mantener el rumor lejos unas cuantas carreras, aunque sabía que no terminaría el curso sin que se airease la noticia.

Quizá te preguntarás por qué Oriol no lo reconoció en primera instancia: nunca se lo presenté. Nunca compartí una foto juntos en las incipientes redes sociales de la época. Gerard era muy receloso de nuestra intimidad y yo estaba harta de los comentarios, por consiguiente "escondí" la relación. Cuando empecé a salir con él, me alejé de mi entorno y convertí a Gerard en mi mundo. Mi amistad con Oriol se pasó años congelada hasta que salí del piso de Sant Gervasi y recuperé las riendas de mi vida.

Viajamos a Catar. Así como salir de Europa para ir a Australia era una idea que me entusiasmaba, Catar no me llamaba nada la atención. A priori hacía calor, había mucha humedad, arena y una cultura machista que me generaba un rechazo absoluto. Si te pones una venda en los ojos y sales a la calle con el abanico, el país tiene curiosidades relevantes: por ejemplo, hay un centro comercial, *Villaggio*, que se inspira en las calles de Venecia y vas de tiendas a través de canales de agua, navegando en una góndola; y La Perla de Doha, un archipiélago artificial de 4 millones de metros cuadrados ganados al mar y repleto de comercios, restaurantes y hoteles de lujo. En cualquier caso, Catar seguía sin gustarme.

Además, los test no salieron bien. Con la lengua fuera y sudando sangre apenas superamos el Top 15. Y solo con Vincent; Yurena fue decimonovena a +1.846 de la cabeza. Sabíamos que esto podía pasar, entraba en los planes y estábamos concienciados, pero a escasos días del estreno de la temporada generó una tensión que llegó a traspasar los muros del box.

—Sigo sin presión de agua en mi baño. Sale poca y, la que sale, está fría. Solicito, por favor, que solventen el problema con el agua hoy o, de lo contrario, me faciliten otra habitación —exigí al recepcionista del hotel en inglés. No era el complejo hotelero más lujoso de Catar, pero tampoco había cucarachas.

—Estamos llenos, señorita Moix —informó el trabajador—. Nuestro personal de mantenimiento está a la espera de recibir el repuesto necesario para arreglar la avería del baño de su habitación. Le pido disculpas y le ruego paciencia —agregó con voz de contestador automático de acento extranjero.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —quise saber.

—Dos o tres días, como mucho.

—¿Es una broma? ¡¿Dos o tres días?! —exclamé sobresaltada—. ¡Me quiero duchar! —protesté elevando el tono.

—Le pido disculpas y le ruego paciencia —repetía y repetía sin cesar.

—Me cago en…

Me alejé del mostrador rezongando en dirección al ascensor. Acababa de cenar con la parte del equipo que había dado el día de *turisteo* por finalizado; otro grupo, el de Oriol y Agnes, decidió jugarse la vida en las profundidades de Doha y cenar "comida casera" en garitos "auténticos". Vincent, por su parte, fue el único que se mantuvo al margen, retirándose prematuramente a su cuarto.

Al abrirse el portón del ascensor, me lo encontré en su interior.

—*Patronne*, ¿vienes de paseo? —se interesó el piloto.

—¡Qué va! He estado discutiendo con el recepcionista. La ducha de mi cuarto de baño saca un débil chorrito de agua helada que te da para asearte lo justo. Con el calor y la arena en suspensión, pronto podré fabricar una vasija de barro con mi pelo. Tengo polvo hasta en… —me callé por la vulgaridad que iba a soltar.

—¿Quieres ducharte en mi habitación? —propuso Vincent con amabilidad—. Mi ducha sí funciona.

—Gracias, pero no me gustaría que mi dosis de higiene diaria me costara la cárcel —reí con resignación—. De quedarnos tú y yo solos en tu cuarto, sin ser matrimonio, nos jugamos una abrupta irrupción de la *Gasht-e-Ershad* para detenernos. Ya sabes, no es que Catar sea un país muy permisivo.

—Ten la llave. Ve tú sola —me tendió la tarjeta de su dormitorio—. Yo bajaba a coger mejor wifi para hablar con *ma famille* porque en mi habitación apenas llega la señal y no carga Skype. Tómate el tiempo que necesites. Habitación 306.

Vincent me dedicó una amplia sonrisa y dejó marcada la tercera planta en el control del ascensor.

Las puertas se cerraron, pero mi mente aún veía proyectada su sonrisa imperfecta, el brillo turquesa de sus ojos semiescondidos tras su flequillo rubio, el lunar de su mejilla…

Las puertas se abrieron, y aparecieron dos hombres vestidos con kandurah y ghutra (lo he tenido que buscar en Google, no es que yo sea experta en vestimenta catarí). Ambos observaron con extrañeza mis ropajes occidentales que cumplían con el protocolo turista de cubrir hombros y rodillas, aunque mi pelo estaba sostenido por una coleta y sin pañuelo. Saludé con timidez, agaché la cabeza y abandoné el montacargas, segundos antes de darme cuenta de que aquel no era mi piso. Subí la planta que me quedó pendiente por la escalera y me sumergí en la intimidad de Vincent.

El cuarto estaba perfectamente ordenado. La colcha que reposaba sobre la cama se encontraba un pelín arrugada y los cojines se disponían amontonados para servirle de respaldar, pero de resto… Impecable. Llevábamos más de una semana en Catar y yo aún no había deshecho el equipaje; él, en cambio, tenía su ropa colgada en el armario y la maleta guardada.

Olía a él. El entorno, las paredes, la fea moqueta del suelo. Nunca me había parado a pensar qué olor tenía Vincent. Ni Vincent ni nadie. A ver: si apestas, apestas (eso está claro); pero identificar el olor de una persona como algo positivo creo era algo que nunca me había planteado. Haciendo memoria, Gerard olía a *after shave* y Varon Dandy; sin embargo, Vincent era cítrico. Uhmmm… Lima-limón, como el Calippo.

Dejé escapar el agua de la ducha para que tomase temperatura. En lo que me desnudaba, ya salía vapor. Cargué mi mano con medio litro de jabón, me metí bajo la alcachofa y cerré los ojos. Sentía como el agua limpiaba los poros de mi piel, saturados de sudor y tierra. Masajeé mi cabeza, froté mi cuerpo. La mente me trajo el recuerdo de la sonrisa imperfecta, el brillo turquesa, el flequillo rubio, el lunar de la mejilla… de Vincent. Otra vez. Acaricié mis pechos, imaginándome que otras manos hacían el trabajo. Las manos de Vincent. Intenté borrar la imagen de mi cabeza, abriendo los ojos y continuando con mi lavado de piernas.

Agarré la alcachofa de la ducha y retiré el exceso de jabón de mi pelo, de mis hombros, de mis pezones. Cuando llegué a la vagina, volví a pensar en Vincent. Otra vez. Lo que, en esa ocasión, estaba lo bastante cachonda para no cortarme a mí misma el rollo. Apoyé mi pie izquierdo sobre un saliente de los azulejos, favoreciendo la separación de mis muslos. Rocé mi clítoris palpitante. Manoseé mis labios inferiores con suavidad, colé un par de dedos en el interior de mi cuerpo. Y de la sonrisa al flequillo rubio, pasando por el brillo turquesa y el lunar de su mejilla, me corrí. Tardé poquísimo y es que entre el calor del agua y el endógeno, los fuegos artificiales estaban garantizados.

Dios, las putas Fallas de Valencia.

Después del orgasmo (*veloce*), me entró la risa. Carcajada pura. Lo siguiente era mirar al chaval a la cara. Yo, la que se lo había follado con la mente. A los ojos. No era la primera vez que me masturbaba pensando en alguien, pero con frecuencia se trataba de algún *famosete* que dudaba encontrarme a lo largo de mi vida. No sé, ¿qué posibilidad tengo de conocer a Mario Casas? O a Rodolfo Sancho, más madurito-sexy. Mis sueños eróticos estaban a salvo… hasta esa noche.

Retomando el tema de los olores, mi camiseta hedía a mofeta. O como creo que huelen las mofetas: no he tenido el ¿honor? de conocer a ninguna. Lo más parecido ha sido algún animal de Tinder. Sea como sea, me negaba a ponerme las mismas prendas de las que había logrado deshacerme, así que me enrollé un albornoz que encontré bien colocado en el toallero. Calentito y con olor a lima-limón. Uff, reconozco que estuve tentada de ir a por el segundo *round* en arcade.

Me porté bien, salvo porque salí al pasillo del hotel en bata y descalza, con el pelo suelto y mojado. Mi habitación estaba en la primera planta y me quedaba un largo camino de sigilo que no tardó en verse interrumpido. Fue poner un pie fuera del cuarto de Vincent y ¡pam! El vecino de enfrente sintió la necesidad de abandonar sus aposentos para joderme la huida.

—Vaya, vaya, ¡qué sorpresa!

Sorpresa, ¡sorpresa! No era Isabel Gemio. Ojalá. El programa "Sorpresón" lo presentaba el doctor Vergés. Gerard Vergés, la última persona que quería tropezarme en Catar, en los Emiratos Árabes y en el planeta Tierra.

—La sorpresa es que tú te hospedes en este hotel. ¿Tan mal le va la cosa a la FIM? —dije aferrándome a mi ropa sucia y maloliente.

—En unos días me cambio. Viajé antes de tiempo y he tenido que conformarme con las sobras. ¿Y tú? ¿Tan poco te pagan los patrocinadores que tienes que costear el sueldo de tus empleados a través de favores sexuales?

—¿Pero qué dices, payaso? —le tiré a la cara mi camiseta sudada—. Mi ducha está estropeada y Vincent me ofreció la suya. Él ni siquiera está en la habitación; ha bajado a recepción para hablar con su familia por Skype. —Negué con la cabeza—. No sé ni para qué te doy explicaciones.

—Lo sé. Lo vi salir a él y te vi entrar a ti —olisqueó con repugnancia la prenda—. Solo quería tocarte un poco las narices —se jactó divertido, devolviéndome la camiseta.

—¿Quién eres? ¿La vieja del visillo? —protesté molesta por su excesiva y molesta curiosidad. Quizá hasta había escuchado mi sesión de DJ solitaria.

—Casi. Prefiero que me compares con Jeff —dijo ante mi expresión de confusión—. El personaje de James Stewart en *La ventana indiscreta*. ¿Alfred Hitchcock? Déjalo.

Mi cerebro seguía cantando "acompáñame, una noche más" y visualizando a Isabel Gemio oliendo una rosa, mientras él me hablaba de Hitchcock y una ventana.

—¿Me estás persiguiendo? ¿Acosando? ¿Voy pidiendo una orden de alejamiento? —propuse, entre broma y broma, frunciendo el ceño.

—Edelweiss, te aseguro que no eres tan…

—¿Acosando? ¿Todo bien, *patronne*? ¿Os conocéis? ¿Te está molestando este hombre?

Vincent apareció en escena y yo quise desaparecer de ella. Que baje el telón, por favor. Clavé la barbilla en la garganta, ocultándome detrás de mechones de pelo, avergonzada al rememorar la ducha, la alcachofa, el azulejo de la pared y… Oh, sí. Eso también.

—Tranquilo, machote —intervino Gerard—. Soy su…

—¡Médico! —interrumpí agitada, alzando la vista para mirar suplicante de silencio a mi ex—. Médico. Es médico. El médico. Un médico, sin más —farfullé angustiada.

—¿Tu médico? —preguntó confuso Vincent.

—Sí. Bueno. No es *mi* médico, es el médico del campeonato —aclaré intentando disimular mi inquietud—. Doctor Vergés, él es Vincent Joubert, piloto estrella de mi escudería; Vincent, él es doctor Vergés, médico. Médico del campeonato. No *mío*. No es nada mío, no. —Sentía que estaba cayendo en un bucle infinito de palabras replicadas.

—Soy Gerard, director médico de la Federación Internacional de Motociclismo. Un placer. —Gerard le tendió la mano al piloto francés.

—Igualmente, *docteur*. —Vincent respondió al gesto, usando su diestra para apretar con firmeza.

Resoplé aliviada. Mi secreto estuvo cerca de ser desvelado. Faltó poco, pero conseguimos capear la tormenta con éxito relativo -aunque suficiente- para evitar el chismorreo durante toda la temporada.

—¡Ah! Y también soy su exmarido —agregó Gerard en un vómito de sinceridad innecesaria cuando aún sostenía la mano de Vincent y mientras me guiñaba un ojo.

—Vete a la mierda, Gerard —escupí con rabia. Empujé su silla de ruedas, apartándola de mi camino y alejándome de una secuencia que deseaba acabar antes de la claqueta.

—Nos vemos en el *paddock*, mi amor —me gritó desde lejos.

Venga. Al carajo.

Puto gilipollas.

CAPÍTULO 7

¿TÚ Y YO?

Buah, mejor no te describo el cabreo que me cogí con Gerard por hablar demasiado. Me molestó más cómo lo contó que el qué contó. ¿Me sigues? Mira, no soy tonta. Sabía que más tarde o más temprano se iba a descubrir que ambos fuimos pareja, que estuvimos casados, y ya está, no pasa nada. Todos tenemos un pasado, ¿verdad? No me arrepiento, por lo que tampoco me avergüenzo. El problema es que lo soltó de repente, sin venir a cuento, descontextualizado. Y lo conozco, sé que lo hizo por "echar la *meadita*" y dejarle claro a Vincent que entre nosotros hubo algo y que, de surgir cualquier posibilidad conmigo, él sería el que recogería sus babas. A ver, siendo realistas, sus babas y las de la docena de chavales que me he tirado después del divorcio, porque de monjita de clausura tengo poco.

Me jodió y punto. Puedes verle más o menos sentido, pero a mí me jodió. En los siguientes días, evité el contacto humano. Aproveché para ponerme al corriente con el trabajo de oficina, la lectura y para activar el "modo: zen", ya que habíamos entrado en el *countdown* para el inicio del campeonato. El confinamiento me vino de perlas, ya que el hotel tardó en arreglarme la avería de la ducha tres días. Estuve cerca de enfrascar mi olor corporal para convertirla en *Eau de mouffette*, el mejor anticonceptivo sobre la faz de la Tierra. Ni yo misma quería estar conmigo misma.

El mundial arrancaba en Lusail el 23 de marzo, por lo que el 22 por la mañana decidí poner fin a mi cuarentena y bajar a desayunar con el equipo para después ir al circuito a atender la agenda de medios y mimar a la afición participante en el *pit lane walk*.

Fui la primera en llegar al restaurante, por lo que intuí que la noche anterior había sido bastante larga para más de uno. Al poco, apareció Vincent vestido con la camiseta de la escudería, unos vaqueros negros y *zapas*.

—¿Puedo? —pidió permiso para compartir mesa.

—Por supuesto. Ponte cómodo —le autoricé, señalándole la silla que se encontraba vacía justo delante mío.

—¿Estás bien? Hace días que no te dejas ver —preguntó interesado.

—Sí. Tenía bastante faena pendiente y además no me encontraba muy fina. He preferido tomarme estos días de descanso para renovar energías y mañana coger el toro por los cuernos. —No sé si me habrá creído, pero sonó convincente—. ¿Nervioso?

—Oh, no. En absoluto. Es la primera carrera del año, en un circuito delicado, de asfalto sucio y condiciones nocturnas. Daremos lo mejor de nosotros, pero sin presión. Ya vendrán circuitos más propicios.

—Claro que sí. Yo odio Catar, menos mal que nos compensa Argentina en un par de semanas —opiné. Retrocedí sobre las palabras de Vincent y quise darle respuesta a una duda que me había emergido—. Oye, ¿y por qué hablas tan bien español? ¿Tienes familia en España?

—Mis padres querían un hijo piloto —reconoció con cierto aire de resignación—. La Fórmula 1 es muy cara e inaccesible, así que invirtieron sus pocos recursos económicos en el motociclismo de alta competición. De niño, estuve viviendo en Mallorca. Fui alumno de la escuela de Chicho Lorenzo, el padre de Jorge, y de ahí di el salto a competiciones menores, tanto españolas como francesas. En una ocasión, un ojeador se fijó en mí y me prometió contratos importantes de carácter internacional. Acabé en Superbikes y, a día de hoy, esa persona es mi mánager, Jérémie, el tipo que me recomendó formar parte de tu proyecto en MotoGP™ y el que nos puso en contacto a ti y a mí.

—*Merci, Jérémie!* —agradecí en francés la intercepción de su representante, el que puso a Vincent en mi sendero profesional (y personal)—. Y Vincent, con sinceridad: ¿estás viviendo tu sueño o el sueño de tus padres?

—Uff, *quelle question difficile!* —exclamó en su idioma—. Yo quiero creer que es mi sueño y que tengo la suerte de contar con el apoyo incondicional de mi padre y mi madre. Sin embargo, a veces, si temo fracasar es más por evitarles a ellos un disgusto que por mí mismo. —Vincent bajó la mirada y la dejó reposar sobre mis manos, que sostenían una taza de karkadé—. A decir verdad, creo que jugarse la vida, tal y como nos la jugamos nosotros los pilotos, en ocasiones, no compensa. —Con timidez, levantó los párpados para iluminarme con su mirada turquesa—. No es un pensamiento que suela verbalizar, parece que no tenemos "derecho" a mostrarnos vulnerables. En cambio a mí, encontrar mi parte más humana, me hace sentir vivo. De lo contrario, ¿qué somos? ¿Robots?

—No es cobarde el que tiene miedo, sino el que no se enfrenta a él. Es normal cuestionarse si vale o no la pena lo que uno hace, sobre todo si juegas con tu vida un fin de semana tras otro. No eres un funcionario de Hacienda, de larga vida a su plaza fija y al café mañanero —me reí de mi propio chiste —. Eres un piloto de motociclismo donde cada giro puede ser el último.

—¡Uy! No me menciones a Hacienda, *s'il vous plait* —rogó hastiado—. ¿Por qué crees que sigo viviendo en Francia? En España me sacan las entrañas a impuestos.

—Ja, ja, ja. ¿Me lo dices o me lo cuentas? Soy el resultado de la evasión de impuestos de mis padres. Nací en Suiza, paraíso fiscal. —Hice la V con los dedos índice y corazón de mi mano izquierda—. Menos mal que me llamaron Edelweiss y no IVA.

—Hubiese sido gracioso. "Eva", "Eve" —carcajeó al continuar con la burla—. En Suiza también se habla francés, ¿cierto? ¿Lo dominas?

—¡Nada! Soy de Lugano, al sureste de Suiza. Como es frontera con Italia, me he pasado media vida en Milan y *parlo correntemente l'italiano*, mientras que apenas conozco Lugano. De todos modos, como en España… ¡en ningún sitio!

—En Barcelona has hecho tu vida —dio por sentado. Asentí con la cabeza—. Incluso, encontraste *l'amour*.

Mucho había tardado en salir el tema. No lo culpé, el chico tendría curiosidad. Fue el único testigo del espectáculo improcedente que había dado mi exmarido en Catar. Tendría dudas, le picaría el bichito de la curiosidad.

—Ya conociste a Gerard. Un tío encantador —ironicé, antes de terminar de un sorbo mi infusión de hibisco.

—Me pareció un poco capullo, aunque lo entendí. De hecho, me inspiró lástima —admitió Vincent sobre su encuentro con Gerard.

—Fue una tragedia. La paliza, y las consecuencias con las que debe vivir el resto de su vida —resoplé afligida—. Es un puto gilipollas, pero… A mí también me da mucha pena.

—Oh, no. No me da pena por su discapacidad —precisó misterioso—. Perderte a ti no debe de ser fácil de superar.

Me ruboricé por el piropo repentino. Reí nerviosa, como una adolescente sin experiencia en ligues. "Ay, Dios, si él supiera de la ducha, la alcachofa, el azulejo de la pared y…", pensé.

—¡Qué bonito! Salvo porque me dejó él —apunté—. Fue a mí a la que le costó superar la pérdida —reconocí apenada.

—Al principio, seguramente fuiste tú quién más sufrió. Es lógico. A día de hoy, has pasado página; pero él… Él se arrepentirá *toute la vie* de dejarte ir —argumentó—. Voy a tener que darle las gracias al "puto gilipollas" —agregó para mi confusión.

"¿Cómo?", me pregunté. Mi corazón se aceleró y las altas pulsaciones no concedían oportunidad a mi cerebro de enviarme una explicación razonable. "¿Darle las gracias?", cuestionaba. "Por liberarte, bruta", gritaba mi cerebro. "¿Está ligando conmigo?", insistía mi parte más incrédula. "¡Desde hace rato, muchacha!", respondía el raciocinio.

—Aún no has comido nada. ¿Quieres que te traiga algo? —sugerí con la intención de cambiar de tema, como si yo trabajase en el hotel en mi tiempo libre.

—No te preocupes. Voy a pedir. —Se levantó de su asiento para dirigirse a la barra, dando la incómoda conversación por concluida.

Al fondo de la sala, identifiqué a Oriol, Agnes y al resto del equipo. Les hice una señal para que me viesen y así poder disfrutar del desayuno juntos. De ahí, fuimos al circuito.

Un Gran Premio es una locura. Ya no solo es el viaje y el transporte de mercancías, sino también los compromisos y los objetivos. El viaje incluye horas muertas en escalas, desfases horarios; el transporte, la inquietud de que nada se haya quedado atrás o que se rompa; los compromisos abarcan desde entrevistas a medios de comunicación a eventos con patrocinadores o tiempo con los fans; y los objetivos suponen la razón de todo lo demás: cumplir con un Top específico, batir una marca. Son demasiados *checks* en la lista, un no parar. Llegas al circuito sobre las 8 de la mañana y puede que algún día se te hagan las 11 de la noche sin darte ni cuenta. Al día siguiente, reseteas y repites.

Aunque nuestra primera visita a Catar "nos regaló" un par de semanas de turismo, no es lo frecuente: por regla general, llegas, montas, corres, desmontas y te vas. Si estás en Jerez es posible que no tengas ni un minuto para bajar a la Alameda Vieja o si toca Silverstone no esperes ver Londres. El ritmo de los Grandes Premios es frenético, la temporada es agotadora. Nuestra primera experiencia

en el Mundial de MotoGP™ no fue diferente, y más al tratarse de una carrera nocturna.

El miércoles pasó volando: a Movistar+, el canal responsable de la retransmisión del campeonato para España en 2017, le interesó muchísimo mi perfil femenino como líder de una escudería de la categoría reina y me hicieron un reportaje de lo más entretenido. Agnes y Yurena, telemétrica y piloto, también participaron en la entrevista; entre las tres resaltamos la imagen de la mujer en el *paddock*, yendo más allá de sostener un paraguas.

El jueves comenzó la acción en la pista y nos fue bastante *regulero*, pero el viernes Vincent consiguió firmar una segunda plaza en los terceros entrenamientos libres. Una tormenta terrible e inesperada condicionó las sesiones del sábado, por lo que no se pudo disputar la clasificación y la parrilla de salida se formó con los resultados de la tercera práctica. Increíble, pero en nuestra primera carrera íbamos a salir segundos.

El domingo cayó la del pulpo. Incluso, algunos equipos votamos por no correr, pero la organización del campeonato decidió esperar y la lluvia amainó, secando la pista y permitiendo que se disputase la carrera con 45 minutos de retraso.

El silencio era sepulcral en nuestro garaje. Maverick Viñales salió desde la *pole*, por delante de Vincent Joubert y Marc Márquez; pero Johann Zarco apareció de la nada y se colocó en cabeza de carrera…, hasta que se cayó en la curva 2. Andrea Dovizioso se puso líder, mientras por detrás Márquez, Joubert y Viñales se intercambian las posiciones de podio. A la mitad de vueltas, ¡pam! La desgracia. Caída de Vincent y abandono. Yurena concluyó en la novena plaza una carrera que terminó ganando Maverick. Nos fuimos de Catar habiendo perdido la gran oportunidad de sumar un primer metal en nuestro casillero.

Argentina no fue mejor. En esa ocasión, fue Yurena la que besó el asfalto; pero Vincent cometió un error al saltarse la salida y descendió hasta la decimosexta plaza, fuera de los puntos. Otro cero de Vincent.

Llegamos a Estados Unidos. Ya te lo advertí: una temporada de MotoGP™ es trepidante y apenas cuentas con margen para desconectar, socializar, tener vida más allá del *paddock*. Vamos dando tumbos de un lado para otro del mundo. En Austin la mala suerte se cebó con nosotros. Veníamos de unas tandas libres bastante irregulares cuando, durante el FP3, Yurena sufrió una caída feísima que obligó a Dirección de Carrera a ondear la bandera roja para facilitar su evacuación de la pista; Vincent fue último.

Salí disparada del box y cogí una *scooter* para desplazarme hasta el *Medical Center* del circuito. Entré en la instalaciones sin esperar la autorización de nadie.

—¿Cómo estás, Yurena? —pregunté al acceder al recinto médico. La vi aturdida y con expresión de dolor.

—Aún estamos valorando la gravedad de la lesión —respondió Gerard, nada sorprendido de mi intromisión—, pero hay fractura: cúbito y radio del brazo izquierdo.

Resoplé. Nos había mirado un tuerto.

—¿Para cuánto tiene? —quise saber, pensando en la posibilidad de ocupar su asiento vacío para el siguiente Gran Premio.

—Estoy valorando intervenir quirúrgicamente. De ser así, un mes; incluso, dos —contestó franco el doctor Vergés—. Empezamos con los antiinflamatorios —comentó a un colega de profesión que le daba soporte. Se retiró los guantes y rodó hasta mi posición—. Estas cosas pasan, pero no temas: se pondrá bien.

—Si hace falta que vuele lo antes posible a España, avísame que le gestiono el desplazamiento —dije, evitando perder el trato puramente formal de la conversación—. Me vas informando de todo.

A la mañana siguiente, Vincent firmó la séptima plaza y se hizo con los primeros 9 puntos que lo colocaron decimoquinto en la clasificación general. En cuanto el Gran Premio se dio por finalizado, abandoné Texas con Yurena. En España, Yurena fue operada en el Hospital Dexeus de Barcelona donde Gerard le colocó dos placas de titanio para estabilizar la fractura, con desplazamiento y conminuta, de cúbito y radio en su brazo izquierdo. El periodo de baja se estableció de seis a ocho semanas. ¡Un jodido mundo!

A principios de mayo, el calendario de la competición nos citaba en Jerez, uno de mis trazados favoritos. No solo me conquistan cada una de sus 12+1 curvas, sino que además el calor de la afición era una pasada. Hice llamar a Adam Schulz, el alemán que teníamos en retaguardia, para que condujese la moto de Yurena durante su recuperación. Lo hizo como el culo, pero al menos no se cayó. En la carrera, a 17 vueltas del final, Vincent Joubert volvió a irse por los suelos.

Nos quedamos a los test de MotoGP™ que se disputaban el lunes posterior al Gran Premio y en los que no conseguimos entrar entre los diez pilotos más rápidos después de 92 vueltas al circuito de Jerez. La situación en la escudería era crítica.

—¿Ves alguna razón en los datos de la telemetría? —comenté con Agnes, mi telemétrica. Ella era británica y entre nosotras hablábamos en inglés—. No sé, algo que justifique tanta caída. De cuatro carreras, Vincent se ha caído en tres y tengo a Yurena fuera de juego.

—Es una moto nerviosa, pero ya lo sabíamos. Tiene muchísimo temperamento y hay que ser muy delicado en el paso por curva. Es una máquina que requiere de un piloto fino porque agresiva ya es ella de por sí —explicó Agnes—. Quizá a quien habría que bajar las revoluciones es a Vincent. Si espera que la moto se adapte a él, puede acabar como Yurena. Mi consejo es que él se adapte a la moto, al menos durante estas primeras carreras. Es posible que no vaya del todo cómodo, pero sí que evitaría las caídas. Como se empeñe en domarla…

—Está bien. Hablaré con él —dije asintiendo repetidas veces con la cabeza—. Ya va siendo hora.

—¿Lo estás evitando, verdad? —curioseó Agnes.

—¿Tanto se nota? —respondí con un interrogante teñido de tristeza—. Intento ceñirme al box y a la moto.

—Tal vez ahí tienes el problema. Puede que Vincent necesite que “su jefa” sea un poco más cercana, más amiga —opinó la ingeniera.

—Vincent me confunde y no me lo puedo permitir. Empiezo hablando de la altura de la tija y acabo contándole lo mal que me hizo sentir mi exmarido cuando me dejó. O peor, termino pensando en él mientras me ducho —reconocí abochornada.

—¿Y qué tiene de malo? —consideró Agnes—. Deja de imaginarlo y cátalo, él parece dispuesto. Os dais una alegría para el cuerpo y él quizá empieza a rendir mejor —soltó con una seriedad pasmosa.

—No sería profesional por mi parte…

—¡Qué tontería! —exclamó ella, interrumpiendo mi remilgada defensa—. Anda, llámale y queda con él fuera de los circuitos, sin el uniforme del curro. Charla, pásalo bien, cuéntale que se deje llevar con la Suzuki y… contigo. —Bajó la tapa del portátil y empezó a recoger sus pertenencias del escritorio—. Verás como se relaja el ambiente.

Decidí hacer caso a Agnes y propiciar un encuentro menos “oficial”. Al término de los test, fui a buscar a Vincent a su *motorhome*. Toqué la puerta en varias ocasiones. Cuando creí que no había nadie en su interior, un hombre de unos cincuenta años me abrió. Se presentó como Thibaut, el padre de Vincent, y me informó de que su hijo estaba dándose una ducha. Me ofreció la posibilidad de esperarle, aunque me arrepentí al caer víctima de sus constantes juicios de valor y exigencias enmascaradas como

recomendaciones de mejora. Es más, percibí una amenaza:

—Como usted comprenderá, nosotros no podemos permitirnos perder el tiempo con escuderías mediocres que no aspiran al título de MotoGP™ —chapurreó en español—. Mi hijo se merece ganar y, si ustedes no pueden dárselo, tendremos que pensar en lo que es mejor para él y su futuro.

—No se olvide de que hay un contrato que cumplir; de lo contrario, la multa nos pagaría las mejoras que necesita la moto —contesté usando el mismo tono amenazador—. Solo por refrescarle la memoria.

—*Patronne*, ¿qué haces aquí? —Vincent se presenció en la diminuta estancia con su pecho húmedo al descubierto y una toalla blanca amarrada a la cintura tapando lo más excitante.

—Quería proponerte subir conmigo a Barcelona, en mi coche, así podemos comentar un poco el comienzo de temporada y buscar soluciones. —En todo momento mantuve la vista fija en su goteante cabello rubio, haciendo un esfuerzo sobrehumano por no bajar la mirada a lo que ocultaba la toalla—. ¿Te vienes? Salgo en una hora.

—*Bien sûr* —contestó un poco turbado por la propuesta. Le soltó un rollo a su padre en francés y añadió—: Me cambio y salgo. Nos vemos en el *hospitality*, ¿vale?

Vincent no usó la hora que tenía de margen. A los 15 minutos, sobre las 19:07 horas de la tarde, ya me buscaba. Tuvo que acercarse al *parking*, ya que yo aún estaba cargando el maletero de mi BMW Serie 1 y no me había dado tiempo de acudir al punto de encuentro en el *hospitality* del equipo. El piloto vestía de calle, de "persona normal", sin polo corporativo ni gorra de patrocinador: unos vaqueros grises, una camiseta blanca y una chupa de cuero negro. Su pelo aún estaba mojado y lucía revuelto. En cambio, yo seguía con el logo de Emme Café estampado en mi espalda y con una coleta deshecha.

—¿Preparado? —consulté al verle arrastrar una maleta.

—No estoy seguro —dijo, subrayando su preocupación—. No me malinterpretes: me agrada la idea de recorrer España de punta a punta con tu compañía, pero aún no entiendo cuál puede ser la razón principal. Dudo que desees pasar las próximas doce horas en un coche conmigo por gusto, sobre todo después de haberme estado evitando desde Catar.

—Lo siento, Vincent —me paré justo delante de él. Compartíamos estatura, por ende me resultó fácil intercambiar miradas con él—. Han sido unos meses difíciles. Nos está costando despegar… del suelo —tiré de humor negro, haciendo referencia al gran número de caídas que habíamos sufrido desde el inicio de temporada. Aunque mi objetivo era benévolo y solo pretendía romper un poco el hielo, a Vincent le incomodó aún más la alusión a sus accidentes—. ¿Cómo estás tú?

—Mal, ¡cómo voy a estar! ¡Está siendo una mierda! Me voy a matar si no logro cogerle el punto a la moto. Empiezo a tener miedo. ¡Mira Yurena! —admitió consternado.

—Yurena no será ni la primera ni la última compañera lesionada. Tu caída del domingo tampoco será "la definitiva". Lo importante es aprender de los errores de tu compañera y de los tuyos propios para que estemos más cerca de una medalla que la grava. —Acaricié su codo, buscando crear una atmósfera de complicidad—. Caerse no implica un fracaso intrínseco: es aprendizaje, supone estar un paso más cerca de mejorar y de conseguir un buen resultado. ¿No crees? Ven. —Lo atraje hacia mí y lo abracé.

Él recibió mi cuerpo como un sediento al agua en el desierto. Fue cuando me di cuenta de que el chaval solo necesitaba un abrazo sincero. Ni consejitos ni reprimendas, tan solo un abrazo. Me llenó los pulmones con su aroma cítrico, intensificado por la ducha que acababa de darse. Cosquilleé su cuello con la yema de mis dedos y se estremeció bajo la palma de mi mano. Suspiró sobre mi oído. Me apretó contra su anatomía y me clavé una hebilla de su chaqueta en un pezón, provocando que

diese un bote hacia atrás.

—*Pardon!* —se disculpó apenado, quitándose la cazadora.

—No pasa nada. —Sacudí mi ropa y noté que sus brazos se habían quedado huérfanos de afecto, pero yo consideré que era mejor ponerle fin a la conmovedora escenita. Cogí su maleta y la cargué en mi coche—. ¿Nos vamos?

Los primeros instantes en el interior del BMW fueron horribles. Los minutos pasaban y yo no sabía qué decir; intuyo que él tampoco. Por delante, más de 1000 kilómetros hasta Barcelona con noche de por medio.

—Bonito coche —dijo por decir algo.

—¡Oh! Gracias. Me alegra que te guste porque en un rato me relevas al volante —le informé—. Estoy ansiosa por conocer tus dotes con las cuatro ruedas.

—No tengo carné de conducir.

—¿Qué? ¡No jodas! —exclamé incrédula—. No había barajado esa casuística. ¡Qué faena!

—Tampoco tengo la licencia de moto para calle —agregó como dato aún más sorprendente.

—¿No? ¿En serio? —carcajeé—. ¡Me parto!

—Más gracia te hará saber que he suspendido el examen práctico cinco veces por conducción temeraria.

Mis carcajadas eran tan sonoras como sinceras. Lloré y todo, lo juro. Casi tengo que parar el coche. Me resultaba inverosímil pensar que cada fin de semana se subía a lomos de una moto de competición mientras que fuera del circuito lo tenía prohibido. Me dio hasta tos.

—¿Qué se debe sentir al ser profesor de autoescuela de Vincent Joubert? —lancé al aire.

Resultaba curioso someter a juicio a un piloto profesional participante en un campeonato internacional.

—Pena ninguna, ya te lo digo. Me suspenden sin piedad, una y otra vez. "¡Vas muy rápido, chico! ¡Afloja!", me dejan sordo por el intercomunicador. ¡Siempre lo apago! —contó encontrándose cada vez más cómodo con la charla—. Pretenden que vaya como una abuela por el *parking* de El Corte Inglés. ¡No puede ser! —se rio.

La anécdota de Vincent suavizó muchísimo la tensión. De su experiencia en la autoescuela pasamos a la mía (¡aprobé a la primera!), también a cómo surgió la idea de crear una escudería. Es más, tirando del hilo hacia atrás, terminé contándole mi añoranza por las carreras ilegales. Me encantaba hablar con él: era ameno, fresco. Las horas pasaron y, una vez superamos Ciudad Real, tocó parar a repostar en una Repsol de Manzanares. Era pasada la medianoche.

—Estiremos un poco las piernas.

—Voy a comprar algo de *manger* —me comunicó Vincent, abandonando su posición de copiloto.

Me bajé del coche, abrí el depósito de gasolina y cogí la manguera del surtidor para llenar de combustible el vehículo. Aún nos quedaba la mitad del camino: unas seis horas hasta Barcelona; pero, en principio, no habría más paradas.

Regresé a mi asiento de conductora, aguardando la llegada de Vincent, quien precisaba de una carretilla (véase la metáfora) para desplazar todos los productos que había comprado en la tienda de la gasolinera: patatas, refrescos, chocolatinas, caramelos… una mezcla que parecía destinada a satisfacer todos los antojos posibles.

—Está claro que hoy te saltas la dieta, ¿eh? —comenté ayudándole a organizar la mercancía.

—¡Es un día especial! —clamó entusiasmado—. ¿Quieres descansar un rato? Así comes tranquila y relajas la vista de tanta carretera.

Me pareció una buena sugerencia. Abandoné el área de surtidores de la gasolinera y me estacioné

en una zona retirada bajo la penumbra de la noche. Apagué el motor del coche, encendí la luz de cortesía del techo y abrí una lata de Coca-Cola.

—Gracias por acompañarme en este viaje, me lo estás amenizando muchísimo —agradecí honesta, antes de mordisquear una patata Pringle.

—Desde hace tiempo, deseaba estar a solas contigo —confesó con la misma franqueza que había usado yo en mi agradecimiento—. Sin embargo, entre que sé que no es lo correcto y que me rehuías pues… No he insistido demasiado.

—Vincent, yo…

No sabía cómo decirle que sí, que me gustaba, pero que -en efecto- no era lo correcto. Con mi exmarido como director médico de la Federación, lo que faltaba era que también se me relacionara sentimentalmente con el piloto que trabajaba conmigo. Por desgracia, me volvería la comidilla del *paddock*. O quizá no, pese a que yo creyese que sí. En cualquier caso, sabía que debería importarme entre poco y nada las críticas, aunque yo aún desconocía cómo llegar a ese nivel de pasotismo.

—No digas nada, no hace falta. —Puso uno de sus dedos con delicadeza sobre mis labios al notar como las palabras se me amontonaban en la garganta—. Tu sonrisa dice más de lo que crees.

Sonreí sonrojada. Me gustaba, me gustaba mucho. Me gustaban sus chistes malos, su manera de comer patatas, cómo se emocionaba al tratar temas delicados, cómo me hacía sentir apoyada cuando me merodeaban mis fantasmas. Me gustaba Vincent, pero no podía decírselo. No podía ser.

Silencio. Un silencio largo, pesado, un tanto afectado por el sonido de nuestras mandíbulas devorando las chucherías.

—Edel, se me ha ocurrido una idea —habló de repente, designándome por mi nombre de pila y poniendo fin a la interminable pausa que habíamos generado en el interior del vehículo—. Puede sonar una locura, pero quiero proponerlo de igual modo —añadió dudoso, aunque envalentonado—. En un par de semanas se disputa el Gran Premio de Francia, la carrera "de casa" de la que soy anfitrión. Mi familia tiene un pequeño caserío en Fresnay, a las orillas del río Sarthe, a 40 kilómetros del circuito de Le Mans. Se me había ocurrido… —La voz se le apagó. No supe si porque no encontraba las palabras en español o porque temía que su sugerencia fuese a sobrepasar la confianza que se supone tendría que tener una "jefa" y su "empleado". Es probable que fuese un poco de todo —. Estoy disfrutando de este viaje como hacía tiempo que no lo hacía y, pese a que faltan seis horas en coche, ya me lamento por lo corto que se está haciendo. De esta manera, he pensado que —respiró profundo, generando un receso— podríamos irnos unos días a mi casa de Fresnay. Es una zona preciosa, llena de historia y naturaleza. Si quieres, te la puedo enseñar. Serían como unas merecidas… *des vacances*. —Escondió bajo el término "vacaciones" una aventura clandestina que sonaba de lo más apasionante.

—¿Tú y yo? —Necesitaba cerciorarme de que esas "vacaciones" solo nos incluían a nosotros.

—*Toi et moi* —afirmó en francés.

Me nació una sonrisa incontrolable, de lo más traviesa. Lo observé fugazmente y de soslayo, algo vergonzosa. Me gustaba, me gustaba muchísimo. Y más me gustaba el concepto de lo ilícito. De un resoplido, me deshice de los prejuicios y del pánico a la crítica. Armándome de valor, me zambullí en el color turquesa de su iris para dar respuesta a su "propuesta indecente".

—Vámonos —acepté—. Ya. Ahora.

CAPÍTULO 8

EL MÓVIL SEGUÍA SONANDO

Bienvenue dans la Sarthe! Estábamos como cabras. Cambiamos la ruta del GPS y sacamos Barcelona del mapa para subir por Burgos, atravesar Vitoria, pasar por San Sebastián y cruzar la frontera por Irún. Después recorrimos 700 kilómetros más en territorio francés para llegar a Fresnay-sur-Sarthe. Sumé un total de dieciocho horas al volante y tres latas de Monster Energy, una por cada depósito de gasolina que rellené.

A pesar de la paliza conduciendo, me sentía pletórica. Estaba en Fresnay, a las puertas de los Alpes Mancilles, en una pintoresca villa medieval con su castillo amurallado, casas de piedra y un puente que unía las dos frondosas orillas del río Sarthe.

La casa familiar de Vincent se encontraba en el centro del pueblo, construida en piedra caliza y esquisto. Los marcos y las ventanas, de madera, decoraban su contorno con piedra de Roussard. El garaje era un gran portón contrachapado que se abría a mano. Por la estética, hubo un momento en el que creí que mi BMW era el DeLorean y que habíamos retrocedido varios siglos.

—Es un pueblo precioso, Vincent. Y la casa es… Brutal. —Me había quedado sin palabras.

—El interior está reformado. La usamos poco, ya que la ofrecemos en Airbnb como vivienda de turismo vacacional y suele estar alquilada buena parte del año —me informó mientras me ayudaba a descargar el equipaje del coche—. Estos días está a nuestra completa disposición. Será nuestra.

—Espero que nos guarde el secreto —comenté con picaresca.

Vincent se aproximó hacia mí. Lo sentí cerca, demasiado, y justo cuando me estaba mojando los labios, me arrebató de las manos una de las mochilas que sostenía. El chaval solo quería librarme de cargar peso y no plantarme un apasionado beso como en las pelis románticas que tanto consumía en Netflix.

—Son casi las dos de la tarde, tendrás hambre —adivinó, supuse que por el rugir de mis tripas—. En lo que te pones cómoda, iré al *supermarché du coin* y compraré algo para *manger* que no sean patatas ni chocolates. Prometido.

Dicho y hecho. Vincent se marchó y yo me quedé sola, instalándome. La vivienda tenía 3 habitaciones, 2 baños, con cocina y salón unidos. Todo ordenado e impoluto, como su dormitorio en Catar. Deshice el equipaje, algo raro en mí, pero quise fingir ser igual de organizada. Venía de un fin de semana de circuito, así que separé la ropa sucia y preparé una lavadora. Me aseé, deshaciéndome de la camiseta del Emme Café Racing MotoGP™ y convirtiéndome en Edelweiss. Quería ser Edelweiss, ni la *patronne* de nadie ni la jefa de nada. Edelweiss.

Vincent regresó con un mézclum de lechugas, rábanos, atún, huevos y demás ingredientes necesarios para elaborar una ensalada; unas pechugas de un tipo de pollo francés, conocido como Fermier de Loué; y fruta y yogures de postre. Para beber, mi nuevo vicio: Orangina (de limón). Uhm.

Con ese olor a cítrico. Un sucedáneo de Vincent.

Yo me encargué de la ensalada y Vincent de cocinar el pollo a la plancha. La casa disponía de unas maravillosas vistas al río, por lo que comimos en el balcón para disfrutar del entorno.

—¿Ya elegiste habitación? —curioseó, seleccionando los ingredientes de su gusto en la ensalada—. Te recomiendo la habitación doble, aunque la decoración dé un poco de miedo. La cama es muy cómoda, tiene tele y baño privado en el interior.

Me pareció muy cortés por su parte brindarme un espacio personal e íntimo. En ningún caso me hizo sentir como una conquista a la que tenía intenciones de follarse sin más. Me cuidaba como a una preciada amiga, haciéndome sentir respetada y confortable.

—Muchas gracias. Eres muy amable —manifesté entre bostezos— y estaba todo riquísimo, pero has pronunciado la palabra mágica: "cama". Voy a echarme una siesta. Estoy agotada.

—¡Faltaría más! Yo recojo, tú descansa —agregó, disponiéndose a limpiar la mesa—. Siéntete en tu casa.

Conduje dieciocho horas, ¿te acuerdas? Pues fueron casi las que dormí del tirón. Me tumbé en la cama y hasta las 8 de la mañana del día siguiente no me desperté. No solo era cómoda la cama, sino que además no se escuchaba ni un ruido del exterior. Unido al cansancio, la jornada de sueño superó límites jamás "dormidos" con anterioridad. ¡Guau! ¡Vaya sobada!

El día venidero dieron comienzo las mejores vacaciones de mi vida.

Tuve una infancia privilegiada. He celebrado varios cumpleaños en DisneyLand París, esclavizando a Mickey Mouse a mi lado durante medio viaje. También he conocido a Papá Noel en Rovaniemi, he visto auroras boreales en Islandia y he recorrido la Ruta 66 en los dos sentidos. Joder, he hecho mil cosas, pero qué bien lo pasé descubriendo la Sarthe con Vincent.

Empezamos visitando el castillo de Fresnay-sur-Sarthe, o lo que quedaba de él; lo mejor fue perdernos en sus jardines y disfrutar de la panorámica del pueblo. Paseamos a caballo por los caminos de rocas, retamas y brezos que *arterian* [sic] los Alpes Mancelles, practicamos senderismo entre robles sésiles, hayas y pinos silvestres en el bosque de Écouves e hicimos cicloturismo para "conquistar" otros castillos, iglesias y abadías. Cada día, Vincent me sorprendía con un planazo mejor que el anterior.

Me encantó comer *pavé de bœuf* en Saint-Céneri-le-Gére y bañarnos en el lago de Sillé. Fue sobre un pequeño barco a pedales, enrollada en una toalla y aun así tiritando de frío, cuando observé con detenimiento y en silencio a Vincent mientras guiaba la navegación. Vestía con unas bermudas salpicadas por motitas de agua y sin camiseta. No era un chico especialmente musculoso, pero sí que su cuerpo estaba definido. Vamos, en resumen: podías estudiar anatomía con él. Me fijé en las cicatrices. Tenía un montón. En las manos, los brazos y en ambas clavículas. Vincent se percató del análisis visual al que le había sometido.

—¿Pasa algo? —preguntó, frunciendo el ceño.

—No, nada. —Aparté la vista, algo cortada, y acompañando mi disimulo de un carraspeo de garganta.

—Son heridas de guerra —añadió él, sabiendo a la perfección que le había estado escudriñando las marcas de su dermis—. Esta fue la última. —Se descalzó el pie derecho, quitándose también el calcetín—. *Souvenir* de Jerez: abrasión en el meñique. Dejará marca, pero estoy bien. —Me la mostró. ¡Qué dolor!

Los pies también los tenía tocados, así como una cicatriz en el tobillo. La uña del dedo pulgar estaba negra, aunque intuí que era consecuencia del ejercicio. Sea como fuere, Vincent era

Frankenstein.

—Veo huellas de dolor y sufrimiento en tu cuerpo —expuse como conclusión a mi rápida evaluación.

—Eso es porque mantengo oculta la parte que da más alegrías —dijo con guasa, refiriéndose a lo que escondían sus calzoncillos; me desternillé—. Son gajes del oficio. Estoy orgulloso de mis cicatrices: me recuerdan que no ha sido fácil, pero que ha valido la pena porque soy quien soy gracias a ellas —agregó, tocándose el hombro izquierdo—. Me he operado tres veces de esta clavícula.

—¡Guau! —exclamé horrorizada—. ¿Puedo? —Extendí la mano y le pedí permiso para acariciar la cicatriz; él asintió con la cabeza.

Con extrema delicadeza, rocé la yema de mis dedos por el itinerario que marcaba la línea blanquecina y rosácea que se extendía por su piel. Me estremecí. Él tomó mi mano y se la llevó a los labios, donde besó una a una cada falange sin dejar de mirarme. Mis mejillas se colorearon y dejé de tiritar, sobrándome hasta la toalla por el calor que me había transmitido Vincent a través de sus ojos. Abandoné mi asiento y la toalla que me cubría con la intención de acortar centímetros entre su rostro y el mío. Su mano soltó la mía para abrir los brazos y recibirme entre ellos. Yo apoyé las palmas sobre su pecho. Me mordí el labio. “Lo siento, Lourdes, no puedo evitarlo”, pensé. Lourdes es una amiga mía de Granollers que siempre se reía de que me mordía el labio cuando me ponía cachonda perdida. Una de esas amistades que compartía con Gerard y que quedaron atrás cuando me divorcié. Echaba de menos a Lourdes. “Luego le mando un WhatsApp”, anoté mentalmente.

Me estaba desconcentrando. La boca de Vincent había iniciado un viaje por mi cuello que requería de mi completa atención. Hacía varios meses que no follaba. Quien dice “varios”, dice “muchos”. Bueno, quien dice “meses”, dice “años”. A ver, no hacía años que no follaba, eso no; pero sí tantos meses que fácilmente podían sumar un año. Quizá mi himen se había reconstruido. “¿Te acordarás de cómo se hacía?”, dudé en mi fuero interno. “Espera, espera, ¿de verdad te estás planteando acostarte con tu piloto?”. ¡Cerebro! ¡Qué cabronazo eres!

—Si quieres, paro… —pronunció Vincent lamiéndome el lóbulo de la oreja.

Intenciones de parar -lo que se dice “intenciones” como tal- no parecía tener. Y yo tampoco quería que las tuviese.

—Ni se te ocurra —le susurré—. Ahora que me he decidido.

—Por fin —gruñó y me agarró con fuerza las nalgas para…

Volar. Y volé. Volé al agua. Cogió mi culo con tanto ímpetu que el barco se movió, Vincent perdió el equilibrio y yo terminé hundida como la nueva versión del Titanic del lago de Sillé.

Nadé hacia la superficie y vi como Vincent se lanzaba de cabeza al agua sin quitarse las bermudas. Buceó hasta mí, me sostuvo, ayudándome a mantenerme a flote en un remanso donde no hacía pie.

—*Comment ça va? Êtes-vous ok?* —se interesó con tanta preocupación que no le salió ni hablar en español.

Recuperé el resuello. Tosí, expulsando medio lago de mis pulmones. Desde que recobré la normalidad en mi respiración, me descojoné. A carcajada limpia, pura, ensordecedora. Vincent se quedó desconcertado, pero al poco se sumó a la fiesta de la risa. La situación fue de lo más hilarante y la tensión dio paso al clamor de nuestras risotadas.

Aún se escuchaban el eco de las carcajadas, cuando rodeé su cuello y lo besé. No sabía a cítrico, sino a materia orgánica. El agua del lago había modificado el sabor de lima-limón -que tanto anhelaba degustar- para dar paso a un regusto de tierra y hierba húmeda. De cualquier modo, me encantó. Nos comimos. Nos devoramos. Había ganas, por su parte y por la mía. Nuestras lenguas sintieron alivio al conocerse, tan deseosas de intercambiar saliva. Saliva, tierra y hierba. Una combinación que bien

podría convertirse en un cóctel. Que se quiten los mojitos y las piñas coladas, yo solo quería beberme a Vincent en el lago de Sillé.

El beso, en un lento y gradual proceso, redujo su intensidad hasta convertir la ardiente pasión inicial en una suave ola de romanticismo que nos envolvió por completo.

—*Ça va bien* —contesté tardía a su interrogante—. *Ça va* de puta madre —, agregué separándome de sus labios para besarle la nariz.

—*Je suis dingue de toi* —masculló, aún sediento de mi boca.

—¿Cómo? —inquirí confundida—. Mejor no me hagas pensar demasiado porque en este instante mi sangre no está regando mi cerebro. —Sí, amiguis, debía tener todo el flujo sanguíneo concentrado en los bajos. Él sonrió, dejándome ver su imperfecto colmillo—. Salgamos de aquí o terminaremos contagiándonos de alguna mierda desconocida por la ciencia.

Nadé hacia el bote. No era yo Michael Phelps, pero los perros tampoco y se desplazan -a duras penas- por el agua. Imagínate la misma estampa, con menos vello corporal.

Ya en el barquito de pedales, compartí toalla con Vincent. No estaba en nuestro plan concluir la tarde con un bañito, por lo que teníamos que aprovechar los escasos recursos de los disponíamos. Él, con toda la naturalidad, se quitó las bermudas quedándose como su bendita madre lo trajo al mundo. Miré al cielo, algo nublado (por cierto); a las copas de los árboles, bien frondosas; al agua del lago, que estaba más verde de lo que me hubiese gustado; al bote, desgastado por el uso; y a su polla. ¡Joder! Quise resistirme, pero la curiosidad se antepuso a la moralidad. ¿Te la describo o es de mal gusto? Un poco de mal gusto sí que me parece. Bueno, solo te informo de que la miré. Sí, la miré. Y añado que me nació el deseo de probarle "algo más" que la lengua. Ya me entiendes. Salí inconformista. ¡Qué le vamos a hacer!

—¿Qué miras? —curioseó riéndose. "Vaya pillada", pensé.

—¿Yo? Nada. —Mentir no era lo mío, por ello "de ahogados al río" (nunca mejor dicho)—. Vale, lo confieso: miro lo que me he perdido por mi complejo de sirena.

Vincent se amarró la toalla a la cintura y se deslizó por su asiento hasta el mío, trabajando con minuciosidad el equilibrio para impedir mandarme de regreso al lago en su afán por *Liberad a Willy*.

—No te has perdido nada. Aún —me besó—. Bandera roja en pista. Ahora reanudaremos la sesión —masculló sobre mi boca, haciendo una analogía de la competición que compartíamos—. Solo lo has aplazado.

Mi BMW Serie 1 se transformó en el Subaru Impreza STI de Colin McRae. "Uno izquierda, tres derecha, RAS, cuidado barro, dos SASAR", de rally por la carretera que unía el Parque Natural Regional de Normandía-Maine con Fresnay-sur-Sarthe. Al coche le saqué caballos de vapor que ni el fabricante sabía que tenía. Una vez aparqué mi agonizante vehículo, me bajé y ataqué a Vincent mientras cerraba manualmente la puerta del garaje. Con nuestras bocas imantadas, nos desplazamos hasta el interior de la casa, tropezándonos con todo lo *tropezable* [sic]. Lo empujé contra el sofá y me senté sobre él. No tardó en quitarme la humedecida camiseta, dejándome en sujetador frente a frente. Se perdió entre mis senos y fue cuando escuché el hilo musical de un tono de móvil.

—¿Escuchas eso? —pregunté, convencida de que un teléfono estaba sonando sin parar.

—No —aseguró él, desabrochándome el sostén y liberando mis tetas. Gruñó y respiró hondo, relamiéndose.

—Sí, sí. Está sonando un móvil —insistí.

—Déjalo que suene —me suplicó.

Me esforcé en obedecerle, en centrarme en el placer que me proporcionaba su juguetona lengua sobre mis pezones. Incluso, noté su erección bajo la famosa toalla y creí que ya era hora de desatar a

la bestia, pero…

El móvil seguía sonando.

—Será un momento —me levanté, domingas al aire, y salí corriendo a buscar el teléfono.

Vincent se quedó refunfuñando en la sala, maldiciendo en francés al responsable de la llamada. El francés es un idioma maravilloso para insultar, ya que todo suena *fantastique*: *"débile, bête, idiot, stupide, con, salaud, cochon"*. ¿Quién diría que me estoy cagando en tus muertos, eh? *Nique ta mere!*

Mi móvil estaba en el suelo de la entrada: deduje que fue una de las víctimas de mi "Calentón viajero", nuevo programa de Cuatro (aunque fuésemos dos. O tres, con el plasta de la llamada).

Agarré el teléfono y, antes de descolgar, vi que era un número de España. "Verás lo que me cobran de *roaming*", protesté y lo cogí.

—¿Dígame? —pregunté jadeante.

—¿Dónde te metes, Edelweiss? Es imposible localizarte —informó el interlocutor.

—Disculpa, ¿quién eres? —interrogué aún con evidente falta de aire.

—Soy Gerard. Te llamo desde la centralita del hospital. ¿Te encuentras bien? —quiso saber angustiado.

—¡Gerard! —exclamé escéptica.

—*Quoi? Merde!* —gritó decepcionado Vincent desde el salón.

—Gerard, no es buen momento —le informé, intentando quitármelo de encima.

—Ya veo, ya. Solo te llamaba para decirte que Yurena ha comenzado hoy la rehabilitación y ha ido muy bien —comentó con profesionalidad—. La evolución de su lesión es favorable.

—Vale, muchas gracias por contármelo. —Hice lo posible por mostrarme afable y para nada cachonda ni con las tetas al aire—. Vamos hablando.

—¿Estás con él? —inquirió decepcionado.

—¿Yo? ¿Con quién? —Gesticulé un "*shh*" silencioso a Vincent para que dejara de protestar en segundo plano. Tomé asiento a su lado, pero él prefirió levantarse, ajustarse la toalla e irse.

—Con el agricultor.

—¿Qué agricultor? —Estaba flipando.

—El manoplas.

—¿De qué hablas? —Continuaba flipando (x2).

—El gabacho.

—No te sigo, Gerard —respondí sincera, flipando (x3).

—*Mare meva*… ¿Te diste un golpe mientras te empotraba? —dijo de muy malas formas—. Que si te estás tirando al piloto francés que trabaja contigo y que se cree que la moto es un tractor, ¡todo el día por la grava! ¿Cuántas caídas lleva? Más que Grandes Premios —se burló—. Patético.

—¿Se puede ser más despreciable? —cuestioné retórica—. No te debo ninguna explicación ni de dónde estoy ni con quién. Déjame en paz.

—Edelweiss… —susurró mi nombre acongojado justo cuando iba a cortar la llamada. Aunque no respondí, le di margen para agregar lo que quisiera—. Perdón, no me hagas caso. Es que… Me da… Siento… Yo… Es igual —se vio incapaz de comunicarme sus impresiones—. Sé feliz, ¿vale?

—Eso intento, Gerard —le contesté con tristeza—. Cinco años llevo intentándolo. Ahora que, por fin, creo que estoy encontrando esa felicidad, te ruego que me dejes tranquila. No me llames. No opines, no juzgues. Déjame en paz.

—No pretendo entrometerme, solo quiero protegerte —se defendió.

—Haberme protegido de ti mismo, de tu desprecio, del sentimiento de culpa. De lo que tú me hiciste sufrir, de lo que tú me hiciste llorar —le recriminé—. No te enfundes la capa de héroe, cuando hace un

tiempo tú solito decidiste convertirte en el villano de mi vida.

Lo escuché sollozar al otro lado del teléfono y me dio mucha pena. Consideré que ya me había cebado demasiado con él. Yo no quería iniciar ninguna guerra, nunca fue mi objetivo, pero tampoco podía consentirle que siguiese descargando su frustración conmigo.

—Te dejaré en paz —concluyó—. *Adéu*.

Al final, colgó él. Me quedé abatida, como si me hubiesen dado una paliza en el alma. Permanecí con el móvil en la oreja unos segundos, hasta que me sacó de mi ensoñación el pitido rítmico que anunciaba el final de la conexión. Resoplé.

Vincent había abandonado el sofá, pero regresó a la sala -ya vestido y sin toalla- para devolverme mi sujetador y camiseta. Gerard había destruido cualquier posibilidad de sexo. Con su llamada había disipado la tensión, hizo añicos la pasión.

Me puse la camiseta, aún mojada; el sostén lo doblé y lo dejé sobre la mesa auxiliar.

—Yurena se está recuperando bien —informé con la voz rota—. Hoy ha empezado la recuperación.

—Me alegro por ella —dijo, abriendo la nevera y bebiendo agua directamente de la botella.

—Yo también —añadí, sin saber qué más decir.

—¿Quieres ver una peli esta noche? —propuso, cambiando de tema.

—Siento haber cogido la llamada —me disculpé sincera, retomando la conversación.

—Era importante. Yurena es importante. Tenías que responderle, no te preocupes —se mostró comprensivo, aunque distante y solemne.

—No le quiero. Ya no —confesé, creyéndome mis propias palabras—. Quiero no quererle. Quiero olvidarle —añadí con dolor.

—Dicen por ahí que “intentar olvidar a alguien es recordarle para siempre” —recurrió a una certera frase de sobre de azúcar.

—Puede ser, pero… Lo he pensado mucho. Quizá, demasiado. Le he dado tantas vueltas que creí volverme loca. Sin embargo, ya está decidido: me gustas, Vincent —me declaré, apestando a agua empozada, despelucada y sin maquillaje en mitad de la cocina de su segunda residencia—. Aún es pronto para hablar de “amor”, pero no puedo negarte que me gustas, que quiero seguirte conociendo, que me encantaría hacer de estas vacaciones nuestro día a día. —Suspiré nerviosa. Tomé sus manos y clavé mi mirada sobre la suya—. ¿Nos damos una oportunidad?

Él me contestó con un beso.

CAPÍTULO 9

así fue como...

Los días pasaron e irremediablemente el calendario de MotoGP™ se nos echó encima. Tuvimos que desplazarnos hasta Le Mans, dejando atrás unas vacaciones inolvidables en Fresnay-sur-Sarthe; cambiando el caserío familiar de Vincent por un Ibis en el centro de la ciudad y la comida casera por los menús del cáterin. Eso sí, lo que se mantenía invariable era mi cama: tan vacía en Le Mans como en Fresnay.

El sexo quedó pendiente entre nosotros. Tras la llamada de Gerard, Vincent se enfrió. Sí que aceptó mi propuesta de seguirnos conociendo, pero se encerró bastante en sí mismo. No lo culpé. Respeté que cada persona tiene su *timing* y nada bueno se consigue con prisas. Fui la primera que dudó, no tenía derecho a cancelar su periodo de incertidumbre. Además, a veces lo sorprendía comiéndome con la mirada. Me deseaba, lo hacía patente, pero consideró esencial apretar el botón de "pausa". Accedí sin objeciones.

En Le Mans, él pernoctaba en el *paddock*, en el *motorhome* que su padre le trasladó de España a Francia. Yo, por mi parte, me quedé en un hotel con el resto del equipo. Nadie notó nada. En el circuito, volví a ser su *patronne*; él, mi piloto.

Llovía. Llovía a cántaros. En los primeros entrenamientos libres del viernes, Vincent fue undécimo, a +4.095 del tiempo registrado por el líder de la práctica, Jack Miller. Un resultado de mierda, pero las condiciones de la pista eran peligrosas y el fin de semana acababa de comenzar. Por la tarde, seguía lloviendo y, pese a todo, entró quinto a tan solo +0.405 de Andrea Dovizioso. Me acerqué a su lado del box para darle la enhorabuena.

—¡Felicidades! —exclamé delante de ingenieros y mecánicos que trabajaban sobre su moto—. Has estado espléndido.

—Gracias. El asfalto parece una pista de hielo —añadió secando el casco con una servilleta y colocándolo en la estantería.

—El pronóstico es que tanto la clasificación de este sábado como la carrera del domingo serán en seco —le informé—. A ver si mañana podemos realizar algún ensayo previo con el *slick* y nos cuentas cómo va.

Él reclamó mi mano y la puso sobre su pecho. Agnes observaba vigilante desde la distancia, agazapada tras su ordenador.

—Estoy empapado. ¿Me ayudas? —Detecté la cremallera de su mono y me pidió colaboración para quitárselo. Allí, delante de todos.

—Buen trabajo hoy. —Aparté la mano con brusquedad, me di la vuelta y visité el rincón de Adam Schulz, el sustituto de Yurena, para comentar la jornada con él.

Vincent se quedó frustrado y no me habló durante todo el sábado. La FP3 fue en mojado y un

desastre, quedando decimoséptimo en la tabla de tiempos combinados y obligándose a pasar por la Q1. Tampoco superó el corte de la Q1, a pesar de que por fin la lluvia había amainado. Su posición de clasificación se mantuvo lejos de la primera fila de la parrilla de salida, decimoctavo. Adam, su compañero, fue último.

—Tía, ¿qué pasó ayer con Vincent? —se interesó Agnes nada más verme aparecer por el box tras la sesión cronometrada—. El chaval se quedó destrozado. Hoy no ha dado pie con bola en todo el día. De ser quinto el viernes a salir en sexta línea el domingo. ¿Qué le dijiste?

—¿Me estás echando la culpa a mí? —cuestioné abrumada.

—Un poco sí, la verdad —admitió con franqueza mi amiga—. Creo que tu misión es motivarle, no hundirle. Casi es preferible que no vuelvas al box.

—¿Cómo? Lo que me faltaba es que no pudiese entrar al garaje de mi propio equipo —respondí ofendida.

—Edel, Vincent tiene 21 años. Se dedica a jugarse la vida, está sometido a mucha presión. Además, se ha ilusionado contigo o yo qué sé, pero tu presencia le condiciona —resumió—. Entonces o le echas cuatro polvos y me lo dejas relajadito; o tendré que impedirte la entrada al box porque del despiste que nos lleva se puede matar en cualquier momento.

Entré en shock. Bien se dice que “la confianza da asco”. Y tanto. Joder. Aun cuando sabía que tenía parte de razón, me vi en la necesidad de callarle la boca y ponerla en su sitio.

—Agnes, mucho cuidadito —la amenacé—. Cuidado, no vayas a ser tú la próxima que no entre en el garaje. ¿Entendido? Céntrate en hacer tu trabajo que, si no te gusta, ya sabes dónde está la puerta. No esperes a que sea yo la que te eche de aquí porque, de hacerlo, cuenta con las malas formas —le guiñé un ojo y me marché a charlar con el ingeniero jefe sobre las conclusiones del fin de semana.

Al culminar mi análisis, salí del box y vi luz en el camión. Me pareció escuchar a Vincent charlando con su compañero. Subí las escaleras metálicas y toqué la puerta. Uno de los dos, ignoro quién, me concedió permiso para entrar.

—Buenas tardes, chicos —saludé en español, aunque Adam era alemán y apenas controlaba el idioma.

—*Hallo* —saludó Adam, vestido con ropa casual. Vincent se mantuvo callado, aún ataviado con el mono deportivo.

—Adam, tengo que hablar con Vincent en privado. ¿Nos disculpas, por favor? —pedí en inglés. Él pareció entenderme mejor en inglés que en español, por lo que pilló el mensaje y se despidió con un tímido “*Auf Wiedersehen*”. ¿Has visto qué rápido hemos aprendido a decir “hola y adiós” en alemán? Suscríbete para más consejos.

Adam cerró la puerta al salir, dejándonos a solas. En el exterior se escuchaba el barullo de las motos arrancando para la disputa de la segunda tanda de la clasificación, aquella en la que Vincent no participó por sus malos resultados.

—¿A qué has venido? —quiso saber mientras intentaba quitarse el mono, esta vez sin pedirme colaboración; se la presté de igual modo—. Ahora que no hay nadie sí que me ayudas, ¿no?

—Vincent, te prometo que en ningún momento mi intención fue ofenderte —aseguré, tirando de una de las mangas—. Simplemente, creí que no era ni el sitio ni el instante de poner de manifiesto nuestra relación, y mucho menos generar comentarios innecesarios por desvestirte en público.

—Solo te pedí ayuda para quitarme -cuanto antes- un mono mojado y no pillarme un gripazo. —Vincent estornudó. Algo resfriado sí que estaba—. Me gustaría que fuese todo más *naturel*, cotidiano. No quiero que parezcamos dos personas diferentes: la versión pública, frígida y distante; y la íntima, bondadosa y apasionada.

—Poco a poco. Aún no sé "ser jefa", imagínate "jefa y amante" al mismo tiempo —sonreí con apocamiento—. Esta situación es tan novedosa como reciente para mí, e intuyo que para ti también. Eso no quiere decir que no la quiera vivir, solo que… despacio. Rápido ya vas en la pista; por fuera, ¿qué prisa tienes?

—Te necesito más de lo que imaginaba —confesó desconsolado—. Estos días han sido tan especiales que me jode muchísimo volver a la maldita *réalité*. Me dijiste que querías que Fresnay fuese nuestro día a día. ¿Dónde está ese deseo? —increpó dolido—. *Où est ma sirène?*

"Su sirena", ¡qué bonito! Me conmovió y, sin mediar palabra, le abracé. Ya se había retirado el cuero protector, aunque aún no pude tener contacto con su dermis por la presencia del sotomono. Lo apreté contra mi cuerpo, sintiéndome reconfortada al apoyarme sobre su pecho y notar su martilleante corazón.

—Perdóname —murmuré sin apartarme de él—. Perdóname, Vincent —insistí, besándole allá donde encontraba piel: su cuello, sus mejillas, sus labios—. ¿Sabes? Este fin de semana he tenido miedo. He presenciado caídas feas, lesiones terribles. Perdimos a Luis Salom el año pasado y ya viste el aparatoso accidente de Miller esta mañana. Ayer llovía muchísimo y no podía pensar en récords ni en vueltas rápidas ni tampoco en posiciones. Tuve miedo de que te fuese a pasar algo. Tengo miedo ahora —admití—. Mañana partirás decimoctavo, pero… ¿qué más da? Estás aquí. Has conseguido que eso sea lo único que valore.

Y como si hubiese activado el "modo: *party*", Vincent dejó de necesitar tiempo para decidir si quería sexo o no conmigo. Mi discurso fue como una chispa en un charco de gasolina. Se encendió. Se prendió. Su juventud iba de la mano de su ímpetu, y eso me ponía a mil. Yo también me encendí. También me prendí. Había cierta agresividad, e incluso violencia controlada y consentida, en sus besos, en sus caricias. Me mordía el cuello, me tiraba del pelo. Me gustaba. Era pura fogosidad. Pasión.

Ahora sí que colaboré, con gusto, en arrancarle la ropa. Cuando lo tuve desnudo frente a mí, me acordé de que cualquiera podría abrir la puerta del camión y descubrirnos. No me importó. El calentón no me dejó evaluar los riesgos, debatir los pros y los contra. Mi mente me susurraba los "pros" mientras pensaba en la *saucisse* que me iba a merendar.

Pero no quiso, el maldito. Me puse de rodillas, dispuesta a practicarle sexo oral y se negó.

—No, no. —Me invitó a tomar asiento en un banco—. Yo a ti.

Aunque me quedé con hambre, tampoco entré a discutir. Si él quería bucear primero, yo no era nadie para prohibírselo. Navegó: con la boca, con la lengua, pero también con el dedo; los dedos. Murmuraba en francés, no sé qué coño me decía, pero me excitaba muchísimo.

—*Donne le moi, bébé* —pronunció.

Me fui. Me vine. Me fui. No sé a dónde, pero debía de ser el paraíso.

Me giró. Me puso de espaldas a él y…

—*Merde!* —exclamó agobiado.

—¿Qué pasó? —logré decir, aún no sé ni cómo.

—*Je n'ai pas de préservatif* —dijo en francés—. Condones. No tengo condones —tradujo al español.

—Eh… Pues… —¡Vaya percal!—. Córrete fuera —se me ocurrió, deseosa de que continuara con la faena dentro de mí y sin entrar a sopesar los riesgos. "Antes de llover, chispea", no lo olvides nunca; es de primero de Educación Sexual.

—¿Estás segura?

Le agarré su rígida virilidad y la introduje en mi vagina. Él gritó de placer, de la sorpresa, del polvazo que nos estábamos gozando. Agonizaba, manteniendo el ritmo y la calma para no venirse

conmigo a “no sé dónde”. Al paraíso.

Pronto aceleró. Como un buen automóvil de lujo, pasó de 0 a 100 en 2,5 segundos y tuvo que apurarse en sacar el arma antes de que se le disparase. Una vez fuera, tuve la agilidad de sacar un pañuelo usado de la papelera. Un poco asqueroso el tema, pero era eso o decorar con estuco las paredes del camión.

Vincent llegó al orgasmo y agradeció el pañuelo, aunque recogiese los mocos de alguien. Pobre pañuelo. Dura vida tuvo.

En lo que él recuperaba el resuello, yo me adecenté. Me subí las bragas, los pantalones y me ajusté el sostén y la camisa. Cepillé el pelo con los dedos y retiré las marcas de carmín chorreado. Tardé en arreglarme menos que él en correrse.

—Va, vístete —le pedí apurada al verlo todavía desnudo y semiinconsciente—. Puede entrar cualquiera —recordé observando con temor la puerta.

—Pero, “¿qué prisa tienes?” —rio extasiado, parafraseando mi pregunta previa al momento porno que acabábamos de vivir, pese a que el contexto no acompañase.

—¡Va, va! —Extendí las manos para favorecer su verticalidad, pero me arrastró hacia él para volverme a besar.

—*Je suis dingue de toi* —repitió como la vez en el lago.

—Algún día me tendrás que decir qué significa eso.

—Algún día, *ma sirène*. —Acarició mi pelo mientras me observaba con devoción.

—¿Quién habrá hecho la *pole*? —verbalicé en voz alta mi curiosidad interna.

—Uhmm… Y así, *Mesdames et Messieurs*, es cómo se pone fin a la *magie* de un instante romántico. —Se desperezó y volvió a estornudar.

—Tú no te vistas… —comenté con ironía. ¡Menudo *catarrazo* se había cogido! Agarré el mando del televisor que teníamos en el interior del camión y activé la retransmisión—. Maverick, *pole*, con un tiempo de 1:31.994. Segunda *pole* de Viñales con Yamaha. Buen comienzo de año.

En lo que yo hablaba, Vincent se vestía. Me quedé embobada viendo los *highlights* de la clasificación, analizando el paso de Valentino Rossi por las curvas 7 y 8, la parte más complicada del circuito.

—Oye, a ver qué te parece: si quieres esta tarde quedamos y revisionamos los entrenos para ver cómo toman los giros de *Chemin aux Boeufs* el resto de pilotos —sugerí—. Creo que si cambiamos el punto de frenada, puedes ganar tiempo. ¿Te has fijado cómo traza Valentino? Además, al encararla diferente a nosotros, consigue preparar mejor la *"S" du Garage Bleu*.

—Está bien —me agarró por la cintura y besó mi sien—. Después de la siesta, ¿te parece?

Nos pasamos la tarde viendo vídeos. Ya no solo de la temporada en curso, sino que añadimos carreras clásicas. También jugamos al videojuego de MotoGP™ en PlayStation 4 para memorizar, aún más si es posible, cada una de las 11 curvas de la versión corta de Le Mans (Bugatti). Al caer la noche, volví a la cama vacía de mi hotel, pero con una alegría que mi cuerpo necesitaba desde hacía meses. ¿Y mi corazón?

El domingo, Vincent remontó desde la decimoctava posición hasta la segunda. Con dos cojones. La carrera fue declarada en seco y, tras apagarse el semáforo rojo, inició una odisea cargada de adelantamientos al límite y pugnas vertiginosas. Hubo roces de carenado, inventó huecos, abrió puertas y ventanas, y se enganchó al grupo de cabeza para robarle la plata a Dani Pedrosa en la última vuelta. Maverick Viñales ganó el Gran Premio de Francia de 2017, pero Vincent Joubert sumó su primer podio en la categoría reina del Mundial de Motociclismo delante de su afición. Una recompensa en forma de medalla a las caídas y a su duro debut en MotoGP™.

También fue nuestro primer metal como escudería.

El equipo se desplazó hasta el parque cerrado para esperar la llegada del piloto y celebrar el podio como la familia que éramos. Escolté a mis compañeros, pero desde la retaguardia; al fin y al cabo, aunque fuese mi proyecto, ellos hacían el trabajo duro. Desde una prudencial distancia, vi la entrada de Vincent al *Parc Fermé*. Vi y escuché, ya que en su euforia se puso a darle al puño del gas mientras recibía una calurosa ovación de los presentes. Al bajarse de la moto, se lanzó sobre el equipo, donde lo abrazaron en grupo. "Olé, olé y olé", cantó la multitud.

Ignacio Sagnier, director de comunicación de Dorna Sports (la empresa gestora del certamen), invitó a Vincent a charlar con los medios audiovisuales que esperaban por sus declaraciones. Izaskun Ruiz, la responsable de las entrevistas para la televisión de España, le tendió el micrófono:

—¡Vaya remontada! ¡Y frente a tu público! Desde la decimoctava plaza hasta la segunda posición del podio. Tu primer podio en MotoGP™ después de un comienzo de año difícil para ti. ¿Cómo ha ido la carrera? —preguntó la periodista de Movistar+.

—¡Uff! Ha sido *une course* difícil, pero la he disfrutado muchísimo. No sabíamos cómo se iba a comportar el neumático *slick*, ya que apenas hemos tenido ocasión de probarlo durante el *week-end*. En la *qualy* no me sentí cómodo con él. El tren delantero de la moto vibraba mucho en las frenadas y me generaba inseguridad, por lo que no pudimos conseguir una buena posición de salida. Hoy hemos remontado y estoy muy contento porque ayer me veía más en el suelo que en el podio.

—¿Quieres dedicarle el podio a alguien? —añadió Izaskun, saltándose el protocolo de pregunta única.

—*Oui, mon équipe*. Quiero darle las gracias al equipo, que ha trabajado durísimo para poder llegar hasta aquí; a la afición, a los moteros, me sigan o no, por el hecho de apoyar este maravilloso deporte. Gracias al público francés por llenar las gradas de Le Mans. *Vous êtes les meilleurs!* —gritó la tribuna principal—. Aprovecho también para desearle una rápida recuperación a mi compañera de equipo, Yurena: Yure, espero poder compartir box contigo pronto otra vez —dijo mirando a la cámara—. ¡Gracias a todos! *Merci beaucoup!*

Le aplaudí orgullosa. Él barrió con la mirada al equipo, buscando algo. A alguien. A mí. Agnes me señaló y yo alcé la mano para que me encontrase fácilmente entre la multitud. Le mandé un beso volado y él voló también, pero por encima de la valla. Saltó y vino corriendo hasta mi posición para levantarme en peso y darme un abrazo. Dio una vuelta cargando conmigo y yo, que tenía su rostro a centímetros por debajo de mi barbilla, aproveché para besarle. Allí, delante de todos. Esta vez, sí.

Cerré los ojos al sentirme intimidada por los *flashes* de las cámaras de fotos. Separé sus labios de los míos cuando me colocó de nuevo sobre el firme asfalto. El brillo de sus ojos era cegador, irradiaba felicidad por cada poro de su piel.

—*Une seconde, s'il vous plaît.* —Vincent regresó al parque cerrado e interrumpió la entrevista que Izaskun Ruiz realizaba a Dani Pedrosa, el tercer clasificado de la carrera—. Perdona, Dani. Solo será un momento. Es por una buena causa. A propósito, *bon combat mon ami!* ¡Qué complicado es adelantarte! —Pedrosa le cedió su sitio con gentileza—. Izaskun, ¿puedo decir una cosa?

—El micrófono es todo tuyo —autorizó la comunicadora.

—Sin duda, este podio y los que vengan, se los quiero dedicar *a la femme* más maravillosa que he conocido nunca. —Hizo una causa para estornudar; Izaskun le deseó "salud"—. *Merci*, Izaskun. Estos días, ha hecho un tiempo ideal para enfermarse —agregó, yéndose por los cerros de Úbeda y ante la risa de Pedrosa e Izaskun—. A lo que iba, que me despisto: *Je suis amoureux!* Y quiero gritárselo al mundo entero.

—¿Y quién es la afortunada? —curioseó la periodista.

Vincent hizo un gesto que me invitaba a acercarme. Lo acepté: el gesto y su avalancha de consecuencias.

—*Ma patronne, ma sirène*: Edelweiss Moix.

Y así fue como hicimos oficial nuestro noviazgo.

Así fue como se enteró "el mundo entero" de mi relación con Vincent. Así fue como lo descubrieron mis padres, mis amigos, el propio equipo.

Así fue como Gerard confirmó sus sospechas.

CAPÍTULO 10

por orejas

Aquí se acabó lo idílico. Fue una etapa bonita, de la que -a pesar de todo- tengo un buen recuerdo. Quizá, justo por eso, la decepción caló más hondo. Me creí la protagonista de un cuento de hadas guionizado por Disney, pero olvidé que Disney mató a Mufasa y a la madre de Bambi, y también dejó huérfanas a Elsa y Ana; robó la voz a Ariel y encerró a Bella con una Bestia. Putos locos los guionistas. Vale, sí, luego lo intentan arreglar con un final feliz o, al menos, "lo más feliz posible" teniendo en cuenta el recorrido repleto de infortunios que ha vivido el personaje principal hasta alcanzar ese final. Aunque los padres de Rapunzel hayan encontrado a su hija perdida, nadie les va a devolver los 18 años de ausencia; tampoco borrarán de la mente de Cenicienta el periodo de explotación que sufrió antes de su vida en palacio y que le costará décadas de terapia. El mensaje de Disney es claro: con dolor y lágrimas alcanzarás la felicidad (o un sucedáneo). Bueno, y eso con suerte, ya que siempre puedes encontrar un desenlace fatal como Ding Dong en *Inside Up*. Tenía que haber elegido Marvel, por lo menos contaría con superpoderes.

En cualquier caso, aquí se acabó lo idílico; pero, siguiendo el consejo que le di a Vincent en el camión del equipo, vamos a ir despacio, que para ir rápido ya tenemos la moto.

Después de hacer oficial nuestra relación, ganamos en naturalidad. El deseo de Vincent de ejercer de novios al margen del contexto se satisfizo. Él parecía sentirse muy cómodo con las muestras de afecto públicas, tanto verbales como físicas. A mí me costó un poco más. Piensa que ni con Gerard, mi primer amor y actual exmarido, era efusiva. Lo amaba y se lo hacía saber, pero no necesitaba ni la aprobación de nuestro entorno ni el aplauso ajeno. Gerard lo entendía como yo, pero Vincent necesitaba compartir su felicidad hasta en redes sociales. Lo respeté, aunque reconozco que a menudo me violentaba esa constante necesidad de postureo.

Después de Francia, viajamos a Italia: no hubo trofeo, pero sí un Top 5 muy positivo. A mediados de junio, con el Gran Premi de Catalunya, Vincent subió al tercer cajón del podio para regalarnos "en casa" la medalla de bronce. Allí conoció a mis padres y se los ganó desde el primer "*Bonjour!*". Mi padre estaba orgulloso: de mí, por haber sacado adelante la escudería; de Vincent, por su rol como piloto; de nosotros porque como pareja no nos veía límites. No quedó persona en el *paddock* a la que mi padre no le soltase: "Ella es mi hija; él, mi yerno". Se lo llegó a decir hasta a Gerard, a quien se tropezó en el circuito y con el que protagonizó un tenso reencuentro del cual, y por fortuna, no fui testigo.

A esas alturas del campeonato, ya se sabía todo: lo de Gerard y lo de Vincent, y quién era mi familia. Llevé las críticas mejor de lo esperado, ya que fueron minoría y procedente de gente que ni aportaba ni importaba.

En Assen, se incorporó Yurena al equipo: ella -aún adaptándose al regreso- fue decimonovena, pero a

Vincent ya no lo sacábamos de la tabla media, sexto. Posición que repitió en Alemania, antes del parón veraniego.

Para disfrutar de los días de descanso que nos brindaba el caluroso verano, mi orgulloso padre nos regaló por mi 26 cumpleaños un crucero por el Mar Mediterráneo y nos deleitamos algo más de dos semanas en alta mar, descubriendo la costa italiana, las islas Griegas, Chipre y Turquía. Fue la luna de miel que nunca tuve con Gerard. "Gerard, Gerard", no salía de mi mente ni con el esfuerzo titánico que hacía la vitalidad de Vincent en el día a día.

En Mykonos me invadió la nostalgia. La peculiar estética de la capital de la isla griega, Chora, con playas paradisíacas de arena blanca, callejuelas estrechas y edificaciones con detalles en azul, me recordaron a un cuadro que lucía en el salón del piso de Sant Gervasi que compartía con Gerard. Siempre le pregunté por qué tenía una pintura de un lugar en el que no había estado y él me contestaba que de esa manera hacía *focus* en poder viajar allí en el futuro. Ironías de la vida: yo cumplí su sueño antes que él, y con otro hombre.

Las *Vacaciones en el mar* fueron una maravilla. Retomamos el calendario de MotoGP™ descansados y renovados, física y mentalmente. El segundo tramo del campeonato fue bastante constante y sin sustos ni caídas (en carrera) para ninguno de mis dos pilotos. En cuanto a los resultados, Vincent se mantuvo entre los diez mejores y Yurena dentro de los puntos.

La regularidad se nos premió en el último Gran Premio del año, en la Comunitat Valenciana. Vincent logró el reconocimiento de ser el *Rookie of the year*, el mejor debutante de la categoría reina. Por su parte, Marc Márquez se hizo con su sexta corona, cuarta en MotoGP™. Nos citaron en el Palacio de Congresos de València la noche del 12 de noviembre para la entrega de premios en los FIM MotoGP™ Awards 2017, los Premios Óscar del motociclismo internacional. Como galardonado, Vincent pudo invitar a cuatro personas: eligió a su padre, a su madre, a mí… y a mi padre. Ahí se marcó un puntazo con el suegro.

Caminé por la alfombra roja de la mano de Vincent con nuestros padres detrás, fotografiando hasta el suelo como si fuesen un par de japoneses de turismo. Atravesamos las puertas de cristal giratorias del recinto y llamamos al ascensor para bajar hasta la planta donde se ubicaba el salón de actos del Auditorio 1.

—Estás preciosa, *très belle*! —me piropeó el francés.

Mi vestido era de Shein, de color verde oscuro, ajustado, fruncido en la cintura y decorado con un ribete cruzado de flecos. Las mangas eran bajas y la altura de la falda llegaba a media pierna. Tenía el pelo suelto, ligeramente ondulado, y unas sandalias negras de tacón con tiras. En resumen: iba de lo más normal, pero para Vincent yo estaba guapa hasta en bata de hospital.

—A mí me encanta como te queda la pajarita. ¡Un acierto! —se la recoloqué. Él vestía con esmoquin de tres piezas en negro con chaqueta *averdolada* que compaginaba con el tono de mi vestido. La camisa de botones era en blanco roto y la pajarita en negro—. ¿Cómo estás? ¡Hecho un flan! ¡Seguro! —indiqué, hablando más por mí que por él.

En lo que nosotros charlábamos sobre nuestras sensaciones, el ascensor había llegado al rellano del Palacio de Congresos y mi padre se enzarzó en una riña con otros invitados que también esperaban para usar el elevador.

—Nosotros estábamos antes. Por favor, espere su turno —dijo mi padre, adentrándose en el ascensor—. Thibaut, Margot, pasen —les animó a entrar y presionó el botón para evitar que las puertas se cerrasen sin nosotros—. Hija, ¿vienes? Vincent…

—El ascensor es para las personas que lo necesitan. ¡Usted puede usar las escaleras!

Concluí mi conversación con Vincent para comprender el contexto de la disputa. Mi padre había

ocupado un ascensor que indicaba en un panel informativo que era de uso preferente para personas con movilidad reducida. Como era el caso de Gerard, el afectado por la decisión de mi padre.

—Oye, ¿qué está ocurriendo aquí? —pregunté al verlos enfrentados a los dos.

—Tu padre, que no sabe leer —protestó Gerard.

—Ni caso. Vincent, sube, hijo —le pidió mi padre; él obedeció—. Edelweiss, vamos.

—Papá, aquí se indica bien claro que una silla de ruedas tiene prioridad —señalé el cartel—. Además, es de sentido común: nosotros podemos usar la escalera o esperar el siguiente. Por personas como tú es por lo que se deben poner estos letreros.

—Edelweiss, sube. Ya —repitió mi padre con talante amenazador.

—No. Esperaré al próximo.

El rostro de mi padre se endureció; el de Vincent se descompuso y sus padres mantuvieron una actitud soberbia. Mi padre apretó el botón de bajada y las puertas del ascensor se cerraron, quedándome al otro lado con Gerard.

—Agradezco que te hayas puesto de mi parte —alabó mi exmarido.

—Era lo menos que podía hacer —contesté sin mirarle a la cara. En todo el rato, aún no había encontrado el valor de establecer contacto visual—. ¿Qué haces aquí?

—Joan Mir se ha proclamado campeón del mundo de Moto3™ y soy muy amigo de la familia. Me han invitado por gratitud, por ayudarle a recuperarse de una lesión que podía haberle condenado la temporada —explicó, en su caso, sin apartarme la vista—. A propósito, enhorabuena por el título —añadió.

—Gracias. —Apreté el botón del ascensor con insistencia, como si así fuese a subir más rápido.

—Hacéis buena pareja. Se os ve muy felices juntos —siguió hablando y poniéndome de los nervios —. Me alegro por ti.

—Gracias —repetí con complejo de loro.

—¿Puedes mirarme, por favor? —sonó más a súplica que a reproche.

Respiré hondo como si el aire fuese a rellenarme la barra de valentía que me faltaba para sumergirme en sus ojos añiles. Dejé de tocar compulsivamente el botón del ascensor para girarme hacia él e intercambiar miradas.

—Siempre te quedó bien ese traje azul —dije al reconocerlo. Se lo había comprado para el festejo de las bodas de oro de sus padres. Yo misma lo había elegido y yo misma se lo había quitado a bocados aquella noche—. ¿Sigues peleándote con las corbatas? —reí al verle el nudo mal hecho.

Me abalancé sobre él para hacerle un nudo Windsor. Con un padre empresario y un exmarido médico, me considerada una experta en vestimenta sofisticada y protocolo.

—¿Recuerdas la canción? Lado gordo largo, lado flaco corto. Lado largo se coloca sobre lado corto —susurré la melodía de la canción que me había enseñado a hacer nudos de corbata.

—Lado largo pasa por el aro… hacia delante —añadió él al musical.

—¡Sí! ¡Muy bien! —exclamé nostálgica. Tras un par de estrofas, el nudo quedó perfecto—. Ahora sí que sí. —sonreí ampliamente—. Estás guapísimo.

Al instante me arrepentí del elogio que le acaba de regalar. Borré la sonrisa, aunque ya era tarde. Le había dejado entrar a mis pensamientos. Porque sí: estaba guapísimo. Con los 35 años de cuando lo conocí o con los 43 que tenía en ese instante; de pie o sentado en su silla de ruedas. En traje o desnudo. Uhm, desnudo.

—Edelweiss… —arrancó a hablar, pero…

Salvada por la campana (del ascensor). Me ofrecí a coger el manillar de su silla de ruedas, para girarlo y entrarle al montacargas de espaldas, facilitando así la salida en destino.

—Me ha alegrado mucho verte, Edelweiss —dijo con la voz entrecortada. Quizá le apreté mucho el nudo de la corbata.

—Igualmente, Gerard —contesté con franqueza—. Ojalá pudiésemos ser amigos.

—Ojalá nunca te hubiese echado de casa —pronunció él, quebrándome el alma y dejándome muda.

Llegamos al subterráneo donde se ubicaba el salón de actos del Auditorio 1. Tiré de la silla de ruedas hasta el recibidor que estaba hasta los topes de gente. Solté el manillar para colocarme de cuclillas frente a Gerard, cara a cara.

—Ojalá, Gerard, pero me echaste —me encogí de hombros, con los ojos vidriosos—. Y eso no se puede cambiar. —Acerqué mis labios a su recién afeitada mejilla para despedirme con un beso—. Yo he pasado página, hazlo tú también —le recomendé a centímetros de su oído—. Disfruta de la noche.

No sé si me habrá creído. Yo no, no me creí. A pesar de los años, aún me temblaban las piernas al verle, se me aceleraban los latidos del corazón. Hasta el día que me dejó, no había descubierto lo importante que era Gerard para mí. Antepuse mi pasión, el dinero, el chute de adrenalina, a nuestro bienestar y a nuestra seguridad, y eso nos pasó factura. A pesar de la culpa que me invadió y de la transformación que él sufrió, mi amor nunca desapareció. Él estaría preparado para expulsarme de su vida, pero a mí me costó aceptarlo. Poco a poco lo iba logrando, iba "pasando la página", borrando sus besos con tiempo, lágrimas y la saliva de otro; sin embargo, tratarle en vivo y en directo deshacía lo rehecho.

Pestañeé varias veces para impedir que mis ojos humedecidos externalizaran tanto sentimiento que todavía guardaba en las profundidades de mi ser. Me separé de Gerard, retornando a mis esfuerzos por no mirarle, y localicé a mi grupo para reunirme con ellos.

—Edelweiss, hija, ha sido muy feo el gesto de quedarte a solas con ese tipo —opinó mi padre, juzgando -como siempre- cada decisión que tomaba—. Luego hablaremos de ello. No se puede volver a repetir.

—¿Todo bien? —se interesó Vincent, arrastrando su desconcierto desde la planta superior.

—Sí, cariño —ignoré a mi padre y me dirigí con afecto a Vincent. Con el objetivo de relajar la tensión, le di un pico en los labios—. ¿Entramos?

Empujé al grupo hacia el interior del salón de actos y giré la cabeza para hallar involuntariamente a Gerard. Lo vi esperando de nuevo el ascensor, aunque en este caso, en dirección a la salida. Se subió al elevador y abandonó el Palacio de Congresos de València.

Sin Gerard por los alrededores, vivimos una noche cargada de emociones. La gala fue "sobre ruedas" (nunca mejor dicho) y Vincent recogió por méritos propios el premio de *Rookie of the year*. En el cóctel posterior, la cena y la fiesta nos sacamos mil fotos que él quiso compartir en redes, presumiendo de trofeo y de relación. No acepté ninguna etiqueta en Instagram.

La temporada 2017 terminó, aunque el proyecto de la escudería seguía y yo solo pensaba en mejoras para el curso siguiente. Hicimos test, oficiales y privados, por lo que Vincent terminó trasladándose a su residencia particular de Barcelona: un ático en Selva de Mar, en el Poblenou. Según me contó, fue la primera inversión que hizo cuando empezó a ganar dinero con las motos.

En su terraza, con unas espectaculares vistas a la Playa de Llevant, Vincent celebró su cumpleaños en el mes de diciembre. Recibimos su aniversario en una cama balinesa, tapados con una confortable manta de franela, suave y acolchada, y una bombona de gas propano retando al frío ambiental. La noche anterior habíamos intentado ver las estrellas detrás del contaminado cielo barcelonés y allí, abrazados, dejamos caer los párpados. Al abrirlos, el Mediterráneo nos dio los "buenos días".

—Feliz cumpleaños. —Acaricié la punta de su nariz con la mía.

—¿Eres mi regalo? —tonteó, animándome a colocarme encima suyo.

—Casi. ¡Me has pillado! —exclamé ante su confusión—. Quiero empezar el año contigo. Viviendo contigo —le expuse mi voluntad de mudarme con él.

—¿Te quieres venir aquí? —cuestionó incrédulo.

Besé el borde de su mandíbula, el lóbulo de su oreja, bajé por el cuello, rozando con mis labios sus cicatrices. Sobre su pecho, más depilado que mis piernas, le dije lo que llevaba tiempo esperando escuchar de mí.

—Te quiero mucho.

Se estremeció. Lo noté en sus ojos, en su piel y en su miembro. Ya le podía haber comprado un coche, que él hubiese elegido una y otra vez aquel "te quiero" como regalo de cumpleaños.

Las fiestas navideñas las pasamos en su caserío familiar de Fresnay-sur-Sarthe. Allí me enteré de que Vincent tenía dos hermanos gemelos a los que nunca mencionaba; eran mayores que él, a mí me sacaban un par de años. Su familia no me terminaba de gustar, pero quién era yo para juzgar mochilas ajenas: la mía era bastante peor. Un padre putero y ausente; una madre fiestera y alcohólica. Quedamos con ellos para pasar la Nochevieja y fue un desastre total. Antes de las uvas, mi padre ya se había largado y mi madre cayó en coma en el sofá. Vincent y yo terminamos dando la bienvenida al 2018 con el personal del servicio. Por fortuna, para Reyes, ya me había mudado con mi novio.

"Mi novio", creo que es la primera vez que uso esa palabra para referirme a Vincent. Con apenas 26 años ya había pasado por tres estados civiles: soltera, casada y divorciada. Me daba pánico sumar el que me quedaba pendiente, por eso obviaba etiquetas.

En cualquier caso, de regreso a la competición, ya no existían secretos. Aceptase o no el término, Vincent era mi novio a ojos del equipo, de los fans, de la familia del *paddock* y de la prensa. Aunque nuestra motivación fuese el motor, el salseo de ver un idilio entre una *Team Manager* y su piloto daba que hablar. En las retransmisiones solía añadirse nuestra relación afectiva como si fuese parte de mi título: "En el box vemos pendiente de la evolución de la sesión a Edelweiss Moix, responsable del Emme Café Racing MotoGP™ y pareja del piloto francés Vincent Joubert". Por cada Gran Premio, los fotógrafos nos sacaban un álbum de boda, cuyas imágenes salían publicadas en las páginas más rosas de los diarios deportivos.

Arrancamos la temporada 2018 con podio en Catar y Top 5 de Yurena. Los buenos resultados salpicaron la primera parte del campeonato. En la denominada, "Catedral del motociclismo", tocamos el cielo. Vincent subió al primer cajón del podio del Gran Premio de los Países Bajos, logrando su primer oro en MotoGP™ y nuestro primer gran triunfo como escudería. Alcanzamos la prueba de Alemania con Vincent como un claro aspirante al título de la categoría reina. Éramos terceros con 108 puntos, a tan solo 7 unidades del líder provisional de la clasificación general, Andrea Dovizioso. Los rivales nos tenían respeto. Miedo.

Pero miedo sentí yo cuando la luz se fue en nuestro box durante la Q2, el 14 de julio. Yurena no había superado el corte de la primera ronda, pero Vincent luchaba por la que sería la primera *pole* de su carrera en MotoGP™. Sin electricidad, nos quedamos sin retransmisión en las pantallas. Ni *live timing* ni nada. Estábamos ciegos de lo que ocurría en pista.

—¿Qué coño ha pasado? ¡Joder! —protesté nerviosa—. ¿Alguien tiene un móvil? —pregunté tocándome los bolsillos sin hallar el mío: lo había dejado cargando en el camión.

—Edel, toma —Agnes me tendió el suyo.

—Gracias —lo cogí. Entré en la web oficial de Dorna, pero no recordaba las credenciales. En mi teléfono tenía inicio de sesión automático y, en ese instante de tensión, la mente no me dejaba pensar con claridad.

—Creo que las motos están volviendo —informó Oriol desde la puerta de nuestro box,

observando como los pilotos en masa regresaban a sus garajes—. Será una avería generalizada y, por razones de seguridad, Dirección de Carrera habrá decidido suspender la sesión hasta que lo arreglen.

—Es posible. —Devolví el móvil a Agnes y me acerqué a Oriol para ver la avalancha de motos entrando al *pit lane*. Pregunté a los compañeros del box contiguo y tampoco tenían luz. Habíamos sido cuatro los equipos afectados—. Si tardan mucho en solventar el problema, podemos conectar el generador —sugerí.

Después de cinco minutos, no quedaba ningún piloto por retornar a su garaje; excepto Vincent.

—¿Aún no ha vuelto? —indagó extrañada Agnes.

—Ni lo escucho —añadí afinando el oído. No rugía ningún motor.

—Quizá tuvo algún fallo mecánico y vuelve por el vial —consideró Oriol con optimismo—. ¿No se quejaba esta mañana de sobrecalentamiento en el disco de freno delantero?

Se restableció la luz y las pantallas se encendieron. Enseguida la señal internacional nos mostró lo que sucedía. Había una moto destrozada en la grava de la escapatoria que identifiqué como curva 11 del revirado circuito de Sachsenring. El *airfence* estaba roto, intuí que por el impacto de la moto al estrellarse contra la protección hinchable. Entre las llamaradas de fuego que nacían del motor de la máquina, deduje el color blanco con las letras en negro de nuestro sponsor "Emme Café".

—¿Es nuestra moto? —susurré confundida—. No, no puede ser. ¡Es nuestra moto! —grité al confirmarlo.

La cámara mostraba una panorámica del accidente para no entrar en detalles escabrosos. A lo lejos se podía distinguir una agrupación de comisarios que intentan socorrer un cuerpo inerte: el piloto de la moto en llamas, Vincent.

Me llevé ambas manos a la cara, boquiabierta, asustada. Mis ojos se clavaron sobre el televisor, aunque las imágenes no revelaban nada. Solo se apreciaba turbación en la multitud de personas que estaban junto a Vincent. También vi llegar el coche médico, que hizo las veces de muro para garantizar la intimidad de la víctima del accidente.

—¡Hostia puta! —masculló Oriol, dándose cuenta de la gravedad.

Dirección de Carrera no ondeó la bandera roja por la falla eléctrica, sino que había determinado aplazar unos minutos la clasificación de MotoGP™ por el aparatoso accidente de Vincent, para poder atenderle sin amenazas y favorecer su evacuación de la pista.

Salí corriendo del box.

—¿A dónde vas? —escuché en la lejanía.

Corrí y corrí por el *paddock*. Hice el camino de memoria, ya que las lágrimas nacidas del miedo y la preocupación no me permitían visionar con precisión la ruta hacia el centro médico. Corrí y corrí, golpeando a todo el que me tropezaba. El *paddock* estaba a reventar de personal e invitados paseándose y entorpeciendo mi trayectoria. Me perseguía una cámara de televisión a la que no le presté atención. Yo solo corría a lo que daban mis piernas.

De un portazo, entré en la clínica del circuito.

—¡¡Geraaard!! —chillé sofocada—. ¡¡Gerard!! —reclamé desconsolada su presencia —Ayuda, Gerard. Ayuda, por favor. ¡¡Gerard!! —repetía llorando. Mi exmarido apareció con semblante serio—. Es Vincent.

—Lo sé. Tranquila. He mandado al coche médico y ya estamos preparando la ambulancia. El vehículo saldrá enseguida y lo traeremos aquí —anunció acercándose a mí. Me desplomé de rodillas, sin fuerzas para continuar suplicándole auxilio—. Estate tranquila, ¿vale? De lo contrario, tendré que pedirte que te vayas.

Asentí con la cabeza y con el rostro bañado en lágrimas. Un enfermero me trajo una silla y me ayudó a tomar asiento. De la maratón por el *paddock*, las piernas me fallaban. En el centro médico había un televisor donde pude seguir en directo el trabajo de los sanitarios.

—Dios mío —pronuncié devastada.

La incertidumbre me convirtió en creyente de todas las religiones existentes. Solo rezaba por su vida.

La señal internacional repitió la caída. Fue la primera vez que vi el accidente: Vincent iba en vuelta rápida con la intención de asaltar la *pole position*. Enlazó las siete curvas de izquierda previas al undécimo giro, de derechas. El flanco derecho del neumático estaba muy frío y la moto le hizo un *highside*, lanzándolo "por orejas". El golpe que se dio contra el asfalto fue fortísimo, pero además la alta velocidad (unos 200 km/h) le impulsó a realizar varias vueltas de campana hasta estrellarse contra la barrera, donde también impactó la moto. Era sobrecogedor. Espeluznante.

Las imágenes del televisor nos devolvieron al presente, al riguroso y angustioso directo. Vi como alguien sostenía lo que parecía ser una especie de botellita de suero. Había por lo menos 20 personas a su alrededor y una ambulancia de color blanco y naranja desplazada.

Gerard recibía información desde el lugar de los hechos a través de un *walkie-talkie*. La tensión de su cara se había suavizado.

—Buenas noticias: Vincent no ha perdido la consciencia en ningún momento. También mueve manos y piernas —informó Gerard—. Nos lo traen ya. Edelweiss, quédate aquí, pero te ruego que nos dejes hacer nuestro trabajo.

Me porté bien. No me moví de la silla. Tampoco sabía si me podía levantar sin caerme de bruces. La ambulancia llegó y el personal médico bajó a Vincent inmovilizado en una camilla. Yo permanecí en la distancia, viendo a Gerard y a su equipo trabajar a destajo por el bienestar de mi novio. Sí, mi novio. Con sus cinco letras y significado.

La sesión de clasificación se retomó, mientras yo seguía sentada en mi silla sin noticias. Había muchísimos periodistas a las puertas de la clínica, deseosos de conocer el estado de Vincent. Pasó más de una hora hasta que Gerard se reunió conmigo.

—¿Se sabe ya algo? Cuéntame, no puedo más —le rogué.

—Está bien —dijo para mi sosiego—. A nivel cervical y neurológico, está bien. Tampoco hay riesgo medular —insistió—; pero ha sido una caída de alta energía y tiene una gran contusión politraumática. He pedido un helicóptero medicalizado para que sea atendido lo antes posible en el hospital de Chemnitz. —Me cogió las manos para enviarme su apoyo a través de un inocente contacto físico—. Está bien, Edelweiss. Se pondrá bien.

Nos abrazamos. Necesitaba ese abrazo. Calor humano, consuelo. Lloré aterrada sobre su hombro y él acarició mi espalda, aportándome la calidez que mi estado de nervios precisaba. En mi fuero interno nacía el temor de volver a pasar por el infierno que viví con Gerard, de hospitales y secuelas. No estaba preparada para eso. No, otra vez, no.

—¿Vendrás conmigo al hospital? —quise saber, interesada en que él hiciese seguimiento de su caso.

—No puedo irme del circuito —notificó, disgustándome su respuesta—. Conozco al personal del hospital de Chemnitz, son muy buenos. Confía en ellos.

—Tienes que ser tú. —Negué con la testa la opción de que otros médicos trataran a Vincent—. Eres el mejor. Tienes que ser tú. Ven conmigo, por favor.

—No me hagas esto, Edelweiss —imploró incómodo con la situación. Resopló, reflexionó y cambió de parecer—. Le haremos pruebas y determinaremos un primer diagnóstico en Alemania.

Mañana lo desplazamos a Barcelona y me encargaré personalmente de su recuperación a partir del lunes. Si necesita ser operado, yo mismo lo haré; o, al menos, estaré presente. ¿Te parece?

A pesar del baño de lágrimas, sonreí agradecida.

—Gracias. Siento ponerte en este aprieto —comenté empatizando con su dilema moral.

—Somos amigos, ¿no? Para eso estamos —recuperó mis palabras en Valencia—. Si quieres, ya puedes ir con él. El helicóptero aterrizará en unos 10 minutos.

Acudí con Vincent. Descansaba sobre una estrecha camilla, enchufado a cables por doquier y con oxígeno. Estaba magullado de los pies a la cabeza. No me atrevía a tocarlo. Besé su frente con delicadeza y él abrió los ojos, deleitándome con el turquesa verdoso de su mirada, más apagado que de costumbre. Acaricié su pelo, sus labios. Él tenía el afán de comunicarse conmigo, lo frené.

—*Shh* —bisbiseé murmurante—. Te pondrás bien —le informé contenta—. Aún nos queda taaanto por compartir.

—*Pardon* —llegó a verbalizar con dificultad—. Moto, título —agregó para ayudarme a comprender sus disculpas.

—No pienses en eso ahora —le pedí—. La moto se arregla; el título… Estamos a mitad de temporada, seguro que te recuperas pronto y puedes seguir aspirando a él. O… —Quizá el comentario, que surgía del positivismo, lo sometía a una presión innecesaria—. O ya tendrás otra oportunidad el próximo año. Lo único importante es que te recuperes. —Le acomodé mejor la almohada—. Me has dado un susto de muerte.

—*Je t'aime* —confesó, antes de volver a cerrar los ojos para descansar la vista. Sonó a despedida y un escalofrío me recorrió la espalda.

—Y yo a ti, cariño —le di besos en sus manos.

Miedo. Mucho miedo.

—El helicóptero os espera —anunció Gerard. Su presencia para mí fue toda una sorpresa. Ignoré cuánto tiempo llevaba allí, observando cómo le confería gestos de afecto a otro hombre.

—Gerard… —Me supo fatal, no pretendía hacer leña del árbol caído. Si bien no tenía que esconder mi amor por Vincent, tampoco quería regodearme delante de mi exmarido.

—Te necesita. Sé lo que es. —Tragó un buche de aire que le costó digerir—. Solo espero que él sea más agradecido que yo. —Respiró profundo, melancólico—. Te acompaño al helipuerto.

El helicóptero era de color amarillo y había tanta gente, entre personal de vuelo y sanitario, que parecía un vuelo *low cost* en agosto. Alguien me tendió unos auriculares de aviación y otro tipo me ayudó a abrocharme los cinturones de seguridad. Era mi primera vez en un helicóptero. Vaya circunstancia de mierda.

Estaba aterrada. No por el viaje de 5 minutos surcando el cielo alemán, sino por la incertidumbre de lo que nos deparaba el destino.

Volamos al hospital de Chemnitz donde, tras horas de exámenes y análisis, descubrimos la gravedad del accidente.

CAPÍTULO 11

ALL-IN

“Contusión pulmonar, fractura de mandíbula y fractura de vértebra dorsal, además de una pequeña fractura estable y no desplazada de la cervical 5”, rezaba en su historial médico. “Está bien”, me dijo Gerard. Si eso era estar bien, “mal” debía ser sinónimo de muerte. Vincent pasó lo que restó de fin de semana en la UCI del hospital de Chemnitz. Gerard consideró que le beneficiaría alargar un día más su estancia en Alemania antes de viajar a Barcelona. Lo curioso fue que yo volví a España con mi equipo y Gerard acompañó a Vincent en la aeronave médica para ingresarlo sobre la marcha en Dexeus, donde lo operaron de urgencia de la mandíbula. No podía hablar ni comer. Además, la lesión de la espalda lo mantenía encorsetado.

Tardó una semana en dar sus primeros pasos y unos 20 días en comenzar a hablar sin dolor. Pudo balbucear “feliz cumpleaños” el día que cumplí 27: mi regalo. Las semanas de descanso que se toma MotoGP™ en julio nos vinieron bien para ausentarnos el menor número de Grandes Premios. Pese a todo, no llegamos a tiempo a la reanudación del campeonato a comienzos de agosto. Vincent faltó al Gran Premio de la República Checa y también al de Austria; yo viajé con Yurena y Adam, aunque la escudería pasó de luchar por el campeonato a mendigar puntos. La moral del equipo se desplomaba fin de semana tras fin de semana y Vincent seguía sin tener el OK para reincorporarse a la competición. Creí que para Gran Bretaña ya podríamos contar con su participación; sin embargo, Gerard volvió a declararlo “no fit”. Casi mejor, ya que la carrera de Silverstone se canceló debido al deficiente reasfaltado del circuito británico y a las fuertes lluvias que inundaron la pista.

En total, llevábamos dos contiendas perdidas, la posibilidad de haber sumado 50 puntos y Vincent aseguraba encontrarse bien. Estaba ansioso por correr. Antes de viajar a San Marino en septiembre, visité a Gerard en su despacho del hospital universitario.

—Tenemos que hablar —dije nada más entrar, prescindiendo de saludo y cordialidades.

—No es apto, Edelweiss. Lo siento —contestó sin apartar la vista de los papeles que ojeaba—. Volveré a valorarlo para el Gran Premio de Aragón; mientras tanto, “no apto”.

—Pero él dice que…

—Él puede decir lo que le venga en gana, pero no está listo para subirse a la moto. Fin —continuó con idéntica petulancia.

—Nos estamos jugando el título —imploré, creyéndome que empatizaría con la problemática.

—Y él se está jugando la vida —apartó la vista de los papeles que lo mantenían absorto—. ¿Cuándo vas a dejar de ser tan egoísta? —preguntó con desdén.

—¿Egoísta? No me he separado de su cama en ningún momento, como tampoco me separé de la tuya —le expliqué, haciéndole memoria.

—¿No te das cuenta de que solo piensas en tu interés? Hace un mes, Vincent meaba en una bolsa,

bebía por pajita y caminaba con muletas. ¿De verdad quieres subirlo a una moto y ponerlo a 300 km/h? —inquirió incrédulo. Bajé la mirada, sobrepasada por sus argumentos—. Si lo quisieras un mínimo, te preocuparía su integridad física mucho más que un puto título.

—Y me preocupo, pero como él me dice que está bien…

—Es que cualquiera te lleva la contraria —expuso honesto—. Te debe ver a ti tan deseosa de que vuelva a competir que el chaval está retando al tiempo natural que necesita su recuperación. Tiene 22 años, está enamorado de ti y de su trabajo, no quiere decepcionarte ni a ti ni a sus padres. Él es capaz de subirse a la moto con el tubo de oxígeno colgando y la vía puesta, pero eres tú la que debe aportar la nota de realismo: es pronto. Es peligroso —puso énfasis en la última palabra: "peligroso"—. Una caída en su estado le condenaría el resto de su carrera deportiva por la tontería de no respetar los *timings* que conllevan una lesión de su gravedad.

—Vale, vale. Que sí —acepté decepcionada—. ¿Cómo lo ves para Aragón? —indagué, eludiendo su discurso moralista basado en "tiempos" y "gravedades".

—Pero, ¿tú me estás escuchando? —protestó molesto—. ¡No lo sé, Edelweiss! ¡No lo sé! —exclamó frustrado—. Le estás haciendo lo mismo que a mí. Sabías que la noche, las carreras ilegales y el ambiente que envolvía a la noche y a las carreras ilegales nos ponían en peligro a ti y a mí. En vez de ser sensata y abandonarlo cuando por fin tuvimos la oportunidad y el dinero…, no, optaste por condenarme.

—Gerard, nadie te obligó a acompañarme —le recordé—. Tú venías conmigo voluntariamente.

—¡Eras una niña! —gritó, disparando un término que nos hacía daño a partes iguales: a mí, porque nunca quise considerarme como tal; a él, porque le ¿avergonzaba? haberse enamorado de una chica 18 años más joven que él—. Y yo, como adulto, tenía que protegerte; pero, como tu pareja, debía apoyarte. Solo se me ocurrió estar cerca tuyo, aunque supiese que aquello no estaba bien. Me habré equivocado de estrategia, pero a mí me guio el amor; en cambio, a ti te rigió el egoísmo. Igual que ahora. ¿No te das cuenta? ¿No vas a madurar?

Respiré hondo. Su sermón, el que llevaba evadiendo desde el inicio, empezaba a calarme.

Tenía muchas piezas en mi interior rotas o desencajadas; la gran mayoría las remolcaba desde una infancia cargada de caprichos, pero carente de apego. Con Gerard, esas piezas fueron encontrando su lugar; pero, al dejarme, el puzle se volvió a destrozar y aún no había aprendido a montarlo sola. Mis padres jamás me enseñaron y Gerard lo montó por mí; de esa manera, nunca supe dónde iba el qué. Lo único que la vida me había enseñado hasta la fecha es que no podía fiarme de nadie: ni siquiera de las personas que quería. No podía confiar porque esperaba la traición a la vuelta de la esquina. No podía amar porque "amar" me hacía vulnerable y luego el dolor de la pérdida era más desgarrador que la deficiencia de amor.

Si ni mis padres me querían, ¿por qué lo iba a hacer alguien de fuera? Creí que anestesiando mi versión más emotiva, todo sería más fácil. Llevé el "amor propio" al extremo, pecando de egolatría. El problema es que, en el fondo, era un mecanismo de defensa: mis constantes llamadas de atención surgían de la búsqueda de ser amada por alguien y que ese alguien no me abandonase a la postre.

—Tienes razón —reconocí afrontando el cóctel de sentimientos que me había invadido: bochorno, congoja, enfado, consternación—. He sido una niñata egoísta. Te destrocé la vida a ti y también se la estoy destrozando a Vincent.

—No estoy de acuerdo. En realidad, te destruyes a ti misma y eso es lo que me preocupa —clarificó con matiz paternalista—. Fuiste la "niña" de mis ojos y la "mujer" de mi vida, y si algo me destruyó fue el hecho de sentirte tan lejos, sufriendo y padeciendo en silencio, sin saber qué estabas esperando para empezar a ser feliz. Yo no necesitaba esperar nada ni a nadie, contigo me valía. —

Realizó una pausa para observarme con ternura—. ¿Qué es lo que quieres, Edelweiss? Dudo que tu felicidad radique en organizar carreras ilegales o en ganar un título de MotoGP™.

—No puedo contestar —dije encerrándome, impidiendo una vez más que mi corazón interviniera en una conversación que me mataba por dentro.

—No me contestes a mí, contéstate a ti —me ofreció como alternativa—; pero hazte la pregunta y contéstate. Si ese chico forma parte de la respuesta, házselo saber. Que no parezca que solo te importa el éxito que tenga, sino que él está por encima de todo.

Al cerrar mi garganta, mis emociones usaron los lagrimales para escapar de la celda en la que las escondía. Odiaba mostrarme débil. Mi coraza era gruesa porque protegía un frágil cristal, fácilmente quebrantable.

—Ojalá… —La voz se me apagó. Tosí y aclaré mi gaznate—. Ojalá nunca me hubieses echado de casa —pronuncié con dificultad, recordando el deseo que él me había compartido en Valencia.

Gerard bajó la cabeza y, con los codos apoyados sobre su escritorio, ocultó su mirada detrás de las manos. Luego, arrastró su silla, separándose de la mesa, y la giró para mirar por la ventana que ofrecía unas hermosas vistas a los Jardines de La Maternidad.

—Ojalá…, pero te eché —resopló herido, remedando mi contestación en el ascensor del Palacio de Congresos—. Te eché porque era lo mejor para ti. Porque “amar” a veces implica “dejar ir”.

—¡Una mierda! —objeté gimoteando—. Yo te amaba. Y “amar” implica “luchar” por estar juntos. “Dejar ir” es cobarde. Me dejaste por cobarde —manifesté con rabia.

—Te dejé porque con 21 años no ibas a condenar tu vida cuidando a un lisiado de 39. Edel, siempre quise ser el motivo de tus alegrías, no la causa de tu tristeza —me miró, afectado por verme llorar—. Te merecías algo mejor.

—¿Quieres saber qué es lo que quiero? ¿Qué es lo que me haría feliz? —pregunté envalentonándome, poniéndome de pie y agitando las manos—. Que dejéis de decidir por mí. Que el puto mundo me deje en paz. Que si voy a la izquierda o a la derecha, sea libre de hacerlo. Quiero dejar de defenderme, de justificarme, de excusarme —vomité todo aquello que me pasaba por la cabeza—. Tú no eras nadie para juzgar si yo merecía más o menos —le acusé resentida—. Respóndeme, después de la maldita paliza que te dejó sentado en esa puñetera silla, ¿me dejaste de querer? ¿Rompiste conmigo porque ya no estabas enamorado de mí?

Gerard necesitó varios segundos para contestar. Se tornó nervioso, evasivo. Cuando yo requería más contacto visual, él más lo rehuía. Inspiró, expiró. Volvió a inspirar. Resopló.

—Siempre he estado enamorado de ti, Edelweiss —admitió afligido, cabizbajo—. Te voy a querer siempre —alzó su mirada vidriosa para satisfacer mi anhelo de contemplarnos fijamente.

—Pero la que debe madurar soy yo, ¿no? —sollocé—. Si me hubieses dejado decidir por mí misma, me hubiese quedado contigo teniendo 21 años, 17 o 50. Haciendo maratones con tus dos piernas funcionales o postrado en esa silla de ruedas —apunté con total franqueza—. Tú eras lo que yo quería, quien me hacía feliz, pero tus complejos no te dejaron verlo. ¡Eres un estúpido! —le insulté cayendo víctima de la impotencia.

—Edelweiss, por favor, vete —me pidió.

—¿Lo estás haciendo otra vez? —cuestioné escéptica.

—Sí. Vete. Vete, por favor —insistió devastado.

—Si salgo de este despacho, entre nosotros no será posible ni una hipotética amistad —le amenacé sosteniendo el pomo de la puerta—. ¿Quieres que me vaya?

Rompió a llorar. Con sus manos sobre los aros propulsores de la silla, los hombros caídos, la barbilla pegada al pecho, Gerard rompió a llorar. La situación le había superado y explotó. Algo crujió

en su interior: su corazón, su alma.

—Entonces… ¿quieres que me vaya? —reproduje, esperando su réplica—. ¿Estás seguro?

—Quiero besarte —confesó para mi sorpresa, alzando la vista—. Quiero besarte cada vez que te veo. Y no puedo. Por eso prefiero que te vayas, por favor —suplicó con su rostro húmedo—. Vete.

Se me saltó un latido.

Dos.

Tres.

El corazón se me paró. No podía ni respirar. Permanecí boquiabierta, sosteniendo el pomo de la puerta e incapaz de reaccionar. No salí ni entré. Me quedé petrificada, notando el burbujeo de sentimientos en mi estómago. Mi abdomen se había transformado en un caldero hirviendo, una olla a presión a punto de estallar.

Gerard se encogió de hombros. Sorbió la nariz un par de veces. Parecía relajado, como si por fin hubiese logrado arrancarse la espina que tenía pendiente. Declararme su amor, aún vivo y presente, le hizo sentir aliviado. Se vació. Apostó todo. *All-In*.

El más primitivo de mis impulsos me llevó a soltar el picaporte y a aproximarme con premura a la posición de Gerard. Cogí su rostro entre mis manos, observé su cara: sus ojos azules, sus largas pestañas, el par de arrugas que lucía sobre la nariz, el contorno grisáceo de las ojeras por mal dormir, su barba recortada y sus labios secos. Secos de besos, de mis besos. Me olvidé de Vincent, de su lesión y del título de MotoGP™.

Me olvidé hasta del…

Es igual. Sentí la necesidad de saciar su sed con mi saliva.

Apoyé mis manos sobre sendos reposabrazos de su silla. Él activó el freno de las ruedas. Acerqué mi boca a la suya, con parsimonia, pero a Gerard le pudo la impaciencia y se estrelló contra mis labios. Sediento. Arrepentido. Enamorado. Muy enamorado. Seguía estándolo. Lo supe en cada roce de su lengua, en cada oscilación y choque de narices; también en las caricias que sus manos regalaban a mi espalda. Me senté encima de él, pasé mis brazos por detrás de su cuello y me separé de su boca para reposar mi cabeza sobre su hombro.

Yo también seguía enamorada. Muy enamorada.

Gerard me abrazó con fuerza. Cerré los ojos, dejándome embriagar por su olor a *after shave* y Varon Dandy. Pero… la impulsividad dio paso al raciocinio. El presente eclipsó al pasado. La culpa y la vergüenza mancillaron el pasional reencuentro con mi exmarido. Vincent, su lesión y el título de MotoGP™ regresaron a mi mente.

Me acordé hasta del… retraso de mi regla.

—Gerard… —susurré temblorosa.

—Te quiero muchísimo —expresó él, sincero, sin tapujos.

—Creo que estoy embarazada —compartí avergonzada mi sospecha más íntima.

Sumaba seis semanas de retraso.

CAPÍTULO 12

EL AMOR es una patraña

Recuerda: “Antes de llover, chispea”. Vincent y yo nos habíamos aficionado al “chirimiri” cuando nos entraban los calentones en el circuito. Como habrás podido deducir, no soy una elefanta ni me quedé embarazada de la primera vez que nos lo montamos en el camión del equipo hacía más de año y medio. La realidad es que le habíamos cogido el gustito a hacerlo en el *paddock -motorhome*, camión, box (¡*shh*!)- para liberar tensiones, compensar fracasos o celebrar triunfos. Hasta el accidente en Sachsenring, 2018 vino cargadito de buenos resultados = polvazos. De uno de ellos, tuve un retraso menstrual que ya sumaba dos ciclos.

A decir verdad, entre la rehabilitación de Vincent y los tres viajes de agosto, me había olvidado de la regla. Tampoco practicaba sexo, por lo que el ciclo pasó desapercibido para mí. Hasta que a principios de septiembre, abriéndole un yogurt de fresa a Vincent me entró un asco nauseabundo. Empecé a hacer cálculos, ya que me molestaban los pechos y tuve la sensación de que hacía demasiados días que no cogía compresas del cajón del baño. En efecto, los números no fallaron: desde el día que tenía que bajarme la regla, 26 de julio, a mi discusión/beso con Gerard habían pasado seis semanas.

Mi exmarido, que minutos antes había confesado que todavía me quería, salió de su despacho para traerme un test de embarazo que minutos después dio positivo. Permanecimos uno a cada lado del escritorio, con el test en el centro de la mesa.

—Tengo una compañera que es una obstetra fantástica —me informó Gerard—. Decidas lo que decidas, ella te podrá acompañar con discreción.

Yo no tenía ganas de hablar; en cambio, Gerard padecía verborrea:

—Si quieres, dejo de valorar a Vincent carrera a carrera y le doy el “no apto” para lo que queda de temporada, así podéis estar juntos y planear la llegada del bebé —propuso, a lo que yo respondí con un gimoteo de congoja—. O, si prefieres, es “fit” para San Marino y que se estampe como una pita. ¡Un problema menos! —agregó bromeando. Consiguió hacerme reír en ese momento tan extraño—. Serás una madre estupenda.

Estiró su mano sobre la mesa para alcanzar mi brazo y acariciarlo. Yo me retiré, huyendo de más contacto físico por su parte y apoyándome en el respaldo de la silla acolchada en la que me acomodaba. Además, no sabía ni siquiera si iba a ser “madre”, por lo que sumarle el adjetivo “estupenda” era aún menos claro. Me crucé de brazos cubriendo mi vientre, en un acto involuntario que lo ocultaba del mundo exterior.

—¿Se lo contarías? —me animé a finalizar mi mutismo.

—¿A Vincent? —preguntó Gerard; yo asentí—. Poniéndome en su lugar, a mí me gustaría saberlo. Es su derecho como padre biológico del nonato y también sería su obligación a la hora de reclamar

responsabilidades legales. No obstante, depende mucho de lo que tú quieras hacer: si tienes claro que vas a abortar, y en el hipotético caso de que él sí quisiera tenerlo, quizá podrías evitarle el disgusto.

—¿Estoy a tiempo de abortar? —Me estremecía pronunciar la palabra.

—Habría que hacerte algunas pruebas, pero si tus cálculos son correctos, aún estás a tiempo de interrumpir el embarazo —me comunicó con profesionalidad—. Piénsatelo. Decidas lo que decidas, cuenta conmigo y con el personal médico y las instalaciones de este hospital. No estás sola, ¿vale?

—Gracias.

—Gracias a ti por la confianza —respondió él, articulando una sonrisa que no reflejaba alegría, sino nostalgia.

—¿"No apto" para San Marino? —volví al inicio de la conversación.

—"No apto". Valoraremos para el Gran Premio de Aragón —repitió él, melancólico.

—Gracias, Gerard.

—A ti, mi amor —añadió con ternura.

Salí del despacho y caminé por los pasillos del hospital optando por hacer la ruta larga. Tenía que hablar con Vincent, pero antes ensayé en mi mente cómo iba a afrontar las cuestiones a tratar. Fui al baño, me mojé la cara y pensé en lo difícil que sería decirle que aún no podía volver a competir y que me había quedado embarazada de él. De momento, no tenía intenciones de confesarle mi beso con Gerard. Estuvo mal, lo sabía y me castigaba por ello. No me sentía preparada para asumir las consecuencias de la impulsividad de ese acto. Yo quería a Gerard, pero también a Vincent; ya había perdido a uno, al otro lo necesitaba a mi lado más que nunca. Un beso no podía tener la potestad de acabar con mi relación.

Consideré que lo mejor era quitarme el peso de encima poco a poco: ese día le contaría una cosa, mañana la otra y, quién sabe, quizá en un futuro compartía mi infidelidad. Con la elección hecha, pedí permiso para entrar en su habitación y, al recibirlo, accedí. Él estaba incorporado en la cama sosteniendo el mando de la tele en su mano y haciendo zapping compulsivamente, demasiado nervioso como para atender a ninguna emisión.

—¿Y bien? —interrogó Vincent nada más verme cruzar el umbral de la puerta, impaciente por conocer el veredicto de Gerard.

—Todavía no estás listo.

—¡Mentira! *C'est un mensonge*! —increpó furioso—. Nos está engañando, Edel. Quiere arruinarnos la temporada —juzgó convencido—. Se está vengando porque no soporta vernos felices.

Me senté a su lado y le di un abrazo, mostrándome cuidadosa con las áreas recién operadas.

—Tengo miedo a hacerte daño con un abrazo, imagínate si vuelves a caerte.

Él me apartó.

—Quiero una segunda opinión. Voy a buscarme otro médico que no se haya tirado a mi novia —sentenció ofensivo.

—Gerard es el mejor. Estás en buenas manos —le prometí.

—*Gerard est ton ex-mari* —expresó en francés—. Está celoso, Edel. No es objetivo.

—Confío en su criterio como médico —le comuniqué, ocasionando un gesto de desprecio en Vincent—. Él dice que es peligroso que vuelvas a subirte a la moto. Si te caes otra vez, puede ser incluso letal. Ni como tu novia ni como tu jefa estoy dispuesta a correr ese riesgo.

—¡Mentira! Estoy seguro de que nos está mintiendo, pero no sé si me duele más su mentira o que tú lo creas con tanta vehemencia —se cruzó de brazos, frunciendo el ceño, contrariado.

—Lo conozco. Te guste o no, lo conozco. Es un gran médico y no jugaría con la vida de un paciente.

—Pero sí jugaría contigo, pillándome a mí en medio —aseguró él, hablando por hablar y sin conocimiento de causa—. ¿No te das cuenta? Quiere joderme la vida.

—Vincent, yo soy importante para Gerard y Gerard sabe que tú eres importante para mí. Aunque no te lo creas, nos está haciendo un favor impidiéndote participar en el Gran Premio de San Marino. Está velando por tu seguridad.

—No hay más que hablar: quiero apelar su decisión con la segunda opinión de otro médico —insistió—. Si no me apoyas en esto, sabré en qué bando estás.

—Estás siendo muy injusto.

—Injusto es conformarse con lo que diga el envidioso e inepto de tu exmarido —argumentó—. ¿Acaso es un complot? ¿Los dos queréis joderme la *saison*?

—Pero, ¿qué dices? —discutí asombrada—. Como tu jefa, soy la primera interesada en que vuelvas a correr porque contigo hago pasta y tenerte parado solo me ocasiona gastos innecesarios. ¿Entiendes? —me torné dura para frenar su insolencia—. Podría poner el dinero por encima de tu integridad física y, si terminas de romperte, solo tendría que sustituirte. *Pim*, *pam* —chasqueé los dedos—. Gerard es prudente porque piensa en ti como deportista y no quiere que arruines tu carrera con 22 años. Con descanso y rehabilitación, el título no llegará este año, pero el próximo serás un respetado aspirante en plena forma.

—A más lo defiendes, más asco me das —dijo rabioso.

—¿Y tú crees que el celoso es Gerard? —reí ante la evidencia—. Va. Llama a tu padre, llórale. Dile que "la jefa te tiene manía" y confabula con el médico de la FIM para destruir tu trayectoria profesional, como si no tuviésemos nada mejor en lo que pensar. Venga, paga a un médico al que tú y tu futuro le importéis una mierda, que te firme un "OK" sin valorarte y estréllate en la primera curva de Misano a ver si lo cuentas —listé con franqueza—. No son celos, Vincent. Ni tampoco una conspiración. El accidente ha sido grave, tu lesión es seria. Te estamos protegiendo.

—*Va te faire foutre!* —dijo en francés, intuí que cagándose en la madre que me parió.

Abandoné la habitación con las pulsaciones a mil. Cerré la puerta, dejándome recaer sobre ella para tranquilizarme. Me llevé las manos a mi vientre. Ahora que sabía que ahí dentro sí que había algo, sentía que todo había cambiado.

Deambulé por el hospital, sin saber muy bien a dónde ir ni qué hacer. La casa de mis padres estaba a 20 minutos en coche, por lo que creí que "volver a casa" podría sentarme bien. Al atravesar la cafetería para ir hacia el *parking*, volví a tropezarme con Gerard.

—¿Te vas ya? —preguntó colocándose un sándwich y un zumo sobre las piernas para mover la silla de ruedas con sus manos—. ¿Estás bien? Tienes mala cara. ¿Has hablado con Vincent?

Yo no había dejado de caminar, de ahí que Gerard me cogiese el rebufo. De repente, me detuve y me giré para mirarle.

—Solicita una cita de mi parte a tu amiga, la obstetra —le pedí—. Quiero abortar lo antes posible —le informé fríamente.

—Edelweiss, ¿estás…? —se interrumpió al considerar que no era de su incumbencia que yo estuviese o no segura—. De acuerdo.

—¿Cuándo sales para Misano? —le pregunté, cambiando de tema.

—El miércoles por la tarde. ¿Y tú?

—Vincent va a apelar tu decisión al *Chief Medical Director* del campeonato con una segunda opinión —agregué, cambiando de tema (otra vez)—. He intentado disuadirlo, sin éxito. Cree que estamos urdiendo el fin de su carrera deportiva.

—Vaya niñato —opinó Gerard—. Que haga lo que quiera. Como comprenderás, él me la trae

bastante al pairo. Por el contrario, tú…

—Por mí no te preocupes. Estoy bien. Estaré bien. —Arranqué a andar de espaldas, alejándome de él —. Me dices algo, ¿vale? Que vaya bien.

—*Adéu, bonica* —se despidió.

En Barcelona hacía calor. Mucho calor. Puse el aire acondicionado de mi coche a 15 grados, congelando mis ideas y mis sentimientos. Después de cabrearme con el tráfico de un lunes a las 12 del mediodía, aparqué en la cochera de casa de mis padres en Avinguda de Pearson.

Reinaba el silencio. Supuse que no había nadie, por lo que fui a mi antigua habitación y me tumbé sobre la cama. En la puerta de mi armario tenía un póster de Valentino Rossi; en la estantería, una colección de minicascos; y en la repisa de la ventana, motos a escala. Mi pasión por las dos ruedas me había acompañado durante toda mi corta existencia en este mundo.

—¡Edel! ¿Cuándo llegaste? ¿O vives aquí? —Mi madre apareció por el pasillo tan sorprendida por verme como desorientada.

—Llegué hace un rato. Disculpa por no saludar, pensé que no había nadie en casa —me excusé con educación—. Vengo de visitar a Vincent en el hospital —le informé para darle un poco de conversación.

—¡Qué guapo es ese chico! —opinó fuera de lugar—. ¿Y cómo está?

—Bueno, poco a poco —contesté sin entrar en detalles.

—¿Qué hora es? —confirmó su desconcierto—. ¿Quieres algo de comer? Acaba de llegar Filipa del supermercado. Aprovecha y pídete lo que te venga de gusto —sugirió mi madre.

—No, no tengo hambre —rechacé su propuesta—. Gracias, mamá.

—Vale, como quieras. Yo voy a tomarme un Paracetamol: la cabeza me va a estallar —anunció ella antes de darse la vuelta dispuesta a irse.

—Mamá —pronuncié frenando su partida—, ¿tú querías ser madre?

—¿Yo? ¡Qué va! —exclamó—. Ser madre es lo peor que me ha pasado en la vida —reconoció con brutal honestidad—. Sin ánimo de ofender, hija.

Reí porque a esas alturas de nuestra ~~inexistente~~ relación, ese tipo de comentarios ya me generaba más gracia que pena. Aunque era consciente del mensaje deprimente que había detrás de ser considerada por mi madre “lo peor que le había pasado en la vida”.

—Agradezco tu sinceridad —le respondí cabizbaja, con las piernas recogidas entre mis brazos. Mi madre entró en la habitación y se sentó en el borde de la cama.

—Tu padre y yo estábamos muy bien hasta que me quedé embarazada. En cuanto tú naciste, me transformé en una harapienta que apestaba a vómito; Théo empezó a buscar la comida fuera de casa -*tú ya sabes a lo que me refiero*-, mientras yo me consumía en una jaula de oro con un bebé colgando de la teta 24/7.

—Papá fue un cabrón.

—Es un hombre, hija. Está en su naturaleza —aseguró resignada.

—Si no entraba en tus planes ser madre, ¿por qué no pusiste impedimentos? —curioseé, refiriéndome a métodos anticonceptivos.

—Yo tomaba la pastilla anticonceptiva, pero falló. Falló la pastilla o mi memoria o la mezcla con alcohol. No lo tengo claro —se encogió de hombros—. El hecho es que quedé embarazada siendo un poco más joven que tú.

—¿No barajaste abortar? —quise saber al estarlo valorando yo.

—Tu padre siempre ha sido un tipo importante, de mucho dinero. Un empresario muy solicitado por las jóvenes casaderas de alta cuna barcelonesa y helvética, los lugares donde su empresa tenía

sedes en aquella época. Para mí, quedarme embarazada fue la oportunidad que tuve de echarle el lazo —declaró sin pelos en la lengua—. De poder quedarme con él sin necesidad de traer un bebé al mundo, hubiese abortado; pero la competencia era dura.

—¿Tanto lo querías como para hacer ese sacrificio?

—Tanto quería la vida que él podía darme —confesó descarada—. Con tu padre, he gozado de lujos que jamás hubiese imaginado.

—Mamá, todo lo que cuentas suena horrible —opiné escandalizada—. ¿Dónde está el amor?

—En las películas de Disney, Edelweiss —afirmó mi madre. Otra engañada por el sistema que consideraba "amor" al síndrome de Estocolmo que Bella sufrió con Bestia—. El amor es una patraña. No existe o, de existir, solo se deja sentir al principio. Las relaciones se terminan transformando en una simbiosis de intereses.

—Eso no es verdad. El amor existe —aseguré orgullosa—. Yo lo he conocido con Gerard —añadí, obviando (sin querer) a Vincent.

—¿Y cómo acabó? —disparó al centro de la diana—. Pues eso. Lo que yo decía —subrayó su razonamiento, antes de continuar—. Tu padre me sigue manteniendo y yo no pongo pegas a sus escarceos. De cara a sus socios es un honrado hombre de familia mientras se folla a todo lo que pilla y yo estreno zapatos nuevos cada día.

—¿A ti te hace feliz esa clase de vida? —interrogué incapaz de empatizar con lo que me contaba.

—Por supuesto. El dinero "sí" da la felicidad, hija. Grábatelo a fuego —me aconsejó—. Prefiero mil veces vivir sin amor, pero con dinero, que estar enamorada de un muerto de hambre con el que sobrevivo en un quinto sin ascensor en el Raval.

—Existen los puntos medios, mamá —le recordé—. Yo era feliz viviendo sin parafernalias en un piso en Sant Gervasi con Gerard.

—¡Uy! Permíteme que lo dude —carcajeó insolente—. Tan feliz no eras cuando preferías abandonar tu hogar y a tu marido para organizar carreras callejeras que te llenaban la cartera de dinero —golpeó bajo—. Tampoco estabas con un obrero de Ciutat Meridiana: era un médico de Sant Gervasi, uno de los distritos más pudientes de Barcelona; y, pese a todo, necesitabas más y más. Digna hija de su madre —agregó vanidosa.

—¿Te gustaba Gerard para mí?

—No, en absoluto —respondió con desprecio—. No nos gastamos un pastizal en tu educación para que acabaras con cualquier mindundi que podrías haber conocido en una discoteca. ¡Era el médico de tu padre! Una vergüenza para nuestra familia —bramó mortificada—. La gracia de los colegios caros es que te relaciones con gente de tu poder adquisitivo. Ese *medicucho* solo buscaba presumir de salir con una chica a la que le doblaba la edad y encima perteneciente a una de las familias más adineradas de Cataluña. ¡Un impresentable! ¡Aprovechado!

—No doy crédito a todas las barbaridades que dices —comenté desbordada—. No tienes ni idea de lo que hablas.

—Eres joven, aún te falta mucho por aprender —alegó ella—. Eres tan inocente que por eso te pasan las cosas que te pasan, hija mía.

—Quieres decir que tampoco te gusta Vincent —concluí.

—Vincent es diferente —garantizó—. Ese chico puede llegar muy alto y es bueno estar cerca del triunfo ajeno porque quizá puedes rascar algo. Tienes que cuidar ese noviazgo sea como sea —me recomendó haciendo gala de su rasgo más manipulador—. Mira, ¡quédate embarazada! Y así lo coges por los huevos desde bien pronto. Cuidado que como se haga famoso, se le irán los ojos por las modelos de 18 años y tú te quedarás para vestir santos.

—Dios mío, mamá —resoplé abrumada por la avalancha de sandeces que llevaba un rato escuchando.

—En la vida se aprende a base de hostias. Quizá, pobre ingenua, no has tenido suficientes. —Me dio un par de golpecitos en las piernas—. Me alegra haber tenido esta charla contigo. Ahora que eres una mujer, te has convertido en una buena amiga.

—A veces me gustaría ser más que tu amiga, mamá. Quiero ser tu hija porque necesito una madre —hablé desde la nostalgia, acariciándome el vientre, deseosa de compartir la noticia de mi embarazo con ella. Aunque, sin darse cuenta, ya había opinado al respecto.

—Lo siento, mi amor. Con suerte encuentras en la figura de tu suegra a la madre que no he sido capaz de ser —dijo echando balones fuera—. Voy a por mi Paracetamol. Si a la tarde se me ha pasado la resaca, te acompaño al hospital para visitar a Vincent. ¿Vale? Descansa —me besó la frente y se marchó a la cocina.

El diálogo con mi madre había sido de lo más surrealista, aun así bastante esclarecedor. A propósito, no te lo he dicho: se llama Judit y es catalana, procedente de una familia de políticos vinculados a CiU.

En lo que intentaba ordenar las ideas, recibí un mensaje de WhatsApp de Gerard:

—¡Hola, preciosa! Si todo va bien, a partir de este fin de semana Vincent podrá continuar su recuperación en casa. Si estás de acuerdo, la idea es darle el alta hospitalaria este viernes —me comunicó en un párrafo. En el siguiente, trató el tema más delicado—. La doctora Moliner puede recibirte el miércoles de la semana que viene, a las 9:30 horas de la mañana.

—Gracias —respondí escueta.

—Me he liberado la agenda por si te hiciese falta apoyo o compañía. Cuenta conmigo —agregó con amabilidad—. Esta semana, piensa bien lo que quieres hacer: la doctora Moliner no te juzgará, solo te guiará según el camino que escojas.

—No tengo nada que pensar, Gerard. Está decidido: voy a abortar.

La pelea con Vincent había elucidado cualquier duda; la conversación con mi madre, lo terminó de corroborar. Yo no estaba preparada para tener un bebé. Tampoco quería tenerlo y me negaba a seguir adelante para ser una mierda de madre como la mía.

Abortar era el único camino.

CAPÍTULO 13

¡NO LO Hagas!

A mi madre se le pasó la resaca con el Paracetamol, pero mi disgusto se oponía a retirarse. Pese a la insistencia de Judit de ir a visitar a Vincent, mi orgullo no me permitía regresar después de la discusión que habíamos tenido ese lunes por la mañana. Tampoco fui al día siguiente, aunque sí que recibí sus primeras disculpas en forma de mensaje de WhatsApp y las primeras llamadas como réplica a mi silencio. Vincent requería compañía, pero yo necesitaba soledad. O, más bien, estar a solas con ese bebé al que en unos días iba a despedir.

Retorné al hospital el miércoles. Con anterioridad había pasado por el ático de Selva de Mar para hacerme una maleta: en unas horas estaría viajando hacia San Marino. O, al menos, esa era la voluntad. Quise ir por varias razones: la primera, por cumplir con mi trabajo; la segunda, por alejarme de Vincent justo el fin de semana que iba a recibir el alta hospitalaria. No obstante, verle envió al traste mis intenciones.

—Buenos días —saludé al entrar en la habitación junto a mi *trolley*. Él estaba desayunando.

—*Ma sirène*! —exclamó emocionado—. Te he echado de menos.

—Siento no haber venido antes. —Le besé la frente en un gesto de cariño—. ¿Cómo estás? El viernes te dan el alta, ¿contento?

—No me apetece volver a una casa vacía —dijo señalando mis bártulos de equipaje.

—La temporada sigue y yo tengo que estar con Yurena, Adam y el resto del equipo en San Marino —le recordé—. En cualquier caso, he hablado con mis padres y podrás quedarte en nuestra casa de Pedralbes bajo sus cuidados y el de nuestro servicio. No te faltará de nada.

—Faltarás tú —puntualizó—. Llevo 45 horas sin verte y se me han hecho eternas. —Reclamó mi cuerpo para estrecharlo en un abrazo; le correspondí—. Quería disculparme por cómo me puse el otro día. Sí, estoy celoso —reconoció abiertamente—. Llevo demasiado tiempo encerrado en esta habitación, imaginándome mil cosas que pueden estar ocurriendo fuera. Siento que pierdo el control de mi carrera, de nuestra relación, de mi vida… Solo quiero que todo vuelva a ser como era antes.

—Cada vez falta menos —le garanticé—. Hay rumores de que te darán el "fit" para Aragón —le adelanté con el objetivo de animarle.

—¿Y nosotros? ¿Estamos bien? —cuestionó temeroso—. Llevamos casi dos meses separados, resignándonos a unas horas al día cuando no tienes viajes o compromisos. Me he convertido en tus sobras —consideró bastante afectado.

—Eh, no digas eso —acaricié su rostro, aún magullado; especialmente, el labio inferior—. Perdona, no pretendía hacerte sentir así. Te prometo que cada minuto libre que he tenido lo he invertido en estar a tu lado, encantada y con mucho gusto. Entiendo que este traspié ha sido durísimo para ti y lamento no haber estado a la altura —argumenté apenada—. No eres las sobras, eres el postre —bromeé,

buscando romper el hielo.

—No sabes las ganas que tengo de… —gruñó sobre mi oído, juguetón—. Quédate conmigo este *week-end*. Estemos juntos, solos, después de tantas semanas. Recuperemos las horas robadas por el maldito accidente.

—Vincent… —remoloneé.

—*S'il vous plait*, por favor —rogó en francés y en español, poniendo los ojitos del Gato con Botas en *Shrek*.

De repente, surtió efecto el sermón moralista de Gerard. Mi exmarido, sabiendo lo que decía, me tachó de "egoísta" por anteponer mis cuestiones personales a las de mi entorno; criticó que mis prioridades solo me incluían a mí misma. Quizá era la oportunidad de cambiar. Al fin y al cabo, me perdería solo un Gran Premio y Vincent era el padre de mi hijo, como mínimo, hasta el siguiente miércoles.

—Me quedaré contigo, pero con una condición —indiqué acaparando su total atención—: iremos a casa de mis padres. Sin Filipa no me hallo.

—Lo que tú quieras, mientras estemos juntos —dijo antes de besarme con suavidad, ya que su mandíbula todavía se resentía de la caída.

No fui a Misano. Me costó horrores ser "irresponsable". Estuve flagelándome durante días, pero es cierto que mi presencia era prescindible por completo. El equipo, engranado a la perfección, se valía sin mí. Además, de cara a nuestros compañeros, la razón de mi ausencia estaba justificada con el alta de Vincent. A nivel personal e íntimo, también aprecié contar con unos días de relax antes de mi cita con la doctora Moliner.

Organicé con mi madre y Filipa la llegada de Vincent a nuestra residencia familiar. En la primera planta, cruzando el jardín y la piscina, teníamos un pequeño *loft* para hospedar invitados que convertí en un acogedor rincón privado. Cargué varias maletas con ropa, compré artículos de aseo personal y llené la pequeña nevera del saloncito con bebidas y snacks; Filipa limpió, montó la cama, cambió las toallas; y mi madre sacó una foto del resultado final para compartirlo en su Pinterest.

Llegó el viernes y Vincent salió del hospital. Me encargué de recogerle y, para mi sorpresa, tanto mi padre como mi madre estuvieron en casa para recibirle. Nos esperaban en el *hall*, cogidos de la mano, imitando a las gemelas de *El Resplandor* y dando idéntico mal rollo. Era la primera vez que veía un atisbo de afecto entre ellos, resultándome la escenita de lo más perturbadora.

Mi madre se soltó de mi padre para abrazar a Vincent.

—¡Bienvenido, hijo mío! —expresó alegre—. ¡Estás en tu casa!

—Vincent —mi padre le tendió la mano—, nos alegramos de tenerte aquí.

Yo observaba la secuencia desde el punto de vista del director de la película cómica que estaba desarrollándose. Ninguno parecía acordarse de la penosa imagen que habíamos dado como familia en Nochevieja, con las prisas de mi padre por huir y la afición de mi madre al vino; o es posible que ese recuerdo estuviese tan vivo que de ahí el esfuerzo por parecer normales o "perfectos".

—Hola, yo también estoy aquí —saludé por si no me habían visto cargada hasta las cejas con el equipaje de Vincent.

—Edelweiss, ¡es maravilloso tenerte de vuelta! Deja que te ayude con las maletas. —Théo me aligeró el peso—. Estaréis muy cómodos en la casita del jardín.

Tuve náuseas y no del embarazo. El ambiente era tan fingido y artificial que me daban ganas de vomitarles a ambos en los pies. Llevaba dormitando en Pedralbes desde el lunes anterior y no había visto a mi padre todavía, pero justo en ese instante se alegraba de mi regreso.

No me quitaba de encima a mis padres ni con miradas asesinas ni con resoplidos de hastío. Nos

acompañaron a nuestro “acogedor rincón privado”, dejándolo en *just* rincón (ni acogedor ni privado). Théo empezó a contarle a Vincent estupideces del tamaño: “Aquí puedes encender la luz” y “El agua caliente sale si giras el grifo a la izquierda”; Judit, por su parte, hizo un viaje por la decoración de la casa: “Esta lámpara la compré en el Gran Bazar de Estambul” y “Esta talla de madera vino de Bali”.

—Nos gustaría cenar esta noche con vosotros. A las nueve y media. ¿Os parece bien? —nos ~~invitó~~ comprometió mi padre.

—Habrá *raclette* —anunció con fervor mi madre—. Se nos ocurrió que, a través de ese plato, podemos representar la fusión de vuestra relación: Suiza y Francia.

“¡Qué cursi, por Dios!”, pensé.

—Suena estupendo. Gracias por la invitación —respondió cordial Vincent—. Allí estaremos.

Tras 45 minutos de tedioso recibimiento, al final se marcharon. No veía la hora. Agotada por los formalismos, me dejé caer en el sofá. Desperecé mis extremidades y bostecé fatigada.

—¡Pero qué cansinos! Creí que nunca se irían —me quejé.

—Solo pretendían ser amables. —La versión más comprensiva de Vincent se sentó a mi lado—. Estoy muy agradecido con la hospitalidad de tu familia. No seas tan dura con ellos.

Vincent extendió su mano para tocarme con tan mala suerte que la posó sobre mi vientre. De manera fortuita, como un acto reflejo, le golpeé con fuerza para apartar sus dedos de mi abdomen, lugar que engendraba a su bebé.

—Disculpa —dije abochornada.

—¿Ocurre algo? ¿No estás cómoda? —preguntó interesado en mi malestar —¿Quieres que nos vayamos de aquí?

—Todo bien. A ver, con mis padres cerca nunca me siento del todo cómoda, pero estaremos bien aquí. —Le sonreí, tomando de nuevo su mano y colocándola en mi vientre, estremeciéndome al sentirle—. Seguro que con la *raclette* de Filipa te recuperas antes que pidiendo un Glovo del restaurante chino de la esquina.

—Ni *raclette* ni Glovo, ¿te puedo comer a ti? —comentó mientras se abalanzaba sobre mi cuerpo —. ¿Probamos?

Aún no le había dado respuesta y ya me estaba desabrochando la camisa. Hacía dos meses que no follábamos. Había ganas, deseo, pero también miedo y preocupación: un mal gesto podía echar por tierra semanas de ingreso.

—Comemos. Solo comemos —le guiñé un ojo.

—Mmm. ¿69? —propuso. Yo asentí, levantándome para que él pudiese tumbarse—. Te juro que, en honor a este día, la próxima temporada usaré el 69 de dorsal —En la actualidad, no se puede usar. D.E.P., Nicky Hayden.

Reí, pero más reí al sentir su divertida lengua haciendo travesuras en mi vagina. Por la operación en la mandíbula, Vincent apenas podía abrir la boca: eso sí, qué destreza. ¡Qué manera de aprovechar los mínimos recursos disponibles! Su habilidad era tan demoledora que no lograba concentrarme en mis menesteres. Me aturdía la mente, reencontrándome con mi *yo* más primitivo y salvaje. Apretó mis nalgas contra su rostro y yo solo pude ahogar un grito de placer al tener su miembro de visita por mi gaznate. Terminé ~~una~~ dos veces; Vincent, también. Uff, tan rápido como intenso (y necesario). De estos encuentros que crean adicción por inesperados y *disfrutones* [sic].

Por desgracia para mí, cayó la noche y mis padres nos esperaban para cenar. Acudimos al comedor, abrazados, felices y saciados porque nosotros ya nos habíamos cenado el uno al otro.

—¡Qué bien se os ve! —manifestó mi madre al vernos.

Me había puesto el típico vestido blanco de corte ibicenco y sandalias; Vincent llevaba unos

pantalones bombachos de color caqui y una camiseta estampada en tonos pasteles de Endless Days. Pese a nuestros *looks*, lo mejor que nos quedaba era la sonrisa de volver a estar juntos. Joder, cuánto me hacía falta y cómo me costaba reconocerlo.

—Estáis radiantes, pareja —destacó mi padre—. Os ha sentado bien… el descanso.

Los cuatro nos echamos a reír. Los cinco, porque incluso Filipa sospechó lo que había sucedido en la casa del jardín en cuanto Vincent y yo gozamos de tiempo en soledad.

En la mesa del comedor había embutidos, patatas guisadas, verduras cocidas, pan, pepinillos en vinagre, tomates cherry con orégano y aceite, beicon, olivas… y queso Raclette du Valais. Había más quesos, como Gruyère y Comté, pero mi padre era un suizo muy purista y una *raclette* se hacía con queso Raclette.

De repente, el olor del queso me provocó asco. Mucho asco. A mí, que siempre me había encantado el queso. Yo, que era un ratón. Un ratón odiando el queso, vomitándolo en el primer jarrón que encontré de camino al baño que no logré alcanzar. Vincent y Filipa se levantaron a socorrerme: él me sostuvo el pelo y ella se dispuso a limpiar el desastre.

—Lo siento, Filipa —me disculpé.

—*Não se preocupe, filha* —respondió en su portugués natal.

Vincent acarició mi espalda y me ofreció un pañuelo de papel para limpiarme los restos de mi asco por el queso. Me ardía la garganta del ácido, la cabeza me daba vueltas. Mi novio me sirvió de sostén, pese a no encontrarse tampoco en su mejor momento físico.

—¿Estamos hechos mierda, eh? ¡Vaya par! —sonreí de soslayo, intentando recuperar la verticalidad y la dignidad.

Aunque mi cuerpo pedía tierra, hice el esfuerzo de volver a la cena con mis progenitores.

—¿Y eso? ¿Estás enferma? —mostró preocupación (falsa) mi padre.

—Quizá está embarazada —lanzó mi madre por intuición, sacando a relucir sus dotes de bruja Lola —. Quién sabe.

—¿Embarazada? —preguntó mi padre entrando en pánico.

—¿Embarazada? —preguntó Vincent entrando en pánico (también).

—Sí. Digo, no. —Me estaba liando por momentos, aún con la quemazón en la garganta y la cabeza a mil revoluciones—. ¿Embarazada? ¡No! ¿Cenamos?

Tomé asiento y empecé a respirar por la boca para que la peste del queso no me volviese a delatar.

—¿Te imaginas, Théo? ¡Abuelos! —Mi madre seguía dando por culo con el temita—. Soy demasiado joven para ser abuela. Habría que decirle al crío que me llame “Tita”. ¿Os gusta? “La Tita Judit”.

—Mamá, cállate.

—Oye, pues a mí la idea me atrae. “El yayo” lo llevaría al palco del Barça y a jugar al golf —fantaseó mi padre.

—Papá, por favor.

—¡Os podrías mudar aquí con el niño! A Filipa le encantan los niños y os ayudaría muchísimo. ¿Verdad, Filipa? —aseguró mi madre. La empleada asintió entusiasmada.

—Tienes razón, Judit. Hay habitaciones de sobra. Podríamos acondicionar incluso un área entera de la casa para que los chicos hicieran su vida —apuntó mi padre—. No hemos tocado ni un libro de la biblioteca y ese cuarto tiene una luz natural magnífica.

—Ya basta, ¿no? Estáis asustando a Vincent —intervine para devolverlos a la realidad.

—Por mí no sufras, *ma sirène* —Vincent quitó hierro al asunto—. En realidad, suena genial lo que cuentan Théo y Judit. Siempre he querido ser un padre joven para disfrutar con mis hijos del éxito —

expuso mi novio bajo mi estupefacción—. Quiero que mis hijos celebren conmigo victorias estando en activo; no homenajes, ya retirado.

Me vino otra náusea, aunque posiblemente provocada por la conversación tan utópica que estábamos teniendo. En ese comedor, a todos les ilusionaba la posibilidad de que mi bebé naciese. A todos, excepto a mí.

—¿Tendré algo que decir, no creéis? —increpé molesta—. Mamá, para tu nieto serás "Judit" porque no te vas a merecer ni hacerte llamar "abuela" ni "Tita"; papá, ya irá con sus padres al fútbol y jugará al golf si le apetece; Vincent… —me detuve, a él no podía atacarle ni mentirle—. Lo siento —me rompí—. Siento no habértelo contado antes, pero es que no lo supe hasta hace poco y tampoco encontraba el momento, no pensaba seguir y… —arrojé los pensamientos según me iban surgiendo.

—¿Qué sientes? ¿Qué no me has contado? —quiso saber angustiado.

—Que sí, que estoy embarazada —verbalicé mi gran secreto delante de él y de mis padres.

—¡Ay, Dios! —exclamó mi madre.

—¿En serio, Edelweiss? —consultó mi padre.

—*Minhas bênçãos, senhorita Moix* —aportó Filipa.

—Pero, ¿desde cuándo lo sabes? ¿Por qué no me lo habías dicho? ¿De cuánto estás? —interrogó Vincent anonadado.

—¡Qué más da! Tengo cita para abortar el próximo miércoles —les anuncié. Todo de golpe, sin lubricantes.

—¡Ay, no! —exclamó mi madre.

—¿Estás segura, Edelweiss? —consultó mi padre.

—*Não faça isso, senhorita Moix* —aportó Filipa.

—Pero, ¿has tomado la decisión sola? ¿No pensabas hablarlo conmigo? —interrogó Vincent ofendido.

—Ruego que me disculpéis. Voy a coger un poco de aire fresco en el jardín —dije, cayendo víctima de la carencia de oxígeno en sangre.

—Te acompaño —sugirió Vincent.

—No, quiero estar sola —lo rechacé.

—De esa silla no te levantas, Edelweiss Moix —dijo mi padre con voz hosca y amenazadora—. Tenemos que debatir qué es lo mejor para ti, para vosotros y para ese bebé.

—No hay nada que debatir, papá. Tengo 27 años y voy a abortar, con o sin vuestra aprobación —respondí tajante.

—Hija, no tomes decisiones apresuradas —me aconsejó mamá—. Cuentas con el apoyo de tu familia y de Vincent. ¿Verdad, Vincent?

Él permaneció en silencio y, según mi criterio, el que calla otorga. Abandoné el comedor y salí al exterior. No prendí ninguna luz. A mi visión le bastaba con el reflejo de la luna llena y la tenue iluminación de las pequeñas lámparas solares. Paseé por el jardín, inflando mis pulmones de aire puro. Del interior procedía un murmullo: eran mis padres hablando acaloradamente con Vincent. Me centré en el sonido de la brisa agitando las hojas y en el chapoteo del agua de la piscina que se movía al activarse el motor. Descalcé mis pies y los metí en remojo, mojándose parte de mi largo vestido ibicenco.

El barullo de la conversación seguía, pero mi mente me llevó hasta Gerard. ¿Mi mente? Mi corazón. Cada pálpito me recordaba a él porque mi corazón seguía latiendo por él: su beso -me mojé los labios al hacerlo presente-, su comprensión, su empatía. Nació en mí el estúpido deseo de que el bebé fuese suyo. Con él no habría dudas. Con él todo sería más fácil. Lo elegí a él antes que a mis

padres, dije “sí” a casarme con 19 años y estuve dispuesta a dedicar mi vida entera a cuidarle.

¿Por qué no era capaz de sentir lo mismo por Vincent? Lo quería, pero de manera diferente. No sé explicártelo. “¿Estaré siendo injusta con Vincent?”, me cuestionaba cuando el sujeto de mi dilema salió al jardín para encontrarse conmigo.

—*Ma sirène dans l'eau* —pronunció en francés al verme vadear el agua de la piscina con mis pies —. ¿Puedo sentarme aquí contigo? —dijo retirándose sus zapatillas.

—Sí —le otorgué permiso.

—No voy a dar respuesta a las mil y una dudas que me han asaltado cuando me has dado la noticia de tu embarazo. Voy a hacer un esfuerzo por comprender que te superó la situación —compartió sus impresiones con templanza—. Lo que sí me gustaría es, desde este punto en que ya ambos somos conocedores de la realidad, hablarlo.

—¿Hablar el qué, Vincent? —le interrumpí hosca—. Tienes 22 años, aspiras a ser un gran piloto. Tienes que poner tu 100 % en el proyecto, no entorpecer tu progresión cambiando pañales.

—Estoy de acuerdo en que ser padres ahora no es lo más deseable, pero…

—Por eso mismo: el día que sea madre quiero que sea lo más “deseable”, no una putada —volví a interrumpirle—. Yo no fui deseada. No nací de ningún amor, sino de puro capricho, y he sufrido las consecuencias toda mi vida.

—Entre nosotros hay amor. Muchísimo amor —aseguró convencido de sus sentimientos—. *Je t'aime*, y ese bebé es fruto de ese amor que hacemos tan a menudo y en cualquier circunstancia —sonrió con picardía—. No será el mejor momento, pero sí que no puedo imaginarme mejor persona.

—Qué bonito, Vincent —susurré, apenada al ser consciente de que yo no sentía lo mismo—. Pero…

—¡*Shh*! Pero nada. Sé que tú tienes la última palabra, que yo poco puedo hacer más que respetar tu decisión. —Tomó mi barbilla para mirarme a los ojos, tan tristes y titubeantes—. Sin embargo, si te interesa mi opinión: sí, quiero tener ese bebé —afirmó convencido—. Tengo 22 años, pero sé lo que quiero: quiero que seas la madre de mis hijos, quiero aprovechar esta oportunidad que nos ha regalado la vida… y quiero ser campeón de MotoGP™ —reímos.

—Gracias. Muchas gracias —le abracé, mojándonos un poco más. ¡Vaya afán que teníamos por el agua!—. Prometo pensármelo.

Dudas, dudas, dudas. Mil dudas. Millones de dudas que decidí aparcar unos días. Durante el fin de semana hicimos seguimiento minucioso de todo lo que sucedía en San Marino. Por primera vez en toda la temporada desde la ausencia de Vincent, conseguimos meter las dos motos en el Top 10: Yurena se quedó a las puertas del podio, en la cuarta plaza; Adam, por su parte, concluyó octavo. Un resultado magnífico para el Emme Café Racing MotoGP™, aunque noté contrariado a Vincent. Supuse que, pese a alegrarse por sus compañeros, le dañaba ver como sus rivales seguían sumando puntos mientras él hacía otro cero.

Como todo llega y todo pasa, el calendario me señalaba en rojo el miércoles 12 de septiembre. Justo el día anterior se celebró la Diada en Cataluña, un festivo que se me hizo de lo más largo. Las horas transcurrían con lentitud; por la noche, no pude dormir. Para ayudarme a sobrellevar el insomnio, vi de maratón la primera temporada completa de *La Casa de Papel*. ¡Me encantó! Supe que esa misma tarde, después de visitar a la doctora Moliner, seguiría con la segunda. Durante la madrugada, Vincent también se despertó en varias ocasiones. Sumergido en un dulce duermevela, reclamaba mi cuerpo cerca del suyo, besándome donde pillase y acariciándome la pancita donde crecía su hijo.

Con los primeros rayos del sol, me levanté. Tomé una larga ducha, me vestí y bajé a desayunar. Me serví un zumo de naranja y tosté unas rebanadas de pan de molde, al que unté mantequilla y mermelada. Mi familia aún dormía. El reloj del salón no había dado las ocho campanadas del día, cuando yo ya estaba en la calle.

No cogí el coche. Bajé caminando al Hospital Universitari Dexeus. Me apetecía andar. La mañana estaba fresca. Bajé en línea recta por el Carrer de Miret i Sans y atravesé los Jardines del Palacio de Pedralbes. Allí hice un pequeño *break*: sentada en un banco observé a jubilados leyendo el periódico, a madres tirando de sus carritos y a jóvenes atletas haciendo su ratito de deporte diario. Al cumplirse las nueve, continué la marcha cruzando la Diagonal y adentrándome en el hospital. Tras consultar en recepción a dónde debía ir, me descubrí esperando mi turno entre parejas de madres y padres ilusionados.

A las 9:32, dejé de estar sola: Gerard apareció.

—Hola, buenos días —saludó a los presentes—. ¿Cómo estás, Edelweiss? —se dirigió hacia mí.

—Hola, Gerard. He tenido días mejores —contesté, bastante asustada—. No he pegado ojo en toda la noche. Esto es más difícil de lo que imaginaba.

—Tranquila. La doctora Moliner es fantástica y, si me necesitas, aquí estaré para ti —me ofreció sus manos como refugio, a cuyos dedos me aferré con fuerza—. Entiendo que, si has venido sola, Vincent no lo sabe. O no lo apoya.

—Se lo conté, pero de igual modo he preferido afrontarlo sola. Bueno, contigo —le sonreí como timidez.

—¿Edelweiss Moix? —preguntó una enfermera. Me incorporé—. Pase, la doctora le espera.

Entramos juntos a la consulta. Tiré de su silla de ruedas hasta colocarla frente al escritorio de la obstetra, que no se encontraba en su lugar de trabajo. Nos mantuvimos en silencio, percibiendo el eco lejano del ajetreo del hospital. Al minuto, una mujer de cincuenta y tantos y en bata blanca se nos presentó.

—Hola, Edelweiss. Soy la doctora Blanca Moliner —me tendió la mano. —Doctor Vergés, no sabía que tenía una hija. Verá lo que mola ser abuelo, yo estoy encantada con mi nietecita.

Vaya puto comentario inapropiado. Resoplé molesta, aburrida de que hasta separados juzgarán nuestra diferencia de edad.

—No, Blanca. Ella no es mi hija —aclaró Gerard con hartazgo.

—¡Uy! Lo siento. He metido la pata. Disculpad —se lamentó la doctora—. De esta manera, ¡enhorabuena por el embarazo!

—Por favor, cállese la boca ya y sáqueme a este bebé —le exigí exhausta de tanta estupidez.

—¿Cómo? ¿Vais a abortar? —preguntó sorprendida la obstetra.

—Bueno, ella…

—¿No se lo habías dicho? —increpé a Gerard.

—No. Como te lo ibas a pensar…

—¡Joder, Gerard! No tenía nada que pensar.

—Tranquilos. Paz y amor, ¿de acuerdo? —pidió la doctora—. Vamos a hacer una cosita. Desvístete de cintura para abajo y túmbate en la camilla. Veremos si realmente hay algo que sacar y ya después me dices qué quieres que hagamos. ¿Bien?

Me retiré al baño. En lo que me quitaba los pantalones, escuché a Gerard dándole explicaciones a Blanca y excusando mis formas. Le contó que el bebé no era suyo, pero que sí que habíamos sido pareja y que solo estaba mostrándome su respaldo en ese momento tan delicado. Al salir, fui obediente y me coloqué sobre la camilla. Gerard se situó a mi lado, por detrás de la sábana que cubría

mis piernas escarranchadas. La doctora apagó la luz y me penetró con la larga sonda del ecógrafo enfundada en un condón:

—Aquí está. ¡Uy! Sí, sí que hay embarazo. No hay duda —informó ella sin apartar la mirada del monitor—. Mmm. Estimo que de unas 8 semanitas, más o menos.

—Vale, ¿y cómo procedemos a abortar? —requerí información, sin dedicarle ni una mirada esquiva a la pantalla.

—Existen dos métodos: el aborto farmacológico, con Misoprostol y Mifepristona, unas pastillas abortivas que puedes conseguir en cualquiera farmacia por unos 300 €; y el instrumental o quirúrgico, como lo quieras llamar. Desde luego, ante este caso tan excepcional, te recomendaría el quirúrgico. Te sedamos y nosotros dilatamos el útero para extraer el contenido. Es rápido y seguro, apenas molesto —explicó la doctora.

—¿Excepcional? —preguntó Gerard.

—Sí, mira. —La doctora Moliner giró la pantalla para que Gerard pudiese observar la ecografía.

—¡Vaya! —expresó él, reprimiendo su impresión.

—¿Qué ocurre? —quise saber.

—¿Quieres saberlo? Si tienes claro que vas a abortar, no debería condicionarte ninguna excepcionalidad —comentó la médico.

—Quiero saberlo. ¿Qué pasa?

La obstetra Blanca Moliner, con ayuda de la enfermera, movió la máquina para permitirme visionar la pantalla en blanco y negro del ecógrafo. Como buena ignorante, yo no lograba hallar nada sin una explicación pertinente.

—Este puntito blanco de aquí, es tu bebé; y este otro puntito de aquí, su gemelo —anunció ella—. Tienes una gestación gemelar monocorial y monoamniótica: esperas dos bebés gemelos que comparten bolsa anmiótica y placenta. Es una situación poco frecuente. Una rareza.

—¿Son dos? —Blanca asintió y los volvió a señalar: uno y dos. No había margen de error. Eran diminutos, pero se identificaban a la perfección—. El padre de los bebés tiene dos hermanos gemelos. ¿Es hereditario o genético? —Desconocía el término que debía usar.

—No existen evidencias científicas que avalen tal afirmación, pero sí que es verdad que en la práctica encontramos casos como el vuestro: un papá o una mamá con antecedentes familiares de embarazos múltiples que cuentan con mayor predisposición genética a repetir el patrón en su descendencia —expuso la ginecóloga con claridad.

—¿Y están bien? ¿Están sanos? —consulté, de pronto interesada por el bienestar de los niños.

—Perfectamente. —La doctora activó el sonido de su máquina y… ¡*Tachán*! Pude oír el latido de sus corazones—. ¿Escuchas?

Las pulsaciones iban muy rápido, pero eran enérgicas, potentes y muy nítidas. La obstetra hizo un parón para que pudiese oír también al segundo bebé. Estaban bien, vivos y sanos. Los dos. Mis dos bebés.

Se me escaparon las lágrimas. No podía dejar de mirar esa pantalla en blanco y negro. Esos dos ratoncitos a los que no les gustaba el queso. Eran pequeñitos, como dos garbancitos. De buenas a primeras, mi corazón, el que aún palpitaba por Gerard, se paró. Se paró para iniciar una contramarcha y cambiar el rumbo de sus latidos. Sí, repentinamente, solo importaban los bebés.

La obstetra extrajo el ecógrafo de mi vagina y apagó el monitor. La luz del techo me cegó.

—¿Son dos niños? ¿Dos niñas? —curioseé.

—Aún es pronto para saberlo. Salvo que te sometas a un Test Prenatal No Invasivo, donde a través de la sangre podemos detectar el sexo de los bebés, tendrías que esperar hasta la semana 12 en

adelante —respondió Blanca—. ¿Y bien?

—Me gustaría… Si fuese posible… ¿Puede darme una ecografía, por favor? —pedí con cierto apocamiento. La médica presionó un botón y me ofreció una ristra de seis fotos impresas.

—No te sientas presionada a tomar una decisión justo en este momento —comentó la doctora con amabilidad—. De seguir adelante con el embarazo, deberías saber que es de alto riesgo y te va a condicionar el día a día. Al carecer de membrana amniótica, tendríamos que hacer controles cada dos semanas hasta la semana 29 de embarazo, donde empezaríamos con monitores. La idea sería provocar el parto en torno a la semana 32 para evitar sufrimiento fetal en los bebés —puso su mano sobre mi hombro—. A nivel médico, es una gestación viable, pero delicada. No tiene por qué pasar nada si sigues las recomendaciones y el control médico.

—Gracias, doctora —indiqué.

—De nada. Me cambio de consulta para atender a otra paciente. Llámame según decidas —dijo antes de despedirse—. Un placer, Edelweiss. Doctor Vergés, hasta la próxima.

Ella salió; Gerard se quedó conmigo. Me incorporé, tapándome con la sábana y aún un poco mareada por la claridad y el cambio de postura.

—¿Qué harías, Gerard? —pregunté, buscando que alguien me iluminara en ese callejón tan oscuro.

—Llama a Vincent, dile que venga. Él es el que debería estar aquí contigo, no yo —me recordó, dolido.

—¿Sabes? Cuando se lo conté, tuve que salir al jardín de casa a coger un poco de aire. Allí, con los pies metidos en la piscina, solo podía pensar en ti. En las pocas dudas que tendría si estos bebés fuesen tuyos —lloré abatida. Él tampoco parecía encontrarse demasiado bien—. En cambio, son de Vincent y no sé qué hacer ahora mismo.

—Edelweiss, son tuyos. Da igual quién haya puesto el esperma, la genética es lo de menos. Si tú los quieres, tenlos. Es tu cuerpo, es tu decisión. Son tus hijos —dictaminó él, otorgándome poder—. Ojalá fuesen nuestros… —Realizó una pausa, visiblemente afectado. Se acercó a mi rostro y yo se lo permití, deseosa de volver a catar su boca—, pero muy a mi pesar tengo que aconsejarte que llames al padre de tus hijos y le des la oportunidad de formar una familia. —Se alejó, dejándome con la miel en los labios—. Si quiere ser parte, adelante; si no, tú sola te sobras y te bastas. No lo necesitas.

Justo en ese instante la puerta de la consulta se abrió de par en par. Intercambié miradas con Vincent que hizo acto de presencia con aspecto fatigado; deduje que debió haberse metido una buena carrera por el hospital hasta dar conmigo. Por el hospital o desde casa, ya que vestía con la ropa que usaba de pijama para dormir. Se despertó, no me vio y salió corriendo a buscarme, pese a su lamentable forma física.

—¡No lo hagas! —vociferó, apoyándose en la camilla para recuperar el resuello—. ¡No abortes, por favor!

Gerard se apartó de mi lado, girando las ruedas en sentido contrario y acercándose a la puerta que Vincent había dejado abierta.

—Solo he venido para asegurarme de que estaba bien. —Gerard tragó un buche de aire—. Seréis una bonita familia.

Gerard abandonó la consulta, permitiéndonos un poco de privacidad. Yo seguía llorando víctima de la confusión, de la circunstancia. ¡De las hormonas! De lo mucho que quería a Vincent, pero de lo tantísimo que amaba a Gerard. Y de lo que esos niños me habían hecho sentir minutos antes.

—Vincent, no he abortado —le informé, tendiéndole las imágenes de la ecografía—. Vamos a ser padres de dos preciosos bebés.

Vincent tocó con la yema de sus dedos las fotos de sus hijos. Se le escapó una sonrisita y se sorbió

la nariz, víctima de la emoción que le producía verlos.

—Vamos a ser padres —susurró, antes de fundirse conmigo en un cálido abrazo.

Esa fue, hasta el momento, la peor decisión que he tomado en mi vida.

CAPÍTULO 14

La X De La ecuación

Lágrimas, abrazos, felicitaciones. Al inicio del embarazo, vives en una nube. Pasas a ser la consentida de la familia: “¿Cómo estás?”, “¿Qué quieres?”, “¿En qué puedo ayudar?”, “¿Qué te apetece comer?”, “Ya lo hago yo, no hagas esfuerzos”, “Para ti la última onza de chocolate”. Estar “en construcción” de dos bebés mantiene a tu entorno en vilo, pendiente de cualquier necesidad. Los masajes en los pies y las bandejas de comida están bien hasta que le dan el “OK” a tu piloto para que vuelva a la competición y tú solo piensas en regresar al box. Ahí pasas al “¿Estás loca?”.

—¿Estás loca? —inquirió Vincent enfadado—. La doctora te ha pedido reposo absoluto. ¡Es un embarazo de alto riesgo!

—No soy yo la que va a correr en moto —repliqué recurriendo a obviedades—. Es el Gran Premio de Aragón. No hay aviones de por medio ni grandes distancias. Alcañiz está a tres horas en coche. ¡No va a pasar nada!

—Un circuito no es lugar para una embarazada —dijo con retintín machista, sacando a “José Luis”, el cuñado machirulo que habitaba en sus adentros.

—Estoy embarazada, no enferma —le recordé—. Ya he renunciado a las cuatro carreras de la gira asiática. A Aragón y Valencia voy a ir. Asúmelo.

—Si tú vas, yo no corro —me amenazó, poniéndose de arrogante frente a mí.

—Ah, vale. Pues si no corres, te despido —le aparté de un empujón, bajándole los humos.

Vincent gruñó, cerrando su maleta de un golpe y escondiéndose en el baño, portazo incluido. Ignoré sus malas formas y continué haciendo mi equipaje.

Mi padre nos esperaba con su BMW X6 M preparado: él nos bajaría por tierra hasta el circuito de MotorLand. Haciendo alarde de una solidaridad desconocida para mí, mi padre se había ofrecido a tomar las riendas del equipo en los Grandes Premios a los que yo no pudiese desplazarme por mi estado. A Vincent no le gustó la idea y, desde entonces, se comportaba como un auténtico gilipollas. Como dos gallos, ambos batallaron por la gerencia de la escudería: yo terminé cediéndola a mi padre, por confianza, experiencia y recursos; además, consideré que Vincent ya tenía bastante con pilotar la moto como para encima ejercer funciones de *Team Manager*. No le sentó bien, pero me dio lo mismo. Un Moix por otro Moix, sin más.

En Aragón aprovecharía para cederle a mi padre mis quehaceres, ya que durante el mes de octubre el campeonato de MotoGP™ se desplazaba a Asia y no volverían hasta el fin de fiesta en Valencia a mediados de noviembre. Durante el trayecto, solo conversamos mi padre y yo. Vincent era un niño de morros, ocupando el asiento trasero del coche.

Tampoco me habló en el circuito. El jueves asistió a una rueda de prensa donde dio a conocer todos los detalles de su lesión y los avances de su recuperación, además de comentar qué objetivos tenía

para afrontar el último término de una temporada que ya daba por perdida: “Después de una caída uno siempre llega todavía con más ganas a la siguiente carrera para demostrar que seguiremos luchando”, llegó a decir a los periodistas. Oriol, nuestro responsable de comunicación, se encargó de lidiar con él y los medios.

El viernes posterior, se disputaron las dos rondas de entrenamientos libres. Por la mañana, Vincent y Yurena fueron décimo y undécima, respectivamente. Por la tarde, Vincent recobró parte de la confianza que había extraviado tras el accidente y se coló quinto; Yurena acabó decimosexta, bastante frustrada.

En uno de mis paseos por el *paddock*, cuando me dirigía al *briefing* vespertino con mis ingenieros, mis bebés me removieron las entrañas y tuve que hacer una inesperada parada en el baño del circuito. Aún nadie de mi entorno laboral (a excepción de Vincent y papá) sabía de mi gravidez, por lo que me esforcé en ser discreta con los malestares asociados. Con la cabeza metida en el váter, pude escuchar llorar a una mujer en el habitáculo contiguo al mío. Me aseé en el lavabo y toqué con delicadeza la puerta del cubículo.

—¿Hola? ¿Te encuentras bien? —pregunté a la desconocida, que resultó ser más familiar de lo imaginado.

—¿Edelweiss? —pronunció sollozando desde el otro lado. Abrió el pestillo y abandonó su refugio para dar conmigo—. No te preocupes.

Era Yurena. Su rostro estaba bañado en lágrimas que incluso goteaban sobre la camiseta del equipo que vestía. Usó el lavabo para intentar borrar, sin éxito alguno, el rastro de su inmensa tristeza.

—Ey, puedes confiar en mí —le garanticé con amabilidad.

—Nada. Los resultados… Ya sabes, no son los esperados —me confesó, sin creerme que esa fuese la verdadera razón de su congoja.

—Aún es viernes. Es una práctica, un entrenamiento —le recordé—. Vienes de Misano, de una cuarta posición maravillosa. ¡Casi haces podio! Si eso no te parece un buen resultado…

—Pero él ha vuelto. —Se sonó la nariz, despejando sus fosas nasales—. Es cruel. Me bloquea.

—¿Quién? —precisé despejar la X de la ecuación.

—Vincent —indicó con desprecio—. Me ridiculiza, me pisotea. Es un machaque constante.

—¿Vincent te hace sentir así? —cuestioné absorta, haciendo memoria y acordándome de varios momentos en los que destacaba de forma positiva la figura de su *team mate*.

—Es un compañero de equipo horrible —añadió disgustada—. Él tiene que ser siempre el líder, tiene que quedar por delante, tiene que llevarse los aplausos. Si tú consigues mejorar una décima en una curva, él exige los datos de la telemetría para robarlos; en cambio, no comparte nada con mi lado del box. Ni un consejo —resopló afligida—. La única vez que apliqué un consejo suyo, me fracturé el cúbito y el radio. Él no quiere que yo aprenda porque eso implicaría sumar una rival bajo su mismo techo.

—Estoy impresionada. Me has dejado sin palabras. Nunca pensé que…

—Normal. Es tu novio y, además, eres nuestra jefa. Contigo se comporta de una manera muy diferente a como trata al resto porque le interesa. Es el primero de filas: el que prueba las novedades de fábrica, al que dedican más tiempo los mecánicos y el que más cobra. Solo gana teniéndote de su lado.

—Nunca he hecho diferencia entre mis pilotos —aclaré contradiciéndola.

—No estoy criticándote que priorices a tu pareja; critico que él solo quiera ser tu pareja por lo que puedas aportarle —especificó, urgiendo una herida en mi corazón.

—Tengo que irme. Llego tarde al *briefing* —anuncié mirando el reloj de mi móvil—. Te prometo

que voy a investigar hasta el fondo este asunto. No va a quedar así. Tú eres tan importante como él, no lo olvides. No te dejes avasallar —presioné su hombro con vigor para transmitirle mi soporte.

Me marché del baño y, con paso ligero, llegué al box. El equipo me esperaba, incluido mi padre y Vincent.

—Buenas tardes. Siento la demora. ¿Estamos todos? —miramos a nuestro alrededor y parecía que sí. Todos. Demasiados—. Vincent, por favor, retírate. La reunión de hoy será solo con el equipo técnico.

—Es absurdo que me eches. Sin mi información, ellos no sabrían ni por dónde empezar —reclamó enfadado.

—De necesitar tu presencia, te haré llamar. De momento, por favor, retírate —insistí por imponerme, haciendo de mi poder.

Se fue, pero no sin antes patear una silla y darle un puñetazo a uno de los paneles que hubo que recolocar. Al margen de cómo, lo que cuenta es que se fue. La reunión transcurrió con normalidad. Teníamos localizados los puntos fuertes de nuestra moto, por lo que era cuestión de exprimirlos: éramos rápidos en la subida del tercer sector y en la famosa enlazada de las curvas 8 y 9, conocidas como el Sacacorchos de MotorLand. Nos faltaba un extra en el paso por el duodécimo giro, ya que era considerado un punto ideal para adelantamientos al límite donde se podría decidir la victoria. Al finalizar la reunión, pedí hablar en privado con Agnes.

—Agnes, tengo que comentarte una cosita. —La aparté del grupo de ingenieros y mecánicos que regresaron a sus respectivos trabajos para dejar la moto lista de cara a la jornada sabatina—. ¿Has sido testigo en algún momento de un posible mal comportamiento de Vincent con Yurena? —lancé sin aportar antecedentes.

—Eh, no. No sé. No caigo ahora —respondió confusa—. ¿Por qué?

—Me he encontrado a Yurena llorando en el baño y diciendo unas cosas terribles de Vincent —contextualicé a mi telemétrica—. El chico que me describió no lo conozco, no es ni mi piloto ni mi novio. Es un auténtico imbécil.

—Hoy ha estado un poco más irascible, pero supuse que sería consecuencia de los nervios del retorno —compartió ella.

—Hoy es normal. Por asuntos personales, no puedo realizar la gira asiática y será mi padre el que ocupe el cargo de *Team Manager*. Vincent no estaba de acuerdo con mi decisión. —Omití que tampoco le molaba tenerme por el box estando embarazada de gemelos.

—¿Cómo? ¿Cuándo pensabas decirnos que tu padre pasará a ser nuestro jefe durante cuatro carreras? —inquirió molesta.

—El domingo, después de la bandera a cuadros. No hay necesidad de tratar un tema futuro que no afecta de manera inminente al Gran Premio en el que nos encontramos —expliqué hosca—. Ahora me preocupa Yurena y su relación con Vincent. Si es tan cabrón como lo pinta, tenemos un problema que, en mi caso, traspasa las paredes de este box.

—Siento no servirte de ayuda. No he visto nada raro. Más bien diría que todo lo contrario: Vincent es un hombre muy caballeroso y detallista con el equipo —consideró Agnes—. Estaré alerta.

—Gracias.

Cayó el sol y me fui al hotel en el que compartía habitación con mi padre. Vincent, como siempre, prefirió quedarse en el *motorhome* que aparcaba en el circuito. No nos volvimos a tropezar hasta el día siguiente. Tras haber pasado una noche en vela, inquieta por las palabras de Yurena, decidí forzar un encuentro a primera hora de la mañana, antes de la disputa de los terceros entrenamientos libres. Sabía que Vincent acudía a desayunar a primera hora al *hospitality* del equipo y yo me anticipé para

estar allí primero. A los 35 minutos de mi llegada, apareció acompañado de su padre; el mío se estaba dando un paseo a pie por la pista.

—Thibaut, Vincent, buenos días —les saludé. No noté particular regocijo por mi presencia—. Me gustaría comentarte unas cositas para encarar la jornada de hoy. ¿Podemos hablar?

—¡Qué remedio! —contestó hostil. Dijo algo en francés y su padre tomó asiento en una mesa lejana, cerca del buffet. Nosotros nos quedamos junto a la ventana—. Tú dirás.

—El objetivo de este sábado es que tanto tú como Yurena consigáis el pase directo a la Q2, eludiendo un sufrimiento innecesario en la primera ronda de la clasificación.

—Te has levantado optimista —se echó a reír—. Yo lo puedo lograr, pero ¿cómo pretendes que lo consiga Yurena? Si la presionas, acabará en el suelo.

—Tú la vas a ayudar.

—¿Yo? ¿Y yo por qué? Yo no tengo que ayudar a nadie —comentó, poniéndose a la defensiva.

—Somos un equipo. Trabajaréis por tandas, prestándoos la rueda. Primero, cogerás el rebufo tú para garantizarte un buen registro por vuelta; y después se lo darás a ella para que logre superar el corte de la combinada —le expliqué sin derecho a réplica—. Quiero veros a los dos luchando por la *pole*.

—¿Te lo ha pedido ella? —quiso saber.

—No. Simplemente vamos a empezar a comportarnos como un equipo. En el Emme Café Racing MotoGP™ nos ayudamos los unos a los otros.

—Está bien, *patronne*. —Hacía mucho tiempo que Vincent no me llamaba así. Su indignación le hizo viajar al pasado y volver a considerarme su jefa—. Se hará lo que usted diga —agregó con formalismos burlescos—. Con su permiso, voy a desayunar con mi padre.

Vincent y yo teníamos mucho que hablar, pero el contexto del Gran Premio no era el más propicio. Se me acumulaban los temas pendientes a tratar previos a su partida de más de un mes por Asia. Su enfado no podía extenderse en el tiempo, ya que habíamos decidido de manera bilateral seguir con la gestación de nuestros bebés y no había cabida para pataletas. Aunque el berrinche durase unos pocos días, el muro que se había creado entre nosotros me hacía daño. De igual modo, me mantuve serena, fingiendo ser más fuerte de lo que realmente era.

Vincent cumplió mis órdenes y ambas motos superaron el escollo de la Q1 para lograr participar en la segunda sesión de clasificación y luchar por la posición privilegiada de la parrilla de salida. Una plaza que conquistó Cal Crutchlow. Nosotros, utilizando la misma estrategia del FP3, firmamos una quinta y sexta posición. Estábamos muy contentos. Orgullosa de ambos, quise trasladarles mis felicitaciones por el trabajo realizado. No los encontré ni en el box ni el camión, tampoco en el *hospitality*. Me quedaba por visitar el *motorhome* de Vincent y no imaginé jamás encontrarlos allí. A los dos. Discutían. Sus gritos se escuchaban con claridad desde el exterior: Yurena, lloraba; Vincent, vociferaba. Permanecí oyente bajo una de las ventanas abiertas con la flagrante intención de espiarles.

—¡No mientas! Seguro que has ido a meterme mierda por el culo a Edelweiss, sino ¿a santo de qué viene a pedirme que te ayude? —increpó Vincent—. ¡Eres patética!

—Yo no le dije nada, ¡te lo juro! —respondió ella entre lágrimas.

De repente, identifiqué el sonido de un bofetón. Me sobresalté porque no preveía violencia en absoluto.

—¡Mentirosa! ¡Eres una mentirosa! —gritó Vincent. A continuación, más barullo. Quizá un forcejeo, no supe determinarlo—. ¿Cuándo lo vas a superar? *Quand?*

—¿Y cuándo vas a reconocer que no la quieres? —recriminó Yurena envalentonada—. Eres despreciable. Solo estás con ella por su apellido e influencia. Lo nuestro era real, sincero, bonito.

¿Cómo pudiste cambiarlo por una relación basada en el interés?

—¡Nunca hubo nada entre nosotros! ¡No existió nada "nuestro", payasa! —chilló Vincent cada vez más furioso—. Follamos, sí, pero como he hecho con mil tías y no ha significado nada. ¡Nada! —añadió hiriente—. Olvídate de mí, Yurena.

—Lo "nuestro" no fue un polvo y ya está. Lo sabes bien —debatió ella—. El problema es que Edelweiss te correspondió y su cartera está más llena que la mía.

—Edelweiss es más que tú en todo.

—Será "más", pero tú no la quieres como me quisiste a mí.

Silencio. Silencio estricto porque ni mi corazón ni mis pulmones funcionaron durante varios segundos. Ni latidos ni inhalaciones. Silencio. Shock. Acababa de descubrir que Vincent y Yurena habían sido amantes, aunque ignoraba la línea temporal de su aventura. Aquel amor parecía roto, habiendo transformado sus pedazos en odio y rabia. Percibí discrepancias sobre el sentimiento que había surgido en ellos, pero lo que estaba claro es que algo habían tenido. ¿Y los golpes? Ningún pasado tormentoso justificaba el mal trato, ni verbal ni físico.

Subí el escalón que daba acceso al *motorhome*, disponiéndome a interrumpir la conversación. De improviso, la puerta se abrió y una persona que salía a toda velocidad se chocó conmigo haciéndome caer de espaldas contra el suelo.

—¡Edelweiss! ¡Lo siento!

Me lastimé el coxis. Dolía horrores. Me quedé clavada sobre el asfalto, pintada como la raya de un paso de cebra. El dolor dio paso a la preocupación por mis bebés.

La persona que se había disculpado era Yurena. Estaba apurada, nerviosa, revisando que mi cuerpo no sangrase por ninguna herida. Vincent se asomó por la puerta y, al verme en el pavimento, se dejó contagiar por la agitación del momento.

—*Ma sirène!* —exclamó—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Te sientes bien? —interrogó histérico.

—Ha sido un accidente. Lo siento. Ha sido un accidente, de verdad. Yo no quería… —pronunció Yurena.

—¡Eres una torpe! Podías haberle hecho mucho daño. ¡Está embarazada, *idiot*! —le informó entre gritos—. *Mon amour*, ¿puedes levantarte? Te ayudo y vamos para dentro. Nos relajamos y visitamos al doctor Vergés en la clínica —propuso, dejando al margen celos y otras polémicas poco o nada importantes si pensábamos en el bienestar de los bebés.

—¿Embarazada? —cuestionó Yurena, desalentada—. No puede ser. ¿La has dejado embarazada? ¿Cómo has podido…?

—¡Vete, puta loca! —le gritó en la cara.

Yurena se marchó. La vi correr. Corría y lloraba, y supe que, en cuestión de minutos, el *paddock* entero sería conocedor de mi estado.

Vincent me ayudó a ponerme en pie. Uff, cómo dolía. Sacudí mi pantalón de restos de alquitrán e inspiré profundo un par de veces para controlar el malestar derivado del desplome. Entré en el *motorhome*, me senté en un sofá. De modo gradual, me fui encontrando mejor. Las nalgas de mi trasero amortiguaron bien y me protegieron de consecuencias nefastas. Vincent me ofreció un vaso de agua al que le di un par de sorbos. Luego, empecé a hablar:

—¿Qué acaba de ocurrir, Vincent? —pregunté obligándome a mantener la calma.

—¿Te duele algo? ¿Vamos a la clínica? —sugirió, aprovechando la coyuntura para cambiar de tema.

—He escuchado vuestra enérgica charla. Cuéntame tu versión o no me temblará el pulso cuando firme vuestros despidos —le amenacé, sacando a relucir mi ensayado autocontrol.

Vincent se colocó de espaldas a mí, apoyado sobre el mármol de la cocina de su caravana y con la vista perdida entre los platos sucios de la pica.

—Yurena y yo tuvimos un *affaire* al principio de la temporada pasada. Fue una tontería —aseguró, quitándole importancia—. Tonteamos en Catar y salimos a tomar un Fernet en Argentina. Los grados de alcohol se nos subieron y…, bueno, pasó lo que pasó. Ella se cayó en Texas y se perdió varias carreras por su lesión. Justo ahí, tú y yo nos empezamos a acercar y puse fin a algo que ni siquiera había empezado. Eso es todo —garantizó, volteándose para mirarme.

—Oh, y… ¿cuándo te pareció buena idea tirarte a tu compañera de equipo? —formulé desde mi naturaleza más celosa.

—¿Cuánto te pareció buena idea tirarte a tu empleado? —reformuló él para dejarme callada—. Son cosas que pasan.

—Ella hablaba de una relación, de amor. No del polvo de una noche loca —rememoré sus palabras —. Yurena tiene el corazón roto.

—No es mi culpa que ella se haga películas —contraatacó—. Fue incapaz de aceptar que yo no quería nada más con ella.

—También dijo que solo estabas conmigo por interés —solté con aire contenido por la angustia que me generaba tan solo plantear la posibilidad de que fuese cierto.

—¿Qué esperas que diga una persona despechada? —evidenció—. Yurena se cree que yo la amé y no soporta la idea de que me enamore de otra mujer. Su mente prefiere pensar que si estoy contigo es por tu influencia, no por amor —expuso con argumentos válidos y razonables.

—Escuché un bofetón, forcejeo. ¿Le pegaste? —lo observé recelosa.

—Me pegó ella a mí —señaló, logrando conmocionarme—. *Elle est folle*. Loca. Está loca.

Relajé los hombros y bajé la mirada, retiré el escudo que había impuesto entre nosotros. Vincent me había convencido. No juzgué que él hubiese tenido un romance con Yurena previo a nuestra relación, ya que era libre y no me tenía que dar explicaciones. En su conversación, él me defendió: dijo que yo era “más”. Con eso me quedé. Intenté no darle más vueltas a un asunto que pertenecía a pasado ajeno y que estaba zanjado en el presente, al menos por la parte que me afectaba a mí.

—¿Yo también soy solo un polvo? —dije poniéndome en pie para rodearle la cintura con mis brazos.

—Un *polvazo* —sonrió travieso. Sobre mi oído, susurró—: Tú eres el amor de mi vida. La madre de mis hijos. No te compares con niñatas de un ratito.

Arqueé ligeramente la curvatura de mis labios.

—Confieso que, ahora que sé la verdad, me resulta un poco incómoda la situación —declaré confundida.

—Despídela —propuso sin ambages.

—No puedo hacer eso.

—Después de esta *performance*, ¿quieres que Yurena venga conmigo de viaje un mes a Asia mientras tú te quedas sola en casa y embarazada? —cuestionó, cavando aún más mi pozo de dudas—. Liquídala y que no vuelva.

—Vincent…

—Hazlo por nosotros, *ma sirène*. Por favor —colocó sus manos sobre mi vientre.

Yo lo miré a sus ojos de color verdoso de tintes turquesa. Suplicantes, sinceros. En ellos veía amor, devoción, pero ni un ápice de interés. Identifiqué arrepentimiento y quizá un poco de vergüenza y turbación por la posible repercusión de su romance acabado; sin embargo, no hallé ese reflejo manipulador.

Le besé, y su beso me confirmó lo que sus ojos me transmitían, sumándole una buena dosis de pasión a la descripción precedente.

Al separarme de sus labios, hice una llamada. Le pedí a mi padre que tomara su primera gran decisión como *Team Manager* en funciones: necesitaba que oficializase un despido, que tramitase una sustitución. Por consiguiente, Yurena Marichal terminó el día fuera del equipo y Adam Schulz concluiría el curso por ella.

Yo sí que me había quitado una rival del box.

CAPÍTULO 15

mi mejor AMIGA

Despedir a Yurena fue un acto impulsivo, pero que consideré necesario. Ningún miembro del equipo corroboraba su historia de sevicia por parte de Vincent. El que se animaba a describir al piloto galo lo hacía con adjetivos benévolos. Nadie tenía un mal calificativo en su contra. De escarbar, detecté pequeños ataques de ira, derivados de la presión y el exceso de nervios, que solía resolver con tacos o aporreando un mueble y de los que, a posteriori, no se sentía orgulloso y ofrecía una disculpa. En lo personal, sí que caía víctima de rabietas absurdas que relacioné con su juventud. En cualquier caso, no había signos de que fuese un maltratador o un manipulador interesado.

Mi padre dio la cara. Él fue el encargado de transmitirle a Yurena la noticia de su despido y su equipo de abogados le atribuyó el carácter "precedente" para sortear una indemnización. Compartí con mi progenitor, y actual suplente al frente de la escudería, lo que había sucedido entre Vincent y Yurena. Le conté lo del baño y mi inquietud porque expandiera rumores nocivos sobre Vincent que pudiesen salpicar al equipo, a mi persona, a mi apellido e incluso a los bebés que aún no habían nacido. Por último, le hablé del empujón que, si bien había sido un accidente, puso en peligro mi gestación. Théo y su pelotón de abogados resolvieron el asunto en minutos, a coste cero para nosotros.

Tras la llamada a mi padre y mientras él hablaba con Yurena, yo acudí a la clínica del circuito para visitar a Gerard. Me acompañó Vincent, pero un enfermero -espléndidamente preparado- le pidió que esperase en una sala. Gerard me atendió en privado.

—¿Qué ha pasado? ¿Te has caído? —precisó confirmar mientras me invitaba a recostarme en la camilla—. ¿Cómo ha sido?

—¿Sabes que Vincent y Yurena se liaron? —liberé la información sin vaselina.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Ahora? —curioseó escéptico Gerard.

—Vincent me asegura que fue un *affaire* de un par de carreras, al inicio de la temporada pasada; pero veo a Yurena tan desconsolada que… —No terminé la frase porque implicaba dudas que no me permitía tener.

—¿Crees que Vincent te está mintiendo?

—Creo que uno de los dos miente y temo que sea Vincent —aclaré agitada—. Estoy confundida.

—¿Temes que haya jugado con las dos?

—Yurena asegura que está conmigo por interés. Por poder e influencia. Que a mi lado solo gana y por eso finge amarme —resoplé angustiada—. No puedo dejar de pensar en que exista esa posibilidad, por remota que sea.

—Edelweiss, una mujer como tú siempre va a generar ese interrogante. Tu familia es poderosa, tu trabajo es fascinante y tu autoridad, llamativa. Joven, guapa, lista —agregó a la lista de atributos—. Habrá quien se quiera beneficiar, es algo con lo que debes de vivir y aprender a gestionar. Solo tú

puedes filtrar.

—Yo a Vincent siempre lo he visto muy real. Si no fuese por Yurena…

—Ya está. Lo tienes. Da igual lo que digan Yurena o Rita ‘La Cantaora’. Tú habías determinado ofrecerle un voto de confianza. Si en el futuro él traiciona esa confianza, es problema suyo. Tú sí fuiste auténtica.

—Gerard, creo que estoy entrando en una espiral de malas decisiones —farfullé, percibiendo cómo la ansiedad se abría paso en mi cuerpo—. Es un bucle de errores consecutivos, uno detrás de otro. No puedo parar.

—Ninguna decisión es mala: si sale bien, estupendo; si sale mal, aprendes. No te fustigues con las posibles consecuencias de tus actos. Afróntalas cuando lleguen —recomendó, recurriendo a sus años de experiencia. Siempre fue un gran consejero.

—Por “darle un voto de confianza” a Vincent, es el líder de mi equipo, lo he metido en mi casa, relacionado con mi familia, estoy atravesando un embarazo de alto riesgo, he despedido a Yurena… —enumeré lo que había apostado por mi relación con él—. Si realmente es un capullo, estoy metiendo la pata hasta el fondo.

—Que fluya, Edelweiss. El tiempo dirá. No dejes de vivir por miedo a la vida —sonrió de soslayo, portando esa mirada triste que lo caracterizaba desde el día de la paliza—. Entonces, ¿te has caído?

Conté con pelos y señales mi momento Mata-Hari: cómo me escondí bajo una ventana abierta para espiar una conversación ajena y cómo me llevé un empujón cuando me animé a interrumpirles.

Gerard me advirtió que nunca había usado su ecógrafo para comprobar el estado de un par de fetos. Usó un transductor de ultrasonido convexo que impregnó de gel conductor y restregó por mi abdomen. Mientras estudiaba la imagen que apareció en la pantalla, habló de las lesiones más comunes que trataba desde que era médico de la Federación Internacional de Motociclismo: clavículas rotas, epicondilitis y síndromes compartimentales.

—Es la primera ecografía que me hacen por la barriga. ¿Ves algo? ¿Todo bien? —pregunté ansiosa por pasar página del altercado entre Vincent y Yurena.

—Sería preferible un examen vía transvaginal, pero aquí no tengo una sonda de ultrasonido endocavitario —respondió sin apartar la vista de pantalla—. No soy un experto en pruebas prenatales, lo mío son las fracturas, no obstante no veo ningún acúmulo de sangre ni tampoco rotura de bolsa. Aprecio bienestar fetal, sin signos de alerta. Está todo bien —informó apagando el ecógrafo—. Mi consejo es que descanses. Si en las próximas 24 horas sientes dolor abdominal, hay sangrado vaginal o contracciones, te recomendaría ir por urgencias al Hospital Comarcal de Alcañiz; pero, en principio, todo está bien —comunicó con alborozo—. Puedes seguir despidiendo a pilotos.

Me eché a reír. Adoraba su capacidad de sacarme una sonrisa en cualquier situación, por extraña que fuese. Asimismo, sé que él también adoraba ver mi sonrisa en cualquier situación…, por extraña que fuese.

—¿Harás la gira asiática completa? —me interesé en saber si iba a pasarse más de un mes fuera de Barcelona.

—¿Por qué? ¿Te ofreces a regarme las plantas? Mira que mis vecinos se están mudando y me voy a quedar sin jardineros. —Volvió a dibujarme una mueca de divertimento—. No lo sé. He advertido al campeonato que tengo pacientes por atender en el hospital; incluso, alguna operación complicada que requiere de mi participación. Es posible que vaya a Tailandia y vuelva a España, para después encarar los otros tres Grandes Premios del tirón. No lo he decidido.

—Vale. Yo no viajo, como habrás podido deducir —dije señalando mi abdomen.

—¿Te quedarás con tu madre? —inquirió, frunciendo su ceño como muestra de desaprobación.

—Sí. Mi padre y Vincent deben viajar por razones obvias. Me quedo en casa con mamá y Filipa —encogí mis hombros, resignada.

—La propuesta de que vengas a mi casa para regar las plantas o para ver Netflix a tu bola sigue en pie; por si acaso, le dejaré una copia de la llave a mi vecina —me guiñó un ojo—. Por ahora, será mejor que vuelvas con Vincent: estará preocupado.

El Gran Premio de Aragón nos regaló un nuevo podio. Una alegría para Vincent después de tantos meses de rehabilitación y un rayo de esperanza en un equipo que había perdido el alma tras el sorpresivo despido de Yurena. Ver su moto aparcada en el box y a sus mecánicos de brazos cruzados me quebrantaba el corazón; aunque supuse que más roto lo tendría ella. Me sentí culpable, pero me convencí de que había hecho lo correcto eliminando una manzana podrida de la cesta.

El trayecto de regreso a casa fue muy distinto al viaje de ida. Vincent estaba charlatán y cariñoso. Atrás dejó el enfado que tanta distancia interponía entre nosotros. De broma a anécdota, de chiste malo a confesión, nos amenizó la ruta hasta Barcelona. Ya en Pedralbes, a pesar del cansancio, decidimos "celebrar" a nuestra manera la tercera posición de Alcañiz.

Y se fueron. Papá y él se fueron. Primer destino: Tailandia, Circuito Internacional de Chang. Luego llegaría Japón, Australia, Malasia… En total, un mes de carreras en la otra parte del mundo que yo debía vivir desde el otro lado del televisor. Supuso una tortura. Una auténtica condena. Ya no solo por el hecho de perderme la acción, sino por tener que vivir con mi madre. Me perdí las sesiones de entrenamientos libres del GP de Tailandia porque a mi madre se le antojó ir a ver cunas y carros a Andorra desde primera hora de la mañana. "Hacemos un sube y baja", dijo. Un recorrido de dos horas y media que mi madre transformó en cuatro al ir a 20 km/h por la C-16. Sí, estoy exagerando, pero te juro que se me hizo eterno. Una antesala del suplicio que implicó visitar todas y cada una de las tiendas de puericultura del Principado. Total, para nada. Nada me gustó.

—Deberías casarte con Vincent, Edelweiss —soltó a bote pronto mientras conducía "modo tortuga" de camino a casa—. No vaya a desentenderse y te veas sola con dos niños.

—No me quiero volver a casar, mamá —respondí hastiada de su compañía mientras observaba el paisaje de La Seu d'Urgell a través de la ventanilla.

—Es verdad: ya estuviste casada —recordó para su disgusto—. Había borrado de mi mente esa estupidez que cometiste —faltó al respeto con libertad—. Ahora, por fin, podríamos organizar una boda en condiciones. ¿No te parece? La temporada acaba el próximo mes y no sales de cuentas hasta finales de marzo. Tenemos tiempo para montar un buen jolgorio.

—Te he dicho que no quiero boda —contesté arisca.

—¡Y yo no pienso tener nietos bastardos! —gritó ella, como si se hubiese escapado de '*Los Bridgerton*'—. Si quieres seguir viviendo bajo mi techo, tendrás que casarte, señorita.

—Gracias por la información, mamá. Esta noche mismo recojo mis cosas y me voy.

—No serás capaz —agregó asombrada por mi insolencia.

—Ya verás.

Dicho y hecho. Llegamos a casa a las ocho de la tarde y antes de la cena ya tenía un *trolley* preparado con mis cosas. Me aburrían las exigencias de mi madre, tuviese la edad que tuviese. Con 18 años no aceptó mi relación con Gerard; con 27 no aceptaba que no quisiese casarme con Vincent. El caso era juzgarme e imponer su criterio a mis deseos. Pese al eco de sus chillidos, me monté en mi coche y me largué de allí.

Me acordé de Gerard y de sus plantas; de su piso, aquel que fue nuestro; del cuadro de Mykonos que adornaba el salón. De la cama del dormitorio, de su comodidad y de su rol como testigo de nuestro amor. No me apetecía volver al ático de Selva de Mar, tan frío y desapacible; Preferí el calor

del único sitio que había considerado mi hogar a lo largo de los años.

Encontrar aparcamiento en Sant Gervasi-La Bonanova es una misión imposible digna de protagonizar una película de Tom Cruise. Sucumbí al capitalismo estacionando mi vehículo en un garaje BSM de la zona. En Barcelona: "*no money, no parking*".

Ya en el bloque de pisos de Gerard, y mientras echaba un ojo al portero, una persona salió del interior del edificio y yo me colé dentro. Subí a la tercera planta e hice sonar el timbre de la vecina. No la conocía, ya que no coincidimos en el tiempo: ella no vivía allí cuando yo compartí piso con Gerard.

—Hola, buenas tardes. Disculpe la molestia —saludé. Me atendió una joven guapa, alta, delgada, morena y de ojos castaños—. Soy Edelweiss Moix, amiga del doctor Gerard Vergés, su vecino de enfrente. Él me comentó que le dejaría una copia de sus llaves a usted. Vengo a buscarla. Es para regar sus plantas.

—Hola. Encantada, Edelweiss. Mi nombre es Júlia. Puedes tutearme —me tendió la mano sonriente—. Gerard me dijo que vendrías. Mmm. ¿Dónde guardé las llaves? —se tornó pensativa—. Matías, ¿sabes dónde pusimos las llaves del vecino? —gritó hacia el interior de su vivienda.

—Mira en el buró de la entrada, en el segundo o tercer cajón. Creo que las dejé ahí —respondió un hombre desde otra habitación.

—Perdona el follón. Estamos de mudanza y seguro que puedes imaginarte el caos. ¿Quieres pasar mientras busco las llaves? —abrió la puerta para permitirme entrar.

—Sí, claro —accedí.

El espacio estaba cargado de cajas de cartón. Pude ver desde un árbol de Navidad apoyado sobre la tele hasta juguetes desperdigados por el suelo. También había ropa sobre los sillones, y platos y vasos apilados en la mesa del comedor.

—¿Te puedo ofrecer algo? ¿Un café? ¿Agua? —preguntó Júlia.

—Un vaso de agua estaría bien. Muchas gracias —acepté intimidada por el caótico ambiente.

—¿No te apetece un café? A mi marido le queda genial el café en cápsulas —se rio.

—Acabo de guardar la cafetera —contestó su pareja, aún en la estancia en la que recogía.

—Entonces habrá que conformarse con el agua —dijo cogiendo una jarra de la nevera.

—No te preocupes. Eres muy amable, pero estoy embarazada y mi obstetra me ha prohibido la cafeína. —Que sí, que sé que hay opción descafeinada, pero no la tuve en cuenta.

—¡Enhorabuena! —exclamó tendiéndome el vaso con agua—. ¿De cuánto estás?

—De 12 semanas. Todavía no sé el sexo, pero sé que son dos: gemelos —le conté entre feliz y asustada.

—Doble ración de alegría —añadió afable, girándose para buscar en los cajones del mueble de la entrada las llaves de Gerard.

—¿Tú también eres madre? —curioseé observando una foto de boda que colgaba de la pared y en el que aparecían dos críos pequeños de edades similares. Ella se colocó a mi lado y me describió la foto:

—Él es Pablo, el hijo de mi marido —dijo señalando a uno de los menores—. Y él es… Samuel —se le desvaneció la voz, rota como parecía estar su corazón—. Mi niño —pronunció emocionada—. He encontrado las llaves de Gerard —informó huyendo de un tema que parecía destrozarla—. Nos quedamos el fin de semana. Si necesitas cualquier cosa, estamos en la puerta de enfrente.

—Gracias, Júlia.

Me fui del piso de los vecinos y usé las llaves de Gerard para viajar al pasado. Entré en la casa. En lo que fue mi "hogar". Mi único hogar, aunque había cambiado. Percibí más espacio, comprensible ya

que Gerard tenía problemas de movilidad con la silla de ruedas. Había adaptado la cocina y además derribó un tabique para conectarla con el salón. También reformó el baño, retirando la bañera a favor de un plato de ducha con barras de apoyo y un retrete con asideras; la pica estaba más baja y accesible. A Gerard le encantaba la música: había colocado su piano de pared en la sala de estar, junto al tocadiscos y la estantería de vinilos. ¡Ah! Y el cuadro de Mykonos. El dormitorio principal sí que se mantenía intacto. Los armarios, las mesitas de noche y la cama eran las que yo recordaba. Había cambiado cortinas y sábanas.

Salí al balcón en busca de plantas: no encontré. Tampoco hallé ninguna en el interior de la vivienda. Tan solo localicé un diminuto huerto urbano en la ventana de la cocina: perejil, hierbabuena, tomillo…, pero nada más. No había plantas que regar.

Mientras asaltaba su nevera, un reloj de cuco me dio un susto de muerte. Gerard era un amante de las antigüedades y no contaba con que su pajarraco fuese a informarme con tanto ímpetu de que ya eran las diez de la noche. Estaba cansada y me daba pereza irme a Selva de Mar, así que decidí dormir allí.

Antes de acostarme, vi en diferido las dos sesiones de entrenamientos libres que me había perdido por irme a Andorra a pasar el día. Adam Schulz había regresado a la competición para cubrir a Yurena, ocupando posiciones de final de tabla; Vincent, por su parte, culminó ambos ensayos dentro de los cinco mejores. Una vez actualizada, escuché mensajes y notas de voz que tenía pendientes en WhatsApp: entre ellas, una de mi padre y otra de Vincent:

—Edelweiss, por aquí todo bien. Adam se ha incorporado al equipo como piloto oficial y está muy implicado; solo falta que los resultados acompañen. Vincent, cumpliendo objetivos. Mañana le hacen un reportaje en profundidad de su lesión para la televisión francesa; Oriol se encargará de asesorarle. Con respecto a las condiciones, hace calor y humedad. Me preocupa especialmente la temperatura del asfalto: hoy ascendió a 54ºC. Y ya está. Cuídate —envió papá como si un audio fuese un telegrama.

—*Ma sirène*, ¿cómo estás? Te echo mucho de menos. Tu padre es buen *Team Manager*, pero yo te prefiero a ti. Tengo buenas sensaciones con la moto, me gusta el circuito, aunque me preocupa el calor que coge la pista por la tarde; habrá que gestionar bien los neumáticos. Veo a Maverick y a ‘Dovi’ *très rapides*, creo que serán los rivales a batir, aunque nunca debemos descartar a Marc o ‘Vale’. Espero que estés bien, que nuestros bebés estén bien. *Je t'aime tellement, ma chérie* —se despidió Vincent, irradiando amor en cada palabra.

A mi padre le contesté con un “Gracias” y “Hasta mañana”. A Vincent, a pesar de las horas de diferencia, le respondí con otra nota de voz.

—Hola. Acabo de ver los entrenos, ¡has estado genial! ¡Buen trabajo! Esta mañana, desde bien temprano, marché con mi madre a Andorra para ver carritos, cunas, tronas, mochilas de porteo y demás chismes para los bebés. No compré nada porque prefiero mirar esas cosas contigo —resoplé nostálgica. Decidí no preocuparle omitiendo la discusión que había tenido con mi madre—. A mí también me gustaría estar en el circuito. Mañana montad el duro trasero a ver qué tal va; con la alta temperatura en pista, creo que será la alternativa más segura, ya que pinta que ni la opción media nos aguantará toda la carrera. Mucha suerte en la *clasi*. Me voy a dormir. Besito.

Ni le conté que me había ido de casa de mis padres ni que pasaría la noche en el piso de mi exmarido. Tampoco le dije que lo extrañaba ni que le quería. Me costaba horrores demostrarle el cariño o ¿amor? que sentía por él. Sin darle más vueltas al tema, acabé en el dormitorio.

Encendí la luz del techo para husmear en el ropero. Descolgué una camisa de botones azul con rayas blancas, limpia y planchada. La tiré sobre la cama y me desnudé.

Cerré los ojos. La de veces que me había desnudado en aquella habitación. La de noches que había

acabado extasiada sobre el colchón. Todas ellas antes de la paliza. Desde que Gerard se sentó en su silla de ruedas, no tuvimos intimidad. Nunca indagué si se trataba de un asunto psicológico, vinculado a complejos, o físico, de tipo impotente. Me daba igual. Con tal de estar a su lado, hubiese renunciado a una vida de sexo si él no se sentía preparado. Aunque eso no quitase que echara de menos el contacto con su piel.

Al abrir los ojos me encontré conmigo misma en el reflejo del espejo de pie de la esquina. Mi vientre ya estaba abultado: 12 semanas, dos bebés. Mi cuerpo plasmaba una realidad que quise esconder bajo la camisa de Gerard.

Me senté en el borde de la cama. Cuando vivía con él yo me acostaba en el lado derecho; esa noche opté por el izquierdo, por el que sabía que seguía usando él. Sustituí la luz del techo por la pequeña lámpara de la mesita de noche. En la superficie de la mesa, reposaba un portarretratos: éramos nosotros. Gerard y yo. No mirábamos a la cámara, nos mirábamos a los ojos. Sonrientes. Enamorados. Recordé que era una foto que nos tomó Lourdes, la amiga de Granollers a la que aún tenía pendiente escribir, en una cena *eurovisiva* que celebramos en su casa. Sí, veíamos Eurovisión y comentábamos el certamen como José María Íñigo. Un par de frikis. Nos encantaba ver la gran final entre amigos, pocos y suyos, pero fieles: comíamos, cantábamos, hacíamos juegos musicales, volvíamos a comer…, aunque siempre encontrábamos momentos fugaces para dedicarnos miradas furtivas de complicidad. Miradas puras, sanas, cargadas de sentimiento, de amor. Supe que había elegido ese "robado" frente a fotos más posadas y artificiales por todo lo que transmitía.

En un arrebato, estrellé el portarretratos contra la pared. Se hizo añicos, imitando el estado de mi corazón. Llevé mis manos a la cara y me eché a llorar sin consuelo. Culpa, rabia, pena, nostalgia. Sentía todo eso y más. Amor. Sentía amor. Amor no correspondido. Desamor. "¿Por qué?", pensé. "Fuera de mi casa, fuera de mi vida", me rebotó en el cerebro. No lo había superado y esa foto me demostraba que él tampoco. "Entonces, ¿por qué?", me repetía. "¿Por qué no podemos estar juntos?", insistía desde mi fuero interno. Los años de diferencia, su discapacidad, mi embarazo, Vincent, dos bebés. A día de hoy, solo encontraba argumentos en nuestra contra. En cambio, él seguía recordándome antes de irse dormir y yo seguía soñando con él.

No sé en qué momento el cansancio me venció y me dormí. Tenía intenciones de madrugar para seguir a través de Movistar+ el directo de MotoGP™, pero no me apetecía abandonar la cama. La que fue mi cama. La que olía a Gerard, a sus abrazos, a los despertares a su lado.

Bien entrada la media mañana, mis pequeños bebés me hicieron saber que estaban hambrientos. Me vestí con la ropa del día anterior, ya que no tenía recambio, y bajé a la calle. En la Pastelería Canal, donde la empleada me reconoció de mis escarceos dulces del pasado, compré unas pastas saladas, unas lionesas y, al estar en octubre, arrasé con los panellets. La dieta, ya sabes.

Cuando colocaba mi desayuno en la mesa del comedor, tocaron el timbre: era Júlia, la vecina, y cargaba una caja de mudanza.

—*Bon día*, Edelweiss —me saludó en catalán—. No es que sea yo la cotilla del bloque ni nada de eso, pero te escuché salir hace un rato y también te escuché llegar. En fin, lo estoy empeorando. Antes de que pienses que te estoy acosando, quería ofrecerte esta caja de juguetes Montessori de mi hij… De Samuel. Él ya no la va a utilizar —comentó escondida detrás del paquete—. ¿Te la dejo aquí mismo? —dijo refiriéndose a la entrada.

—¡Hola! ¡Vaya! ¡Gracias! —expresé sorprendida—. Si no te importa, entra y me la dejas en el sofá. Es que yo no voy a poder moverla y no quiero que impida el paso de la silla de Gerard —comenté, rememorando nuestras continuas peleas por los trastos de por medio.

—Por supuesto. Con permiso. —Júlia ingresó en el apartamento y depositó la caja sobre el sofá que

se encontraba en el centro del salón—. Tienes un arcoíris Waldorf, un apilable de madera, un tablero sensorial, puzles, magnéticos… Está todo nuevo y me da pena.

—Muchísimas gracias. ¡Qué ilusión! Es lo primero que nos regalan: ¡sus primeros juguetes! —le agradecí encantada con la donación.

—Cuánto me alegra dar una segunda vida a estos juguetes —dijo ella desde el abatimiento—. Bueno, me voy.

—Espera —la frené—. Acabo de comprar unos dulces, puro antojo. ¿Quieres quedarte a desayunar?

—Oh, no quiero molestar —sonrió ella, aunque en su rostro pude leer que tanto ella como yo queríamos soltar todo nuestro dolor.

—Yo no podré tomar cafeína, pero mi exmarido es un amante del café *gourmet*. Seguro que encuentro granos de café colombiano o keniata en la cocina. Te sabrá a gloria si estás acostumbrada a las cápsulas industriales de tu cafetera —sonó un poco pretencioso, pero tenía razón.

—¿Exmarido? —curioseó Júlia, cruzándose de brazos—. ¿Gerard es tu exmarido? —preguntó asombrada, aunque ignoré si por la diferencia de edad, por verme en su piso sin él o por estar embarazada de no sabía quién.

—Sí —respondí misteriosa desde la cocina—. Empezamos a salir cuando yo tenía 17 años; él, 35. Me casé enamoradísima a los 19 y me divorcié enamoradísima a los dos años y medio. Y creo que a día de hoy sigo estando enamoradísima, pero embarazada de otro hombre.

—Sé lo que es estar enamoradísima también —confesó ella.

—¿De tu marido?

—No, de otro hombre —aclaró logrando captar mi interés—. Así que conozco a la perfección lo que es estar enamoradísima de uno, pero hacer vida con otro.

—¿Prefieres algo más fuerte que un café? Creo que he visto una botella de ginebra en el minibar.

—¿Tienes tónica? —bromeó Júlia.

—Tengo tiempo —dije colocándole una taza de café en la mesa del comedor y tomando asiento en una de sus sillas—. Cuéntame.

—Prepara los Kleenex —comentó al sentarse a mi lado. Infló sus pulmones, cargó la batería y se preparó para abrirse en canal—. Soy periodista. Tras idas y venidas, dudas y crisis existenciales, encontré en la comunicación mi vocación (...)*.

Me subí a la montaña rusa de Júlia, la acompañé en su viaje: del éxtasis a la angustia, del orgullo a la vergüenza, del amor al odio, a la rabia, al arrepentimiento…, al perdón. Descubrí junto a ella que "en la vida a veces se gana y otras se aprende". Y que lo que empezó con el "titoti-totito" de Skype en una pantalla de ordenador, no terminó con el estruendo de una reja de metal cerrándose en la sala de visitas de una cárcel de Nueva Orleans.

Abrí patatas. Vacié la despensa de Gerard. Reí, lloré. Usé los Kleenex; a decir verdad, los gasté. Pasamos del café al *gin-tonic*; en mi caso, del vaso de agua a la limonada. Se nos hizo tarde, tardísimo, y aun así, quería más. ¿Y ahora qué? Quería justicia. Quería un final feliz para ella, para él. Necesitaba que el amor triunfase, pero tal y como me había ocurrido a mí, no siempre hay finales felices con perdices en el menú.

Nos abrazamos. Hace unas horas, era una desconocida; ahora, la consideraba mi mejor amiga, mi hermana. Ella amante del baloncesto, yo una apasionada del motor. Dos mujeres, dos directoras.

Gerard supo a quién dejarle las llaves: con ellas, nosotras abrimos la cerradura de nuestros corazones de enamoradas. Enamoradísimas del pasado, de hombres que no formaban parte de nuestro presente, pese a desearlos en el futuro.

Nos despedimos.

—Gracias por el café, Edel —dijo sonriente.

—Gracias a ti, Juls*.

(*) Júlia ‘Juls’ Capdevila *es la protagonista de “¿Y ahora qué? Cómo evitar que un cabrón te joda la vida” y “¿Y ahora qué? (2) Más allá del cabrón”, novelas de la misma autora.*
Si quieres tomarte tú el café con ella y conocer su historia, puedes adquirir la bilogía en la web: www.mariaromeromedinilla.com (formato tapa blanda y digital) y en Amazon.

CAPÍTULO 16

¿qué pasó, COPAIN?

No me fui del piso. No me apetecía. Yo nunca había querido irme. Sus paredes me protegían de un mundo exterior en el que no deseaba vivir. De la cama al sofá, del sofá a la cocina. Viendo una película, leyendo un libro o aporreando un piano que apenas recordaba tocar. Gerard me había enseñado en el pasado, pero después de tanto tiempo me costaba salir del "Cumpleaños feliz". A mí me apasionaba el motor; a él, la música. Él se involucró en mis proyectos, yo pasaba por encima de los suyos. Él trabajaba en MotoGP™ y yo maltrataba su instrumento favorito.

Horas y horas invertí para recuperar mis conocimientos o, incluso, para adquirir más a marchas forzadas. Era tarde, literal y figuradamente, y yo lo sabía. Ya había sido una "niñata egoísta" y no había vuelta atrás. Estaba asumido, aceptado, pero frente aquel piano sentía que apretando cada tecla, bemol o sostenida, lo arreglaba. Cada vez que pisaba sus pedales, creía que me acercaba un pasito más a Gerard.

Mi móvil no dejaba de sonar, interrumpiendo mi éxtasis artístico. Era mi madre, insistiendo en que volviese. "¿Volver a dónde?", preguntaba. "A casa", respondía ella. "Ya estoy en casa", refutaba yo. Tuve que bloquearla.

Al bajar la tapa del piano y apartar la vista de su teclado, el silencio de un piso vacío me devolvió a la desolación. Aparté la banqueta y reconocí varios de los vinilos de la estantería que yo había comprado en la tienda Discos Paraíso del Raval. Casi de inmediato me acordé de un vinilo que adquirí en ese mismo negocio seis años atrás y que escondí detrás del contrachapado que cubría el fondo del armario a la espera de una ocasión especial. Con premura, entré en el dormitorio y abrí la parte del mueble que había sido mía. Retiré un zapatero y un par de cajas muy pesadas, aparté la madera y ahí estaba: el álbum *Todos ríen de mí* de Agamenon, una banda madrileña de rock progresivo psicodélico de los 70. En su época, me había costado unos 500 pavos el vinilo. El "por culo" que me había dado encontrarle ese disco a Gerard para su colección y llevaba pudriéndose años en el fondo de un armario. Dejé el disco sobre la cama para reorganizar el espacio y fue cuando leí las solapas de las cajas: "Edelweiss". Despegué el celo y curioseé el interior. Eran mis cosas, las que dejé atrás el día que me fui. Había guardado hasta "las bragas que dejé tendidas". Me estremecí. En un par de días, me había dejado cautivar por lo que fuimos. ¿Cómo lo hacía él para convivir con todos nuestros recuerdos día sí y día también?

En la caja había bastante ropa mía: la usé para salir. Superado el fin de semana, con plata para Vincent en Tailandia, aproveché el lunes para hacer una compra y reponer la despensa de Gerard. Mi móvil seguía sonando, ya no solo por las llamadas de mi madre: también se sumó el número de Filipa, el del jardinero, mi padre y hasta Vincent. No podía seguir escondiéndome en mi cueva de Sant Gervasi.

El martes tenía ecografía, así que invertí el lunes en dejar el piso en las mejores condiciones. A medida que limpiaba, me despedía de las habitaciones. Acaricié la almohada al ahuecarla. Sustituí el portarretratos roto con nuestra foto por otro nuevo. Coloqué sobre el piano el vinilo de Agamenon. Guardé los juguetes que me había regalado Júlia en el armario, sin caja. Lavé y planché las camisas que había usado de pijama los días previos. Por último, dejé una nota escrita en la nevera, enganchada con un imán: "*El perejil ha sobrevivido a tu viaje; yo, también. Gracias por tanto, Edelweiss*". Me dejé dormir en el sofá tras tomarme una copa de una botella de vino que no debí haber descorchado.

A la mañana siguiente, tocaba abandonar mi cápsula del tiempo y seguir adelante. Desahogarme con Júlia, atravesar mi duelo y despedirme, me habían renovado. Hablar, aceptar y abrazar, ese fue el resumen de mi "desconexión".

Con el bolso colgando, eché ambientador en *spray* en todas las estancias. *Elixir floral* de Mercadona; no es que sea la octava panacea, pero sí que camuflaba el olor a ermitaña. Aún con el pulverizador en la mano, la puerta de la entrada se abrió de par en par: Gerard volvía a casa y me pilló in fraganti aromatizándole el salón. Podría haberse tratado de una casualidad, pero la verdad es que ya llevaba un par de días columpiándome y las posibilidades de que regresara eran cada vez más viables. Quizá, algo en mí, deseaba ese encuentro.

—¡Edelweiss! ¡Qué sorpresa! —exclamó perplejo—. ¡Buenos días!

—Gerard, yo… He venido a regarte el perejil —justifiqué con rapidez mi presencia, aunque aquello sonó rarísimo. Él se echó a reír.

—Ya te dije que podías venir y quedarte el tiempo que quisieras —dijo accediendo a la vivienda y cerrando la puerta tras de sí.

—¿Cómo ha ido el viaje? —pregunté amable.

—Duro. 20 horas, 2 escalas —bufó agotado—. ¿Viste la caída de Lorenzo? Ya venía lastrado de Aragón con una luxación en un dedo del pie y una fractura en otro, cuando la moto lo lanzó por orejas en la frenada de la curva 3 durante los segundos libres. ¡Vaya volada! Por fortuna, se quedó tan solo en una contusión de la muñeca izquierda y el tobillo derecho, a falta de hacerle un TAC esta tarde en el hospital para ver cómo tiene el escafoides. No sé si será apto o no para Japón. Todavía tengo dudas.

—Lo vi. La moto se partió en dos.

—Brutal, ¿eh? —carraspeó la garganta, analizando mi ropa de calle—. ¿Te ibas ya? No hace falta que te vayas.

—He de confesarte que llevo aquí cuatro días —reconocí sonrojada.

—Me alegro. La casa te echaba de menos —comentó observando el entorno—. Y yo echaba de menos llegar del trabajo y que tú estuvieses.

Me ruboricé.

—Gerard, he visto la foto de tu mesita de noche —le informé mientras colgaba el bolso en una de las sillas del comedor con la intención de robarle unos minutos al reloj.

—Es una imagen hipnótica. Tu sonrisa da lugar a la mía, mi forma de mirarte produce tu sonrisa —describió él con añoranza.

—La estrellé contra la pared y he tenido que sustituir el cristal y el marco —avisé para que no le pillase por sorpresa—. La casa, la foto…, la cama. Demasiadas emociones de golpe.

—El perejil —bromeó. Yo también emití el ligero sonido de una risita.

—¿No te duele? Acostarte solo cada noche viendo una imagen de nosotros, juntos y felices. —Respiré hondo y me encogí de hombros—. No lo entiendo.

—Esa foto me hace sentir agradecido por haberte conocido, pero también me recuerda que yo no soy el mismo que captó esa cámara y que hice lo correcto dejándote ir.

—No empieces a decir estupideces otra vez —contesté extenuada por escuchar sin cesar los mismos argumentos. Cogí el vinilo de Agamenon y se lo tiré—. Te lo había comprado para regalártelo las Navidades que me echaste de casa, aún seguía escondido en el fondo del armario. ¡Feliz Navidad, 2012! —clamé irónica.

—¡Guau! Este vinilo es super difícil de conseguir —dijo admirándolo—. ¡Está intacto! Muchísimas gracias, mi amor.

"Mi amor" se sumó a la casa, la foto…, la cama y el perejil. Todo ello mezclado con una explosión de hormonas derivada de mi embarazo gemelar de 12+5 semanas, me hizo cruzarme de brazos y despotricar más rabia, más odio, más y más que acumulaba día tras día.

—Difícil de conseguir era lo nuestro, Gerard —solté dolida. Él apartó la vista, evitándome—. ¿Por qué mirar una foto antes de irte a dormir? ¿Por qué conformarte y torturarte? ¿Por qué no me miras a mí? —Apoyé mis manos sobre los reposabrazos de su silla y lo obligué a cruzar sus ojos con los míos—. ¿Por qué te acuestas con un recuerdo y no con tu mujer? ¡Joder! —grité, empujándole suavemente. Cogí mi bolso, el que simbolizaba mi predisposición al robo de minutos, y me lo colgué del hombro.

—¿A dónde vas? ¿No estábamos hablando? —preguntó, viéndome andar en dirección a la salida.

—Es que ahora llega cuando me echas de malas formas y quiero ahorrarme esa parte —le recordé, mirando el reloj de la cocina—. Además, tengo cita con la doctora Moliner en 40 minutos para la eco de las 12 semanas.

—Déjame acompañarte, por favor —suplicó, rodando sobre sus ruedas hasta mi posición.

—No.

—Por favor, quiero estar a tu lado —imploró, aferrándose al vinilo que había depositado sobre sus piernas.

—¡Deja de volverme loca! —chillé—. Me dices que siempre has estado enamorado de mí, que siempre me vas a querer, me besas, me acompañas a las ecografías de mis bebés, me das las llaves de tu casa, duermes con una foto mía a tu lado y guardas mis bragas en el armario. Gerard, explícame. ¿Por qué no estamos juntos?

—No… No podemos, Edelweiss. No puedo —contestó abatido—. Soy tu amigo, ¿no? Solo quiero estar cerca por si me necesitas, pero…

—Pero ya no quiero ser tu amiga —interrumpí—. Tú no puedes ser mi pareja y yo no puedo ser tu amiga. Ahora me toca a mí echarte fuera de mi vida. Adiós, Gerard. No te quiero ver ni en los circuitos.

En el rellano, llamando al ascensor, Gerard se pronunció desde la puerta de su apartamento:

—¿Qué harías tú con 27 años cargando con un tullido de 45 que tu familia odia, dos críos pequeños y dirigiendo una escudería en un campeonato internacional? —reflexionó en forma de interrogante.

—Ser feliz, Gerard —contesté sincera. El eco de la escalera aumentó los decibelios de mi tono de voz original.

Fue incapaz de mantenerme la mirada. Una lágrima cargada de dolor le atravesó la mejilla. Él no se molestó en borrarla, la dejó surcar mostrando su sufrimiento personal.

—Queremos lo que no tenemos. Al poco de juntar caminos, descubrirías que soy un lastre para tus ambiciones.

—Gerard, *solo-te-fallan-las-piernas* —subrayé haciendo énfasis en cada palabra—. Que sí, que imagino que debe ser una putada enorme y no soy nadie para quitarle gravedad a tus problemas ni para cancelar tus sentimientos ni frustraciones. Solo pretendo decirte que yo te voy a querer igual —expliqué con total honestidad—. No eres un puto asesino ni un asqueroso violador del que me tenga que

avergonzar. Tus piernas no funcionan, ¿es el fin? ¡No! Tú también tienes derecho a ser feliz —expuse la evidencia—. ¡No eres ningún lastre! No te creas menos que nadie ni que mereces menos que nadie. Conmigo o con quien sea. No te acomplejes, tú eres más que tus piernas o que esa silla. —Realicé una pausa con la intención de poner fin a la conversación con un broche de oro—. Ama y déjate amar.

Sin mediar ni una palabra más ni dar oportunidad de réplica, me subí en el ascensor y me fui.

El barullo de la ciudad me aturdió. Después de tantos días encerrada, experimenté falta de aire y flojera en las piernas. Tuve que apoyarme en una pared para mantener la verticalidad y recobrar el ritmo de mi respiración. Superado el malestar, casi me da otro *parraque* cuando pagué la factura del *parking* donde estacionaba mi coche desde hacía cuatro días.

Llegué a tiempo para mi consulta con la doctora Moliner y, por suerte, no tuve que esperar demasiado. Fui bastante borde con ella: contestaba a sus preguntas con monosílabos y si intentaba indagar en profundidad u opinar un poco más de la cuenta, la frenaba con respuestas hoscas. En cuanto a los resultados, todo estaba bien. El embarazo, múltiple y de alto riesgo, avanzaba a las mil maravillas. A pesar de que lo consideraba un poco pronto, la doctora Moliner me informó de que muy probablemente mis bebés fueran dos niñas. Dos flores. También me recordó que, aunque aún estaba a tiempo, nos quedábamos sin margen para interrumpir el embarazo.

Volví a barajar la opción de abortar. Estaba siendo injusta con Vincent y llegué a creer que lo mejor era arrancar esas dos flores de nuestro camino y seguir senderos separados. Con o sin Gerard, sopesé que debía ser fiel a mis sentimientos y atarme a un hombre que no amaba lo suficiente no parecía ser el mejor plan.

Sin intenciones de retornar a casa de mis padres, me instalé en el ático de Vincent en Selva de Mar. Los días pasaban, la soledad me comía y la cabeza me iba a estallar. Vincent llamaba y llamaba por Face Time, preocupado e histérico a partes iguales. Me partía el corazón no quererle tanto como él a mí.

—Vincent… —descolgué, evitando mostrar mi demacrado semblante a la cámara.

—*Mon Dieu, ma sirène, où étais-tu ?* —preguntó en francés—. ¿Dónde estás? ¿Qué ocurre? ¿Por qué no me atiendes las llamadas?

—Vincent, hace unas semanas, Gerard y yo nos besamos —le confesé de golpe—. Lo siento. Como también siento decirte que voy a abortar a las niñas y se me acaba el tiempo, no puedo esperar a que tú regreses a España.

Vincent permaneció en silencio tanto rato que creí que la conversación se había cortado; pero no, él seguía conectado en videollamada con el rostro desencajado y conmocionado.

—Te perdono. De verdad, te perdono. Gracias por contármelo. Duele, joder que si duele, pero un momento de confusión lo tiene cualquiera. Sin embargo, por favor, no abortes —farfulló angustiado. Asocié su repentina comprensión al temor de perder a sus bebés—. Dijiste niñas, ¿son dos *filles*? Edelweiss, por favor, no mates a nuestras hijas.

Uff, tal y como lo dijo, me destrozó. Yo quería a mis hijas, las quise antes de saber que eran dos y que eran niñas. Las quise desde que sospeché que estaba embarazada, cuando lo confirmé y escuché sus latidos. El problema es que no amaba a Vincent, al padre de mis bebés, y él creía en un cuento de hadas que yo no podía darle.

—No estoy enamorada de ti —sumé a mi lista de confesiones—. Te quiero, pero no lo suficiente para formar una familia. No puedo engañarte, Vincent. Has sido una bonita distracción, nada más.

—¿Una distracción? ¿No estás enamorada? —inquirió atónito—. Es el embarazo. Las hormonas —justificó rápidamente—. En tres semanas estaré en casa contigo, queriéndote y haciéndote ver que todo tiene sentido si estamos juntos. Comprendo que la distancia te esté afectando, pero no tires por la

borda nuestra relación, nuestra familia. Por favor, Edelweiss, no abortes a las niñas —rogó llorando al otro lado del teléfono—. Déjame ser papá, sin condiciones. Yo lo voy a dar todo por "crear" un "nosotros". Dame la oportunidad, aunque no estés obligada a quedarte a mi lado si no quieres. ¿Qué me dices?

—Lo siento —no sabía qué responder.

—No, no. Yo te quiero muchísimo. Acepto que tú todavía no puedas sentir lo mismo que yo. Ignoro si lo sentirás algún día, pero permíteme que lo intente —insistió devastado—. Estoy a 10 mil kilómetros. No puedes llamarme a un día de subirme a la moto y decirme que rompes conmigo porque no me quieres, que vas a abortar a mis hijas y que te has liado con tu exmarido —liberó parte de su rabia contenida—. Empecemos de cero. Hazlo por ellas.

Empecé de cero. Lo hice por ellas. De hacerlo por mí o por Vincent no habría un comienzo, sino un final. Aguardé una semana tras otra, esperando el retorno de Vincent a casa: en Japón, firmó una tercera plaza y aprovechó la entrevista en el *parc fermé* para dedicar el bronce a sus niñas y enviarme una afectuosa muestra de afecto; en Australia fue segundo, y me hizo llegar más amor a través de la televisión internacional; en Malasia sumó otra plata. La gira asiática fue todo un éxito para el Emme Café Racing MotoGP™. No había opciones de título, ya que Marc Márquez se había proclamado campeón del mundo matemáticamente tras la carrera de Motegi, pero sí de clasificar en el Top 3 del campeonato. Vincent aterrizó en Barcelona con 193 puntos, frente a los 195 de Valentino Rossi, y solo faltaba el Gran Premio de Valencia.

Fui de sorpresa al aeropuerto. Vincent no me esperaba ocupando un sitio detrás de la valla de la puerta de "llegadas", así que al verme se le iluminó la cara y corrió más rápido que a lomos de nuestra Suzuki. Una secuencia digna de una película romántica, con empujones y maldiciones por parte de los empujados, pero romántica. Hacía un mes que no me veía, por lo que mis dos flores me habían inflado como un globo.

—¡Gracias por esperarme! *Merci beaucoup!* —me abrazó con delicadeza para no ocasionarme ningún daño.

—Hagamos que valga la pena —le respondí sobre su oído.

Mi padre también se alegró de verme. No acostumbraba a regalarme gestos cariñosos, pero también quiso su correspondiente abrazo. Tras intercambiar un par de impresiones sobre el mes que habían pasado fuera, les indiqué que tenía el coche en el aparcamiento y que podíamos seguir con la cháchara de camino a casa.

—Edelweiss —Vincent tiró de mi brazo y me apartó de mi padre—, Gerard venía en el mismo vuelo que nosotros. Debe estar a punto de salir, por si quieres saludarle o decirle algo.

Me sorprendió, no sé si para bien o para mal, la propuesta de Vincent. Fruncí el ceño y continué con mi marcha junto a mi padre.

—Ya le advertí que no quería verlo ni en los circuitos, mucho menos en un aeropuerto —contesté, ahogando mis verdaderos deseos.

Aventuras de *paddock* que me perdí por quedarme en Barcelona gestando un par de bebés. También me hablaron de los puestecitos callejeros de Tailandia donde vendían insectos fritos -tipo cucarachas, saltamontes y gusanos-, de un baño termal en un onsen japonés, la excursión entre canguros y koalas australianos y el masaje de pies con peces Garra Rufa en Malasia. Una gira de lo más apasionante.

Mi padre convenció a Vincent de instalarnos, una vez más, en nuestra finca de Pedralbes. Ambos se convirtieron en culo y mierda, mientras yo le había retirado la palabra a mi madre y volvía a sentirme

sola en una casa llena de gente. Cada noche me retiraba a dormir en soledad y solía despertarme en similares circunstancias. Cuando no iban juntos a la empresa familiar, visitaban la nueva flota de camiones o compartían un rato toqueteando nuestros vehículos clásicos en el garaje. Vincent temía quedarse a solas conmigo y enfrentarse a una conversación para la que no estaba preparado. Yo, por mi parte, me anestesié. Desempolvé el piano de cola del salón que ya venía con la casa y que nadie jamás había tocado, lo afiné (o lo intenté) siguiendo tutoriales de YouTube y practicaba hora tras hora.

Viajamos a Valencia en mi semana 18 de embarazo. Llovía. Se avecinaba una ciclogénesis explosiva de las que pone en alerta a media población. En esa ocasión, era yo la niña que iba de morros en los asientos traseros del BMW X6 M de mi padre. Sentía que estorbaba, que entre ellos se entendían, que mi equipo no me necesitaba. No solo me había perdido cuatro carreras, también la confianza asociada a cada una de ellas. Era un cajón de herramientas más. O peor, porque al menos las herramientas servían para algo y yo ni eso.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres que te traiga una silla? —preguntó Agnes en inglés, siendo la única miembro del equipo que se había dignado a dirigirse a mí.

—Estoy bien, gracias. Quizá un poco desubicada —declaré agitada.

—Deberías tomarte estos meses de descanso. Para regresar a la competición siempre habrá tiempo —me aconsejó ella, metiéndose en mi vida como acostumbraba hacer—. ¿Qué tal con Vincent?

—No me apetece hablar del tema —contesté, más triste que molesta.

—Lo imaginé. No se os ve en vuestro mejor momento, pese a tu estado —opinó—. Tendréis que acabar más pronto que tarde con lo que sea que os esté separando.

—Son mis dudas. Hoy pienso una cosa; mañana, otra —reconocí avergonzada—. Me vuelvo loca yo y vuelvo locos a los demás. Dudas y más dudas.

—¿Dudas? ¿Duda 1 y duda 2? —indagó señalando mi vientre—. Vincent nos contó que eran dos niñas. Es un buen tío, Edel. Y te quiere. Lo tienes todo: dinero, éxito laboral, salud y amor. ¡Ya me gustaría a mí! Estoy aburrida de las *apps* de citas. Ni español ni inglés ni italiano ni francés. En Japón me tiré al mecánico jefe de Adam porque me había olvidado el consolador en Brighton.

Reí.

—Al más puro estilo “verano en Brighton”, ¿eh? —recordé.

—Sí, pero a la japonesa y con un andaluz —aclaró ella.

—Te has vuelto internacional —seguí con la broma.

—Lo pasábamos bien en Brighton. De festival en festival —puso los ojos en blanco—. Aún conservo las pulseras.

—¡Y yo! —exclamé cómplice—. Reunimos tantas que no había brazo para tanta pulsera. Éramos unas niñas, aunque nos colábamos en todos lados.

—Sí, dejaste de venir siendo muy joven. En cuanto empezaste a salir con el señor ese, el médico —rememoró apenada—. Te olvidaste de mí, de Brighton, de todo y de todos.

—Eso no es así, Agnes. Mantuvimos el contacto. De lo contrario, ¿por qué estás aquí formando parte de este proyecto? —cuestioné sonriente—. Siempre has sido una buena amiga, pero la vida son etapas.

—Gerard te separó de tu familia, de tus amigos. Te quiso solo para él y te ha dejado herida para siempre —consideró en confianza.

—Agnes, no hables por hablar, por favor —le pedí, ahora sí, con el semblante serio.

—Está bien, lo siento —se disculpó—. Habiéndote librado de Gerard, que ahora las “dudas y más dudas” no sean las que te separen de un hombre fantástico.

Un hombre fantástico. Un buen tío, que me quiere. Un chaval que se ha ganado el corazón de mis

padres, el cariño de la afición y el respeto de los rivales. El que consiguió los puntos necesarios para firmar una tercera plaza en la clasificación general del campeonato, pese a la grave lesión de Alemania: Vincent Joubert, la estrella del momento, el gran esperado en los MotoGP™ Awards de 2018 a la que no me permitió ir (el muy cabrón).

La jornada dominical estuvo cargada de emociones: una carrera en mojado, muy difícil, competida, en la que se jugaba el bronce de la temporada con Valentino Rossi. Una medalla que ganó. Después de la acción, me pidió hacer siesta en el *motorhome*. Vi que era una oportunidad, de las pocas que habíamos tenido, de estar a solas. Lejos de generar un acercamiento, Vincent se echó a dormir. Aunque me puse la tele y repasé los *highlights* del Gran Premio, yo también sucumbí al sueño. Cuando me espabilé, él no estaba.

El hombre fantástico, el buen tío, el que tanto me quería, se había llevado mi móvil y las llaves del *motorhome*, dejándome encerrada con doble vuelta en la caravana. Desperté tarde, a minutos de comenzar la gala de premios, y en el circuito ya no quedaba nadie. Nadie escuchaba mis gritos ni mis golpes. El teléfono del camión estaba desconectado. Las ventanas eran o abatibles o estrechas correderas por las que no podía salir; aunque, de poder, hubiese sido peligroso. Tardé pocos minutos en conformarme. No había manera de salir y, en el exterior, llovía a cántaros.

Hice un esfuerzo enorme por mantener la calma. Intentaba no pensar en los motivos que habían llevado a Vincent a arrestarme como si fuese una prisionera. Pensé en el pretexto que podía haberse inventado para excusar mi ausencia frente a mi padre y al resto de mi equipo: un repentino malestar derivado del embarazo, supuse. Quise creer que se trataba de un error, pero ¿qué error se lleva mi móvil? Me dejó desconectada del mundo.

Una hora, otra, otra más. Me desesperé. Estuve cerca de romper a sartenazos alguna ventana. Lloré de tristeza, reí de incredulidad. Una hora, otra, otra más. Cabeceé, aunque el viento y la lluvia me sobresaltaban cada dos por tres. Sobre las 4 de la mañana, Vincent llegó en taxi. Escuché un fuerte trastazo y el constante impacto de la puerta abierta dándose con la carrocería. Me levanté de la cama y caminé descalza y con cautela hasta el *hall* del *motorhome*. Vincent se arrastraba por el suelo, empapado, con la medalla de tercer clasificado en la mano. Por inercia, acudí en su ayuda.

—¡Vincent! ¿Qué ha pasado? —pregunté, él contestó vomitándome en los pies descalzos. ¡Qué *ascazo*!

De la encimera de la cocina cogí papel y me limpié. Pudiendo andar sin dejar huellas de vómito por el suelo, cerré la puerta para que dejase de dar bandazos. Vincent seguía luchando por recuperar la vertical, soltando la medalla en una mesa auxiliar para agarrarse a los muebles que veía a su alcance.

Apestaba a alcohol, a marihuana, a perfume barato.

—¿Y este espectáculo, Vincent? —recuperé el turno de palabra ante su silencio—. ¿Me has dejado encerrada e incomunicada toda la noche para irte de fiesta a beber, fumar y follar?

—*Silence…* —musitó en francés, tapándose los oídos.

—Quiero mi móvil. ¿Dónde está mi móvil? —Solo pensaba en llamar a mi padre para que me sacase de esa caravana.

—*Ta gueule, salope!* —seguía parloteando en su idioma. Aunque no sabía qué me estaba diciendo, intuí que bueno no sería por el tono que había empleado—. Lo tenías preocupado. No ha parado de *mensajearte* en toda *la nuit*.

—¿De qué hablas? —increpé ignorando por completo a lo que se estaba refiriendo.

—¡El doctorcito Vergés! ¡Gerard! No te ha visto en la gala y se ha puesto de los nervios, *putain d'enfoiré* —anunció entre maldiciones.

—Me has encerrado, Vincent. Es normal que la gente se preocupe.

—La gente, no. *Votre ex-mari!* Con el que te besaste estando conmigo y posiblemente ya embarazada de mis hijas —escupió con rabia, probando a erguirse sin éxito—. Sigues enamorada de él, ¡has jugado conmigo! Solo he sido una "bonita distracción", ¿verdad? *Pute!*

Lo logró. Logró ponerse de pie y darme un puñetazo. Sus nudillos se clavaron en mi mejilla, cerca del ojo izquierdo. Disparó el gancho de derecha con una potencia desmedida, haciéndome caer al suelo sobre mi abultado vientre. Él seguía lanzando improperios, pero yo dejé de atenderle para prestar atención a las señales de mi cuerpo. Me dolía el maxilar, muchísimo, pero no noté nada más en el momento.

—¡Tengo un dilema! —exclamó colérico—. No sé si matarte o hacerte la vida imposible. ¡Elige! —gritó.

—Pero… ¿Qué dices? —interrogué aterrorizada, tocándome el pómulo golpeado.

—Mis hijas no tienen culpa de que su madre sea una zorra —escupió desde lo más profundo de su ser—. Quizá a quien debería quitar de en medio es a Gerard. ¿Qué piensas?

—Estás bebido, drogado… —justifiqué, levantándome del suelo con cautela—. No sabes lo que dices ni lo que haces.

—Eso sí te jodería, ¿verdad? Voy a ir a por él —caminó a trompicones—. Voy a terminar lo que empezaron los rusos.

—Vincent, no metas a Gerard en esto —sonó amenazante, pero en realidad era una súplica.

—Oh, ¿y si los bebés son suyos? ¿Te follaste a un inválido, Edelweiss? ¿Puede follar? —dijo con desprecio—. Viejo e inválido. ¡Estás enferma!

—¡Se acabó! —chillé.

—Se acabará cuando… —Desplazó el pulgar de un lado al otro de su cuello, atravesándolo y fingiendo el ademán de decapitar a alguien.

A Gerard.

Vincent anduvo hacia la puerta. Sus problemas de equilibrio se pusieron de mi parte, por lo que, en defensa propia y para proteger a Gerard, agarré la medalla de bronce de la mesa auxiliar, tiré de su hombro y, de atrás para delante, se la incrusté en la ceja izquierda, abriéndole una sangrienta brecha. Dejé caer la medalla manchada al suelo, asustada.

Él se tambaleó antes de caer redondo al suelo, inconsciente. De la herida continuaba brotando sangre a borbotones. Me quité la camiseta del pijama y ejercí presión sobre el corte. Cuando noté que la hemorragia había cesado, aproveché para palparle los bolsillos y hallar mi móvil. Estaba sin batería. Usé el de Vincent para llamar a mi padre:

—¿Qué pasó, *copain*? ¿Te he echado la bronca la jefa por llegar tan tarde? —Mi padre habló con camaradería al creer que la llamada se la hacía Vincent.

—Papá, soy Edel. Vincent… Vincent me ha… me ha pegado… un puñetazo. Yo… yo le he abierto… la ceja. Sí, la ceja. Está sangrando. Inconsciente. Hay sangre —informé tartamudeando de los nervios—. Ven a buscarme al circuito, por favor.

CAPÍTULO 17

ES LA HORA DE REMATARLE

Los focos del alumbrado público se veían reflejados en el asfalto inundado. Sobre el áspero y frío pavimento, reposaba mis pies descalzos. Caían gotas de agua de la punta de mi nariz. Amarré mi pelo empapado en una coleta maltrecha. Había cubierto mi cuerpo con un anorak corporativo, ocultando parte del pijama que vestía. Esperé a mi padre a la intemperie de Cheste, bajo la tormenta que azotaba el exterior del *motorhome*. Allí recordé mi accidente en el *paddock* de Aragón y la discusión de Vincent con Yurena. El bofetón y el forcejeo. Una dramaturgia muy similar a la que habíamos protagonizado nosotros. Dudé de Vincent, creí a Yurena y me castigué porque debí haberla creído desde el principio.

A lo lejos, identifiqué los faros del coche de mi padre. Regañé los ojos, cegada por el rayo de luz que atravesaba la penumbra de la madrugada. Vincent seguía inconsciente en el interior de la caravana, aunque su herida había dejado de sangrar gracias a la presión ejercida con mi camisola.

—¡Edelweiss! ¿Qué haces aquí? ¡Entra! —ordenó mi padre justo al bajarse de su vehículo—. ¿Dónde está Vincent?

—Papá, vámonos. ¡Quiero irme! —expresé mi deseo luchando por acceder a un coche cerrado.

—No, hija. Mejor entremos y pensemos bien qué hacer —indicó él, sin concederme derecho a réplica.

En el *motorhome* tenía más frío que fuera. Me senté tiritando en el mullido sofá del saloncito-cocina que te recibía al ingresar en la caravana. Mi padre permaneció de cuclillas junto al cuerpo de Vincent, comprobando sus constantes vitales y su estado general.

—No he matado a nadie, papá —informé para su tranquilidad—. Me he defendido, nada más. Además, creo que ha perdido el conocimiento por la embriaguez, no por el golpe.

—Hombre, Edelweiss, le has abierto la ceja. Es posible que tu *hostiazo* haya contribuido al desmayo. —Mi padre se puso en pie y acudió a la pica de la cocina para lavarse las manos de restos de sangre —. En cualquier caso, está bien. Colocado como un piojo, pero bien. ¿Y tú cómo estás? —se interesó sosteniéndome el mentón y observando el moratón que comenzaba a apreciarse en el pómulo y parte del ojo izquierdo—. ¿Tienes hielo?

Mi padre sacó del congelador unas bolsas de gel azul que Vincent usaba para tratar ciertas lesiones musculares. Para evitar la quemazón de la delicada piel de mi rostro, interpuso entre mi dermis y el hielo una servilleta doblada. Después, me pidió que sostuviera el pack gélido al menos cinco minutos.

—Me dejó encerrada, sin teléfono móvil ni llaves. Apareció a las cuatro de la mañana, ebrio y con actitud violenta —relaté consternada—. Me confesó sus celos, sus inseguridades. Dijo tonterías como que mis hijas no eran suyas, sino de otro hombre —eludí nombres, ya que consideraba irrelevante la información y podría meter en problemas a Gerard—. Me agredió y también me amenazó de muerte.

—¡Calla! —decretó mi padre—. Está borracho, ¿no lo ves? No le hagas caso. Olvida lo que ha sucedido.

—¿Que lo olvide, papá? —pregunté indignada, retirándome el hielo de la cara—. ¿Me has escuchado? ¿Me has mirado?

—El chico se ha pasado con las copas. Punto —lo defendió con descaro—. Y tú le has atizado con una medalla. Estáis en paz. Mañana será otro día.

—Esto no se puede quedar así —contrapunteé alterada.

—Sí, Edelweiss, así se quedará —agregó mi padre, elevando el volumen de su voz y dándole un tono amenazador—. Mañana hablaré con él. Seguramente no se acuerde de nada y él volverá a ser el chaval majete que nos ha demostrado que es durante todo este tiempo. Un tropezón lo tiene cualquiera. Es joven, estaba de celebración y… bebió más de la cuenta. Fin. No hay que darle más vueltas, hija.

—Ah, vale. Como el *pobrecito* estaba borracho, tengo que pasar por alto su agresión. ¿Es eso lo que me estás pidiendo?

—Sí. Así es. Si fuese una situación reincidente, ya estaríamos hablando de un problema serio, pero ha sido un altercado puntual. No podemos condenarlo.

—Cuando me encerró y me dejó incomunicada, aún no había bebido. ¿Cómo lo justificas?

—Un despiste. Habrá querido dejarte descansar, pasó la llave por inercia o creyendo que así estabas más protegida y, tal vez, se llevó tu móvil por confusión. Son dos iPhones iguales —argumentó él en su empeño por convencerme—. Vete a descansar, Edelweiss. Me quedaré pendiente en la habitación pequeña. En cuanto despierte, hablaré con él de lo que ha sucedido.

—No voy a poder perdonarle, papá —advertí rebosante de rabia.

—Es el padre de tus hijas, tienes que darle otra oportunidad. Es tu obligación —presionó mi hombro, fingiendo un apoyo que no me estaba dando en absoluto—. Ve a descansar. Mañana lo verás diferente. Todo va a ir bien.

Me duché para entrar en calor y fui a dormir. O a intentarlo, al menos. Las imágenes de la pelea se manifestaban en mi mente con nitidez, sobrecogiéndome. Sus palabras cargadas de odio retumbaban, saltando de un hemisferio al otro, asustándome. Mis bebés se movían, agitadas, creando un burbujeo incesante en mi vientre. Sentía latidos en la zona del puñetazo. Había sido el primero, pero… ¿y si no era el último? Mi padre hablaba de un incidente aislado y de que no volvería a repetirse. Él qué podía saber.

Aunque en algo sí que acertó. A la mañana siguiente, todo parecía formar parte de una pesadilla. No hubiese creído en mi propia versión de no ver la consecuencia amoratando mi ojo izquierdo. Me vestí con unos vaqueros, una camiseta del equipo y unas bambas blancas, antes de presentarme en el *hall* del *motorhome* donde mi padre charlaba con mi cabizbajo maltratador. Vincent alzó la vista y, al descubrirme, hizo por levantarse para acercarse a mí. Retrocedí unos pasos, alejándome con temor.

—Lo siento muchísimo. *Je suis très désolé* —se disculpó con semblante abatido y ojos inyectados en sangre—. No me acuerdo de nada. De verdad, *pardonne-moi. Oh mon Dieu. Tu es blessé!*

—Vincent, hijo, ve a darte una ducha. Anda, rápido. Quiero hablar con Edelweiss —indicó, organizando el cotarro—. En cuanto solucionemos esto, te llevaremos al hospital: esa ceja necesita puntos.

—No hay nada que solucionar. En todo caso, hay algo que acabar.

—Edelweiss, *ma sirène* —se lamentó Vincent—. Yo no soy así, tú lo sabes. Tu padre lo sabe. Nunca te pondría en peligro ni a ti ni a las niñas. ¡Ni a nadie!

Lo ignoré. Aunque evité su mirada, no puede obviar su constante petición de clemencia. Parecía

arrepentido.

—Vincent, déjanos a solas.

Obediente, él se marchó al baño para deshacerse de la peste a alcohol, marihuana y perfume barato que contaminaba el ambiente de la caravana desde su controvertido retorno.

—El chico está destrozado, Edelweiss. No seas tan dura —me pidió mi padre—. Me ha contado su versión y, tal y como esperábamos, asegura no acordarse de lo sucedido. Te pido, por favor, que hagas el esfuerzo de correr un tupido velo. Bastante se está machacando él. Lo último que necesita son tus reproches.

—¿Cómo es posible que no veas la gravedad del asunto? —compartí irritada—. Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad, y por su boca solo expulsó odio. Una rabia contenida que dejó liberar unos instantes por el efecto de los litros de alcohol que ingirió y la droga que consumió, pero que vive con él. Da miedo, papá.

—Los borrachos dicen muchas tonterías, créeme. Te lo digo por experiencia —se echó a reír—. Mira, tu madre a veces va tan pedo que me suelta cosas como "Te di una hija para toda la vida y tú me das zapatos para cada día".

—Me estás dando la razón —respondí.

—Las relaciones de pareja son complejas, pero para que sean un éxito se precisa ceder: yo respeto las aficiones de tu madre y ella respeta las mías. Así llevamos juntos… Uhmmm. ¿Tú qué edad tienes? —quiso saber dudoso.

—¿Qué aficiones? Que mamá sea alcohólica y tú un putero no me parecen hobbies demasiado sanos.

—Edelweiss, te estás pasando —advirtió solemne—. He intentado convencerte por las buenas, ¿no quieres? Tendré que optar por la vía mala: lo vas a perdonar, sí o sí. Llegaremos a Barcelona y organizaremos un viaje a nuestro chalet de Peñíscola. Allí, como familia, trataremos el tema de tu embarazo y vuestra boda, ya que ni tu madre ni yo queremos un par de bastardas en la familia. Con suerte aún estará tu pómulo amoratado y él tendrá presente el daño que te hizo. No podrá negarse.

—Ya se lo dije a mamá: no me voy a casar con Vincent.

—¿En serio crees que tienes otra opción? —carcajeó—. Me has traspasado los poderes de la escudería. Lo que tengas en la cuenta del banco no te lo puedo quitar, pero tampoco verás ni un euro más sin mi autorización. Si quieres que tus hijas nazcan bajo nuestra protección, economía e influencia, tendrás que hacer lo que yo te diga.

—Papá, ya me hiciste elegir una vez y no te salió bien —le encaré.

—Eras una niñata y tenías flotador. No era un crucero ni siquiera un yate, era un flotador de playa al que te agarraste para no ahogarte en la orilla. ¡Ah! Y te ahogaste igualmente —se vaciló de Gerard, de su condición social y del final de nuestra relación—. Ahora es distinto: esto no va de ti, se trata de tus hijas. Además, estás más sola que nunca.

—¿Y Vincent? ¿También vas a decidir por él?

—Por supuesto. Es joven, es ambicioso y manipulable. Vincent se pondrá de nuestra parte porque es la parte sensata. Y le tengo mirado un Lamborghini Aventador que disipará todas sus dudas.

—A mí no me vas a comprar, papá.

—Eso ya lo veremos —se jactó orgulloso—. ¿Qué harás tú sola con dos bebés sin casa ni trabajo? Yo te respondo: volver con tu familia, aceptando nuestras condiciones. Ni a ti ni a las niñas os faltará de nada y tú podrás seguir jugando a dirigir una escudería, pero casada con Vincent y viviendo bajo nuestro techo.

—¿Y si me niego?

—Atente a las consecuencias —amenazó—. Pienso poner a disposición de Vincent a todos los putos abogados de Barcelona y parte de Suiza para que luchen por la custodia de las niñas "Moix Joubert", nietas de Théo Moix, CEO de Moix Logistics, e hijas de Vincent Joubert, el más que posible campeón del mundo de MotoGP™ de la próxima temporada. Tú, pobre y desgraciada, no pintarías nada en la historia. —Hizo una pausa para coger aire y disipar la agresividad del ambiente al escuchar el final de la ducha de Vincent—. No te preocupes, hija mía. Estoy seguro de que no vamos a llegar a eso. ¿Me equivoco? Quizá ahora estás un poco confundida, pero no tardarás en aclarar tus ideas y posicionarte en el bando correcto.

Nadie en su sano juicio querría tener a Theó Moix de enemigo. Nadie. Era de las pocas personas capaces de cumplir cualquier amenaza que pronunciase por insólita que sonase. No solo tenía dinero, también contactos de todo tipo. *De-todo-tipo*. Quizá Vincent me había golpeado el rostro con sus nudillos, pero mi padre había conseguido noquearme con palabras. Estaba en lo cierto en muchas cosas: en el pasado, renuncié a mi familia por amor; ahora, por amor, me planteaba aguantar hasta que urdiese un plan.

Vincent resurgió. Se evaporó la peste a desfase y recuperó su adictivo aroma a lima-limón. Estaba achantado, cabizbajo y verecundo, sorteando contacto visual por mínimo que fuese. No le costó esquivarme, ya que yo tampoco quería mirarle. La herida de su ceja era desagradable, abierta y profunda. Mi padre trapicheó el botiquín de la caravana y Vincent cubrió el corte con un apósito. Conmigo, papá sugirió maquillaje, pero yo me negué a usarlo. Cada vez que me manifestaba, le sacaba de sus casillas.

De resoplido en resoplido, recorrimos los 300 kilómetros de Valencia a Barcelona por la AP-7. Llegamos de noche. Tardamos en salir de Cheste, ya que el padre de Vincent era el responsable de conducir el *motorhome* y se alojaba con su esposa en el centro de la ciudad. Ajenos a lo acaecido, el matrimonio no madrugó y se presenció en el circuito superado el mediodía. Mi padre les hizo conocedores de "su" verdad: Vincent se sobrepasó con los festejos y se golpeó con la esquina de la mesa auxiliar. Según él, en ningún caso me agredió: me di con algo, no sé qué inventó. Por el interés de los padres de Vincent, la fábula les sirvió como explicación. Separamos caminos, aunque mi padre extendió a mis suegros la invitación al viaje de Peñíscola para el siguiente fin de semana.

En Pearson, me encerré en mi habitación. En mi habitación original, la del póster de Valentino Rossi, la colección de minicascos y motos a escala. Debajo de mil mantas, quise asimilar mi futuro o buscar la manera de impedirlo. Mi familia me dejó descansar, pero la tregua duró tan solo unas horas, hasta la mañana siguiente. A lo largo del día, Vincent tocó mi puerta con propuestas variopintas: comida, agua, un libro o una peli. No me molesté ni en contestar, pero sentí la llamada de la naturaleza y necesité acudir al baño. Aunque tiré de sigilo, él estaba acampado al otro lado.

—*Ma sirène*, ¿podemos hablar? —pidió permiso, levantándose del suelo. Cuando te dije que estaba acampado era literal.

—No. Y no me llames así —cerré la puerta del baño con cerrojo y me dispuse a orinar.

—Edelweiss, he visto tu Yamaha arrinconada en el garaje. ¿Te apetece arreglarla? —consultó desde el pasillo, sugiriendo desempolvar mi moto—. He comprado los líquidos y filtros. Tengo todo lo necesario para volverla a arrancar.

Permanecí en silencio el tiempo que tardé en subirme los pantalones, tirar de la cadena y limpiarme las manos. Al mirarme en el espejo, comprobé que el morado de mi rostro había adquirido una tonalidad intensa, de bordes oscuros con núcleo rojizo y amarillento. En ese pequeño *break*, reconsideré su tentadora oferta. Abrí el pestillo y me lo encontré: su ceja ya había sido cosida.

—¿Qué aceite has comprado? —quise saber.

—Un Motul 7100 10w-40, tu favorito —sonrió con timidez.

—Habría que cambiarle la cadena. Pilla Uber y ve a buscar una DID serie oro y un bote de grasa cerámica Castrol a Moto Minut, en Travessera —le indiqué—. Bueno, dile a Marc que vas de parte de Edelweiss, la de la Yamaha R6 negra, y él sabrá.

—A mandar, *patronne*.

—Me voy a vestir y a comer algo. En un rato nos vemos en el garaje.

Sabía que me iba a ensuciar, por lo que usé ropa vieja y cómoda. Unos leggins desteñidos, una camiseta raída y unas zapatillas deportivas que no aceptaban más porquería. Ni mi padre ni mi madre estaban en casa y vi a Filipa liada con la colada, así que fui a la cocina con la libertad de no tener que hablar con nadie. Un plátano, un Cacaolat y al garaje. Quería estar sola cuando le quitase la funda a mi moto. Hacía meses que no la montaba y, teniendo en cuenta el embarazo, tampoco tenía esperanzas de hacerlo pronto. La acaricié desde el colín hasta la cúpula. Estaba sucia, abandonada. Un reflejo de mí misma. Con ganas de sacudirse y exponer su potencial, al igual que yo.

Le quité la batería y la puse a cargar. Además, aproveché para darle una manita de limpieza rápida; la exhaustiva llegaría cuando hubiésemos acabado de ponerla a punto. Pasando el trapo, descubrí el arañazo derivado de la caída que sufrió cuando los rusos que apalearon a Gerard la empujaron con el coche. Una muesca que me trasladó a la Avenida de Castefa, al reguero de sangre, al container de basura y al olor a muerto. Y a los 598 días que vinieron después.

—¡He llegado! —anunció Vincent sacándome de mi deprimente ensoñación—. Le conté a tu amigo Marc que íbamos a devolver a la vida a tu R6 y me ha dado como cinco tipos de jabones. ¡Hasta un brillo para las ruedas!

—Hiciste bien. Mis productos deben estar caducados.

—¿Por dónde quieres empezar?

Empezamos por la cadena. La conversación comenzó superficial. Parecíamos dos colegas compartiendo afición. Nos contábamos anécdotas y nos ofrecíamos trucos y consejos vinculados al cuidado de la moto. Tocó revisar los líquidos -freno, aceite, refrigerante- y cambiar filtros. La charla se tornó un poco más personal: resumimos la temporada, pasando por su lesión y alcanzando la fiesta que lo desmadró por la tercera plaza del campeonato.

—Edel, lo siento —dijo al silenciar el ambiente tras parar el inflador de neumáticos.

—¿Por qué me dejaste encerrada en el *motorhome*? ¿Por qué te llevaste mi móvil? —indagué, recuperando las dudas que ocasionaron nuestra violenta disputa—. Quiero la verdad, no el mundo de fantasía que se ha creado mi padre.

—Celos —confesó—. Estoy celoso de tu relación con Gerard, de lo que sentiste por él, de lo que aún sientes. No lo soporto —agregó apenado.

—¿Ves ese rasgón? —señalé con el dedo índice el lado derecho del carenado de la moto—. Un Bentley de color negro con los cristales tintados me tumbó la moto. Los cuatro rusos que iban dentro acababan de darle una paliza a mi marido. Una paliza que casi lo mata, que le obligó a aprender a hablar de nuevo y que, a día de hoy, le impide caminar. No lo buscamos, pero nos cambió la vida. Fue mi culpa.

—Fue tu padre —soltó a bote pronto Vincent.

—¿Mi padre? ¿Qué pasa con mi padre?

—Él envió a los rusos.

—¿Qué?

—Me lo contó el domingo, en la cena posterior a la entrega de premios de MotoGP™ —me informó—. Te dejé encerrada, sí. Leí tu móvil, también. No fue intencionado, lo prometo. La pantalla

se encendió, lo miré por instinto, creyéndome que era mi teléfono porque son iguales. Leí que Gerard te pedía unas llaves. Entré en el chat y hacía bromas sobre un perejil, no sé, cosas vuestras. Esa complicidad solo la tienes con él. Borré el mensaje y me comieron los celos. Recordé la gala del año pasado, cuando os quedasteis a solas tras la discusión del ascensor con tu padre. Recordé cómo él te miraba y cómo tú evitabas mirarle; ambos soslayando el mismo sentimiento. No quería volver a pasar por esa humillación y cerré la caravana, confiando en que durmieras hasta tarde. Luego, al no verte conmigo, él no paró de llamarte en toda la noche, preocupado por ti y por las niñas. Lo bloqueé.

Por desgracia, mi mente se había atascado tras la afirmación: "Él envió a los rusos". El resto de la historia sonaba como un eco lejano en mis oídos.

—¿Qué te contó mi padre? —pronuncié con dificultad, usando un mínimo hilo de voz.

—Al llegar al Palacio de Congresos sin ti, tu padre preguntó si te había ocurrido algo. Probé mentirle, usando el embarazo como excusa, pero es demasiado inteligente. Insistió en saber la verdad y se la reconocí durante la cena. Con la lengua suelta por el vino, le dije lo de tu beso con Gerard, tus dudas, mis dudas, mis celos… Théo me habló de que había llegado "la hora de rematarle" y me pidió que no me preocupase, que él se encargaba.

—¿Rematarle?

—Yo también le pregunté. Me confesó que, forzado por tu decisión, tuvo que contratar a unos sicarios para que eliminasen "el obstáculo que amenazaba la integridad de su familia". Así, tal cual —declaró en unas palabras que me resultaron muy propias de mi padre—. Aunque la intención principal era erradicarlo, Gerard despertó del coma. Tu madre intervino, aprovechando tus descansos en el hospital, para convencer a Gerard de que te dejase libre. Al hacerlo, tu padre se conformó con su invalidez. Hasta ahora.

Dejé de ver el arañazo del carenado porque mis ojos se llenaron de lágrimas. No dudé ni un segundo de la historia de Vincent. Mis padres eran capaces de eso y de mucho más.

—¿Y qué haces tú aquí? ¿Todavía quieres formar parte de esta familia de locos? —cuestioné intentando encontrar moléculas de oxígeno en el aire que a duras penas lograba captar del ambiente.

—*Pour toi et les filles, évidemment* —respondió, haciendo referencia a mí y a las niñas—. Estoy compartiendo contigo esta información, traicionando la confianza que tu padre ha depositado en mí, para recuperarte —agregó afectado—. Théo me envenenó anoche. Me hizo odiarte, pero no puedo odiarte y menos analizando lo que te han hecho: te han arrebatado la felicidad. Lo siento mucho por ti.

—Gracias, Vincent. Gracias por darme la pieza del puzle correcta. La que me faltaba —le dediqué una sonrisa bañada en la sal de mi llanto—. Descuida. Nunca se enterará de que hemos tenido esta conversación.

Devolví mi concentración a la moto, agité los productos de limpieza y froté el tanque con un paño de microfibra. Respiré hondo, en busca de calma y sosiego.

—¿Vas a tomar alguna medida? ¿Qué será de nosotros? —A Vincent se le acumulaban los interrogantes en la garganta.

—Tengo que ver cómo convencer a mi padre de que no le haga más daño a Gerard. Es lo único que me importa ahora mismo. Creo que sé cómo hacerlo, pero prefiero mantenerte al margen de mi plan —le adelanté, sin aportar información extra.

—No, no quiero quedarme al margen. Puedo ayudarte —se ofreció inquieto, ya que mi respuesta lo había dejado más turbado todavía.

—Vincent… —me acerqué a él y lo abracé—. Te perdono. Voy a seguir contigo, vamos a tener a nuestros bebés —me separé para colocar sus manos sobre mi vientre—, pero necesito que me dejes hacer esto sola. ¿Confías en mí?

—Sí, *ma sirène*.
La moto estaba lista. Y yo también.

CAPÍTULO 18

mi primera CALADA

Corrí un tupido velo, tal y como deseaba mi padre. No solo con Vincent, sino también con él y con mamá. Una vez desvelado el gran secreto que ocultaba mi familia, tenía que actuar con templanza. Un paso en falso y Gerard, Vincent y yo podíamos salir escaldados de la experiencia. Mi objetivo prioritario era sacar a Gerard de la diana de Théo Moix y sabía que para eso debía hacerle ver que no tenía la sartén por el mango. Debía demostrarle que yo también tenía cartas que podía usar en nuestra peculiar partida de póker.

Volví con Vincent a la casita del jardín e hice vida normal, como si la vivencia del *paddock* de Valencia jamás hubiese ocurrido. Aunque la ceja de Vincent y mi pómulo nos lo recordase, fingimos que no había sucedido, tal y como deseaba mi padre. El viaje a Peñíscola estaba planeado para el sábado por la mañana, una vez Théo dejase cerrada la semana laboral en Moix Logistics. Vincent y él continuaron con su camaradería y mi madre comprándose zapatos. El viernes escribí a Oriol, mi experto en comunicación y otros menesteres menos legítimos. Me pasó la información que precisaba sin hacer preguntas. En el garaje estaba todo listo.

A las nueve y media de la noche, Filipa nos llamó a cenar. Los cuatro tomamos asiento y nos deleitamos con el manjar preparado por nuestra asistenta portuguesa.

—Vincent, ¿te han informado tus padres de la hora a la que llegarán mañana? —curioseó mi padre, interesándose por Thibaut y Margot.

—Ya han salido de París, están en ruta. Llegarán en torno a las nueve de la mañana —contestó Vincent, consultando su WhatsApp.

—Genial. Entonces, cenaremos y nos vamos a descansar. Mañana, a las seis y media, nosotros cogeremos el coche. En dos horitas y poco, llegaremos a Peñíscola. ¡Qué ilusión juntar a las familias Moix y Joubert! —exclamó, lleno de orgullo y satisfacción.

En lo que Filipa recogía la vajilla sucia del plato principal, y antes de que sirviese el postre, me disculpé alegando que necesitaba ir al baño. Modifiqué el itinerario y cambié la puerta del baño por la del garaje. También modifiqué mi atuendo de estar por casa por un *look* de vaqueros, camiseta y chaqueta negra. Lo más abrigado, holgado y a la vez seguro que encontré en el armario. La mochila, a la espalda. Botas, guantes y casco. Empujé la moto hasta la calle porque de arrancarla en el garaje el estruendo de mi escape IXIL iba a llamar demasiado la atención.

En la calle también lo llamó. Cuando me subí a la moto, miré la fachada de mi casa y vi a mi madre a través del ventanal del comedor, afectada con las manos en el pecho. En segundo plano, apareció mi padre que no dudó en salir corriendo a buscarme. A Vincent no lo vi. Me bajé la visera y me largué, dándole al puño del gas para crear más espectáculo. Volví a ser la niña rebelde de 17 años que protagonizó el prólogo de esta historia. Quizá con el físico cambiado y el corazón un poco más roto,

pero era la misma en espíritu.

Antes de ir al punto de encuentro, quise disfrutar de un paseo en moto. Barcelona, sus radares y semáforos (a veces en combo 2x1) no es el mejor lugar para pasear. Aunque mi destino estaba a 10 minutos por la Ronda de Dalt, decidí coger la carretera de Vallvidrera para duplicar el tiempo. A medida que iba cogiendo altura, la ciudad quedaba relegada a mis pies. Pronto, los edificios se convirtieron en vegetación y el aire cambió de densidad. El eco de mi escape rompía el silencio de la naturaleza. Era noche cerrada, siendo el foco de mi moto la única luz que alumbraba el camino. Necesitaba sentirme así, libre y sola, sin juicios de valor constantes ni obligaciones. Mi moto y yo, y dos intrusas en mi vientre divirtiéndose con el balanceo de la serpenteante carretera.

Una vez conquisté lo alto de la montaña de Collserola, volví a la civilización. Casas, coches, viandantes. Conecté con L'Arrabassada y llegué. En el mirador ya había gentío y el rugir de mi moto alertó a los más curiosos que no tardaron en rodearme.

—Ver para creer —expresó Asim.

—¡Benditos los ojos! —exclamó Carles.

Me quité el casco. Mi melena voló al viento, como la de Beyoncé en sus videoclips, y sonreí engrandecida por retornar a "casa". Asim y Carles eran dos chavales que habían participado en mis carreras. Asim quizá te suena más, ya que él conducía el Lamborghini Gallardo de color verde que ganó el tramo de Castefa-Sitges del capítulo 2.

—Chicos, ¿me echabais de menos? —dije a modo de saludo.

—Oriol nos contó que vendrías, pero no le creímos. ¿Vuelves al negocio? —preguntó Asim, visiblemente ilusionado por la posibilidad de mi regreso a la clandestinidad.

—Puede ser. No descartes. ¿Ya llegó Oriol? —quise saber, mirando por encima de las cabezas cotillas—. Veo mucha gente nueva.

—Han pasado años, Moix; aunque, por este mundillo, siempre serás una leyenda —comentó Carles —. Sí, Oriol ya está por aquí.

—¿Sabes si vino con el Civic? —consulté.

—Sí. Lo tiene guapo —me respondió Carles.

—Genial. ¿A cuánto sale esta noche? —proseguí con el interrogatorio.

—¿Por qué? ¿Vas a participar? —Asim se frotó las manos.

—Unos 1.500. ¿Te hace? ¿Tienes buga? —se interesó Carles.

—Me doy un garbeo y hablamos. ¿Ok?

El mirador de L'Arrabassada un viernes o sábado por la noche es una auténtica exhibición de carracos. Es de las quedadas de motor más conocidas de la Ciudad Condal. La pasma ha intentado durante años darnos caza, pero nosotros corremos más que ellos. El ayuntamiento ha intentado disuadirnos colocando balizas y separadores de carriles que, a la hora de la verdad, solo nos incrementaban la farra. L'Arrabassada era y es nuestra. Y lo será siempre.

Eché un vistazo al *parking*. Distinguí el Honda Civic Type R de Oriol, el modelo redondito del 2000, negro con llantas doradas: mi consentido. También vi un Ford Escort RS Cosworth azul, al que le tuve que sacar fotos; el dueño, muy majo, me estuvo contando que lo consiguió de importación y me listó los arreglillos que le había hecho, pero la música procedente de un Hyundai Coupé tuneado -que tenía en el maletero al DJ del Pont Aeri- me impedía oír con claridad.

Mientras aprendía lenguaje de señas para charlar con mi nuevo amigo, el del Cosworth, vi un coche que me resulta familiar. Emití una ligera risilla. Aparcado entre un Seat León Cupra blanco y un BMW Serie 3 E-36 rojo, vi un Supra. Dejé mi parloteo a medias y me acerqué al Toyota Supra gris que conocí durante una carrera ilegal en la avenida de La Llana de Rubí en 2008. Busqué al *copi* -

pringado- del Supra.

—Él no está. No me acompaña a estas reuniones. Demasiados recuerdos, quizá.

Me di la vuelta para descubrir a la emisora del mensaje. Verla me dio un vuelco al corazón. Pestañeé varias veces para cerciorarme de que era ella.

—Aina —susurré emocionada.

—Cuñada, ¿cómo estás? —Me abrió sus brazos y yo me lancé sobre ellos, intentando ocultar mi embarazo.

Aina era la hermana de Gerard, la ex del chaval que lo dejó tirado la noche en la que nos conocimos. La única persona que siempre creyó en nosotros, en nuestro amor y nos ofreció su apoyo incondicional frente a las críticas. Era mayor que yo, pero más pequeña que Gerard unos cinco años.

—Te he echado de menos, Aina —le confesé aún abrazada a su cuerpo—. A ti, a tus padres, a Gerard.

—Nosotros también a ti; sobre todo, Gerard —agregó en forma de puñal—. Y mi madre te menciona cada Nochevieja.

—¿Qué haces aquí? ¿Vas a correr? —Antes de echarme a llorar, cambié de tema.

—¡Qué va! Soy una manca. Mi churri y yo venimos a ver el ambientillo, pero la fiera se queda quieta.

—Es precioso —opiné, dándole un rodeo al contorno. Hacía años que no lo veía.

—Lo mejor que tenía mi ex —se rio.

—Te creo —contesté admirando el interior, con el volante a la derecha—. ¿Me lo prestas esta noche? No me dejan correr con la moto porque me los follaba a todos.

—¿Quieres correr con mi coche? —repitió Aina asombrada.

—Tengo 5.000 euros en efectivo en la mochila. Pago la participación y lo demás para ti. Si gano, podemos dividir; si me estrellase, me responsabilizaría de los gastos.

—No quiero tu dinero, Edelweiss —contestó ella angustiada—. ¿Estás bien?

—No, no estoy bien. Te puedo enumerar la lista de motivos, aunque estoy segura de que ya conoces los más importantes —respondí dolida—. Necesito hacer esto.

—Así no vas a recuperar a mi hermano —advirtió Aina.

—Pero puedo evitar que le hagan más daño —anuncié misteriosa.

—¿De qué hablas?

—Sé quién lo dejó en silla de ruedas y sé que no se conforma: va a ir rematarlo —apoyé mi cadera en la carrocería del Supra—. Si yo participo en esta carrera, tendré un as en la manga que podré utilizar para evitarlo.

—Es peligroso.

—No le pasará nada al coche. Descuida.

—No me preocupa el coche. Sé que estás embarazada. Felicidades, por cierto —confirmó que poseía un dato de dominio público—. Estos locos salen desde el semáforo del Passeig de la Vall d'Hebron. Serán once kilómetros a gas con tráfico.

—Es la vida de tu hermano —recordé sin darle opción a refutar mi argumento—. Se merece que lo intente.

Aina suspiró, titubeó.

—Gerard me mataría si se entera de que te he prestado el coche para participar en una carrera clandestina.

—No se tiene que enterar. Será nuestro secreto, ¿vale?

Mi excuñada rezongó, pero me tendió las llaves de su máquina.

—Humíllalos —resopló—. Cuídate.

—Gracias.

Cogí las llaves del Supra y mi mochila. Caminé entre la multitud hasta localizar a Asim y Carles. En el capó del Gallardo de Asim deposité 2.500 euros.

—Participio y subo la apuesta.

Vítores y silbidos sostuvieron mi proposición. La muchedumbre nos envolvió formando un corrillo. Me mantuve de brazos cruzados, esperando respuesta de mis rivales. Mi expresión era seria, transmitía confianza en mis actitudes al volante. Hubo cuchicheos:

—Dinero de "Papi Moix".

—Se debe ganar bien siendo la putita del Joubert.

—Pero…, ¿esta tía no estaba embarazada?

Mi paciencia no solo llegó al límite, sino que rebosó el borde. Di palmadas, con la intención de acallar a la masa. Obedientes, cerraron sus envenenados picos.

—No necesito a "Papi Moix" ni ser la putita de nadie. La pasta es mía, la he conseguido liderando una escudería de MotoGP™. ¿Qué has hecho tú? —señalé a uno de los bocazas—. Yo había traído 5 de los grandes, pero no os creo tan valientes. ¿O me equivoco?

—Subo a 5000 euros y corro contra 'La Moix' —se apuntó Carles con su Golf GTI trucado.

—Yo también —comentó el propietario de un Mitsubishi Lancer Evo.

—Suma mis cinco mil —Un muchacho, con el llavero de un Audi RS3, añadió el dinero al montoncito del capó verde del Lamborghini.

—Todo sea por celebrar tu regreso, Moix —dijo un tipo con acento extranjero. Intercambié miradas con él. Eran sus ojos: los que descubrí al bajarse la ventanilla tintada del Bentley robado—. ¿Cómo está tu maridito? Me han contado que la vida le va "sobre ruedas" —se jactó burlón. Era uno de los rusos, el cabecilla: el contacto de mi padre y el verdadero motivo por el que yo estaba allí esa noche.

—Cabrón. Prepárate para morder el polvo y perder tu parné —le reté enfrentándome cara a cara.

—Sin problema. Ya tengo un nuevo encargo: "es la hora de rematar", ¿no? —continuó con su risa maléfica.

—Te voy a dejar sin negocio, pedazo de gilipollas —le metí un empujón que ocasionó regocijo entre el público—. ¿Hemos venido aquí a hablar o a correr? ¡Al lío! Asim guardará el dinero.

El ruso se subió a un Mercedes C36 AMG negro sin borrar la estúpida sonrisa de su cara de culo. Su coche hacía 457 cv, pero él desconocía que el Supra de mi excuñada tenía el motor tocado y dejaba los caballos de vapor del Mercedes en burros cojos. Por último, contamos con el Mazda RX8 de una chica que se animó a participar en el último momento. El bote era de 30.000 euros.

Accedí al Toyota por el lado derecho, como buena máquina traída directamente de Japón. Me acomodé en el *backet* Bride y sostuve con firmeza el volante Sparco. Al girar la llave, el motor gruñó deseoso de volver a competir. Era un coche preparado para ganar.

Bajé la ventanilla al ver a Aina arrepintiéndose por segundos de haberme prestado el coche.

—*Cuñi*, por favor, no cometas ninguna estupidez —me pidió Aina, como si fuese capaz de leerme la mente. Iba derechita a cometer una estupidez. O, al menos, a intentarlo.

—La venganza no es un plato que se sirve frío: se sirve en un coche y sobre el asfalto —proclamé generando incógnita.

Los seis participantes bajamos hasta el Passeig de la Vall d'Hebron respetando las normas de circulación. Dos coches ajenos a la carrera cerraron la improvisada parrilla de salida para separarnos de otros turismos y controlar a la policía. Por delante, el tráfico habitual. Civiles inconscientes de que

seis conductores se jugaban 30.000 euros.

Semáforo rojo.

Inspiré. Sabía que en 45 segundos el semáforo cambiaría de color. Estrujé el aro del Sparco, como si se tratase del puño del gas de mi R6. Pude escuchar al resto de coches dando golpes de acelerador que yo no necesitaba. Ni que esto fuese *Fast and Furious.*

Exhalé. En 30 segundos el rojo daría lugar al verde. Giré la cabeza para observar a mi adversario contiguo: era Carles. No apartaba la vista de la luz. Estaba nervioso. Me quitaría de encima a su Golf GTI en la primera curva, antes incluso de arrancar la subida. Un "por fuera" digno de Jorge Lorenzo en Brasil 2003.

Inspiré. 13 segundos. Por el retrovisor, pude ver al ruso. ¿Vladimir? ¿Dimitri? Desconocía su nombre, aunque tenía sus ojos grabados a fuego en mi retina. Me saludó.

Exhalé. Solo 5 segundos.

4, 3, 2, 1…

¡Semáforo verde!

Apreté el embrague, metí la primera marcha y desperté a la bestia que dormitaba bajo el capó del Supra. En la primera curva de derechas, tal y como predije, me quité de encima al GTI de Carles. La recta siguiente fue a fondo. El Mercedes del ruso se colocó segundo. Después de un par de enlazadas, nos saltamos un semáforo en rojo y los ciudadanos nos dedicaron los primeros bocinazos.

De curva en curva íbamos cogiendo altura. En la recta del Vall Parc, el Mercedes me adelantó aprovechándose de mi rebufo. Por los espejos, pude intuir una bonita batalla entre Carles y el Lancer Evo. Paciente, aguardé enganchada al trasero del ruso. En un determinado momento, por culpa de ir sorteando transeúntes, perdí metros con respecto a mi oponente del Este. Por suerte, el inútil del ruso se salió de la trazada al pisar el primer separador de carril que hallamos en el recorrido. Tuvo que haberse asustado al entrar en el giro, frenar demasiado y morrear el vehículo. Aunque se mantuvo en carrera, voló una parte de su parachoques. El Mercedes ya estaba tocado, como el orgullo de su conductor. Saqué partido de su desconcentración para recuperar la cabeza de carrera en el siguiente segmento lineal. El Mercedes zigzagueaba amenazante a mi estela, deslumbrándome con sus faros a través del retrovisor. Metió las largas solo para joderme.

A la altura de la gasolinera Oil Prix, el flujo de tráfico se intensificó. Los civiles no tenían culpa de nuestra locura y tampoco tenían por qué volverse víctimas de ella. ¿Vladimir? ¿Dimitri? invadió el carril contrario con la intención de superarme. Era un suicidio. Justo bajaba un Volvo XC90 familiar.

Pensé. No se piensa cuando corres porque tu mente sale del asfalto. En mi cerebro rebotó la idea de que quizá esa pareja con hijos estaría regresando a Barna después de cenar en Sant Cugat un viernes por la noche. Si ¿Vladimir? ¿Dimitri? no se apartaba de su trayectoria, todos acabarían convertidos en puré. Era el destino que anhelaba para el ruso, pero aquella gente no tenía la culpa.

Levanté el pie del acelerador, aminorando la marcha y permitiendo que el ruso me robase la posición y dejase con vida a esa familia. Era físicamente imposible oírlo, pero me pareció escuchar su característica risa maléfica. El Mercedes, o lo que quedaba de él, volvía a comandar.

Dejamos atrás el mirador, masificado ante la expectación que habíamos creado. Sobrepasamos el ecuador de la carrera que, en mi caso, contaba con un único enemigo. Mi sed de venganza aumentó y otorgó caballos extra al motor modificado del Supra. Sabía qué iba a hacer y en dónde. Conocía esa carretera: sus cambios de asfalto, sus baches, virajes… y puntos letales. Tras aquella larga curva de izquierda, se presentaba mi oportunidad. El corazón cabalgaba a más revoluciones por minuto que el Toyota al que domaba. Me emparejé al Mercedes. Lo miré, me miró. Como en las pelis de acción, como en las canciones de reggaetón. Giré el volante, buscando un sutil roce de carrocerías que lo

sacase de la carrera, que lo hiciese pensar.

Y pensó. Por instinto, pensó en evitar la fricción. Dio un volantazo, se salió del sitio… ¡Boom! ¿Vladimir? ¿Dimitri? se comió el muro de piedra de una antigua casa abandonada y okupada que se situaba a pie de calle, entre árboles y tierra, y sumergida en la más profunda oscuridad. La velocidad máxima era de 50; él se habrá estrellado a más de 200 km/h.

Tiré de freno de mano, trompeé y retrocedí hasta el lugar del accidente. Bajé la ventanilla. El coche se había transformado en el fuelle de un acordeón. Salía humo de lo que minutos previos había sido un motor de 457 cv. ¿Vladimir? ¿Dimitri? se retorcía de dolor en el interior de un Mercedes convertido en un tortuoso amasijo de hierros.

El depósito de gasolina dejaba escapar su líquido inflamable sobre el asfalto. Recordé que Aina fumaba. Rebusqué en la guantera, pero el paquete de cigarros y su mechero los encontré en la bandeja de la puerta del conductor. A pesar de haber trabajado muchos años en la versión más ilegal de la noche, nunca había sucumbido a ningún vicio. Sí que a veces -antes del embarazo- cenaba con vino, brindaba con cava o consumía algún cóctel de vacaciones; mojitos y piñas coladas, sin más. En cambio, nunca había fumado. Ni tabaco ni porros.

Tras prender el cigarrillo, di mi primera calada. La primera de mi vida. En lo que expulsaba el aire tóxico y contaminado de mis pulmones, lancé la colilla encendida a la carretera en dirección al Mercedes. No tardó en brotar una llamarada del charco de combustible que resultó de la rotura del depósito. Observé el fuego, pero también la agonía del ruso. Imitando su último gesto, emití una risa maléfica. “Arde en el infierno, pedazo de cabrón”, pronuncié. Metí la primera marcha y regresé al mirador de L’Arrabassada. Allí, ignorando lo sucedido, me recibieron con aplausos.

—Enhorabuena, Moix —me felicitó Asim—. Tu botín —dijo entregándome la mochila con los 30.000 euros.

—El piloto del Mercedes se ha estrellado contra la casa de la recta que hay subiendo desde aquí —informé, fingiendo consternación—. El coche se ha prendido fuego. Hay que llamar a una ambulancia.

—¡Coño! ¡Vaya mierda! En breve tendremos a la pasma aquí haciendo preguntas —protestó despreocupado por el estado de salud del ruso—. ¡Nos largamos cagando leches! —gritó Asim—. ¡Agua! ¡Agua! ¡Vamos! ¡Fuera de aquí! —insistió vociferando a los presentes—. Nos abrimos, Moix, pero espero volver a verte.

El rugir de los motores eclipsó el incipiente sonido de las sirenas acercándose. Supuse que algún civil ya habría dado el toque a las autoridades. Entre el gentío, busqué a Aina. Nos encontramos.

—¡Cuñada! ¿Estás bien? Al parecer un tío se ha estampado —me informó, desconociendo que yo había sido la responsable del siniestro.

—Aina —corrí hacia ella, le devolví las llaves del coche y me aproximé a su oído—. Se acabó. Nadie volverá a hacerle daño. —Al separarme, le sonreí cómplice.

—¿Qué has hecho? —preguntó agitada.

—Vete a casa. Te buscaré para darte tu parte del dinero —contesté recuperando mi casco—. Gracias por prestarme el Supra.

—¿Qué has hecho? —insistió ella.

—Lo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo —declaré introduciendo mi cabeza en el casco —. Ya te lo dije: “La venganza se sirve sobre el asfalto”. Nadie volverá a molestar a tu hermano.

Me abroché el elemento de seguridad como si se tratase de un yelmo de batalla. Una batalla que había ganado, aunque todavía quedaba guerra. Tocaba volver al cuartel y enfrentar al capitán general del conflicto bélico. El único responsable de mi infelicidad. Quería dejarle claro que me iba a

defender, que yo también iba a luchar, y recordarle que su rival vivía en su casa. La contienda era civil, paternofilial.

Mi excuñada se quedó sin palabras. Me observaba afligida, encogida de hombros y aferrada a las llaves del Supra. Por mi parte, arranqué mi moto y me subí a su montura.

—Aina, deberías dejar de fumar —solté como pista—. Fumar mata.

CAPÍTULO 19

éramos PASADO

Salí con 5.000 euros en mi mochila; volví con 30.000 y un asesino liquidado. La noche había resultado de lo más productiva. Sabía que podía conseguir dinero fácil en las calles de Barcelona, pero ignoraba que aquel viernes el karma me iba a ayudar a cumplir una ansiada venganza que llevaba años estancada por falta de información. De repente, en la misma semana -puta casualidad-, descubrí la implicación de mi padre en el delito y me tropecé con el responsable de la agresión a Gerard: al primero le daría una lección; el segundo probó su propia medicina.

Ya en casa, vi a mamá dando vueltas en círculos en el salón, hablando por teléfono con una amiga en catalán. Te traduzco:

—Como te lo cuento, Laia. Estábamos cenando, se levantó sin mediar palabra y se marchó en moto estando embarazada de casi 20 semanas. ¡Esta niña mía está loca! No sé qué hemos hecho mal con ella, pero no ganamos para disgustos. —Mi madre se tomó la libertad de hablar de mí y opinar sobre mi condición mental. Quise ignorarla, seguir de largo, pero me vio y decidió poner fin a su conversación—. Ya ha llegado, Laia. Te llamo luego —colgó—. ¡Edelweiss! ¡Edelweiss! ¿De dónde vienes? —recuperó la lengua española—. ¿Me quieres explicar a qué ha venido esta imprudencia? Coger la moto estando embarazada de mis nietas, ¡solo a ti se te ocurre!

—¡Cállate, mamá! —frené en seco y le chillé en la cara, ocasionando que se sobresaltase—. No tengo nada que hablar contigo. ¿Dónde está papá? —pregunté recobrando la marcha sin destino fijo.

—¿Por qué nos haces esto? ¿Por qué te cuesta tanto hacer las cosas bien? Siempre tienes que dar la nota con tus niñatadas —expresó ella simulando ser mi molesta sombra.

Volví a pararme para encararla, reflejando en mi rostro el odio y la rabia que sentía por ella y papá en ese momento.

—¿Hacer las cosas bien es mandar a un sicario para que aniquile a Gerard? ¿Chantajearlo recién salido del coma? —escupí interrogantes sobre su cara—. ¿Fingir bondad cuando solo pretendías eliminarlo de mi vida?

—¿Un sicario? No sé de lo que hablas —anunció confundida—. En cualquier caso, hija, ese hombre no te convenía. Eras… Eres demasiado joven para entenderlo. ¡Teníamos que protegerte! Lo hicimos por ti, pensando en tu felicidad, en tu futuro —argumentó ella con la intención de teñir de heroicidad un acto atroz.

—Lo hicisteis por vosotros, pensando en vosotros —grité enfurecida—. Sois unos egoístas de mierda.

—¿Qué está pasando aquí? —Mi padre apareció, atravesando la puerta de la biblioteca—. Edelweiss… —susurró. Se acercó a mí con semblante serio y postura erguida, escudriñándome con la mirada. De pronto, me abofeteó—. ¿A qué estás jugando? Eres una necia.

—¡Théo! ¡No! —Mi madre se interpuso para que su marido no continuase golpeándome. Ella también recibió un tortazo.

—¡Quítate, mujer! —manifestó el cabrón de mi padre, apartándola de malas maneras.

—Eres un auténtico imbécil, papá —arrojé con aversión. Abrí la mochila y le mostré los fajos de billetes—. No te necesito. Ni a ti ni a tu influencia, poder o dinero.

—Quizá eres tan mediocre que te conformas con cuatro duros. Eres tan "poca cosa", hija mía, que te contentas con ser una maleante para subsistir y, a la vez, tan egoísta que no te importa arrastrar a tus hijas a una vida clandestina y criminal. Pero… ¿estás preparada para ser mi enemiga? —sonrió pretencioso.

—He matado a tu amigo el ruso —le informé decorando un poco la frase. En verdad, yo "solo" había ocasionado su letal accidente—. Sé que tú lo contrataste para eliminar a Gerard. También sé que le encargaste "rematarlo", me lo dijo él mismo. Papá, no dudaré en pelear: sea con otro ruso de tu agenda o contigo. Me da igual.

—Théo, Edelweiss…, por favor, dejemos la violencia, las amenazas. Os lo ruego —suplicó mi madre a metros de distancia, temerosa de aproximarse a nosotros—. Théo, para. Déjala en paz. Nuestra niña ya ha matado a un hombre. ¿En qué la estamos convirtiendo? Déjala.

—Es una Moix. No puede hacer lo que le plazca, tiene que cumplir con lo que se espera de nuestro apellido —dijo observándome a los ojos—. Ella nos pone en ridículo una y otra vez, Judit —se dirigió a mi madre—. Siendo una cría se lía con un tipo que le duplica la edad y después se pone a organizar carreras ilegales como una simple delincuente. Ahora aparece embarazada de un crío, no quiere casarse y arriesga su vida para conseguir dinero y para vengarse de un mercenario. Me avergüenzas, Edelweiss.

—Si la hubiésemos dejado tranquila y libre de estar con ese médico, nada de lo que has descrito hubiese pasado —reconoció mi madre asumiendo su culpabilidad.

—Por encima de mi cadáver —contestó mi padre, cargado de hostilidad—. Mi hija se merece algo mejor que un *medicucho* tullido.

—Tendrá menos poder, influencia y dinero que tú, pero te gana como persona, como hombre —le recordé.

Nos invadió el silencio, aunque aún se podían escuchar los resoplidos de mi padre, el gimoteo de mi madre y el chirrido de mis dientes. La discusión no tenía fin: mi padre quería que me convirtiese en su marioneta y yo pedía manejar mis propias cuerdas. Ideas opuestas que nos arrastraban a un litigio feroz e incesante.

Mi madre se empeñó en buscar una solución, invitándonos a abandonar el pasillo y a adentrarnos en la biblioteca. A falta de un árbitro, le tocó a ella ejercer de mediadora.

—Estamos lejos de ser una familia perfecta, lo sé, y todos hemos aprendido a aceptarlo y a vivir con ello, pero la situación se nos está yendo de las manos —arrancó a hablar ella, más sobria que nunca—. Hablemos. Expresémonos. ¿Qué queremos? —cuestionó filosófica. Alcé una ceja confundida—. Empiezo yo —dijo Judit—: quiero paz. Bandera blanca, alto el fuego. Quiero cambiar… Edel, hija mía, quiero ser abuela de mis nietas; que me llamen "yaya", no "tita". —suspiró, cabizbaja y avergonzada al reconocer que había nacido en ella un mínimo sentimiento maternal—. "La yaya Judit".

—Yo quiero que Edelweiss supere el pasado, afronte las consecuencias del presente y se centre en su futuro. Debe casarse con Vincent y formar una familia como Dios manda —expresó Théo.

Llegó mi turno. Respiré hondo, pero no hablé. Me mantuve callada, analizando los deseos de cada uno: mi madre anhelaba un loable cambio en ella misma; por el contrario, la añoranza de mi padre

pasaba por mis decisiones.

—Edelweiss, hija, ¿qué quieres tú? —se interesó mi madre ante mi mutismo—. Habla sin miedo.

—Quiero a Gerard. Siempre lo he querido y lo querré. Quiero volver con él, vivir con él, que pueda caminar otra vez y criar a mis hijas a su lado —contesté con franqueza. Mi padre reaccionó agitando los brazos como muestra de desaprobación; mi madre le hizo un gesto para que se controlase y me permitiera concluir—. Pero me conformo con que me pidáis perdón y lo dejéis en paz.

Mi padre, que segundos antes sintió la necesidad de prender fuego a la estancia en la que nos encontrábamos, abrió los ojos con incredulidad y se focalizó en mi petición.

—¿Te casarías con Vincent? —quiso saber mi madre, manteniendo a raya la emoción que le embargaba al considerar viable la posibilidad de celebrar una gran boda.

—Sí, mamá, pero necesito que me juréis que nunca más le haréis daño a Gerard —insistí en que la condición era liberar a mi exmarido del yugo de mi familia.

—Claro, hija. ¿Verdad, Théo? Nunca más —respondió ella, dando por buena mi proposición—. Yo tampoco sabía que papá… Bueno, que la paliza de Gerard... Théo, no lo apruebo.

—Por eso no te lo conté, mujer. Te usé para hacerle chantaje en el hospital, sin más. Sabía que había una mínima posibilidad de que te opusieras a la orden de eliminación y decidí mantenerte al margen. No podía arriesgarme a tenerte en contra —confesó mi padre, reafirmándose como culpable.

—Perdónanos, hija —mi madre extendió los brazos, rendida y esperando un abrazo que no le di—. Ya no hay vuelta atrás. Olvidemos lo ocurrido, démonos una oportunidad a partir de ahora. Sobre todo, por las niñas —opinó mi madre, reiterando su preocupación por mis hijas.

—De acuerdo, Edelweiss. No molestaré más a Gerard —aseguró mi padre, tendiéndome la mano —. Cancelaré el encargo: le dejaré vivir.

—Trato hecho —apreté su mano con fuerza—. Me casaré con Vincent —mentí, sacando a relucir mi pericia como actriz.

Habiendo suprimido la amenaza que rondaba en torno a Gerard, podía trabajar sin presión en un plan que impidiese la jodida boda de los cojones. No me iba a casar, ni con Vincent ni con nadie, pero tenía que hacerles creer que habían conseguido imponerme su criterio mientras pensaba qué coño hacer para escapar de ellos yo también.

Después de la conversación, fui a la casa del jardín donde Vincent intentaba dormir sin éxito.

—*Ma sirène*, ¿has conseguido lo que querías? —preguntó Vincent, incorporándose en la cama. Su pelo rubio estaba alborotado, evidenciando las vueltas que había dado sobre aquel colchón.

—Sí. Ya está hecho —contesté evitando entrar en detalles—. Gracias por confiar en mí y respetar mi espacio —agradecí quitándome las botas—. Aunque… debo pedirte un último favor.

—Cuéntame —dijo, tragando un buche de aire.

—Mañana tengo que bajar a Sant Gervasi. Debo hacerle una visita rápida a Gerard. Será un momento —me anticipé a su negativa—. Quiero contarle que me voy a casar contigo —aporté como dato, ya que Vincent tampoco conocía mi decisión—. De ahí, saldremos hacia Peñíscola con nuestras familias.

—*J'ai déjà tout compris*. Me has usado como moneda de cambio: tu boda conmigo, por la vida de Gerard. *Pas vrai?*

—Sí —contesté sincera—. No quiero casarme, Vincent. Aunque tu puñetazo apenas se perciba por el paso de los días y las capas de maquillaje, aún late bajo mi piel, duele en mi corazón; pero Gerard ya ha pagado un precio demasiado alto. Si he de sacrificarme por él, lo haré.

—¿Sacrificarte? ¿Casarte conmigo es un sacrificio? —preguntó ofendido—. *Une punition?*

—Ahora mismo, sí —confesé, tocándome el pómulo afectado por su golpe—. Si quieres cancelar

la boda, deberás ser tú quien hable con mi padre. Yo he hecho un trato y no me puedo echar para atrás.

—Seguiremos adelante —se apuró a responder con seriedad—. Mañana, ve a ver a Gerard. Díselo. Dile que nos casaremos y que formaremos una familia con nuestras hijas. Recuérdale que se acabó para siempre.

Su manera de expresarse me generó un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo. Se expresaba con ira, rezumaba furia por cada poro.

—Mis padres pretenden salir hacia Peñíscola a las seis y media de la mañana. Necesito ganar tiempo. Invéntate algo que me permita bajar, hablar con él y subir sin que sospechen —le pedí.

—Buenas noches, Edelweiss. —No me dio contestación. Vincent se recostó, me dio la espalda y se puso a toquetear su teléfono móvil.

Esa noche, dormí en el sofá de la casita del jardín.

Al día siguiente, Vincent había propuesto un desayuno con sus padres en Barcelona. Como bajaban desde París, les pidió realizar una escala técnica en la Ciudad Condal. Descansaron en el ático de Selva de Mar, mientras mi familia se volvía loca con la organización inesperada del desayuno. Fui la encargada de ir a por dulces, encontrando así la excusa perfecta para bajar al centro y visitar a Gerard. Cogí la mochila con el dinero para Aina, las llaves del piso y me desplacé en moto hasta Sant Gervasi, jugándome la integridad física -otra vez- con tal de no buscar aparcamiento en el centro.

Eran pasadas las 9 de la mañana de un sábado de noviembre cuando me vi usando las llaves de Gerard para abrir el portón del edificio. Podía haber picado el portero, podía haber enviado un WhatsApp advirtiendo de mi presencia, pero no… Quería sorprenderle. Sin embargo, la sorpresa me la llevé yo.

Toqué el timbre y me abrió una mujer. Sí, una mujer. Tenía el pelo negro, cortado recto por los hombros y alisado a la perfección. Sus ojos también eran oscuros. Estaba maquillada con sutileza, resaltando sus labios en color rosa coral con *gloss*. Era alta, esbelta y mayor que yo. Era una mujer de los pies a la cabeza que, sin saberlo y sin intención, me hacía sentir pequeñita. Diminuta. Una mujer que había abierto la puerta del piso de Gerard mientras se fajaba una blusa de satén dorada en unos pantalones negros desabrochados. Se estaba vistiendo.

—Buenos días. ¿Qué puedo hacer por ti, jovencita? —preguntó la desconocida. “Jovencita”, pronunció la carcamal.

—Hola. Yo… Venía a ver a Gerard. —Por unos segundos, olvidé qué coño hacía yo en la puerta del piso de Sant Gervasi a las 9 de la mañana de un sábado de noviembre—. ¿Está en casa?

—Sí, pero aún no se ha levantado de la cama —me informó con una sonrisa que le hubiese borrado a hostias—. Hoy se ha despertado un poco remolón —añadió, confirmándome que lo conocía de tanto tiempo que podía comparar entre días—. ¿Eres la nueva? —indagó, a lo que respondí con una expresión de desconcierto—. ¿La chica de la limpieza nueva? La anterior le tenía la casa hecha un desastre al pobrecito mío —añadió, refiriéndose a Gerard con ternura.

—No, ¡qué va! —exclamé, retrocediendo un par de pasos orientándome por inercia hacia el ascensor.

—Oh, ¡qué lástima! Porque las sábanas nos han quedado hechas un asco —dijo, hablando consigo misma. Me provocó una arcada imaginar el motivo— ¿Quieres esperarle o que le haga llegar algún mensaje?

—No, gracias —rechacé, cerrándome en banda—. Es igual.

—Oye, ¿cómo te llamas? —continuaba interesada en nuestra conversación—. Le diré que se ponga en contacto contigo.

Pensé que si me iba sin decir un nombre, Gerard uniría la descripción física que esa mujer le diese sobre mí con mi persona, trayéndome de esa manera a un presente que -estaba claro- compartía a su lado.

—Soy Júlia, la vecina —mentí, usurpando la identidad de la propietaria del apartamento de enfrente—. He venido a darle una vuelta a mi piso, ya que acabo de alquilarlo. Quería garantizarme de que todo estaba en orden para los inquilinos, ya sabes —me inventé sobre la marcha—. Pensé en saludar, pero sin molestar. Recuerdos a Gerard de mi parte. ¡Gracias! —dije apretando el botón del elevador.

—Está bien, guapa. Serán dados. Aquí estaremos para lo que necesites —se despidió la mujer, cerrando la puerta y quedándose en el interior del piso… con Gerard.

La desconocida habló en plural. "Aquí estamos", dijo. Ella y él. Los dos. Y una cama sucia.

Dentro del ascensor, cargada con la mochila y el casco de la moto, no lograba ver el número cero que indicaba la salida. La vista se me nubló por las lágrimas que luchaba por contener.

No tenía derecho a llorar. Yo estaba embarazada de gemelas y a punto de casarme con otro hombre, pero… ¡Joder! Aquella mujer estaba en mi piso, ensuciando las sábanas de mi cama, follándose a mi (ex)marido.

No tenía derecho a llorar, pero lloré. "¿Por qué ella sí y yo no?", me flagelaba. En el rellano, hice un esfuerzo por recuperar la calma. Hacía apenas unas horas, me había jugado el cuello por él en L'Arrabassada y discutiendo con mi padre. Lo volvería a hacer porque yo solo quería que fuese feliz y, si esa desconocida formaba parte de esa felicidad, tenía que asumirlo.

Asumirlo, sí.

Asumir que Gerard había rehecho su vida con otra mujer.

Asumir que él se había olvidado de mí.

Asumir que, tal y como predijo Vincent, lo nuestro se había acabado para siempre.

Asumir que, ahora más que nunca, éramos pasado.

CAPÍTULO 20

¡JAQUE MATE

Viajé a Peñíscola con mi familia. Debí experimentar las emociones de un condenado a la horca. Aunque no lucía cadenas en mis muñecas, sí que notaba la presión de los grilletes. También arrastraba los pies por el peso de la herropea imaginaria, pero cuya condición invisible no le impedía lastrar mi andar. A pesar de que no había soga en el cuello, yo la sentía cada vez más apretada. Cada palabra que mi padre o mis suegros dedicaban a mi boda con Vincent, me asfixiaba un poco más.

Por curioso que suene, mi madre era la única que hacía un esfuerzo por desviar el tema de conversación para permitirme tomar bocanadas del aire fresco que nos ofrecía el Parque Natural de la Sierra de Irta. Se transformó en meteoróloga: "Hace bueno, ¿verdad? No parece que sea otoño"; en guía turístico: "Esta tarde podemos visitar el Castillo del Papa Luna y subir al faro"; en experta gastronómica: "Tenéis que probar los *flaons* típicos de Peñíscola"; pero nada funcionó. Papá, Thibaut y Margot retomaban una y otra vez el debate que concretaba los detalles de mi enlace.

Vincent, de cuerpo presente, se enfrascó en su móvil, mientras yo me dediqué a observar la vida de la naturaleza: el vaivén de las arboledas, el vuelo de los cernícalos y las carreras de la ardilla roja.

—¿Qué os parece el sábado 19 de enero? Es una fecha preciosa: 19/1/19 —indicó Margot con un acento francés tan cerrado que costaba entenderla—. Es un palíndromo.

—¿Edelweiss? Te están haciendo una pregunta. —Mi padre me sacó a la fuerza de "mi momento Félix Rodríguez de la Fuente"—. Thibaut, Margot, disculpad a mi hija. Desde que está embarazada, anda un poco despistada. Edelweiss, por favor, contesta.

—¿19 de enero? Bien, me parece bien —respondí por inercia, regresando mi mirada a las montañas que nos bordeaban. Vincent, sin apartar la vista de su móvil, tampoco tuvo objeciones.

—Estupendo. Tenemos fecha. Estimados consuegros: entenderéis que, dado el estado gestacional avanzado de mi hija, la boda tenga que celebrarse en Barcelona —comunicó sin otorgarles oportunidad de impugnar su decisión—. En cualquier caso, como padre de la novia, afrontaré de mucho gusto los gastos derivados de las nupcias de nuestros hijos.

—Muy amable, Théo —agradeció mi suegro.

Desde el balcón de nuestra casa de Peñíscola también se podía ver el mar. El hábitat de las sirenas -como yo-, un símbolo de libertad. Una libertad que se había extinguido, un mar que me preguntaba "¿Por qué?". Por Gerard, por mis hijas, porque las consecuencias de convertir a Théo Moix en mi enemigo eran peores que aceptar sus condiciones. El mar y su libertad… Tan cerca, pero a la vez tan lejos.

El sonsonete de la conversación acompañaba la navegación de mis pensamientos, como un incómodo sonido que deseaba acallar.

—No, no me parece bien —dije a bote pronto.

—¿El qué, niña? —preguntó huraña mi suegra.

—¿De qué hablas, Edelweiss? —irrumpió mi padre, recargando el arma por si debía usarla.

—De este circo. —Logré captar la atención de Vincent, que levantó sus ojos turquesa de la pantalla del teléfono. Me puse en pie—. Thibaut y Margot son los payasos; mamá, la trapecista; Vincent, el público; y tú y yo, papá, el domador y la bestia. El peligro de intentar doblegar constantemente a la bestia es que, a veces, se revela.

—Edelweiss, solo tengo que hacer una llamada para "rematar" la faena —me amenazó en clave, haciendo referencia a que podía quitarse de en medio a Gerard en cualquier momento—. Siéntate y cállate.

—Hija mía, por favor, siéntate. Por favor —suplicó mi madre, implorándome con la mirada que devolviese mis posaderas a la silla.

—¿Qué está pasando, Théo? —quiso saber escéptico mi suegro, necesitando con rapidez una explicación—. Creí que ya estaba todo aclarado. ¿Qué sucede?

—Nada, Thibaut. Las hormonas. Las mujeres se vuelven locas en el embarazo —contestó mi padre, bañando su argumento en machismo.

—Pasa que no nos queremos casar, papá —interrumpió Vincent de improviso, soltando su teléfono sobre la mesa.

—¿Cómo? —preguntamos al unísono. Todos, incluida yo misma.

—Edelweiss y yo lo hemos hablado y creemos que es mejor dejar *le mariage* para después del nacimiento de las niñas —expuso de manera unilateral—. Nos esperan meses complicados con los test de pretemporada, el comienzo del nuevo curso de MotoGP™ y la llegada de dos bebés. Consideramos que el parón veraniego es el momento idóneo para celebrar, no solo nuestra boda, sino el bautizo de nuestras hijas. ¿Verdad, *ma sirène*?

—Sí —afirmé dubitativa, aún abrumada por la situación. Tomé su mano para hacer más creíble la escena—. Nos gustaría hacerlo así. Espero que lo entendáis.

—¡Por supuesto! —exclamó mi madre, la misma que bajando de Andorra se refirió a mis hijas como un par de "bastardas" por mi convicción de que nacieran fuera del matrimonio—. Aplazaríamos la boda solo unos meses, contaremos con más tiempo para organizar un fiestón, mejor climatología y, además, podréis festejar vuestro amor con las niñas. ¡Es una idea fantástica!

—No. Se casarán en enero —impuso mi padre—. Continuaremos con el plan inicial.

—Bueno, Théo, tampoco es mala idea tener en cuenta la opinión de los chicos —consideró con precaución mi suegra.

—He dicho que no —repitió rotundo mi padre.

—¿Nos vas a obligar, Théo? —le retó Vincent.

—Fíjate, a ti sí. —Mi padre se puso en pie, inflando sus pulmones de cólera y haciéndose inmenso delante de nosotros—. Has dejado a mi hija embarazada, encerrada, te has tirado a todas las putas de Valencia y encima la has golpeado. Harás lo que yo te diga, niñato, o mañana mismo te bajo de la moto y te condeno el resto de tu trayectoria deportiva.

Me senté de golpe. No voluntariamente, sino por la flojera de mis piernas. De pronto, la soga que no había en mi cuello se volvió más real, apretando más y más.

—¿De qué está hablando, Vincent? ¿Le has puesto una mano encima a esta chica? —Thibaut exigió conocer los detalles.

—Mira, Thibaut, bastante benévolo estoy siendo por autorizar este matrimonio. No lo hago ni por tu hijo ni por mi hija, sino por nuestras nietas. —Papá buscó complicidad con mi suegro, mencionando a las dos bebés como el epicentro de su preocupación—. La fecha de la boda se

mantiene: 19 de enero, tal y como sugirió Margot —sentenció—. Espero que disfrutéis de Peñíscola. Gracias por haber venido.

Théo se fue y allí nos dejó a todos con el culo torcido. Mamá corrió tras él, intuí que con la intención de disuadirle. Mis suegros se disculparon con nosotros y también abandonaron el balcón. Vincent y yo nos quedamos a solas.

—Lo intenté, *ma sirène*.

—Lo sé. Gracias —le dediqué una ligera sonrisa.

—Solo se me ocurre que huyas. Puedo dejarte mi casa en la Sarthe, el que fue nuestro refugio —sugirió.

—Si me voy, a donde sea, irá a por Gerard. Entiende que no me quiera sentir responsable de más desgracias. Ya sea Gerard o cualquier otra persona —aclaré para diluir sus celos.

—Y si me opongo yo, me expulsará del equipo y se encargará personalmente de que no vuelva a subirme a una moto.

—Tenemos que casarnos.

—Yo quiero porque… —suspiró desalentado—. *Je t'aime, ma sirène. Je suis dingue de toi* —declaró su amor en francés—. Lo que no quiero es que para ti sea "un sacrificio". Así no.

—Soy incapaz de pensar con claridad —murmuré abatida.

—Descansa. Ya se nos ocurrirá algo —dijo.

Pero pasaron las semanas y no se nos ocurrió nada. Llegó diciembre, el árbol de Navidad, el Belén, las comilonas, las obras en el área oeste de la planta baja para acondicionar la casa de mis padres a nuestra familia de cuatro y los regalos para las niñas: el Bugaboo Donkey gemelar, un par de cunas Stokke, sacaleches, conjuntos de ropa de marcas de primeras firmas y mil cosas más que ni Vincent ni yo habíamos pedido.

Mi padre hizo las paces con Vincent -corrijo: compró la relación- al obsequiarle con un Lamborghini Aventador Roadster de unos 400.000 euros, consiguiendo de esa manera que él también se implicase fervientemente en la boda del año. A mí no logró comprarme con nada.

Ni Vincent ni mi padre paraban en casa. Iban de "despedida de soltero" en "despedida de soltero", al más puro estilo *Resacón en Las Vegas*, pero versionado en Ibiza, Mónaco y Saint-Tropez. Ambos regresaban a casa oliendo a perfume, aunque tenía que reconocer que tan barato ya no era: las prostitutas debían ser de lujo. ¡Eh! Pero me quería. "*Je suis dingue de toi*", su puta madre. Mentiroso de mierda. Él se excusaba en que solo le seguía el juego a mi padre por evitar movidas. Sí. ¡Amén!

Y yo en casa. Más gorda, más hinchada y más infeliz. Hasta mi madre, pese a los grados de alcohol, lo veía y se lamentaba por no poder hacer nada. Al pasar tiempo juntas, me di cuenta de que a ella los zapatos tampoco parecían compensarle. De siempre sabía que bebía por alguna razón, pero esas semanas descubrí que buscaba rellenar con vino sus vacíos. Empecé a entenderla: "¿Y si mi madre no tiene la opción de escapar, ni siquiera deseándolo?", pensaba. "Y si lo desea, pero ¿está coaccionada como yo?". Quizá su manera de entender las relaciones era un simple mecanismo de defensa a una realidad amarga e inquebrantable.

Mi embarazo avanzaba y, días previos a la boda, alcancé la semana 27 de gestación. Desde la 25 me hacían controles cada día alterno, ya que una de las niñas pesaba más que la otra y la doctora Moliner me informó de que podría ser indicativo de STFF (Síndrome de Transfusión Feto Fetal) o CIR (Crecimiento Intrauterino Retardado). De momento, todo iba bien, aunque estábamos bajo estricto control médico. Mi ginecóloga estaba tan en contra de la boda como yo: me pedía reposo, insistía en que era una locura someter a mi cuerpo al estrés de una celebración de semejantes

características.

El viernes previo a mi enlace con Vincent, tuve monitores. Mi madre se empeñó en acompañarme. Para conocer a sus nietas por primera vez, dejó la botella de vino en la nevera y se tomó un Paracetamol. Allí fue testigo de las impresiones de la doctora Moliner:

—Estoy preocupada, Edelweiss —confesó la doctora—. Sigo creyendo que el evento de mañana es totalmente innecesario y que deberías aplazarlo —opinó frente a mi madre—. Te voy a administrar sulfato de magnesio como neuroprotector y además te pincharé betametasona para la maduración pulmonar de las nenas porque mi idea es programar el parto para la semana 32. Eso sí, de nada sirven mis esfuerzos si tú no haces reposo —consideró—. No me quedo tranquila, ¿sabes? Es más, a partir del lunes me gustaría monitorizarte diariamente —suspiró alarmante—. Edelweiss, te soy sincera: yo te ingresaría de inmediato.

—Ingrésela, doctora —dijo mi madre, rompiendo su silencio e interviniendo en la conversación—. Ingrésela. Yo me encargaré de suspender la boda.

"Suspender la boda", pronunció. Una boda de 400 invitados en la finca Bell Recó, en Argentona. Una imposición de mi padre que mi madre se atrevía a retar.

—¿Estás segura, mamá? —indagué incrédula. Cuando intenté trazar un plan que impidiera mi enlace con Vincent, jamás contemplé la posibilidad de que ella fuese la pieza que realizase el movimiento clave: "Jaque, papá".

—Sí. Es la excusa perfecta, hija —explicó mi madre sin ambages—. No te quieres casar con ese chico, lo sabe hasta él mismo —comentó describiendo la realidad—. Además… —respiró hondo—. Lo escuché el otro día hablando con tu padre: están compinchados. Aunque Théo le amenace, está pactado; y que Vincent te confíe secretos, también. Te están engañando. Los dos. —Mi madre agachó la cabeza, entristecida por la situación—. Céntrate en las niñas, en sacarlas adelante. Olvídate de la boda —se giró para mirarme a los ojos y sonreírme con timidez—: que cuando te cases, otra vez, "vuelvas" a hacerlo por amor.

Mamá inició su loable cambio, reconociendo mi matrimonio anterior y dándome la oportunidad de elegir en el futuro.

Con la información que mi madre me acababa de aportar, mi decepción con Vincent aumentó. Creí que su intervención en Peñíscola, en la que solicitaba posponer la boda hasta verano, era auténtica y genuina. Según el testimonio de Judit, se trató de un acuerdo entre ellos para que Vincent se ganase mi confianza. Una táctica que, en parte, les había funcionado: estaba convencida de que Vincent era una víctima de mi padre, como yo; pero resultó ser su socio. Su *copain*. Mi prometido no tenía intenciones de demorar su enlace conmigo: solo buscaba quedar bien, manteniendo la fecha propuesta por mi suegra. Por consiguiente, acepté el ingreso.

La doctora Moliner arregló mi internación inmediata en el Hospital Dexeus. En cuanto a mis cosas, mamá fue muy práctica: en lo que yo arreglaba el papeleo, ella subió a El Corte Inglés de Diagonal y compró lo imprescindible. Bueno, tres veces más de lo imprescindible. Incluso, pagó a un chaval para que cargase las multitudinarias bolsas hasta mi habitación privada en la clínica. Cuando la escuché llegar, yo estaba haciendo uso del baño y fue ella la que atendió al previsible visitante.

—¿Se puede? —preguntó un hombre—. Oh, disculpe, Judit. No pretendía molestar. Mi compañera, la doctora Moliner, me informó del ingreso de… la señorita Moix. Venía a interesarme por su estado y a cerciorarme de que todo estaba a su gusto. Volveré, o no, en otro momento. Buena tarde.

—Doctor Vergés —mi madre mencionó a mi exmarido, el "previsible" visitante sorpresa—, quédese.

—Oh, está bien —demostró extrañeza—. Gracias, señora Moix.

—Hacía tiempo que no coincidíamos, doctor Vergés. ¿Qué es de su vida? ¿Cómo está? —se interesó mi madre. Yo me levanté de la taza del váter y apoyé mi oreja cotilla en la puerta para espiar la charla.

—Bien, gracias. —Gerard debía sentirse desconcertado e intimidado, ya que sus respuestas eran más escuetas de lo normal—. ¿Cómo se encuentra la señorita Moix? —Por dos ocasiones, Gerard evitó referirse a mi persona por mi nombre de pila.

—¿La llamaba así cuando la conoció siendo menor de edad? ¿También en la cama? Ahí ya era: "Señora Vergés", ¿cierto? —reprochó mi madre—. No comprendo qué le pudo atraer de una niña. ¿Lo ha consultado con algún psicólogo?

Oh, Dios mío. De manera indirecta, mi madre se atrevió a insinuar a mi expareja un diagnóstico de pedofilia.

—Será mejor que vuelva en otro momento —quiso despedirse Gerard, batallando consigo mismo por mantener la compostura.

—Ella te ha querido mucho, Gerard —lo tuteó, derribando la barrera de la formalidad—. No eres consciente de la suerte que tuviste de tenerla a tu lado.

—No se equivoque, Judit. Lo sé. Y tanto que lo sé. Sé que he sido muy afortunado —afirmó rotundo —. La que no valora tener una hija como Edelweiss es usted —emitió mi nombre, usando un argumento desgarrador—. No dude de mis sentimientos a la ligera. Yo la amaba, usted lo sabe. Yo se lo hice saber. Las circunstancias —hizo una pausa, quizá mostrando su silla o señalando a mi propia madre— nos separaron. Sin embargo, a pesar de todo y de todos, me gustaría estar cerca de ella por si me necesita.

Surgió en mí el deseo irrefrenable de abrazarle, de aceptar su compañía. No obstante, mi mente no cesaba en su empeño por refrescarme la imagen de la desconocida, anestesiando ese anhelo.

—Debe ser bonito, ¿verdad? Querer y que te correspondan. —Mi madre empezó a desvariar—. Yo no sé qué es eso. Estoy resignada a vivir sin amor.

—Es precioso, Judit. La vida es un viaje. Hay destinos increíbles, pero también duros trayectos a pie. A veces, conduce ella; otras, yo. En ocasiones se llega más lejos; otras, incluso, se retrocede. Lo importante es la compañía que ambos nos regalamos durante el recorrido, ya sea en bajada o escalando un puerto de alta montaña —explicó Gerard con el corazón en la mano—. El respeto, la complicidad, la admiración, el cariño… El amor es un sentimiento muy complejo y que, muy a su pesar, no entiende de edad, como tampoco entiende de razas ni sexos ni estatus social.

—Era una niña. Era menor —insistió mi madre con resentimiento.

—También lo sé. Y le aseguro que desconoce lo que me castigué por enamorarme de ella. De su alegría, de su dosis de locura, de su espíritu aventurero. —Gerard resopló nostálgico—. Si le consuela, estoy pagando un precio muy alto derivado de ese amor.

—Cierto. Lamento su condición —dijo mi madre, refiriéndose a la parálisis de sus piernas.

—Gracias, pero no tiene que ver con mi paraplejía —aclaró Gerard—. Mi precio es seguir queriéndola mientras soy testigo de su vida sin poder formar parte. —Pude oír el desplazamiento de la silla de ruedas, aunque no supe identificar hacia dónde—. Lo siento, Judit. Siento haberme enamorado de tu hija.

Me estremecí. Habían pasado 10 años -casi 11- desde nuestro encuentro en el polígono de La Llana en Rubí y aún él hablaba de un amor vivo y sincero. Sus palabras rasgaron un poco más una herida que mantenía abierta y que, a pesar del tiempo, había sido incapaz de curar. Ni Betadine ni agua oxigenada. Ni gasas ni tiritas. No le había dado oportunidad al alcohol, el remedio "casero" de mi madre, pero sí que probé la "Teoría de la sustitución" y no funcionó. En mi fuero interior, sabía que lo

único que sanaría mi dolor serían sus besos.

—Vaya. —Mi madre se quedó sin palabras—. Doctor Vergés… Gerard —volvió a tutearle—, discúlpame tú a mí por haber contribuido a ese distanciamiento entre tú y mi hija. Estoy avergonzada y arrepentida de haberte pedido que te alejaras de Edelweiss. Con honestidad, y sin ánimo de ofenderte, creí que tu discapacidad, tu edad, tu baja posición social… iban a condicionar la felicidad de mi hija a la larga, pero erré —sollozó mi madre que en primicia desvelaba sus sentimientos—. Con lo que hice, con aquello que te pedí en este mismo hospital, le arranqué la felicidad para siempre.

—No puedo perdonarte, Judit. A mí también me arrancaste esa felicidad. No obstante, agradezco tus disculpas —contestó sincero, aunque cordial mi exmarido.

—Mi hija tampoco puede perdonarme, y lo entiendo —respondió ella con resignación—. Solo quiero que sepas que, si algún día vuelves a atravesar la puerta de esta habitación, no necesitas mi permiso ni el de nadie que no sea Edelweiss. ¿De acuerdo?

A pesar de que aguanté el dolor, tuve que gruñir. Los sonidos que emití desde el interior del baño, llamaron la atención de ambos. Tuve una contracción. Una muy fuerte. Mucho más fuerte que las denominadas Braxton Hicks. Mi madre, valiéndose de la rapidez de sus piernas, acudió en mi auxilio. Abrió la puerta.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien? —se interesó ella, bastante agitada.

—He tenido una contracción —respondí luchando por recuperar el aliento—. Va pasando. Estoy bien. —Hice un esfuerzo por controlar mi respiración.

—¿Quieres que llame a la doctora? —se ofreció mi madre.

—Yo me encargo —intervino Gerard.

—Gerard… —susurré.

—Sí, el doctor Vergés ha venido a verte. ¿Os dejo a solas?

—No, no hace falta. El doctor Vergés es un médico muy ocupado y seguro que ya se marchaba. —Le invité a irse. Era lo último que quería, pero mi cerebro proyectaba una y otra vez la sonrisa de la mujer que me atendió en su piso.

—Sí, yo… Me iba —Pilló la indirecta y se dirigió hacia la salida—. Avisaré a la doctora Moliner. Que vaya bien.

Dejé salir todo el aire que contenían mis pulmones en un acto de alivio. Tenerlo tan cerca me obcecaba.

—Pensé que… Creí que… Bueno, me sorprende que lo hayas echado de esa manera, hija —declaró asombrada mi madre.

—Ha rehecho su vida, mamá. Está con otra mujer.

—¿De dónde has sacado eso? —expresó en un interrogante cargado de escepticismo.

—Yo los vi —reconocí aún dolida pese al paso de las semanas—. No quiero estropear su nueva ilusión.

—Eres conocedora de que vivo con un infiel y tengo experiencia para identificarlos —dijo enmascarando su realidad con una pizca de humor—. Su mirada transmite que solo tiene ojos para ti, hija. Te garantizo que, en ese corazón de señor entrado en años, no habita nadie más —agregó con ternura, pero lanzando el dardo de su edad.

—En cualquier caso, tengo demasiados problemas y no me gustaría que le salpicaran. Ya ha sufrido bastante por mi culpa —suspiré a la par que notaba la intensidad de otra posible contracción—. Será mejor que avisemos a la doctora Moliner.

Durante el fin de semana no me visitó nadie, salvo la doctora Moliner y su equipo. No vino ni mi

madre. El sábado 19 de enero, el día de mi boda, pasó sin pena ni gloria. Conectada a un monitor, con cables y tubos las 24 horas, apenas podía moverme y mi único entretenimiento era la tele y el móvil. No recibí ni un mensaje de Vincent, y a mí tampoco me apetecía escribirle. En cambio, a mi madre sí la llamé y el móvil me salía "apagado o fuera de cobertura".

El lunes a primera hora, después de haber pasado una noche terrible por culpa del malestar asociado al embarazo (que incluía ganas de hacer pis cada 20 minutos), me despertó el intento de mi madre por adentrarse en mi habitación con un fallido sigilo.

—¿Mamá? —me desperecé—. ¿Dónde has estado?

—Sigue descansando, hija —contestó con un débil tono de voz—. Haz como si yo no estuviese.

—¿Estás bien?

No, no lo estaba. Al incorporarme, la vi. Aunque pretendía ocultarlo bajo una gafas de sol inmensas y una pamela tipo sombrilla -de uso sospechoso bajo las nubes del mes de enero-, las amoratadas marcas de su piel se dejaban entrever por los lados del cristal de la gafa.

—¿Quién te ha hecho eso? ¿Papá? —pregunté, reconociéndola como víctima de una violenta agresión.

—Tenemos que sacarte de aquí —pronunció ella, soslayando lo que parecía obvio—. La siguiente serás tú.

—Eres tú la que vive con él, tenemos que sacarte a ti de esa casa. Yo estoy protegida en el hospital —le recordé, mostrando una sincera inquietud por su seguridad.

—El hospital no parará a tu padre. Tampoco lo hará tu embarazo o, de hacerlo, no nos queda mucho tiempo —respondió temerosa—. Lo he confrontado, Edelweiss. El viernes, al ver al doctor Vergés en esa silla… —tiritó conmovida—. Y saber que tu padre fue el responsable de su desgracia —resopló—. Hablé con Gerard, hija, y… Solo sé que no se merecía lo que le pasó por el simple hecho de quererte.

Permanecí en silencio, dejándome contagiar por su aflicción. Era la primera vez que veía a mi madre afectada y profundamente angustiada. Judit siempre había vivido en la superficie. Allí donde hubiesen estrellas Michelin y firmas de alta costura. Tenía normalizado el desprecio en pago a su calidad vida.

—Gracias por tu apoyo, mamá —agradecí con honestidad. Después de 27 años, por fin se estaba comportando como la madre que siempre quise tener.

—Un poco tarde —se autoflageló.

—Me has ayudado a evitar una boda que no deseaba —resalté para su sosiego.

—Lo hemos aplazado y no sé por cuánto tiempo —advirtió, atormentada por la idea—. Teníamos 400 invitados, todos amigos de tu padre. Él, golpe a golpe, me dijo que le hemos ridiculizado y humillado por "tonterías de mujeres". "Las negras en África van a buscar agua a 20 kilómetros de su casa embarazadas de nueve meses; 'tu hija' solo tenía que acudir a la boda, firmar el papel y…", blablablá —remedó hastiada—. Huye, Edelweiss. Vete. Sola, a otro país; con una amiga, al otro lado del mundo; o, mira, incluso con tu exmarido y su nueva novia al piso de Sant Gervasi. Me da igual, pero vete. Escóndete y que no te encuentre —imploró.

—¿A dónde voy a ir yo embarazada de 27 semanas? Soy de alto riesgo y pondría en peligro a las niñas.

—Más peligro corren con tu padre cerca —aseguró derrotada.

—Vincent no es mejor —puntualicé.

—Sí. El morado de tu ojo izquierdo. Pobrecita —rememoró ella horrorizada—. ¡No lo entiendo! Un hombre pega a tu hija y… ¿Lo defiendes? —pensó en alto—. ¿Cómo es posible que tu padre lo

ocultase y te obligara a encubrir a un maltratador con coacciones?

—Ocurrió en noviembre y, desde entonces, vivo convenciéndome de que lo mejor que puedo hacer por mis hijas es darle una nueva oportunidad a su padre. No porque crea que es una maravillosa persona. ¡No! En absoluto. Sino porque creo que es peligroso y capaz de cualquier cosa. Otro puñetazo como el que me dio, un forcejeo más, y…

—Ni lo menciones —mi madre rechazó la imagen que había brotado en nuestras mentes—. Vincent no solo confabula por poder, sino que pega a mujeres embarazadas. Él es otro pedazo de cabronazo —agregó disgustada—. ¿Y qué pasará cuando las niñas nazcan? ¿Tendrás que compartirlas con él?

—Es su padre —contesté resignada.

—¿Y si nos vamos? Théo me ha congelado las cuentas, pero puedo pedirle dinero prestado a mis hermanos —sugirió—. Podemos irnos a Cerdeña, a la casa de verano de los abuelos.

—Vincent me denunciaría con el apoyo de papá —indiqué, aventurándome a adivinar el futuro.

—¿Y qué hacemos, hija? —inquirió mamá desesperada.

—Tenemos que actuar con frialdad. Los impulsos nos ofrecerán una falsa sensación de libertad acompañada, a la hora de la verdad, de más problemas. Huir o enfrentarnos no es una opción, mamá. Somos más débiles que ellos, por lo que la cobardía o la fuerza no nos darán la victoria. Por el contrario, con templanza e inteligencia, trazando una estrategia, podríamos destruirlos a los dos.

—¿Qué planeas?

—Echarlos a pelear. Acabar con el compadreo que se traen. Traer a papá a nuestro lado y usarlo como arma contra Vincent —expuse—. Modificaremos el rol de Vincent: dejará de ser un peón del Rey para convertirse en el Rey del otro color, ambos en el mismo tablero. Con movimientos orquestados por las Reinas, nosotras, propiciaremos un conflicto de Rey contra Rey: “Jaque mate” —sentencié tajante—. Después de librarnos de Vincent, veremos cómo escapamos de papá.

—Con suerte, se matan entre ellos —añadió mi madre, metida de lleno en mi historia—. Cuenta conmigo, hija.

CAPÍTULO 21

prisión

Hubo una muerte, sí, pero no implicó ni a Vincent ni a mi padre. De momento. Tampoco ningún sicario "remató" a Gerard ni fue la consecuencia de algún movimiento vengativo de la partida de ajedrez que mamá y yo habíamos puesto en marcha. Hubo una muerte, sí, de un inocente. Un daño colateral, una "cuestión de vida": porque para morir solo hace falta estar vivo.

Y ella lo estaba, aunque aún no hubiésemos tenido el placer de conocerla, de abrazarla. Ella vivía en mi vientre, donde murió. Un nudo entre los cordones umbilicales afectó al bienestar fetal de una de las gemelas provocando su muerte perinatal. Intentamos salvarla, pero no pudimos hacer nada. Me sometieron a una cesárea de urgencia el 14 de febrero (San Valentín) con 31+6 semanas de gestación, pero mi bebé nació muerta. Me dejaron sostenerla, besar su gélida frente y despedirme. Justo en ese momento, mi corazón voló en mil pedazos.

Vincent no estuvo. Él, junto a mi padre, seguían en Malasia después de haber viajado a comienzos de mes para realizar un test de pretemporada. Pasé mi duelo en soledad, espantando a todo aquel que osase acercarse. No quería el consuelo de nadie.

Mi madre se convirtió en la sombra de lo que un día fue: cambió sus carísimos ropajes por un confortable chándal, abandonó los rulos y el secador para lucir una coleta alta y renunció al maquillaje porque al llorar se le corría el rímel. Lloraba, lloraba muchísimo. Por su nieta muerta, por mi corazón roto.

Me dieron el alta a los 5 días del parto, si bien no pude abandonar el hospital. Tuve otra niña, fuerte y sana, de 1,595 kg, que pasó 39 días en neonatología. Era luz entre tanta oscuridad. Cuando me despedí de una de mis gemelas, me pregunté cómo iba a salir adelante, de dónde iba a sacar la fuerza. Pronto descubrí que la respuesta estaba en ella. Ella, a la que aún no sabía cómo referirme porque no tenía nombre. La gemela idéntica.

Al principio, viví por inercia. Era un zombi pegado a un extractor de leche. Pasaba con la niña todo el tiempo que los médicos me permitiesen; sin embargo, no me atrevía a mirarla. No interactuaba con ella. Sentía pánico. Tenía miedo a encariñarme y que ella también se marchase.

Gerard se convirtió en mi fiel escudero, a una distancia demasiado prudencial para lo que yo precisaba sumergida en mi soledad. Siempre pendiente de mi madre, del bienestar de la niña y, por extensión, de mí. No obstante, tardó semanas en acercarse a hablar conmigo y cuando lo hizo fue transcendental.

—"La flor que florece en la adversidad es la más rara y hermosa de todas" —recitó, como si brotase poesía de sus labios, una frase extraída de la película *Mulán* de Disney.

"Mis flores", recordé. Mis padres me habían puesto el nombre de la flor de las nieves, "Edelweiss", que simboliza el valor y el coraje; también el amor eterno. Un amor que no descubrí hasta que la miré a

los ojos. Por eso nació en San Valentín. Mi niña, mi superviviente. Mi flor favorita.

—Dahlia —murmuré acariciándole la mejilla, teniendo especial cuidado con el tubo de oxígeno que precisaba para respirar—. Gerard, te presento a mi hija: Dahlia.

—Es preciosa, como su mamá —indicó él.

—Como su hermana —aclaré—, Melisa —bauticé a mi bebé ausente con el designio de otra flor.

—Lo siento mucho, mi amor —expresó sus condolencias con congoja y ternura.

—Estoy reventada —confesé—. Sé que una parte mía ha muerto con ella —agregué sincera—, pero también sé que Melisa tuvo su cometido: vino a ser maestra, a enseñarnos a valorar y relativizar. Y manteniendo vivo ese aprendizaje, siempre estará con nosotros —dije, aceptando poco a poco su pérdida.

39 días. Dahlia recibió el alta médica el lunes 25 de marzo de 2019. Justo el mismo día que Vincent y papá tomaron un vuelo para el Gran Premio de Argentina de MotoGP™ y después de haber salido victoriosos de la primera cita de la temporada en Catar. No vi la carrera. Ni vi a Vincent proclamarse vencedor y dedicar su triunfo a una niña que apenas conocía. Me lo contaron. Por lo visto, usó el fallecimiento de nuestra hija para generar consternación en el *paddock*, cuando la realidad es que tampoco había mostrado interés por la gemela que sí sobrevivió. A ver, venía al hospital, pero no pasaba de la cafetería. Solo lo vi una vez en la UCI neonatal: se enfundó una bata quirúrgica y se tomó una fotografía delante de la incubadora donde descansaba su hija prematura, a la que no prestó ni un poco de atención. Con la misma salió de estancia. Las palabras que no me dirigió a mí, se las dedicó al resto del mundo en sus redes sociales: “Lo más duro y bonito de mi vida”, escribió en francés, inglés y español. No sabía ni su nombre. El día del registro hizo acto de presencia, garabateó un papel que no leyó y se marchó.

Me instalé en nuestra casa de Pedralbes, bajo los cuidados de Filipa y mamá. Las obras del área oeste de la planta baja habían acabado, pero a nadie se le ocurrió retirar la segunda Stokke de la habitación de las niñas. Una cuna vacía que me removía el dolor de ese último mes.

No me separaba de Dahlia. El miedo a encariñarme se transformó en un amor tan puro que me hacía disfrutar de ella cada segundo de mi vida. Me encantaba balancearme en la mecedora mientras observaba el frondoso jardín de nuestra casa. Si no la tenía en brazos, usaba el fular de porteo. Pocas ocasiones le di a mi madre de cargar a su nieta. Ella, de igual modo, parecía satisfecha de vernos juntas, tan inseparables.

Ese fin de semana, mientras Vincent rodaba en Termas de Río Hondo, se presenció en casa una vieja amistad. Aquella que fue familia y que parecía no haber superado la separación, al menos en su forma de tratarme:

—*Cuñi*, ¿cómo estás? ¡Felicidades! —exclamó Aina, depositando unas enormes bolsas azules de Ikea en el suelo—. Bueno, y también lo siento mucho —agregó, teniendo en cuenta a Melisa.

—¿Aina? —pregunté incrédula, a pesar de tenerla físicamente delante—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué es eso?

—Yo también me alegro de verte, *cuñi* —dijo con sorna, antes de abalanzarse para darme un abrazo con cuidado de no despertar a Dahlia—. ¡Qué bonita es! —susurró emocionada—. Me ha abierto Filipa. ¡Sorpresa!

—Has conseguido sorprenderme, sí —bajé el volumen del televisor—. Sé que aún te debo pasta por haberme prestado el Supra. Lo siento, se me ha complicado la vida… Tengo la mochila en mi armario —dije levantándome para ir en su búsqueda.

—¡Quieta ahí! Siéntate, no vayas a molestar a la princesa. Ya te dije que no quería nada. Olvídate. Esa noche hiciste algo que no se compra con dinero —rememoró la carrera ilegal y la colisión mortal

del ruso—. Hablando de eso, después de irte, me acerqué a la zona del accidente antes de que llegase la poli —se sacó del bolsillo un pequeño saquito de plástico con cierre zip— y recogí la única prueba que podría incriminarte: la colilla. Deduje que usaste el mechero y mis cigarros para "rematar" a ese cabrón y no podía consentir que te trincaran por hacerle justicia a mi hermano —me la tendió—. Deshazte de ella.

—Gracias, Aina.

—He dejado de fumar —aportó como dato, guiñándome el ojo.

—Eso es estupendo.

—Además… ¡Traigo juguetes! —expresó divertida sacándolos de las bolsas del Ikea—. Me los dio Gerard. Dice que los guardaste en su casa.

—Vaya, veo que ya necesita el espacio —farfullé por lo bajini. Eran los juguetes que la vecina, Júlia, me había donado y que almacené temporalmente en el armario del piso de Gerard—. ¿Está viviendo con ella, verdad? —pregunté desesperada por saciar mi curiosidad.

—¿Quién con quién? —dudó Aina, toqueteando los trucos de la tabla sensorial.

—Gerard. Con su novia. Morena, alta… —aporté algún dato para ayudarla a desatascar sus pensamientos.

—¿Novia? ¿Gerard tiene novia? —carcajeó con cierta malicia—. Debes de estar confundida. "Novia", dice —siguió riéndose a su bola.

—Sí, la mujer, la desconocida que me abrió la puerta el día siguiente a la carrera de L'Arrabassada. Fui a dejarle tu dinero y las llaves de su casa, y ella me abrió la puerta —le conté más detalles—. Se estaba abrochando la camisa. Me dijo que Gerard aún estaba acostado y las sábanas sucias. —"Blanco y en botella", pensé—. Pelo negro, liso, ojos oscuros, alta… Mayor que yo.

—¡Oh! Creo que ya sé quién es —recuperó la información de entre los recuerdos de su alocada mente—. Verás, a esa mujer le paga por sus servicios.

—¿Cómo? —expresé perpleja—. ¿Está consumiendo prostitución?

Me movía en un ambiente de machirulos donde la prostitución estaba a la orden del día y, aparte, mi padre era un putero de manual. No me escandalizaba hablar de "putas" o "*escorts*", pese a que yo me considerase abolicionista. También sabía del surgimiento de los "asistentes sexuales", del "derecho" de las personas con diversidad funcional al acceso a su propio cuerpo y al autoplacer, que no al coito. Pero… coño… Casi que hubiese preferido que se tratase de su novia.

Aina se desternilló. No podía con su vida. Se reía y se reía, con escándalo sonoro.

—Sí, le paga por sus servicios… —respiró hondo, haciéndose la interesante—... de fisioterapia —soltó el aire contenido y siguió riéndose—. Es Susana, la masajista.

—¿La masajista? —repetí escéptica.

—¡Sí! "Novia", dice. ¡Tienes cosas! La habrás pillado cambiándose, ya que usa uniforme durante la sesión. La rehabilitación la suelen llevar a cabo en la habitación principal y, a veces, usa "potingues" que ensucian las sábanas. No es muy cuidadosa que digamos, pero es buenísima en su trabajo —especificó—. Me parto, *cuñi*. ¡Qué malentendido! Si Gerard se entera… O la propia Susana porque, además, la chavala es lesbiana. Nos invitó a la boda con su chica el pasado mes de febrero —anunció, erradicando cualquier rumor de romance entre ellos—. Gerard no fue porque se quedó en el hospital, cerca de ti y de tu hija.

—Vaya —me dejó sin palabras—. De todos modos, él puede salir con quien quiera y puede contratar los servicios de quien quiera —me excusé, intentando limpiar mi imagen de celosa controladora.

—Mi hermano está haciendo terapia física, bastante intensiva, porque hay una mínima posibilidad

de que vuelva a andar —comunicó para mi asombro y regocijo—. En una de sus últimas revisiones, se abrió un rayo de esperanza hacia una larga y lenta, pero posible… recuperación.

—¿En serio? Ojalá —suspiré.

—Quizá no corra la Marató de Barcelona, pero con que pueda caminar con muletas o bastón sería un gran avance.

No me lo podía creer. Era lo que siempre había querido creer, pero cuando me lo contaron, no me lo podía creer. Que existiese la posibilidad médica de recuperación, era fantástico. Sin embargo, a mí me entusiasmaba mucho más la idea de que Gerard estuviese motivado a intentarlo. El carácter huraño que derivó de la paliza, incluía un desánimo generalizado y deprimente que jamás le permitió luchar; no solo por su curación, quizá inviable, sino por la vida en sí.

Y, *a més a més*, Gerard seguía soltero.

—Es una maravillosa noticia, Aina —dije emocionada.

—Lo es —apareció mi madre. Intuí que el barullo de las carcajadas de Aina había llamado su atención y, al presenciarse, escuchó parte de la conversación—. Soy Judit, la madre de Edelweiss. ¿Aina, cierto? No habíamos tenido el placer de conocernos.

—No, usted consideró que mi hermano era un degenerado muerto de hambre y jamás se molestó en conocerle ni a él ni a su familia —contestó con franqueza Aina.

—Buen resumen —añadí.

—Joven, le ruego que acepte mis disculpas —rogó mi madre—. Entenderá que…

—Entenderá usted que me resulte imposible aceptarlas —interrumpió Aina, manteniendo las formas con un fingido exceso de cordialidad. Otra que no se conformaba con "perdones" descontextualizados —. Edelweiss es una gran amiga para mí y Gerard, bueno, Gerard es mi hermano —se encogió de hombros—. Judit, su postura y la intercepción de su marido solo sirvieron para destruir ese proyecto de vida tan bonito y auténtico que ambos habían creado —recapituló clara y concisa—. En mi familia, Edelweiss fue recibida como una hija más; como la hija que nunca fue viviendo con ustedes.

—Aina… —opté por frenarla, a pesar de que tuviese razón.

—No, Edelweiss, me merezco la reprimenda —admitió con humildad mi madre—. Déjeme enmendarlo, al menos. ¿Se quiere quedar a cenar con nosotras?

—¿Puede venir mi hermano?

—Gerard está en Argentina —confirmé sin certeza, señalando el televisor en el que enfocaban a Vincent haciendo vuelta rápida y encabezando el segundo ensayo del viernes.

—No viajó —me informó—. No vino a la boda de Susana en Sant Fost de Campsentelles, a 15 minutos de Barna, ¿va a meterse en un avión para irse a Argentina? —A Aina le volvió la risa—. Se agendó consultas y operaciones importantes esta semana, usándolas de pretexto para quedarse en la ciudad por si le requerías.

—Yo… No lo sabía. —Y me pareció un gesto muy tierno.

—Yo sí —admitió Judit, cómplice de las decisiones de mi ex—. Cenamos en una hora, a las nueve y media. Avíselo y mando al chófer a recogerle —dispuso.

—Señora, déjese de parafernalias. Ya voy yo a buscarlo —dijo girando sobre el dedo índice las llaves del Supra.

—De esa manera, llévese el coche de mi marido —sugirió mi madre bajo mi estupefacción al ofrecerle el BMW X6 M de papá—. Théo sí que se encuentra de viaje en Argentina. Ni está ni se le espera, y ustedes irán más cómodos.

Gerard vino a cenar. A casa. A mi casa. Con mi madre, con su hermana. Lo que nunca pasó cuando éramos pareja. Lo que jamás pensé que pasaría.

Observé mi *look* puerperal de camiseta parcheada por cercos de leche materna y buches amarillentos con fuerte olor a ácido, cabello enmarañado y ojeras de oso panda. Sin ánimo de querer ocultar mi recién estrenada maternidad, sí que me apeteció sentirme "Edelweiss", además de ser "la mamá de Dahlia". Me duché, me cepillé los cuatro pelos que me quedaban del posparto y me vestí cómoda con unos leggings y camiseta negra, sobrecamisa verde militar y botas planas. Maquillé con sutileza mi rostro, orgullosa de mostrar el reflejo de mis noches sin dormir por acompañar en sus desvelos a mi hija. Para cuando identifiqué en el espejo a "Edelweiss", Gerard ya había llegado.

Bajé las escaleras y la imagen fue surrealista. Mi madre, arrastrando el carrito de Dahlia, dio la bienvenida a Gerard. Él plasmaba en su atuendo lo inesperado del plan: vaqueros azules, camiseta gris básica con un par de pájaros estampados en amarillo y las letras "Blue Grey", y unas zapatillas deportivas Nike negras y blancas. En lo que ellos intercambiaban un saludo que no logré traducir, Aina hacía carantoñas a la recién nacida. Al verme, mamá invitó a mi excuñada a pasar al salón con la intención de dejarme a solas con Gerard.

Nos sonreímos.

—¿Por qué estoy aquí, Edelweiss? —preguntó, tan atónito como lo estaba yo.

—Principalmente porque cometiste la gran estupidez de no viajar a Argentina… y porque mi madre está volviéndose loca por días —dije, mezclando realidad con una pequeña dosis de guasa—. Debe ser el síndrome de abstinencia: desde que nació Dahlia no la he visto probar ni una gota de alcohol y quizá le está afectando a la cordura.

—Qué bien te sienta ser mamá —expresó mirándome con devoción.

—Bueno, esto es fachada. La realidad es bien distinta: me paso el día en chándal y apestando a leche rancia tan ajetreada con la niña que no me acuerdo ni de ducharme —confesé—. ¡Un cuadro!

—De Antonio López —agregó compartiendo su dominio del arte hiperrealista español—. El chándal es cómodo y la leche alimenta a tu bebé. No encuentro grietas en tu fachada —sonrió comprensivo—. ¿Cómo estás, Edelweiss?

Hormonas. Avalancha. Aluvión. Hormonas que activaron mi centro de tristeza al escuchar un interrogante relacionado con mi estado físico y mental. Me descubrí llorando por el torrente de sentimientos que deseaban exteriorizarse.

—Lo siento —pronuncié avergonzada por mi repentino llanto—. Nadie había preguntado por mí en… No sé ni cuánto tiempo.

—Tú, para mí, siempre vas a ser mi prioridad —declaró, conmoviéndome aún más.

—Te echo tanto de menos —murmuré consternada.

—Ven —me ofreció sus brazos, a los que me lancé como si fuese un salvavidas en mitad del océano. El "flotador" del que hablaba mi padre. Sobre su pecho me permití llorar de pena, de rabia, pero también de felicidad por volver a percibir su aroma a *after shave* y Varon Dandy—. No me voy a volver a ir. No sin ti.

Separé mi cuerpo del suyo para mirarlo a los ojos. Dudé sobre si se trataba de algún tipo de broma de mal gusto, de cámara oculta o de juego. A través del intenso color añil de su iris, encontré sinceridad.

—Oh, mira los tortolitos. —La llegada de Aina me sobresaltó, ocasionando que diese un brusco salto hacia atrás y en dirección contraria a Gerard—. Dice 'La *suegri'* que ya podemos pasar al comedor. *Cuñi*, debes vivir como los marqueses de Griñón. ¡Menudo nivel! —exclamó dirigiéndose hacia el comedor.

—¿Puedo? —le pedí autorización a Gerard para ayudarle a desplazar su silla a través de los pasillos de mi casa.

—Por supuesto.

Lo coloqué en el puesto que Filipa había montado a mi lado. Lo centré con el plato, frené las ruedas y le acerqué las copas que se disponían demasiado lejos para ser alcanzadas con facilidad.

—¿Estás cómodo? —quise saber con amabilidad, apoyando ambas manos en sus hombros.

—Sí, gracias. Todo perfecto —respondió él, dedicándome una caricia cargada de afecto sobre una de mis manos.

Mi madre nos observaba con detenimiento desde la cabecera de la mesa. Así se pasó toda la cena: sometiéndonos constantemente al análisis y juicio de su mirada, aunque no nos importó. Fue una velada magnífica.

Aina relajó el ambiente, recuperando anécdotas del pasado para que mi madre conociera cómo fue mi vida formando parte de mi familia política.

—¿Te acuerdas del *talegón* que se metió el ángel del Pesebre Viviente de Sant Pere de Ribes? —rememoró entre risas la muchacha.

—*Buah*, ¡qué *heavy*! Ahora te ríes, pero temimos por la vida de aquel pobre hombre —añadí como dato.

—San José tirando de la rienda de la mula y gritando: "Un médico, un médico" —continuó recordando.

—Menos mal que estabas tú —sonreí con dulzura a Gerard, el héroe de aquella anécdota.

—Poca broma: se fracturó el calcáneo —indicó como traumatólogo—. Estuve haciéndole seguimiento a posteriori y se pasó más de dos meses en cama.

—Ay, ay, ay, ¿y qué me decís de mamá bailando *Highway to hell* en Nochevieja? ¡Tengo el vídeo! —Sacó su móvil e hizo *scroll* en la galería—. No paraba de saltar, brazo arriba… "*I'm on the highway to hell*" —canturreó Aina—. Mire, Judit. ¡Es digno!

Mi madre cogió el móvil entre sus manos y apretó el *play*. Ese vídeo sintetizaba nuestra felicidad: todos bailando, brincando, riéndonos. Nada que ver con las fiestas insípidas de mi familia, con cena de postín y sobremesa inexistente.

—Edelweiss nos descubrió a una madre desconocida para nosotros. Es la que conseguía sacar su mejor versión: divertida, alegre —sumó Gerard al relato de su hermana—. De hecho, tú nos hacías mejores a todos —agregó, mirándome con abnegación y logrando sonrojarme.

—Sí, es verdad. Vaya bajonazo metió mamá desde que Edel dejó de venir con nosotros —apuntó Aina, recuperando su teléfono tras el visionado de Judit.

Mi madre seguía sin mediar palabra cuando Dahlia se hizo notar desde su carrito. Era una niña muy tranquila, apenas lloraba. La escuchabas balbucear, emitir algún quejido, pero nada estridente. Acudí a cogerla en brazos. Me abrí la camiseta, desabroché mi sujetador de lactancia y me puse la niña al pecho.

Gerard me quitó el plato de delante.

—¿Qué haces? —protesté.

—Trocearte la carne. Dando el pecho, no puedes. No sabemos el hambre que tiene Dahlia y, si esperas, se te va a enfriar. Sería una pena: el solomillo de Filipa está riquísimo y a mí no me cuesta nada.

Gerard también llenó mi vaso con agua, sabedor de que la lactancia materna da mucha sed.

—Oh, muchas gracias —respondí, aceptando de regreso el plato con la comida preparada para ser atacada con una sola mano.

—¡Qué bonito! Enternecedor. Tú le das de comer a Dahlia y mi hermano a ti —describió Aina la escena, de lo más cotidiana, a la que buscó el giro romántico—. A propósito, Gerard, ¿tú qué vas a hacer

en la vida de la nena? —curioseó ella, ocasionando que me atragantase con el trozo de solomillo—. ¿Su tío, el cojo? No, ni eso. Eres más patético aún. Edel, puedes contratarlo como Rayo McQueen en una fiesta de cumpleaños. Las ruedas ya las lleva.

—Aina, no seas cruel —salté a la defensiva.

—Ni caso —intervino Gerard sin darle mayor importancia—. Es mi hermana pequeña y es así de plasta desde que empezó a hablar. No espero nada mejor de ella.

—*Okey*, pero no nos olvidemos de que estamos aquí fingiendo ser una familia que no somos —reprochó Aina, lanzando verdades como dardos envenenados.

—Dahlia es hija de Edelweiss y solo eso es motivo suficiente para quererla sin etiquetas que nos definan —explicó él—. Siempre voy a estar ahí para lo que cualquiera de las dos necesiten, sea como "El tío cojo" o Rayo McQueen.

Lo observé con admiración. De su boca, la que me moría por besar, emanaba puro amor. En aquella cena, a base de gestos y palabras, reviví con argumentos lo que era capaz de hacerme sentir. Indescriptible, irracional.

Intercambiamos una mirada a rebosar de sentimiento. Mi vista bajó, deteniéndose en sus labios. Humedecí los míos con el paso de mi lengua, pellizcando con los dientes la fina tez bermellón que recubría al inferior. Aguanté la respiración, conteniendo el impulso de estrellar mi boca contra la suya. Vivimos un instante de tensión desmesurada con dos astutas testigos contemplando la imagen desde el mutismo.

—También puedes interpretar a Clara cuando leamos *Heidi* —dije.

Después de unos segundos de desconcierto, los cuatro -incluida mi madre- nos reímos de mi chiste malo (pésimo) con el que escapé de mi deseo por beber de su saliva. Gerard alivió cierta tensión, atrayéndome hacia él y besándome la frente.

Por desgracia, la cena llegó a su fin. Me hubiese gustado que el reloj se detuviese, pero es un anhelo que nunca se cumple. Además, muy a mi pesar, Gerard tenía el extraño poder de acelerar el paso de las horas. A su lado, el tiempo corría y siempre era insuficiente.

Filipa empezó a recoger la mesa, como señal de que teníamos que ir pensando en dar por terminada la reunión.

—¿Puedo cargar al bebé? —pidió Aina. Dahlia, recién comida, se mantenía despierta y pendiente de la agradable charla.

—No seas impertinente, Aina —Gerard detuvo su aspiración con matiz paternalista—. Un recién nacido donde mejor está es en los brazos de su madre.

—¡Cállate, aguafiestas! Sé que tú también te mueres de ganas por cogerla —exclamó Aina, comprometiendo a su hermano.

—No me digas, ¿quieres cogerla? —le pregunté a él.

—Claro, pero… —hizo una pausa, apurado—. No es apropiado —dijo, evidenciando que, nos gustase o no, Dahlia era hija de otro hombre que no estaba presente.

No se habló más. Me levanté del asiento y acurruqué a Dahlia en su regazo. La niña dibujó en su rostro una ligera sonrisa, o lo que parecía ser una mueca de máxima satisfacción.

—Parece estar de acuerdo con el cambio —puntualicé, al verla tan a gusto a su calor.

—¡Es injusto! Yo me lo pedí antes —refunfuñó Aina—. Anda, voy a ayudar a Filipa en la cocina, que luego me acostumbro a la vida de palacio y me cuesta fregar la taza del desayuno.

Mi madre también se retiró para atender una llamada de teléfono en el otro lado de la habitación. Al originarse una pequeña atmósfera de privacidad entre nosotros tres, aumenté el grado de intimidad de nuestra conversación.

—¿Sabes? Cada vez que la miro, veo a Melisa a su lado —confesé—. Debo estar volviéndome igual de loca que mi madre.

—No, no estás loca. Creo que es normal, yo también la veo —susurró empático, acariciando la delicada piel de la mejilla de mi hija—. Dahlia tiene muchísima suerte: cuenta con la protección del mejor ángel de la guarda del cielo.

Su comentario me pellizcó el corazón. Usó un enfoque precioso de la trágica situación que yo, como madre, estaba atravesando. Mi niña era un angelito, una estrella. La protectora de su gemela.

Coloqué mi brazo por encima de los hombros de Gerard. Aprovechándome de los centímetros de altura derivados de mi posición erguida, apoyé mi mejilla sobre su cabeza. Ambos nos adentramos en una reflexión personal y silente, acompañada de la rítmica respiración de Dahlia y los susurros de mi madre al teléfono. Disfruté del contacto por ínfimo y pudoroso que fuese. Me hubiese dejado dormir, allí, usando su cabello de almohada y su cuerpo de colchón. En paz. Con él y mi niña, olvidando al resto, y relativizando el cúmulo de problemas que me enterraba en vida.

Un carraspeó de garganta puso punto y final a un momento que no necesitó voces para transmitir la pureza de su sentimiento.

—Era tu padre, Edelweiss —anunció mamá, retornando a su lugar en la cabecera de la mesa del comedor—. Vincent ha sido líder absoluto de la jornada de entrenamientos y en el equipo están muy contentos con el desempeño —repitió como un loro pasivo—. Doctor Vergés, gracias por la visita. El chófer está preparado para acercarle a su casa. Es tarde, y mi hija y yo debemos descansar.

—Mamá… —susurré suplicante al comprender que la cena con Gerard no había tenido ni la mitad de peso que la llamada de mi padre—. Por favor.

—No puedo hacer nada, hija —se encogió de hombros—. Las cosas son como son y no puedo cambiarlas. Ni yo ni tú.

—Por favor —rogué una vez más, incorporándome y arrastrándome por el lateral de la mesa hasta alcanzar sus manos—. No quiero la vida que papá me pretende imponer.

Ella evitó mirarme, consternada y superada por la situación.

—Lo que sentís el uno por el otro, no pensé que existiese más allá del cine y la literatura —reconoció—. Traspasa los límites de la física, flota en el ambiente —extendió los dedos de su mano como para captar motitas de pasión aérea—. Pero igual que de amor no se muere, tampoco se vive. Hay que atar los cabos sueltos antes. Debemos jugar nuestra partida de ajedrez —resopló.

—No me pidas renunciar a esto, mamá —dije señalando a un incómodo Gerard que sostenía a mi hija entre sus brazos.

—No te pido renunciar, te pido aplazarlo.

—¿Más aún? ¿En serio? ¿Cuánto tiempo he perdido por vuestra culpa? —reclamé enfadada.

—Si tanto lo quieres, hazlo por él. Tu padre está buscando una excusa, por mínima que sea, para quitarlo de en medio —recurrió al argumento de las amenazas que, poco a poco, dejaba de generar miedo.

—Asumiremos las consecuencias —intervino Gerard—. Edelweiss: tú y la niña podéis venir conmigo.

—Gerard, no sé si lo sabes, pero estás en esa silla de ruedas porque a mi marido se le antojó eliminarte y no le salió bien —confesó Judit en un arranque de sinceridad inesperada.

Bajé la vista, avergonzada. Aunque lo sabía, no se lo había contado.

—¿Es eso cierto? —exigió saber.

—Sí —respondió tajante mi madre—. Tan cierto como que cuando Edelweiss se enteró de la confabulación de su padre en tu contra, le pidió el coche prestado a tu hermana y participó en una

carrera clandestina para “darle matarile” al sicario que ejecutó la orden de Théo.

—¿Qué? —Gerard era incapaz de retener y asimilar tanta información.

—Sí, lo que oyes —volvió a mostrarse rotunda mi madre—. Y ya estaba embarazada.

—Pero… ¿Eso cuándo pasó? ¿Embarazada? ¿El coche de mi hermana? ¿Una carrera ilegal? —A Gerard le iba a explotar la cabeza—. “Darle ¿matarile?” ¿A quién? Edelweiss —se giró hacia mí—. ¿Tienes algo que decir? —me preguntó Gerard.

—Sí —contesté retirándole a la niña de sus brazos—. Mi madre tiene razón: será mejor que te vayas —admití con pesar.

Mi vida era un puñetero caos de cabos sueltos que debía atar con anterioridad por el bien de todos, tal y como había sugerido mi madre.

—Ahora eres tú la que me estás echando de casa —me recordó.

—Ahora soy yo la que se considera un lastre —contesté, empleando su misma justificación.

—Pediré un taxi —agregó a modo de despedida él.

—¡Holiii! ¡Qué caras más largas! ¿Me he perdido algo? —apareció Aina, bajándose las mangas tras haber estado echando un cable a Filipa en la cocina.

—Sí, que ya os ibais. Gracias por la compañía —indicó mi madre, caminando hacia la salida—. Buenas noches.

Pasé de deleitarme del contacto afectuoso y cálido a sufrir la más fría y sólida distancia; de ver la luz de la superficie, a caer al abismo de las profundidades. Pedralbes era mi prisión: mamá, mi carcelera; papá, mi verdugo; y Vincent, mi condena.

CAPÍTULO 22

HACIENDO A SABER QUÉ

Vincent ganó el Gran Premio de Argentina, segundo oro en dos carreras. El equipo viajó a Texas sin pasar por España, donde sumaron una medalla de plata. Desde el podio de Austin, Vincent y el Emme Café Racing MotoGP™ se alzaron como tándem favorito de la temporada. Empecé a hablar en tercera persona del plural (“sumaron”, “se alzaron”) porque, aunque era mi escudería, no me sentía parte de ella. Mi padre se había encargado de usar el embarazo y la maternidad como excusa para dejarme al margen de un proyecto que había nacido de mi esfuerzo e ilusión.

Regresaron a Barcelona después de 3 semanas y media viajando por el mundo. Los días previos, mi madre había comenzado a beber otra vez. Por mi parte, sufrí de insomnio y, cuando lograba conciliar el sueño, me atemorizaban las pesadillas: el encierro en el *motorhome*, el golpe en el pómulo, el incendio del Mercedes, las amenazas de mi padre, la pérdida de mi hija… Me despertaba de mis propios gritos, sobresaltada y sudorosa. Se había acabado la paz.

Regresaron, pero nadie los recibió. No eran bienvenidos. Mi madre roncaba sonoramente después de liquidar un par de botellas de Chardonnay y yo me enclaustré en el dormitorio de Dahlia, haciéndome la sorda y creyendo que Vincent evitaría a toda costa pisar aquella estancia. Sin embargo, me equivoqué.

—*Bonsoir, mon amour* —saludó a bajos decibelios—. Acabamos de llegar. Tenía muchas ganas de veros —tomé como mentira.

—Ni un mensaje ni una llamada. No pido que te preocupes por mí, sino por tu hija —critiqué sin delicadeza.

—No empieces con reproches porque el móvil funciona hacia los dos lados —se defendió vagamente.

—Eres tú el interesado, el que estaba lejos sin saber de su hija recién nacida —le recordé—. Yo no me he separado de ella.

—*Bien*. Veo que te has convertido en una de esas madres obsesionadas que hacen de sus hijos todo su mundo. Solo te interesa Dayla, ¿y yo no te importo? —inquirió ofendido.

—Se llama “Dahlia”, no Dayla. Corrige los hashtags de Instagram o harás el ridículo. Ganarás el título de MotoGP™, pero no el de “Padre del año” —me vacilé de su lamentable confusión—. Y tú me importas entre “nada” y “menos” —expresé con franqueza—. Ha sido una cuestión directamente proporcional: a más te acercabas a mi padre, más te alejabas de mí.

—¿Sabes lo que pasa si no le sigo el rollo a tu padre? Que puedo acabar despedido como Yurena o en silla de ruedas como tu “amiguito” Gerard —se justificó—. Tú colocaste a tu padre al frente del equipo. Tú le diste ese poder.

—Y tú me suplicaste no abortar —le eché en cara—. Si continuaba con el embarazo, no podía

ejercer de *Team Manager* por un tiempo: la niña nació cuando tú estabas de test en Malasia; la temporada arrancó en Catar y ella estaba ingresada en el hospital; recibió el alta cuando tocaba viajar a Argentina, después fuiste a Texas. ¿Ves viable que recupere mi trabajo? ¿Te bajas tú de la moto y te quedas a cuidarla para que yo pueda regresar al box? —bajó la mirada, esquivando mi contacto visual—. Lo suponía.

—Los dos hemos perdido: tú, el trabajo; yo, a mi novia —indicó, colgándose el cartel de "víctima".

—Lo ganado compensa. Dahlia es el premio.

—Ella es tu premio, pero el mío será convertirme en campeón del mundo de MotoGP™ y, después de la lesión, este año tengo opciones. No puedo distraerme con bebés —expuso con frialdad y desprecio.

—Dahlia es más que "mi" escudería y que "nuestro" título —enfaticé los pronombres posesivos para dejarle claro que corría para mí y que sin mi moto él no tendría opciones de nada—. Es "nuestra" hija. Una persona a la que decidimos, de mutuo acuerdo, traer a este mundo.

—¡Déjate de sermones! —gritó, poniéndose nervioso—. Ya se podía haber muerto como su hermana —agregó en lo que intuí se trataba de un pensamiento en alto, pero que supuso un disparo directo a mi corazón.

—Vete ahora mismo. Sal de esta habitación, de mi puta casa. ¡Vete! ¡Fuera! —le increpé, con la niña en brazos. Dahlia comenzó a agitarse por la discusión—. En cuanto pueda, volveré al *paddock* y se te va a acabar la fiesta.

—¡No! ¡Olvídate! No, no, no. Tú te vas a quedar en casa cuidando de la mocosa —ordenó—. No tienes la única moto ganadora de la categoría; pero, en cambio, tú sí que tienes al piloto más talentoso de la parrilla —presumió con arrogancia—. Si tú vuelves, yo me bajo de la moto y ni tu padre ni los *sponsors* van a permitir poner el título en juego por tu nimia e insignificante presencia.

—Ya veremos —respondí sin achantarme—. Prefiero perder dinero que darte un título a ti.

—*Jouez avec le feu et vous allez vous brûler* —expresó en francés, aunque comprendí algo de "jugar con fuego" y "quemar"—. Ahora puedo hacerte muuuucho daño —añadió, apuntando a la niña.

—¡Ja! —emití una carcajada—. Atrévete a meter a la nieta de Théo Moix en esta guerra. Toca a mi hija y yo misma me encargaré de que no vivas para contarlo.

—Será la nieta de Théo, tu hija, pero se apellida Joubert. Dahlia Joubert —me recordó—. Estemos a bien o lucharé por la custodia y, aunque me la den compartida, no quieras saber lo que haré con ella cuando me toque llevármela.

—Eres un monstruo —susurré anonadada por lo que acababa de oír.

—Y aún no me conoces —se jactó con una sonrisa petulante—. Tu padre a mi lado es una Misionera de la Caridad —rio, retirándose la máscara por completo—. Bueno, *ma sirène*, me voy a preparar —dijo mirando el reloj—. Esta noche he quedado con unos colegas y alguna fan para hacer unas copas en el hotel W Barcelona.

Se marchó. A mí me temblaban las piernas. Me había librado del papeleo de la boda, pero el nacimiento de Dahlia me ataba a ese monstruo hasta el fin de mis días. Aunque consiguiera sacarlo de mi vida, no sería tan fácil eliminarlo de la vida de mi hija. Él, a través de ella, siempre iba a condicionar mi existencia.

Me fui a la cama sin cenar, colechando con mi bebé. Cabeceé, sin llegar a conciliar el sueño, por lo que fui testigo de los tumbos de Vincent por el pasillo. Otra vez apestaba a alcohol. Me hice la dormida. El problema radicó en que ocasionó tantísimo ruido que despertó a la niña y, asustada, comenzó a llorar.

—*Oh, merde! Edelweiss, fais-la taire!* —vociferó, tumbándose y metiendo la cabeza bajo la almohada—. *Merde! Merde! Merde!*

Tomé a la niña en brazos con intenciones de ponerla al pecho, pero tal y como estábamos las dos de agitadas, no lograba hacerla callar. Vincent comenzó a lanzar objetos: la almohada, un zapato e incluso la lámpara de la mesita de noche. Abandoné la habitación con la niña en brazos, en pijama, descalza y llorando como un alma en pena por los oscuros pasillos de mi casa.

Deambulé sin rumbo fijo, aunque con el deseo de recibir el abrazo sincero de otro ser humano. Mi corazón anhelaba el calor de una madre. Una madre que encontré alcoholizada, tumbada sobre el colchón de su cama, mientras mi padre se la follaba aprovechándose de su estado de embriaguez. Quise ayudarla, pero -llámame cobarde- temí por mi integridad física y por la de la niña que tenía en mis brazos.

Incapaz de borrar la violenta imagen que había grabado en mi retina, me escondí en el cuarto de lavar, detrás de la ropa tendida. Una cueva frágil, de algodón y poliéster, pero que me ayudó a encontrar la calma acompañada de mi hija. Por ella tenía que luchar: porque ella no fuese testigo de esas escenas, por no convertirme en su futura protagonista.

Noté la presencia de alguien en la cocina, estancia previa a mi escondite. Contuve la respiración, esforzándome en mimetizarse con el silencio de la madrugada. Resultó en vano, ya que pronto ese alguien estaba apartando las prendas de ropa para descubrirme.

—*Senhorita Moix! O que você está fazendo?* —preguntó en portugués Filipa, casi tan asustada como yo.

—*¡Shh!* —le rogué silencio—. Estoy bien, Filipa. Déjeme sola.

—*Não está bem, filha.* —La asistenta en bata y babuchas me tendió la mano para salir de mi agujero de bragas y calcetines—. *Você deve escapar desta casa louca com seu bebê.* —Filipa me recomendó huir con Dahlia. “Desta casa louca”, se traduce como: “Esta casa loca” o “de locos”. Ella también lo veía. Quizá, ella también era una víctima.

—No puedo —sollocé—. Nos encontrarán y será peor.

Filipa me abrazó. Ella me dio ese abrazo que fui a reclamar a mi madre mientras la violaban.

—*Minha menina* —susurró Filipa con dulzura, buscando encajar las piezas rotas de mi alma—. *Tenho uma propriedade em Ervidel, uma pequena vila do interior de Portugal. É humilde, mas vai te ajudar a desaparecer. Ninguém o encontrará em Ervidel.*

Filipa me ofreció su casa portuguesa, humilde y perdida en el interior de un pueblo pequeño en el que, según ella, jamás nadie me encontraría.

—Gracias, Filipa —sonreí a su empeño por buscar soluciones—. No puedo pasarme la vida huyendo.

—*Ok, senhorita Moix. Eu vou preparar o quarto de hóspedes*.

En el cuarto de huéspedes pasé las noches venideras. El primer tramo de la noche, previo a las llegadas impredecibles de Vincent, lo pasaba en la habitación principal; tras el *show* de turno, me mudaba al cuarto de huéspedes con la niña donde me encerraba bajo llave. El concepto de “prisión” se alejaba de la metáfora para volverse más y más real.

Antes de salir de viaje para el Gran Premio de España, en Jerez, mi padre nos obligó a participar en una de sus cenas de postín que tanto le gustaban. El evento me hizo rememorar la reunión con Gerard, tan divertida y distendida y, por consiguiente, tan diferente. Vincent ocupaba el lugar de Gerard en la mesa, que no en mi corazón; mamá, relegada de su posición, se sentó donde Aina; y papá encabezaba el festín. El único rasgo idéntico era el mutismo de mi madre.

—Nada que ver esta carne con la que nos ofrecieron en el rancho de Los Anderson —se quejó mi padre de la comida preparada por Filipa—. ¡No hay quien se coma esta mierda! —lanzó el tenedor desdén.

—En Austin usted sí que comió buena carne, señor Moix —bromeó Vincent con un compadreo bastante asqueroso.

—A las buenas yeguadas yanquis un caballero no puede decir que no. ¿Verdad, Vincent? —agregó para más inri mi padre, acompañándose de una sonora carcajada machista.

Yo también solté el tenedor, pero por la repulsión a sus palabras.

Las risas y los ruidos de la granja, con toda clase de animales participantes, interrumpieron el plácido sueño de mi niña a la que acudí a atender al cochecito. Me abrí la camiseta, desabroché mi sujetador de lactancia y me puse la niña al pecho.

Vincent giró la cabeza, provocado y a punto de vomitar el entrecot que tan poco le gustaba a papá, pero que tanto devoraba el joven galo.

—¿Qué haces? —cuestioné sorprendida.

—*Ma sirène*, ¿tienes que hacer "eso" en la mesa? —preguntó espantado, como si hubiese sacado un cubo de cucarachas de debajo de la mesa y se lo estuviese ofreciendo a mi reptiliana salamanquesa.

—¿"Eso" qué es? ¿Darle de comer a tu hija? —exigí saber incrédula por la tontería que me pedía.

—Sí, eso. Es bastante *désagréable* —opinó.

—Desagradable es verte a ti comiendo como un cerdo y escuchar a mi padre diciendo cerdadas. Eso sí que es desagradable —consideré, hasta el *toto* de ese par de imbéciles—. Y sin ánimo de ofender a los cerdos: ellos sí me caen bien —puntualicé.

—Edelweiss, dale un biberón a esa niña o espérate a que terminemos de cenar, pero guárdate esa teta —ordenó mi padre—. ¡Por Dios!

—¿Os estáis oyendo? —inquirí incrédula.

—¡*Shh*!, ¿no te vas a comer eso? —Vincent, sin atender más allá de su neurona famélica, me quitó el plato de delante para terminar la cena por mí—. Se te va a enfriar y frío no vale nada. Ya me lo como yo.

—Es que no puede comer por tener esa niña a la teta como una gitana. ¡Déjalo ya, Edelweiss! —siguió refunfuñando mi padre.

—Déjala tú a ella, Théo. ¡Y tú! Vincent, devuélvele el plato ahora mismo. ¡Filipa! —La asistenta portuguesa no le quitó el plato a Vincent, sino que me sirvió uno nuevo—. Sois carroña —añadió mamá enfadada.

—No tengo por qué comer viéndole la teta a nadie —repitió Théo indignado—. Que se largue de aquí o le dé un biberón.

—No es una teta cualquiera, es el pecho de tu hija alimentando a tu nieta —precisó mi madre, llenándose hasta el borde su tercera copa de vino—. A ver si nos equivocamos de degenerado —concretó misteriosa.

—¿De qué estás hablando, Judit? —requirió respuesta.

—Durante 10 años me has hecho creer que el doctor Vergés es un degenerado pederasta que abusaba de tu hija. —Mi madre metió un largo buche a su copa de vino y, como si fuese el 'Veritaserum' del profesor Snape, arrancó a hablar todo lo que llevaba callando durante semanas—. ¿Sabes? Lo he conocido y es un hombre decente, que adora a tu hija. La respeta y la cuida como este niñato jamás hará —pronunció con menosprecio—, como tú jamás has hecho conmigo —precisó.

—¿Qué has hecho, qué? —Papá se envalentonó, poniéndose en pie y buscando intimidar a mi madre, enajenada por una verborrea incontrolable derivada del consumo de alcohol.

—Lo invité a cenar. Aquí, a casa. En esta misma mesa… —Hizo una pausa dramática en la que se emocionó al recordarlo—. Fue maravilloso.

Vincent me dedicó una mirada cargada de aversión y resentimiento. Soltó los cubiertos, respiró hondo y se limpió la boca con una servilleta de tela que lanzó sobre el mantel en un gesto de hartazgo.

—Judit, ¿Gerard ha estado aquí? —Vincent quiso corroborar la información, llenándose de odio.

—Sí, ahí mismo. Donde tú estás, pero siendo un verdadero compañero: dándole la comida a mi hija, no robándosela; pendiente de rellenar su vaso de agua, de alentarla con palabras bonitas. —Mi madre echaba más y más gasolina a un incendio descontrolado—. Él la mira como si fuese la diosa de su mundo. Para ti, Edelweiss no es más que una esclava. No te la mereces.

—*Alors*, ¿rellenaba su vaso de agua? ¿Así? —Y sin esperarlo, cogió la botella de cristal del centro de la mesa y me tiró el líquido refrigerado por encima, empapándome a mí y a la niña.

—Pero, ¿tú eres tonto? —exclamé, empujando la silla e incorporándome para huir de la trayectoria del chorro. Filipa me acercó un montoncito de servilletas con las que me fui secando.

—No vuelvas a hacer eso —advirtió mi padre a Vincent—. No te pases ni un pelo.

—Se ha pasado tu mujer, trayendo a esta casa -donde vive mi hija-, al casposo que se tiraba a la tuya doblándole la edad —explicó Vincent con un simulado dolor.

—Entiendo que mi hija prefiera peinar canas que limpiarte a ti los mocos, niñato —escupió mi madre con rabia. Me descojoné. En serio, fue buenísimo. Vaya *ídola*.

—O la callas o cojo a la niña y me la llevo de esta casa —amenazó Vincent, dirigiéndose a mi padre al que le reclamaba el mal comportamiento de su esposa.

—¡No te atrevas a tocarla! —Mi madre también se irguió, creciéndose en defensa de su nieta, dejando a Vincent como el único comensal sentado.

—¡Silencio! ¡Callaos todos! —vociferó mi padre, superado por la pintoresca escena—. Edelweiss, ¡deja de reírte! —Y es que yo seguía partida de la caja por el chiste de las canas y los mocos—. Lo primero: Vincent, tú a mí no me amenazas. ¿Te ha quedado claro? La niña se queda aquí, bajo nuestro techo y cuidados; segundo: a mi hija, la respetas; tercero y último… —Pensé que atacaría a mamá por su inapropiada (aunque real) comparativa o por la confesión de la visita de Gerard, pero no—. Tercero y último…, sal de aquí.

Los cinco (incluida Filipa) alzamos la cabeza, dándonos por aludidos. No sabíamos a quién estaba echando. Vincent miró a mi madre, mi madre me miró a mí y yo reté a mi padre con la mirada. Sin embargo, Théo clavó sus ojos sobre Vincent.

—Estás nervioso y, este fin de semana, nos jugamos mucho en Jerez. Vete a descansar. Saldremos mañana temprano, a primera hora —tiñó de sugerencia una obligación—. Quiero hablar con mi mujer y mi hija.

Vincent tiró del mantel, ocasionando un destrozo entre platos rodados y copas y botellas caídas, algunas incluso rotas.

—*Allez vous faire foutre, enculés* —despotricó en su idioma natal—. Ahora lo limpias, chacha, *avec ta langue* —le gritó a Filipa, la más indefensa de los presentes, y abandonó el comedor de un portazo.

—Creo que nos ha mandado a tomar por culo —traduje, secando mi ropa—. Me insulta a menudo y ya voy entendiendo las palabras más vulgares del francés—. Filipa, descuida, te ayudaré a recoger.

—*Não se preocupe, senhorita Moix. Eu me encarrego* —se ofreció en portugués.

—Le ayudaremos todos, Filipa —aportó mi padre con amabilidad—, pero antes le ruego que me permita un segundo a solas con mi familia.

Filipa se marchó, no sin sufrir por la bebé y el posible pleito con mi padre.

—¿Quién de las dos me va a explicar por qué el doctor Vergés ha pisado esta casa?

—Theó, yo… —mi madre arrancó a hablar, cargando con toda responsabilidad, pero la detuve con un ademán.

—No, mamá. No des más la cara por mí —la protegí de mi padre—. Es simple, papá. Una vecina de Gerard, amiga mía, nos regaló unos juguetes para Dahlia. Él fue tan amable que me los trajo con la ayuda de su hermana —maquillé con sutileza la realidad, pero el mensaje era el mismo—. Mamá, en acto de agradecimiento, los invitó a cenar. No pasó nada. Cenó y se fue. No lo he visto desde entonces.

—Sí pasó, Edelweiss —intervino mi madre—. Pasaron muchas cosas. Demasiadas.

—Explícate, mujer —quiso saber papá.

—Pasó que… Los entendí —expresó mamá conmovida—. Hubo tanto amor reprimido en pequeñas muestras afecto: ella colocó su silla con seguridad y le aproximó el menaje, él le ayudó a comer cuando nuestra hija atendía las necesidades de la niña. Cada anécdota terminaba con palabras de admiración, el uno por el otro. Para ella, Gerard era un "héroe"; para Gerard, Edelweiss le hacía "mejor persona" —relató con exactitud. Judit había estado ausente en la cena, pero no se le había escapado ni una.

»Deseaban besarse, tocarse… Quererse, Theó. ¿Tú sabes qué es eso? Porque yo no —declaró con crudeza—. Casi soy yo la que los anima a descorchar la pasión recluida porque ellos -en todo momento- antepusieron el respeto al amor que sienten, pero… "¿Respeto a quién?", me pregunto. ¿A Vincent? Un muchacho que prefiere estar de fiesta haciendo *a-saber-qué* antes que ejercer de padre responsable con su bebé.

—Es la pareja de tu hija, el padre de tu nieta… Y solo por eso se le debe respetar —apuntó Théo.

—Lo dices porque la historia te suena, ¿verdad? —acusó directamente—. Sí, es el padre de tu nieta. ¡Por desgracia! Pero no es la pareja de tu hija, no te equivoques —aclaró mi madre—. Yo sí que he conocido a la pareja de tu hija y, afortunadamente, no tiene nada que ver con este payaso.

—Judit, deja de beber.

—Estoy más lúcida que nunca, con las ideas clarísimas —garantizó ella, aunque, a veces, las palabras fueran atropelladas por los grados de alcohol—. Theó, móntatelo como quieras, pero quiero a Vincent fuera de esta casa. O es él o somos nosotras —se mostró tajante—. Porque a mí no hay amenaza de muerte que me intimide. Yo ya estoy muerta, ¿entiendes? A mí ya me mataste hace tiempo y no voy a consentir que acabes también con nuestra hija. Voy a sacar a mi hija y a mi nieta de esta pesadilla que tú y tu amiguito habéis creado como forma de vida.

—Judit… —mi padre se quedó sin saber qué decir.

—Calla y ponte a recoger los platos.

El eco de mi aplauso todavía debe escucharse. A pesar del trasfondo oscuro y triste de su alegato, me sentí muy orgullosa de mamá.

La maternidad me absolvió de colaborar en la limpieza. Aún con el pecho inflado y la risa floja, marché a la habitación de huéspedes sin ganas ni interés de pasar por la principal. Nada más cruzar el umbral con Dahlia en el carrito, sentí un jalón y unas manos que me presionaron con fuerza el gaznate, dificultando mi respiración.

—A ver si esto te hace tanta gracia, *salope* —dijo Vincent colocándome, además, su otra mano sobre la boca y la nariz—. Venga, ¡ríete! ¿No te ríes? ¡Que te rías!

Pese a que comprendía lo que me decía, mi lucha se centraba en inhalar oxígeno. Él me había apoyado sobre la pared, la cual empecé a aporrear para generar ruido. Deduje que el ajetreo de platos y copas rotos impedía a mis padres o a Filipa oír mi constante llamada de socorro. No había ayuda de camino, tenía que reaccionar yo.

Hice dos movimientos. Extendí mi mano derecha y ejecuté un *tegatana* sobre los músculos de su cuello y, cuando lo desestabilicé, le propiné un golpe penetrante con el nudillo central en las costillas. Vincent acabó en el suelo, retorciéndose de dolor.

—Ja, ja, ja —fingí la risa que tanto me reclamaba—. Trabajé en la noche, capullo. Me sé defender de ratas como tú.

—¿Qué está pasando aquí? —inquirió mi padre, alertado por la bulla y los gemidos de Vincent.

—Nada, papá. Vincent quería que refrescara mis clases de kárate en PAKUA —respondí, aludiendo a la academia donde practiqué artes marciales cuando era adolescente.

—¿Te ha hecho algo? ¿Estás bien? —se mostró más preocupado por mí que de costumbre.

—Intentó asfixiarme contra la pared —compartí.

Vincent recuperó la vertical y algo de aliento. Observó el carrito de Dahlia, me miró y sonrió, poniendo fin a mi risa al insistir en su aviso.

—¡Apártate! Me voy de fiesta —anunció, antes de largarse con mi padre detrás pidiéndole explicaciones.

Cerré la puerta con llave, respiré hondo y me fui a dormir con mi hija.

La vida es cíclica. Un bucle que, en nuestro caso, gira en torno al calendario del Mundial de MotoGP™. Emocionante, sí; aunque, en ocasiones, repetitivo. Llegó Jerez. No será "La Catedral", pero es nuestra "Meca" y yo no se me permitió "peregrinar". Dahlia aún tenía dos meses y medio. Por responsabilidad, no podía ni llevarla conmigo ni dejarla atrás. Me tuve que conformar, una vez más, con hacer seguimiento del Gran Premio a través de la tele. Resultó curioso sorprenderme apoyando con fervor a rivales, deseando un mal resultado a Vincent y al equipo que yo misma había construido. Mis malas "vibras" viajaron a la otra punta de España y, a 3 minutos para el final de la Q2, Vincent sufrió una caída que lo mandó directo al centro médico del circuito. Tras ser analizado, Gerard le dio el "fit" para la carrera del domingo.

Gerard también había viajado a Jerez. Se había perdido las tres primeras citas del calendario por orbitar(me) como un satélite y en el Gran Premio de España decidió volver a la faena, coincidiendo con Vincent. A las puertas de la clínica, el piloto galo compartió sus impresiones con la prensa:

—En mi segunda tentativa he forzado demasiado para intentar frenar la moto y hacer la *courbe* más rápido, pero el neumático no me ha aguantado. Ha sido *mon erreur* —reconoció su error con humildad—. El doctor Vergés me ha detectado una *petite* fractura en la base de la falange del tercer dedo de la mano izquierda. Aun así, *je me sens bien* y me ha declarado "apto" para *la course de demain* —aportó información de su parte médico—. Saldré noveno mañana, con la vista puesta en el podio. Confío en la remontada.

Remontó. De noveno a segundo, quedando a tan solo +1.654 de Marc Márquez, líder de la carrera. Vincent estaba firmando un comienzo de año inmejorable, encabezando la clasificación general del campeonato con 90 puntos, +20 de ventaja con respecto a Márquez. Vincent se tituló en Jerez y decidió celebrar su "graduación" lejos de Barcelona: en La Sarthe, para ser precisos.

Después del gran premio andaluz, no regresó a casa. Un alivio, al menos para mí. Mi padre no compartía mi idea de liberación. Volvió contrariado, enfadado, violento. Nadie lo recibió. Mi madre repitió dinámica y se emborrachó hasta perder la conciencia; yo, por mi parte, mostré indiferencia y él se encerró en su despacho.

Algo había pasado en Jerez.

Pese a disfrutar de mi cama vacía, no podía dormir. Daba por hecho que las próximas dos semanas, previas a la siguiente prueba en Francia, iba a tener que compartir las sábanas con el impresentable de

Vincent y no hacerlo, más allá de suponer un respiro, me generaba curiosidad.

Bien entrada la madrugada, dejé a Dahlia durmiendo y subí las escaleras hasta el despacho de mi padre. Hablaba por teléfono, usaba términos legales. Al tocar la puerta y percatarse de mi presencia, me confirmó con quién mantenía tan acalorada discusión: su abogado, al que despidió sobre la marcha.

—Buenas noches —saludé con timidez—. ¿Ocurre algo, papá?

Él resopló. Caminó de un lado al otro, desolado. Se pasó la mano por la nuca, removió papeles.

—Lo siento, Edelweiss —se disculpó—. Perdóname, hija.

Perdió la voz, se apagó. Sus ojos se rayaron, humedecidos. Estaba dolido, pero ignoraba los motivos. Me pedía perdón y, si bien tenía mil razones por las que pedirme perdón, no sabía a qué se refería en ese concreto instante.

—¿Qué ha pasado?

—Tantas cosas que no sabría ni por dónde empezar —reconoció abrumado—. Vincent es un hijo de puta —le describió sin rodeos.

—Lo sé —le di la razón—. Y tú también, papá —añadí franca, por si había dudas.

Me miró; sin embargo, no usó su famosa mirada intimidatoria. En sus ojos había arrepentimiento.

—Ven conmigo a Francia. Quiero destapar a ese cabrón y devolverte el poder de la escudería —expuso sus intenciones—. Podrás volver a dirigir el equipo y… tu vida, hija.

—¿Qué quieres decir? —precisé detalles ante mi escepticismo.

—No tendrás que aguantar más a Vincent, ni en el box ni en tu casa. Te vayas o te quedes, decidas estar sola o acompañada —esclareció—. Contarás con todo mi apoyo, moral y económico.

—Pero, ¿qué ha pasado? —requería conocer lo sucedido y el porqué de su cambio de parecer.

—Si te soy sincero, nada que yo no le haya hecho a tu madre —admitió avergonzado—. Y ahí está, rota en mil pedazos. Un zombi alcoholizado con zapatos nuevos. No quiero que tú acabes como ella.

—Pudres todo lo que tocas, papá —ataqué desde el conocimiento—. Has destruido a mamá y, día a día, obligándome a estar con Vincent, me estás destruyendo a mí.

»Me quitaste mi trabajo: en él invertí lo poco que tenía y era mi única fuente de ingresos. Sin él y embarazada de alto riesgo, te aprovechaste de mi vulnerabilidad para coaccionarme una y otra vez. Me amenazaste diciendo que, si no me quedaba con Vincent, pondrías a su disposición a todos los abogados de Barcelona y Suiza para luchar por la custodia de Dahlia. ¿Quién puede luchar contra eso? La justicia no es justa cuando se compra. Y luego está Gerard…

Papá gruñó. Batalló consigo mismo, hallando la forma de tragar el odio que le producía el simple hecho de mencionarlo. Una rabia tan irrefrenable como irracional por el hombre que yo había amado por encima de todas las cosas.

—Sé que volver con el *medicucho* será lo primero que hagas en cuanto puedas —reclinó los dientes, furioso.

—¿Y a ti qué más te da? —le recriminé—. ¿Sabes de qué debes preocuparte? De llevar a mamá a un centro de desintoxicación, de ayudarla a salir del pozo en el que tú mismo la has empujado a vivir. Deja de pegarle, de violarla. —Él alzó la vista, escandalizado por mi extenso conocimiento de la situación—. Si no la amas, ¡divórciate! Y deja de ser el capullo infiel y putero que has sido cada día de tu vida. —Explicándole cómo debía actuar, describí la clase de ser esperpéntico que era.

»No quieres que yo acabe como mamá, pero intentas matar a Gerard y defiendes a Vincent, un maltratador como tú. —Respiré hondo, con ánimo de volver a cargar mi garganta con reproches—. Ya sé por qué no soportas a Gerard: no tiene que ver con la diferencia de edad ni su posición social. No soportas a Gerard porque es mejor que tú y eso te jode, te escama. No necesita dinero ni influencia

para comprar el amor ni la lealtad de nadie. A Gerard se le quiere por cómo es, no por quién es. No hay intereses más allá de compartir la vida con una buena persona, algo que tú jamás serás.

Papá se dejó caer exhausto en la silla que se escondía detrás del desordenado escritorio. Permaneció en silencio un largo rato, empalmando un resoplido tras otro y digiriendo mi discurso. Aunque no habían brotado lágrimas de sus ojos, sí que continuaban vidriosos y deseosos de externalizar el dolor de tanta acusación.

—¿Dónde crees que estaría Gerard ahora? —preguntó, aspirando a ordenar el caos de la mesa.

—No te sigo.

—Ya no te digo "si fuese Vincent", porque creo que es obvio. Si pudiese, ¿dónde crees que estaría Gerard ahora? —repitió, extendiendo un poco más la motivación de su interrogante.

—¿Si pudiese? ¿Si se lo permitieras? Conmigo y con Dahlia, por supuesto —no dudé ni un segundo en responder.

—Vincent está en La Sarthe —me comunicó—, se ha ido de *vacances*… acompañado —contó sintiendo vergüenza ajena—. Se llevó a la hija de Oliver Jenkins, líder de una de las constructoras que formó parte del grupo TransManche Link (TML) que sacó adelante el túnel del Canal de la Mancha. Un tipo importante, un amigo.

No me lo podía creer.

—¿Se ha ido a La Sarthe con Agnes? —precisé confirmar. Me alegraba, pero a la vez también me asombraba que una amiga como Agnes, la telemétrica que iba de consejera sentimental, fuese capaz de entrometerse en una relación con un bebé de por medio.

—Sí —reconoció mi padre—. Tienen una aventura desde hace meses. —Papá sacó cuentas, más largas de lo que esperaba—. Desde la gira asiática de la temporada pasada.

—O sea, en Valencia, ¿me dejó encerrada en el *motorhome* para ir a los MotoGP™ Awards con ella? —Mi padre asintió con la cabeza—. ¿Pretendías casarme con alguien que tú sabías que me estaba engañando? Y no solo con putas, sino con una empleada. ¡Una amiga!

—Tú estabas embarazada. No podía permitir que la hija de Jenkins dejara sin padre a mi nieta —argumentó, como si se hubiese viajado en la Tardis desde la Edad Media.

—¡Ojalá y se vaya con ella, papá! Le pongo un lazo en el cuello y se lo envío por Correos o monto una alfombra roja en el box, de la moto de Vincent al ordenador de Agnes. Joder, te juro que les organizaría la puta boda —bromeé, logrando dibujar una sonrisa en el serio semblante de mi padre—. Que se vaya a La Sarthe con ella, que le cocine el Fermier de Loué y se la lleve a navegar en barca por el lago de Sillé. ¡Me da igual!

—Les hemos regalado la victoria a Oliver y su hija —alegó derrotado.

—Pero, ¿qué dices? ¿Qué victoria? Vincent no es ni el premio de consolación —aseguré—. Los Jenkins, padre e hija, no han ganado nada más que problemas. ¡Nos han hecho un favor! ¿No lo ves? No te sientas inferior, papá. Ni Dahlia ni yo necesitamos a Vincent: estamos mejor sin él —exclamé con brutal honestidad—. Lo único que te pido es volver a mi trabajo y que no te opongas a mi relación, del tipo que sea, con Gerard. ¿Me apoyas en esto?

—Con una condición —advirtió él, cargándose el aura de buen *rollismo* que habíamos conseguido instaurar—. Si vuelves a los circuitos, necesitarás ayuda con la niña. Llévate a tu madre, por favor. Le hará bien estar cerca de vosotras y se complementará a la rehabilitación que estoy dispuesto a costearle.

—Claro. No me imagino mejor niñera —acepté, dándole un voto de confianza a mamá—, pero yo también tengo una petición —mi padre esperó a que la realizara—: quiero subir en moto a Francia y para eso necesito que lleves a mamá y Dahlia en tu coche.

—Hecho —me tendió la mano y sacó de un cajón mi pase permanente al *paddock*—. Bienvenida de nuevo, Edelweiss Moix, *Team Manager* del Emme Café Racing MotoGP™. Francia te espera.

CAPÍTULO 23

~~COTIDIANO~~ EXCEPCIONAL

1.208 kilómetros de libertad y adrenalina. Un viaje de conquista territorial y autodescubrimiento. Salí de España por La Jonquera, custodiando el BMW X6 M de papá con mi madre y mi hija en su interior. Cruzamos juntos la histórica Perpiñán y la costa de Narbona, pero en Béziers nos separamos. Ellos continuaron por la A-75 y yo me decanté por la A-9, añadiendo 200 kilómetros más a la ruta y sumando localizaciones como Montpellier y Nimes. Realicé una pequeña parada en Pont du Gard, donde saqué una foto de mi R6 con el hermoso acueducto romano de fondo. Pasé por el río Ródano en Valence y llegué al departamento de Loira por Saint-Étienne. En Clermont-Ferrand, a poco más de 400 kilómetros del circuito de Le Mans, mi ruta volvió a unirse con la de mi familia y decidimos hacer noche en el Hôtel Princesse Flore de Royat para descansar y reponer fuerzas. Un cinco estrellas que yo hubiese obviado, pero cuyo lujo y confort agradecí después de un trayecto de ocho horas en moto.

A la mañana siguiente, jueves de Gran Premio y tras otras cuatro horas de recorrido, llegamos al autódromo francés. Había bastante movimiento: trabajadores descargando sus vehículos, pilotos madrugadores y fanáticos deseosos de conocer el funcionamiento de una cita mundialista y de robar algún *selfie* a su celebridad favorita. Mostramos nuestras acreditaciones y accedimos al aparcamiento del personal, donde observé a un conductor bajando una silla de ruedas de su taxi adaptado con rampa. A pesar del fragor constante del motor encendido de mi 600 c.c., podía intuir la bronca que le estaba metiendo el pasajero al taxista por, según criterio ajeno, hacer mal su trabajo de asistencia. Reí. Gerard siempre había tenido ese toque *gruñoncete*, incluso antes de la paliza.

Me coloqué a su lado y di un par de golpes de gas. Gerard entrecerró los ojos, pensativo, intentando desvelar quién le saludaba a lomos de una Yamaha R6 negra y con el rostro oculto bajo un casco. Me levanté la visera y le ayudé a revelar mi identidad.

—"Vamos, colega. Sube que te llevo" —pronuncié, reproduciendo la primera frase que le dije cuando nos conocimos.

Paré el motor de la motocicleta.

—¿Edel…? ¿Qué haces aquí? ¡No te esperaba! ¿Y la niña? —Los interrogantes le asfixiaban.

—Vuelvo al curro —informé eufórica—. No se lo he contado a nadie, ni siquiera lo sabe Vincent —esbocé una sonrisa malévola al imaginarme su cara—. La niña está con mis padres. Mamá viajará conmigo para echarme una mano con ella.

—Me alegro muchísimo de volverte a ver por el *paddock* —dijo reflejando sinceridad—. Ya sabes dónde está el Centro Médico. Yo… Bueno, trabajo allí —se mostró nervioso, impresionado por la excursión al pasado que acabábamos de realizar con la escena de la moto—. Estaré allí para lo que quieras.

—¿Para lo que quiera? —me mostré traviesa—. Quizá le hago una visita extraoficial a la tarde, doctor Vergés.

Él sonrió, ruborizado.

—¿Ya has atado los cabos que mencionó Judit? —preguntó curioso, refiriéndose a la conversación con mi madre tras la cena en casa.

—Estoy en ello —contesté misteriosa.

—¿Has venido a jugar al ajedrez? —continuó sumando alegorías de la charla con mamá.

—He venido a jugar, me da igual el juego —me encogí de hombros, manteniendo una actitud picaresca.

—¡Jo, jo, jo! —exclamó excitado—. Nos vemos esta tarde.

—Sin falta —concluí.

Pero no nos vimos. Mi regreso al box, revolucionó el gallinero. Algunos se alegraban, como Oriol y Adam; en cambio, otros, se revelaron. Vincent y Agnes se presentaron juntos al *briefing* del fin de semana, encontrándose con mi presencia por sorpresa. Ambos, risueños, borraron de un soplido la sonrisa de su semblante: Agnes se puso seria, creando distancia y adoptando una actitud lo más profesional posible; Vincent, por su parte, sacó al monstruo que habitaba en él.

—Tú, fuera de aquí —dijo nada más verme.

—¿Perdón? —carcajeé.

—Hasta que no te vayas, no pienso subirme a la moto —amenazó.

—Vale —me giré buscando a mi compañero de fatigas—. Oriol, convoca a la prensa para anunciar la retirada inesperada de Vincent Joubert en el Gran Premio de Francia, el de "su casa". Yo me pondré a buscar un sustituto para la carrera de Mugello. Quizá llame a Yurena.

—Oído —respondió Oriol, toqueteando su teléfono móvil.

—Seguimos. ¡Hola a todos, a todas! Estoy encantada de poder reincorporarme al trabajo…

—Voy a hablar con los *sponsors* —interrumpió Vincent—. Les diré que por tu culpa vamos a perder una oportunidad única de ganar el campeonato de MotoGP™ —añadió, cargado de odio.

—Haz lo que quieras —respondí con desdén, sin mirarle—. Agnes, necesito la telemetría de Vincent de las temporadas 2017 y 2018. Adam, en los libres de mañana la aplicaremos a tu moto para ver qué tal se te da el paso por curva —expliqué en inglés para que todos me entendieran.

—¿Me vas a robar los datos? —inquirió furioso Vincent en español.

—¿Tú quién eras? Ah, sí. Trabajabas aquí hasta hace 2 minutos. Ya no pintas nada —aclaré, señalándole la puerta. Apoyado en ella, estaba mi padre observando en la lejanía. Me guiñó un ojo, orgulloso.

—*Tu es une salope dégoûtante!* —Y "pim-pam-pum" puñetazos a todo lo que se encontró por el camino, con empujón gratuito a mi padre.

Respiré hondo y continué con la reunión de equipo. Agnes tenía la vista clavada en el suelo, amedrentada por la situación. Al término de la charla, me acerqué a su puesto de trabajo.

—No sufras, amiga —presioné su hombro—. Todo tuyo. Podrías habérmelo contado: te habría dado luz verde y no hubieses sido percibida como una zorra traidora. —Porque lo era. Sea cual fuese mi relación con Vincent, su comportamiento fue desleal—. Olvídalo y haz tu trabajo: comparte la telemetría con Adam.

A la tarde, cuando se acercaba el momento de mi visita extraoficial a Gerard, Vincent cumplió su amenaza. En rueda de prensa, el líder de la clasificación general del campeonato, anunció que no participaría en el Gran Premio de Francia dejando a la afición local devastada:

—*Je ne me sens pas bien*. Me he levantado con molestias en el dedo *fracturé* en Jerez y no quiero

forzar y que empeore —explicó a los medios asistentes—. Hay desavenencias en el equipo, pero creo que lo más sensato es no correr. —Preguntado sobre la posibilidad de cambiar de idea y rodar, él contestó—: Lo consultaré, por supuesto. Sin embargo, mucho tendrían que cambiar las cosas —envió como mensaje subliminal. Los periodistas también se interesaron por mi regreso al garaje de la escudería—. Creo que se trata de una *visite*. En principio, no será *pour toute la saison* —relató metiéndome presión públicamente. Por último, los compañeros de prensa le hablaron de Dahlia—: *Un circuit* no es sitio para un bebé —opinó.

Se me hicieron las mil en el circuito. Llegué a tener videoconferencia con mis patrocinadores, ocultando el sacaleches bajo la camiseta: mi hija tenía hambre y mis pechos iban a reventar. Hablé con ellos, alterados por la ausencia de Vincent en un momento tan crucial del campeonato.

—¡Es un dedo! ¿Por un dedo se baja de la moto?

Era el interrogante que más se repetía. Vincent se estaba jugando el título de MotoGP™ 2019. Sumando un cero a su casillero, podría perder el liderazgo de la tabla en una única carrera. Había muchos intereses de por medio y los patrocinadores me pedían fundamentos convincentes. Les conté la verdad:

—Vincent me está haciendo chantaje y no puedo ceder —respondí con honestidad—. No se baja de la moto por la lesión, sino por mi vuelta al box. Él quiere que me haga a un lado, que me quede en casa cuidando de nuestra hija mientras él se folla a medio a *paddock* —fui lo más clara posible en mi exposición—. Y os prometo que me importa tres mierdas a quien se folle, pero no puedo consentir que me expulse de mi propio proyecto. Yo luché por convertiros en mis patrocinadores y yo lo contraté. Es nuestra ilusión, es nuestra familia: una sola manzana podrida no puede cargarse lo que hemos construido —alegué.

Con los gerentes de Emme Café quedé en hacer una reunión presencial al día siguiente. El resto de patrocinadores, más pequeños, se comprometieron a contactarme a lo largo del fin semana con sus valoraciones individuales.

Apenas dormí un par de horas, y ya estaba en el circuito otra vez. Se disputaron los primeros entrenamientos libres sin Vincent. Adam Schulz consiguió colarse en el Top 8, por lo que mi propuesta de intercambiar los datos con Vincent estaba dando sus frutos. Ante el resultado, Vincent se presentó en el box cagándose en la puta madre de todos los que estábamos dentro:

—¡Os estáis aprovechando de mi trabajo, *connards*! —gritó irritado.

—¿Vienes a correr? ¿No? Entonces, fuera de aquí —le indiqué.

Vincent respondió tirando el portátil de Agnes al suelo. Le insté a que me siguiera fuera del garaje. Justo en ese momento, Gerard llegó.

—Os estaba buscando —dijo al vernos.

—Hola. Oye, siento lo de ayer. Se me complicó la tarde y… —señalé de manera superficial a Vincent, el motivo por el que no pude acudir a nuestra cita “extraoficial”.

—No te preocupes, lo supuse. Ya nos veremos cuando la tormenta amaine —expresó él con empatía.

—¡Qué asco dais! —exclamó disgustado Vincent—. No sé qué ves en el viejo inválido este —agregó con desprecio.

—Lo que tú no eres: un hombre; no un crío narcisista engreído, caprichoso y con ínfulas —entré a discutir.

—Tranquilos, ¿vale? Seamos profesionales. Dejemos al margen las rencillas personales —Desde la temperancia, Gerard nos pidió calma—. Vincent, he venido a invitarte al *Medical Center* para revisar el estado de la fractura. Quizá se ha desplazado y por eso te molesta. En cualquier caso, puedo

ofrecerte una banda de protección y medicación para que puedas correr este fin de semana. Es posible que no estés al 100 %, pero cualquier punto que sumes, será trascendental para el campeonato.

—¡Qué te follen, viejo! —vociferó Vincent, llamando la atención de los trabajadores de boxes contiguos y de algún aficionado que se paseaba frente a nuestro camión—. Tengo el dedo perfecto. Puedes preguntarle a Agnes —añadió, imitando el movimiento de estimulación sexual de una vagina. "Puaj"—. Solo quiero que esta "chupapollas de ancianos" salga de mi garaje —me señaló, emitiendo una risa jactanciosa.

—Vale. —Gerard dio la conversación por terminada y se giró hacia mí—. Edelweiss, ¿cómo tienes la tarde?

—Prefiero la noche. Conozco un restaurante precioso a las orillas del Río Sarthe —sugerí, pensando en "La Guinguette des Tanneries"— y a tres minutos de mi hotel.

Cabreado, Vincent se montó sobre su *scooter* y se marchó a gran velocidad. Al final, sí que estaba jugando y me lo estaba pasando pipa.

—Vaya percal —consideró Gerard—. Lo de esta noche, ¿iba en serio o lo dijiste por picarle?

—Lo he dicho totalmente en serio —le aclaré—. ¿Te apetece?

—Muchísimo. —El color azul de sus ojos brilló con intensidad, como antaño. Vi ganas, interés; pero, sobre todo, ilusión.

Tomé el teléfono móvil y le pasé la ubicación a través de WhatsApp.

—Nos vemos en el restaurante, a eso de las nueve. La mesa estará reservada a mi nombre —sonreí y me dirigí hacia la entrada de mi box—. Hasta luego.

—*Fins després, bonica* —se despidió en catalán.

Antes de la cita con mi exmarido, tenía mil quinientos asuntos pendientes que resolver. El portátil de Agnes, víctima de la violencia de Vincent, quedó tocado y tuvimos que buscar un sustituto a contrarreloj. En torno a las dos del mediodía, se disputó la segunda ronda de entrenamientos libres en la que Adam mejoró una plaza, séptimo. Íbamos por el buen camino. También atendimos a la prensa, interesada en la evolución de Vincent y su posible retorno a la actividad de pista de cara a la jornada sabatina; evitamos a toda costa ofrecer información comprometida, al menos hasta que me reuniese con mis socios.

Con la caída de la tarde, llegaron los representantes de Emme Café. Los recibí en el *hospitality*. Había estado trabajando en mi discurso hasta altas horas de la madrugada, pero no hizo falta: ellos venían con la decisión tomada.

—Estamos de tu parte, Moix —dijo uno de los interlocutores—. Independientemente de los resultados de Vincent -sin duda, positivos-, confiamos en ti y en tu capacidad de liderar el proyecto. No vamos a aceptar el requisito del piloto galo a prescindir de tu persona: si no está de acuerdo con tu rol dentro de la escudería, nosotros mismos alentaremos la rescisión de su contrato por incumpliendo del mismo.

—En Emme Café compartimos los valores de unión y equidad que instauraste en la escudería en sus inicios y nos gustaría que siguiese siendo así, por lo que no podemos apoyar a quien intenta destruir "nuestra familia" a base de chantajes y caprichos de carácter personal —opinó el segundo agente de la marca—. Nuestra intención es comunicar a Vincent, a título individual y particular, el veredicto inamovible que Emme Café -como patrocinador principal del equipo- ha tomado después de la celebración del actual Gran Premio francés. A partir del lunes, si él mismo no ha reculado en la determinación de no participar en el vigente campeonato, se le notificará que o se sube a la moto para Italia o será denunciado y reemplazado de inmediato.

—Gracias, mil gracias por la comprensión y empatía.

Solo tenía palabras de gratitud para mis socios. Me entendían como la víctima de una disputa personal que hacía tambalear todo el trabajo que había detrás de Emme Café Racing MotoGP™. Con el soporte de mis colaboradores, me sentí empoderada. Iba a seguir remando para conseguir objetivos, estuviese o no Vincent con nosotros.

De camino al hotel, le conté a mi padre el logro tan importante que habíamos conseguido con el patrocinador: reducir a cenizas las amenazas de Vincent. Me dio la enhorabuena. Ya en la habitación del Ibis, ejercí de madre, deseosa de pasar tiempo con mi pequeña Dahlia. Luego de bañarla, brindarle su ratito de pecho y leerle un cuento de nanas internacionales acompañado de música de un CD, la bebé se durmió. Fue cuando, reuniendo valor, me dirigí a la *penthouse* de mis padres para informarles de que saldría a cenar con Gerard.

—Diviértete, hija —fue la respuesta de mi madre—. Nosotros nos encargaremos de la niña.

Papá no dijo nada, pero fue suficiente para mí. Dejé a la niña descansando en su cochecito, asegurándome de que tenía todo lo que necesitaba, incluyendo un par de biberones con leche materna y me llevé un duplicado de la tarjeta de la *suite* para no molestar si dormían. Había ganado un margen de dos o tres horas para disfrutar de mi exmarido.

Me vestí con unos pantalones ajustados negros -de talle alto, pero pesqueros- y un corsé palabra de honor de mezclilla, con cremallera delantera y cordón detrás. En los pies, unos zapatos de tacón cuadrado y lazada en el talón. Pelo suelto, marcando las ondas naturales y maquillada con labios rojos. De refrescar, llevaba una cazadora oscura con detalles florales en las mangas, aunque la idea era no usarla y dejar bizco a Gerard con mi escote. Sí, soy cruel.

Entré en el restaurante pasadas las nueve de la noche. Gerard me esperaba en la terraza, en una mesa con vistas al río. Tenso, perdía su vista en la silueta de la ciudad francesa.

—Disculpe, caballero. ¿Está libre? —dije, preguntando por una silla que esperaba por mí.

Gerard me miró. Me miró de arriba a abajo, de abajo a arriba. De un lado al otro y vuelta a empezar. No hubo un centímetro de mi cuerpo que no analizara y es que se habrá quedado mudo, pero de ciego nada.

—Creo que se ha equivocado de mesa, señorita. Yo no puedo ser el afortunado que merezca su compañía —comentó galante.

—¡Qué tonto eres! —reí sonrojada, arrastrando la silla y tomando asiento frente a él—. Gracias por venir.

Él llevaba unos pantalones de color marrón, una camisa blanca arrugada encima de una camiseta gris y se abrigaba (o escondía bajo) una chaqueta negra. Muy casual, pero me encantaba su estilo desaliñado. No se había afeitado, ni se había molestado en arreglarse la barba. Su campechanía me enloquecía.

—Estás… —buscó sinónimos al calificativo “buenísima”—. Exuberante.

—Sí, he optado por un corsé fácil de quitar —confesé—. ¿Ves? Solo es bajar la cremallera —evidencié su sencillez desplazando el cierre unos centímetros. Gerard se quedó boquiabierto, imaginándose (o recordando) qué había detrás de la prenda.

—Uff, para —me pidió, acomodándose en su silla con la intención de disimular su más que probable erección—. Voy a pedirme algo frío. Muy frío.

Gerard llamó al camarero. Pedimos dos bandejas de aperitivos con quesos franceses y embutidos, y un par de cócteles: un Whisky Sour para él y un Manhattan para mí. Con rapidez, el mesero dispuso nuestra comanda en el centro de la mesa.

—¿Te gusta el sitio? —curioseé por bajar la temperatura de la charla.

—Es precioso, pero su especialidad son las copas —frunció el ceño—. ¿Pretendes emborracharme?

—¡Me has calado! —bromeé.

—No necesitas recurrir al alcohol para cautivarme —confesó mirándome a los ojos—. Llevo enamorado de ti más años de los que tendrá este whisky.

—Oh. Uh. Ah. Gerard… —recitando las vocales como un infante de parvulario, noté cómo mi termómetro interior volvía a subir la temperatura y me sobraba el corsé, el sujetador y hasta la piel.

—No vuelvas a hacer eso.

—¿El qué? —quise saber sofocada.

—Gemir pronunciando mi nombre —aclaró. Reí divertida.

—Oh. Uh. Ah. Gerard —repetí—. Ya te dejé mudo. Ahora, me toca dejarte sordo.

Se mordió el labio. Caliente, sexy. Su respiración se agitó, se entrecortó. Se pasó la mano por la nuca, notando el sudor que había generado su cuerpo por el calor que irradiaba desde dentro. De repente, como si le hubiese tirado un jarro de agua helada, su expresión perdió excitación y ganó angustia.

—Edelweiss, yo… —le costaba verbalizar lo que le sucedía.

—¿Te encuentras bien? —mostré interés, preocupada.

—No sé si puedo —reconoció abochornado, al borde de romper a llorar—. No sé si… funciono. No he probado. Yo… desde… —arrojó palabras sin orden—. No eres tú, soy yo. Y yo quiero, pero no sé si… puedo. No puedo —se apuró.

El tonteo le había evadido de un hecho del que no podía escapar. Al descubrirse atado a las limitaciones de su silla de ruedas, recibió una bofetada dolorosa de realismo.

—Ey, ey, ey —tomé sus manos—. No pasa nada, cariño —acaricié su rostro—. No pretendía meterte presión ni obligarte a hacer nada para lo que no te veas preparado —le sonreí con dulzura—. Solo quería dejarte claro que, una década después, te sigo deseando como el primer día que te vi. O más. Ni tu nueva condición ni el paso de los años me han hecho cambiar de parecer.

—Te quiero, Edelweiss —susurró mientras deslizaba su pulgar por mis labios—. Siempre te he querido. Lamento tanto haberte echado de casa, de mi vida. Siento que mi baja autoestima y mis inseguridades hayan permitido que tu familia y mi peor versión me manipularan. Nunca quise hacerte daño: creí que al alejarte de mí te estaba haciendo un favor.

—Es igual. El pasado no se puede borrar. Ahora estás aquí, conmigo, pero hemos perdido mucho tiempo y lo quiero recuperar. ¿Estás de acuerdo?

Gerard permaneció en silencio, sumido en sus pensamientos. Su actitud taciturna me frustró, y desde lo más profundo de mí, me cuestioné molesta: “¿Por qué necesita tanto tiempo para pensar?”.

—Este lugar tan idílico habría sido perfecto para proponerte matrimonio —fantaseó observando el río Sarthe y el contorno de los edificios iluminados por las luces de la calle.

—No cambiaría ni un ápice de nuestro plan de pizzas de Domino's y Lambrusco de Mercadona. Fue tan espontáneo, tan acogedor —recordé con nostalgia.

—¿Y si lo volviera a hacer? ¿Si te pidiera nuevamente que te cases conmigo? —preguntó, temeroso de la respuesta.

—Te diría que “sí”, pero si algo me ha enseñado este tiempo separados es que no necesito papeles ni burocracia para amarte. Llevamos divorciados casi 7 años y no he dejado de quererte en ningún momento —confesé con el corazón en la mano—. Preferiría dejarnos de viajes a Francia, de terrazas con vistas al río Sarthe y optaría por volver a nuestro plan de pizzas y vino en el piso de Barcelona. Cotidiano, honesto, humilde… Nuestro.

—Acércate, por favor —me pidió, ansioso por robarme un beso al que no aspiraba alcanzar sin solicitarlo.

Bordeé la mesa y me senté sobre sus piernas, rodeando su cuello con mis manos. Sonaba un débil hilo musical de fondo de preciosas baladas francesas, cuya autoría era desconocida para mi ignorante oído. En la terraza no estábamos solos, por lo que los cuchicheos de la gente no se dilataron en llegar. Mientras rozaba mi nariz con la de Gerard, escuché susurros que traduje desde diferentes idiomas y atendiendo al contexto:

—Pensé que era su padre —murmuró un hombre en inglés.

—Debe ser prostituta —opinó una señora en francés, que añadió—: ¡Qué poca vergüenza! Es una niña.

—Déjalos, José Luis, ¿qué te importa? Si se ven bien bonitos juntos… —consideró una joven latina.

Aún no había rozado los labios de mi exmarido y ya me sentía juzgada por el entorno. Por desgracia, nada nuevo.

—Allá donde vamos, la liamos —farfullé cohibida.

—Que miren, que hablen —contestó Gerard con hartazgo, entreteniéndose con los mechones de mi cabello suelto.

—¿Estoy lo suficientemente cerca? —coqueteé, sabedora de que no.

Gerard recortó la distancia que separaba su boca de la mía y me besó. Su dosis de pasión era superior a la aceptada por la sociedad en un lugar público, así que los comentarios del ambiente se intensificaron. Me centré en disfrutar del roce de nuestras lenguas, haciendo caso omiso a las habladurías.

Volví a tener calor. Volvió a sobrarme el corsé, el sujetador y la piel. La piel era lo que quería tocarle, misión imposible entre la chaqueta, la camisa y la camiseta. ¡Cuánta ropa! Él, en cambio, sí se deleitó del contacto con mis brazos al descubierto. Aunque ya habíamos cenado, su boca hambrienta se fue de excursión al filo de mi mandíbula, a mordisquear el lóbulo de mi oreja y a saborear la dermis de mi cuello.

—Oh. Uh. Ah. Gerard… —volví a gemir, esta vez inconsciente. Me hacía perder la razón por segundos, olvidándome de que estábamos rodeados de clientes en la terraza de un restaurante.

—¡Me has traído aquí porque sabías que estaba ella! —escuché en perfecto inglés británico. De Brighton, en concreto—. ¡Estoy cansada! Todo gira en torno a ella. Y a ella le das lo mismo, ¿no lo ves?

Frené a un desbocado Gerard que poco le había faltado para bajar la cremallera de mi corsé y reencontrarse con mi pecho. A pocos metros de nuestra posición, Vincent y Agnes discutían. Ellos, como pareja, se habían convertido en la escena antagonista a la mía con Gerard: de la pasión a los celos, un *show* de lo más completito para el resto de comensales.

Muy a pesar de mi exmarido, recuperé la vertical. Abrí el bolso y solté un billete de 50 euros sobre la mesa. Con el labial corrido y el pelo alborotado, me recoloqué la ropa y le quité el freno a la silla de Gerard.

—Buenas noches, chicos —les saludé con una sonrisa de Joker producida por la mezcla del carmín rojo y la saliva de mi cita—. Nosotros ya nos íbamos al hotel. Os dejamos la mesa libre. ¡Disfrutad!

—Yo también me voy —anunció Agnes, que nos acompañó enfurruñada hacia la salida.

—Vuelve, *s'il vous plait* —suplicó Vincent. Agnes se paró en seco—. Edelweiss, vuelve. —De las dos mujeres que formábamos parte de su vida, decidió nombrarme a mí; yo, por mi parte, decidí ignorarle—. ¡Sé que solo estás *avec lui* para ponerme celoso! —inventó. “Cree el ladrón que todos son de su condición”, retumbó en mi cerebro. Como guion de serie turca estaba cojonudo—. Tenemos *une fille* juntos y eso es más importante que cualquier *romance stupide*… —O su voz se fue apagando o

había conseguido distanciarme lo pertinente para dejar de oírle.

En el exterior, Agnes lloraba decepcionada. La noche refrescó, por lo que me puse la chaqueta y me preocupé de que Gerard también estuviera bien abrigado. Antes de marcharme, me acerqué a mi amiga de festivales de verano.

—Lo siento, Agnes —me dirigí a ella en inglés—. No sé qué relación tenéis, no sé qué sientes por él, pero Vincent solo sabe hacer daño. No dejes que te destruya. —Froté su bíceps con suavidad en un gesto de sororidad—. Cuídate mucho, amiga. Nos vemos mañana en el *paddock*.

Empujé la silla de ruedas de Gerard por el paseo de tierra junto al río. Ambos nos mantuvimos en silencio, procesando lo que había ocurrido. De fondo, la música de los locales nocturnos, el suave fluir del río y el ruido del tráfico creaban la banda sonora del momento. Pasamos por un embarcadero y salimos a la calle. Al cruzar el puente, llegamos a mi hotel.

—Es aquí —suspiré—. Gerard… —aclaré mi garganta, agachándome frente a él para mirarle a los ojos—. Puedo conseguirte un taxi, pero a decir verdad lo que me encantaría es que vinieses conmigo —afirmé, convencida de que quería tenerlo en mi vida.

—No entiendo cómo he llegado a ser digno de ti —declaró, mirándome con devoción a través del intenso azul de su iris—, ni tampoco sé por qué la vida me da otra oportunidad.

—Porque te la mereces —le sonreí—. Nos la merecemos —le besé superficialmente—. Vamos —agregué, asumiendo su consentimiento.

Subimos a mi habitación. Era sencilla, de cama doble, y algo estrecha para la libre circulación de la silla de ruedas. Gerard empezó a ponerse nervioso al considerarse un estorbo atascado.

—Creo que no ha sido buena idea —dijo viéndose en mitad del ajustado pasillo—. Mejor será que…

—Te vas a quedar. Nos apañaremos —respondí optimista—. Si necesitas usar el baño, yo te ayudo.

—Por Dios, ¡qué bochorno! —protestó avergonzado.

—Sé que eres autosuficiente, ¡vives solo! —exclamé orgullosa de sus avances—. Pero la situación es la que es y nos tenemos que adaptar.

—Prefiero evitarlo —dijo retrocediendo sobre sus ruedas.

—Gerard, ¡no! —Le bloqueé su desplazamiento. Me sentí fatal por limitar su libertad y lo solté—. Si sales por esa puerta que sea porque no quieres pasar la noche conmigo, no por tus piernas.

Resopló, debatiendo qué hacer. Peleándose consigo mismo: con su cerebro y su corazón; con sus miedos y deseos. Respiraba con brusquedad, se frotaba los muslos en busca de una sensibilidad perdida. Alzó la vista, contuvo el aliento y tiró de mi brazo para aproximarme a su rostro y besarme.

No salió por la puerta. Quería pasar la noche conmigo.

Recurrió a la pasión del restaurante. A esa boca que no se conforma con besar, sino que anhela comer, devorar. Conquistar. Reconquistar. Repasó el perímetro de mi cuerpo con sus manos temblorosas, nerviosas e inseguras, pero decididas a romper tabúes. Bajó la cremallera de mi corsé, deshaciéndose de él y dejando el sujetador *bandeau* sin tirantes como único responsable de ocultar mi pecho, crecido por la lactancia.

—¡Joder! Qué belleza —admiró—. Desde que te vi, tenía ganas de hacer esto. —Con maestría, desabrochó el sostén y se embelesó con sus viejas amigas—. Debo estar soñando —susurró ardiente, antes de extraviarse entre mis senos y estimular mis pezones con su lengua.

—Cuidado con… —Lo inevitable. Un chorro de leche —Lo siento, lo siento —hice por secarle con mis manos—. Llevo horas sin dar el pecho a Dahlia y… —Él sacó la lengua y degustó el líquido

—Está dulce —apuntó—. Delicioso.

—Si quieres me pongo el sujetador otra vez. El chorreteo puede ser constante —expliqué,

recuperando la prenda íntima.

—No, no, no —me arrebató el sostén y lo lanzó lejos. Sobre mis labios, pronunció—: es más, espero que no sea el único fluido corporal tuyo que vaya a catar hoy.

—Oh. Uh. Ah. Gerard… —gruñí candente.

—¿Podemos ir a la cama, por favor? —sugirió, apenado por precisar de mi colaboración.

—Claro. Ven, cariño, apóyate en mí.

Le ofrecí mi hombro, él se agarró de mi cuello y cintura. Su peso y mi falta de práctica no impidieron que luchase por hacerle sentir cómodo. De una maniobra, para cuya fuerza saqué desde mis adentros, lo tumbé sobre el colchón. Ahuequé su almohada y le retiré sus zapatos.

—Es una situación muy humillante —se quejó, llevándose las manos a la cara.

—Sí. Ir con las tetas al aire mientras tú sigues vestido es bastante humillante. Sobre todo porque voy disparando leche a diestro y siniestro. *Pium, pium*. —imité el sonido de un arma y conseguí que esbozara una sonrisa. Me situé a horcajadas sobre su cadera—. Mira. —Me desabroché el pantalón y le dejé ver la cicatriz de mi cesárea de parto gemelar—. Nuestros cuerpos no son perfectos, pero a través de ellos experimentamos los placeres de la vida. Solo por eso, por esta conexión que nos permite hacer físico nuestro amor, debemos amarlos al margen de sus imperfecciones.

—Tu cicatriz es sinónimo de vida. Has dado vida —dijo, haciendo referencia al nacimiento de mis hijas—. La mía, en cambio, es limitante y sinónimo de…

—De vida, también —intervine en su alegato autocompasivo—. No te has rendido. Sigues viviendo, luchando. —Bajé la mirada a mi torso desnudo—. Con estas pintas, mi mensaje pierde toda credibilidad.

Él se incorporó, ya que de cintura para arriba tenía el control completo de su anatomía. Regresó a los besos, a las caricias, mientras yo me centraba en irle quitando prendas de ropa. La camisa blanca arrugada -más arrugada aún- y la camiseta gris acabaron haciéndole compañía a mi solitario sujetador. Por fin. Lo que había esperado para volver a tocar su piel.

—¿Te quitas los pantalones, mi amor? —pronunció, usando ese tono sensual que me dejaba intuir la de cosas que haría con lo que habitaba debajo de mi pantalón.

—Solo si tú te quitas los tuyos —chantajeé divertida.

—Edelweiss… No… —suplicó.

—Tranquilo, no te tocaré —le prometí dándole un pico—. Solo quiero estar en igualdad de condiciones.

Aceptó.

Haciendo un bailecito de lo más ridículo, me quité los pantalones negros, manteniendo las bragas. Él tragó aire, conteniendo las ganas que tenía de asaltar cada centímetro de mi ser. Llegó su turno: aflojé el cinturón y deslicé la bragueta.

—Apaga la luz, por favor. —Le obedecí. A medias. Apagué la luz del techo, pero encendí la del baño y entrecerré la puerta para disponer de un mínimo de visión.

Volví con él. Fui retirando con delicadeza el pantalón, bajándolo por las piernas. Él cerró los ojos, haciendo un esfuerzo por superar su vergüenza. De soslayo, me percaté de la erección incipiente que nacía bajo sus calzoncillos. Estuve tentada de mimar al miembro que se ocultaba de mí, pero respeté mi promesa. Poco más respeté a partir de ese momento.

Con ritmo gradual, de besos pausados y dedos traviesos, nos entregamos el uno al otro. No necesitó ayuda para ponerme al revés y sorprenderme con una visita a mi centro de placer. ¡Qué buena memoria tenía! Sabía lo que tenía que hacer, en el orden y la intensidad ideal.

—Toda la habilidad que has perdido en las piernas, la has ganado con la lengua —opiné agitada,

tras correrme por segunda vez—. Y esos dedos… Mmm.

—Si quieres más… Estoy a tu completa disposición —se ofreció, acostándose a mi lado.

Estaba cachondo. Muchísimo. Estaba gozando de ver a su mujer alcanzando el clímax con sus mágicas dotes sexuales.

—Sí, quiero más… —solicité agónica—. Déjame —puse mi mano sobre el bulto de sus gayumbos.

—No, no, no —rechazó una y otra vez, inquieto.

—Está bien, de acuerdo. Perdona —Me disculpé al haber autorizado el poder del habla a mi instinto más primario.

"Respeta, Edelweiss. Respeta", me convencía.

Pero Gerard cambió de opinión.

—No, sí —se contradijo—. Lo intentamos.

—Gracias por confiar en mí —le besé, antes de descender al área de su ropa interior—. Lo que sea, me lo dices y paro.

Pero no paré. Sí me dijo, muchas cosas. Ojos en blanco, enajenado por la lujuria y el júbilo, me subió a un altar con la liberación de palabras encarceladas en su gaznate durante años: "Te quiero", "Te he echado tanto de menos", "He soñado contigo cada día; con esto", "Joder, me encantas", "Uff, eres una diosa; mi diosa". El desvarío aumentaba al compás de mis acciones: empecé con las manos, di paso a mi boca y, como lo vi preparado, le dejé entrar. Su ausencia de movimiento, me hizo responsable de la cadencia. Interpretando sus muecas y sus sonidos, conseguí que materializase el éxtasis fundiéndose conmigo.

Me dejé caer sobre él, encontrando cobijo en su regazo. Jugueteé con el vello rizado de su pectoral; él me acariciaba la espalda. Sobraban las palabras, nuestros cuerpos habían hablado por nosotros.

A los 15 o 20 minutos, cuando empezaba a sentir la llamada de Morfeo, me levanté -contra mi voluntad-. Prendí la luz de la mesita y me cubrí con un batín. Gerard dormitaba y, confundido, exploró el colchón en mi búsqueda. Lo arropé con una sábana y besé su sien.

—¿Por qué te vas? ¿A dónde vas? —quiso saber, soñoliento—. Quédate conmigo.

—Ahora vengo, cariño. Voy a ir a buscar a Dahlia.

Salí de mi habitación y subí al ático en el que se hospedaban mis padres. Toqué la puerta, no recibí respuesta y usé el duplicado de tarjeta para acceder a la *suite*. Mi padre roncaba; mi madre, sorda como una tapia, veía la tele desde la cama.

—Buenas noches, mamá —la saludé—. Ya estoy por aquí. Gracias por cuidar a Dahlia. ¿Se ha portado bien?

—Hola, hija. ¿Cómo lo has pasado? —Mi madre abandonó la cama para darme un par de besos—. La nena, ¡una bendita! Ni la he sentido. Más buena… Uhm. ¿Y esas fachas? —preguntó al verme el batín—. ¿No llevas bragas? —examinó al detalle—. ¿Te has acostado con el doctor Vergés? —interrogó con pasividad y sin dudas.

—Sí, y ha sido fantástico —suspiré enamorada—. Le quiero mucho, mamá.

—Espero que seáis muy felices juntos —deseó mamá—. Le daréis una maravillosa familia a la niña.

—Gracias, mamá —la abracé—. ¡Qué descanses! Hasta mañana.

Volví a mi cuarto. Entré con sigilo, pero Gerard se había desvelado y me esperaba sentado en la cama.

—Hola, *bonica*. *Tot bé?* —se interesó, imagino que preocupado por la reacción de mis padres a mi batín.

—Síií. *Holi*, ¡mira a quién tenemos aquí! —saqué a la niña del cochecito—. Mi niña preciosa —Me senté en la cama, abriéndome el batín y ofreciéndole el pecho—. ¡Qué alivio! Me iban a estallar las tetas. He estado al borde de traer un poco de Nesquik y pedirte el favor a ti —bromeé.

—En lo que pueda ayudar, ya sabes —me siguió el chiste.

Aunque le sugerí que descansase, Gerard se quedó despierto a mi lado hasta que Dahlia terminó la toma. No necesité buscar distracciones en el móvil ni contar las flores de la colcha. Me hizo ameno el rato. Ese y el siguiente, a las tres horas. Me contó historias del ayer, del presente e incluso también aludió a la posibilidad de un futuro de tres. Masajeó mi maltrecha espalda de las malas posturas de la lactancia y me leyó artículos de crianza respetuosa. Sintió "la llamada de la naturaleza" y "con naturalidad" -como no podía ser de otra manera- le facilité su traslado al baño. Fue una noche larga, pero cargada de comprensión y compañía. Sin embargo, lo mejor fue despertar a su lado.

—*Bon día*, bella durmiente —me saludó de buena mañana, peinando mi cabello con sus dedos—. Tenemos que ir al circuito.

—No quiero —protesté tapándome con la sábana.

—Ya. Te entiendo. Yo tampoco es que esté saltando de una pata —se unió a mi lamento.

Me mantuve apoyada sobre su pecho, abrazada a su tórax. Antaño, así comenzaban mis días. Después de tanto tiempo sin su calor, lo cotidiano se transformó en excepcional y no quería soltarlo por nada del mundo.

—¿Cuándo volveremos a repetirlo? —quise saber, necesitando marcar en rojo esa fecha en el calendario.

—Esta misma noche —respondió para mi sorpresa—. Cada noche de nuestra vida —corrigió—. Nunca he sido tan feliz como lo soy estando contigo —confesó honesto—. Vuelve a casa, Edelweiss. Vuelve conmigo.

CAPÍTULO 24

73 MINUTOS

Repetimos esa noche, y también la siguiente; pero, al volver a Barcelona, se nos complicó la frecuencia. Entre su cantidad de trabajo en el hospital y mis reuniones por el asunto de Vincent, mantuvimos el concepto "excepcional" de nuestros encuentros. Tuve que desplazarme a Lleida, sede de Emme Café, para gestionar la ausencia del piloto galo y su posible reemplazo. Viajé con Oriol, pero también me tuve que llevar a Dahlia. Gracias a Oriol pude conciliar: ejercía de canguro en los momentos más delicados o me sustituía en las negociaciones menos importantes. En cualquier caso, el *sponsor* nos facilitó la vida con su repetido mensaje: "Creemos en ti, Edelweiss".

No solo tuvimos que dialogar con Emme Café. También hicimos una ruta exprés por España con el resto de marcas que apoyaban al equipo. De siete *sponsors*, solo se nos cayó uno: un ingreso de 20.000 euros que tampoco nos sacaba de pobres. En cualquier caso, recién aterrizados en las oficinas del polígono Les Pedreres de Montgat y sin haber descolgado el teléfono en busca de suplente, Vincent hizo público un comunicado en el que anunciaba su vuelta a la competición. A nivel interno, nos puso una condición; bueno, dos, pero solo cumplimos una: dejar de cederle la telemetría a Adam Schulz. Además, nos pidió destituir a Agnes. Sin duda, rechazamos el requerimiento. Vincent pretendía dejar un reguero de exnovias: bajó a Yurena de la moto, intentó sacarme de mi propio box y quiso deshacerse de Agnes. Ni una más.

Apenas vi a Gerard hasta la cita italiana en Mugello. En Francia, Adam se quedó a las puertas del podio, cuarto; y Vincent salió con un cero que le hizo perder el liderazgo de la clasificación general del campeonato de MotoGP™ a favor de Marc Márquez. También perdió la concentración: en su retorno a la competición, no dio pie con bola. En la jornada del viernes del Gran Premio de Italia, ambas motos quedaron fuera de los 10 pilotos más rápidos en pista. El sábado, no superaron el corte de la Q1. Es cierto que el trazado transalpino favorece a los pilotos y marcas italianas, reflejado en la victoria de Danilo Petrucci con Ducati y en el bronce de su compañero de equipo, Andrea Dovizioso. Entre las dos motos de Borgo Panigale, se coló la Honda de Marc Márquez, piloto que nos complicaba el asalto al título carrera tras carrera.

El Autódromo Internacional del Mugello se encuentra anclado en la región de la Toscana, ¿existe un lugar más romántico? El paisaje, de colinas onduladas y extensos viñedos, es impresionante. Pasear a través de sus campos de girasoles, te hace sentir en un cuadro de Van Gogh. Por desgracia, la frenética actividad de un Gran Premio apenas te deja tiempo para hacer turismo y, en esa ocasión, me tuve que conformar con admirar una réplica de los girasoles de Van Gogh colgando de la pared de la habitación de hotel adaptada para personas en silla de ruedas que compartía con Gerard. Después de largas jornadas de doce o trece horas en el circuito, llegábamos agotados y la demanda de Dahlia, sumergida en la intensa crisis de lactancia de los 3 meses, me tenía exhausta.

La noche del sábado, lloré de cansancio. Gerard, sacando energías de *no-sé-dónde*, se encargó de las tomas nocturnas con lactancia materna diferida para que yo pudiese descansar y recargar pilas. Al día siguiente, el domingo de carreras, el Gerard más extenuado tuvo que atender a Valentino Rossi en el *Medical Center* tras haber sufrido una caída. Cogimos un avión, volamos a Barcelona y el lunes entró a trabajar en el hospital. Era un ritmo inaguantable para cualquiera, pero con 45 años y un bebé todavía se complicaba un poco más.

Por consideración con su reposo, aplacé mi traslado al piso de Sant Gervasi. La semana previa a la carrera del Gran Premi de Catalunya, llevé alguna caja de básicos para sobrevivir a mis puntuales visitas. En cambio, Vincent sí que se marchó definitivamente de casa de mis padres. Aprovechando una revisión de Dahlia con el pediatra, se pasó por Pedralbes con su familia y cargó con sus cosas. Me lo tropecé a la vuelta del médico, ya cerrando las puertas de su camión de mudanzas.

—Hola, *patronne* —emitió con timidez. Su padre y su madre se acercaron a admirar a la niña que dormía en el cochecito.

—Vincent —hice un gesto con la cabeza a modo de saludo—. ¿Vuelves a Francia? —Deseé una respuesta afirmativa.

—No, me instalaré en el ático de Selva de Mar para estar cerca de vosotras —informó—. De Dahlia —corrigió enseguida—. A ver si nos podemos sentar pronto para hablar de la custodia compartida. —Se me erizó el vello de los brazos al escucharle tratar ese delicado tema—. Estoy en la búsqueda de un abogado de familia. De igual modo, me gustaría tramitarlo entre nosotros de la manera más amable posible.

—Quedaré pendiente —respondí a regañadientes.

Mis exsuegros captaron mi atención. Ambos estaban metidos -en sentido literal- dentro del Bugaboo de Dahlia. Sus caras, enormes y sudorosas, se aproximaron tanto a la niña que la sacaron de su sueño y provocaron su llanto. Los aparté molesta, tomando a mi hija en brazos.

—Ay, se ha despertado. —Margot tiró balones fuera.

—La habéis despertado vosotros —puntualicé.

—No nos dejas estar con la niña. Recuerda que ella también es de nuestra familia —comentó Margot con marcado acento francés—. Reclamaremos nuestro derecho de visita a la justicia española.

—Vale, bien, estupendo. Nos vemos en el juzgado —contesté por inercia, con ganas de quitármelos de encima—. Ahora, dejadme en paz.

Anonadada por mi respuesta, comenzó a hablar en francés con su marido e hijo. Yo entré en casa con la aspiración de encontrar refugio, alterada por el miedo que tenía a separarme de mi niña al dejarla en manos desconocidas. Filipa se aproximó a ayudarme con el carrito que arrastraba con la bebé en brazos.

—*Aconteceu alguma coisa, senhorita Moix?* —se interesó la asistenta con un sexto sentido para los problemas.

—Se acerca el momento en el que debo aceptar que Dahlia tiene padre, otra familia, y no quiero. No estoy lista —sollocé, sintiendo cómo me invadía la ansiedad—. Es muy pequeña y ellos… No sé cómo son, no sé si la cuidarán bien. ¿Y si le pasa algo?

—*Vou preparar uma tila para você* —sugirió, ofreciéndome una infusión para los nervios.

El temor a la custodia compartida se me instauró como una loza pesada en mi corazón. Perdí el apetito, la capacidad de concentración y parte de mi alegría. Empecé a vivir con esa preocupación constante que me impedía disfrutar de los pequeños momentos de ocio que me dejaba el día. Gerard, con más trabajo que vida, no se percató de mi tristeza y yo tampoco se la compartí. Nos veíamos, sonreíamos y nos dejábamos llevar, aunque sus besos perdieron la facultad de abstraerme de mis

preocupaciones. No quería separarme de Dahlia, no podía.

Llegó la prueba "de casa" y, en casa, ocurrió algo. La que parecía ser la cita más fácil a la hora de conciliar, acabó convirtiéndose en una agónica pesadilla. Mamá y papá pelearon, no sé por qué, pero ella bebió tantísimo que Filipa se asustó y llamó a los servicios sanitarios. El viernes de Gran Premio, cuando se disputaba el FP2, se pusieron en contacto conmigo desde el Hospital General de Catalunya para comunicarme que mi madre había sido ingresada con un diagnóstico de coma etílico. Si un circuito no era lugar para un bebé, un hospital tampoco. De igual modo, me desplacé con Dahlia a urgencias. Esperé durante horas a tener noticias. La niña estaba inquieta, incómoda; y yo, desquiciada. El médico responsable de su caso me comunicó que mamá evolucionaba de manera favorable después de haberle administrado hidratación y vitaminas, así como tras someterla a un tratamiento de oxigenoterapia y realizar un lavado de estómago. Consideró de vital importancia dejarla ingresada al menos un día más para controlarla. Salió del coma, pero no quiso verme. Ni a mí ni a nadie, por lo que volví a Pedralbes sola y devastada. Papá no estaba.

A falta de "niñera", el sábado por la mañana no acudí al circuito y delegué mis responsabilidades en Oriol. El problema fue que durante la clasificación sancionaron a Vincent "por conducción irresponsable" con tres posiciones en la parrilla de salida y, como equipo, quisimos reclamar la decisión de Dirección de Carrera. Desde nuestro punto de vista, la penalización era injusta y podía costarnos muy cara en la lucha por el título de MotoGP™.

Subí al circuito de Montmeló por la tarde para reunirme con Loris Capirossi, representante de Dorna en Dirección de Carrera; Mike Webb, director de carrera; y Franco Uncini, representante de la FIM, con la intención de anular la pena o, al menos, rebajarla. Le pedí a Gerard el favor de cuidar a Dahlia, mientras yo mantenía una acalorada discusión con la organización del campeonato. No conseguí nada: Vincent, que había clasificado quinto, partiría desde la octava posición; en cambio, Marc Márquez, nuestro principal rival, tomaría parte de la carrera en la segunda plaza.

Estaba siendo un fin de semana de mierda. Cuando pensé que no podía ser peor, lo fue. El vaso, lleno hasta el extremo, se rebosó. Recibí una notificación del hospital en el que estaba ingresada mi madre, donde se pedía mi presencia inmediata. Papá seguía sin dar señales de vida.

Sin demora, acudí al *Medical Center* donde Gerard supervisaba a Dahlia. Allí, el caos era imponente. Al no poder seguir con detalle la clasificación, ignoraba quién se había caído. Debía ser importante y grave, ya que la angustia era tangible.

La puerta del despacho de Gerard estaba abierta, por lo que accedí a su interior. Él hablaba a través de un *walkie-talkie*:

—¿Tampoco? —Se frustró con la contestación de su interlocutor—. ¿Y las cámaras de seguridad? Revísalas.

—¡Hola! ¿Qué ocurre? Vaya lío, ¿no? —mostré curiosidad.

Gerard soltó el transceptor sobre la mesa. Lo que sea que estuviese pasando, lo tenía fuera de sí.

—Edelweiss… Mi amor, lo siento. —Su respiración era inconstante, agitada—. No sé cómo ha podido pasar. Lo siento, de verdad. —Atormentado, lanzó la bomba—: No sé dónde está Dahlia. Ha desaparecido.

"Dahlia ha desaparecido", pronunció Gerard. "Ha desaparecido", repitió mi cerebro entrando en estado de shock.

—¿Qué? ¿Cómo? —respondí con interrogantes ante mi escepticismo—. ¿Ha desaparecido? ¡Ella estaba contigo, Gerard! ¿Cómo ha podido desaparecer? Gerard, ¡¿dónde está mi hija?!

—No lo sé. No lo sé, lo siento —contestó con honestidad, preocupado—. La están buscando.

—¿Están buscando a mi hija? ¿Desaparecida? —La angustia se abrió paso a sus anchas a través de

toda mi anatomía—. Gerard, ¿cómo ha podido pasar? ¡Tú eras el adulto responsable! —le increpé a gritos.

—Lo siento. La están buscando —repitió conmocionado.

—¿Y tú? ¿Por qué no la estás buscando tú? —le eché en cara—. Estás aquí, con tu *walkie-talkie*, de brazos cruzados y esperando a que otros arreglen tu cagada. —Agachó la cabeza, abatido—. ¿Qué pasó? ¿Dónde la viste por última vez?

—Estaba aquí, en el despacho. Salí un momento a…

—¿La dejaste sola? —pregunté incrédula por su carencia de sentido común—. Pero, ¿a quién se le ocurre dejar a una bebé sola?

—Fue un momento, Edelweiss —suspiró descorazonado—. Salí y entré, y ya no estaba. Lo siento muchísimo.

—¡No me jodas, Gerard! —vociferé estresada—. ¡Puede habérsela llevado cualquiera! Mi familia es importante. La gente nos odia, nos envidia. Puede ser un secuestro, un ajuste de cuentas. Pueden ser tantas cosas y tan terribles —lloriqueé.

—No sé qué más puedo hacer —murmuró afligido.

—No sabes nada, eso es lo único que me ha quedado claro —respiré hondo, esforzándome en hallar un estado de serenidad que me permitiera pensar con algo de claridad—. Voy a salir a buscar por el *paddock*. Tú sigue aquí, sin hacer nada.

Eran las cinco de la tarde y en el *paddock* apenas quedaban aficionados. Los que iban de aquí para allá eran trabajadores de otros equipos, representantes de marcas o de la propia organización. Currantes. Nos hacíamos llamar "La familia del *paddock*", por lo que me costaba creer que alguno de ellos fuese un roba-niños.

Desconocer el paradero de un hijo es desesperante. Me descubrí sin rumbo, gritando el nombre de un bebé que no me iba a responder aunque escuchase mi llamada de auxilio.

Barrí los *hospitalities* uno a uno. A todo el que me encontraba en mi camino, le advertía de que había perdido a mi bebé. De que alguien lo sustrajo del Centro Médico, de que fue una imprudencia de Gerard. Puse en alerta a cualquiera que se tropezara conmigo, sumergida en una infructuosa búsqueda. Tampoco sabían de ella en el box de Emme Café Racing MotoGP™, aunque en el garaje no estaban ni Vincent ni Agnes. Llamé por teléfono al padre de mi hija en bucle, sin obtener respuesta. También probé con Agnes, pero su móvil sonó olvidado sobre el escritorio de su puesto de trabajo.

Caminé deprisa hacia el *motorhome* de Vincent. Iba a interrumpir su polvo de reconciliación con la telemétrica, pero necesitaba descartarle. Toqué y toqué la puerta de la caravana, pero nadie me abrió. Hecha pedazos, me senté en uno de los escalones de la escalerilla de acceso. Lloré. Poco después, la puerta se abrió a mi espalda.

—Edelweiss, Vincent aún no ha llegado —me informó Agnes en inglés, semiescondida detrás de la puerta que tanto le había costado abrir—. Luego le digo que te llame.

Quiso cerrar de nuevo, pero lo impedí. Entré en la caravana a empujones e inicié un registro digno de la Policía Nacional. Era un *motorhome* grande, lleno de recovecos y trucos para optimizar el espacio. Había pasado muchas horas en su interior, lo conocía y no se me iba a escapar ningún escondite. ¿Que qué buscaba? No lo sé. A mi hija en un armario o alguna prueba de su paradero.

Todo estaba limpio y ordenado, muy propio de Vincent. De esa manera, me llamó la atención que hubiese harina derramada en la mesa de la cocina. ¿Les había dado por la repostería o…? Una tarjeta de crédito junto al montoncito de "harina" captó mi interés. Probé el polvillo blanco y ni harina ni azúcar: era cocaína.

—¿Desde cuándo se droga? —exigí saber. Agnes se tornó nerviosa, barajando la posibilidad de huir

—. Agnes, es importante. Si el AMA o el TAS se enteran, puede ser el fin de su carrera deportiva. Además, nos puede salpicar como equipo.

Soplé la cocaína de la mesa y seguí inspeccionando la caravana.

—La primera vez que le vi consumir fue en la fiesta posterior a los MotoGP™ Awards del año pasado —confesó—. Hace un uso puntual, fuera de los circuitos. A excepción de hoy: nunca antes lo había visto esnifar una raya en el entorno de un Gran Premio. Creo que la necesitaba para llevarse a la niña —añadió, avergonzada de haberse convertido en su cómplice.

¡Boom!

—¿Vincent tiene a Dahlia? —Cerré de un portazo el armario que acababa de abrir—. ¿Vincent tiene a Dahlia? ¿Dónde está? ¡Dime dónde está!

—Está bien, no te preocupes —contestó escueta.

—¡¿Dónde está mi hija, Agnes?! —chillé sobre su cara.

—En Campsa, la curva 9 del circuito —escupió, haciendo evidente su alivio al compartir la información—. Están rodando un documental para la tele francesa.

Atravesé el *paddock* corriendo a lo que me daban las piernas. Necesitaba un vehículo. El circuito de Barcelona-Catalunya mide 4,6 kilómetros y la curva 9 era el punto más alejado de la zona de boxes. No podía recoger a Dahlia en una *scooter*, así que entré en la clínica de la FIM pidiendo el coche médico.

—¡Ya sé dónde está Dahlia! ¡Necesito el coche! —solicité a Gerard, que continuaba enganchado al *walkie-talkie* en su despacho.

—¿La has encontrado? Oh, *Déu meu*. Menos mal… —Volvió a soltar el transceptor y avisó al conductor. De seguido, me preguntó—: ¿Dónde está?

—En la curva 9 —contesté mirando al responsable del coche médico e ignorando a Gerard.

—¿Y qué hace allí? ¿Quién se la llevó? —Gerard seguía haciendo preguntas a las que yo evitaba dar réplica. Estaba enfadada con él—. Edelweiss, espérame. Te acompaño.

Me paré en seco, junto al coche médico. El chófer ya me esperaba y yo no quería perder ni un minuto en dar explicaciones al culpable de mi agonía.

—Gerard, no tengo tiempo de cargar contigo. —Y me subí al automóvil sanitario.

Fui muy brusca, lo sé. Un comentario cruel que golpeaba a mi exmarido donde más le dolía: su discapacidad. Sabía que mis palabras le harían sentir un estorbo, un lastre. Una carga. Sabía que machacarían -aún más- su baja autoestima, pero estaba enfadada con él. Muy enfadada.

Dejándolo atrás, llegué a Campsa. Había un *set* de televisión montado con un sillón en el que Vincent mecía a una niña que no paraba de llorar. Un llanto que me devolvió a la vida. Al bajarme del coche, caí de rodillas. Estaba extenuada.

73 minutos. Estuve 73 minutos sin saber de mi hija.

—Edelweiss, a ver si consigues calmarla. No hemos podido empezar a grabar —dijo Vincent, como si nada estuviese pasando.

—¡Eres un hijo de la gran puta! —le insulté, sin ser yo muy amante de esa palabrota que referencia a una madre. En este caso, su madre también me caía mal y no me importó usarla—. ¿Cómo eres capaz de llevarte a la niña sin decirme nada? ¡Cabrón! ¡Eres un cabrón! —dije, poniéndome en pie y sacudiéndome las rodillas—. Casi me muero…

—Fuiste tú la que la dejó con un irresponsable —rebatió con argumentos válidos y dolorosos—. Aún da gracias a que me la llevé yo y no un enemigo de tu padre.

Tenía razón. No podía discutirle. El error fue de Gerard. O mío, por confiar en Gerard.

—Tuve que ir a pelear tu sanción con Dirección de Carrera. No podía llevármela a la reunión —

intenté justificarme.

—Haberme llamado, soy su padre —me recordó—. Pusiste en peligro a la niña por orgullo. Además, ¿cuántas veces te he dicho que el circuito no es un lugar para ella? ¡Quédate en casa! —exclamó, culpabilizándome una y otra vez.

—Edel, lo siento. —No me había percatado de la presencia de Oriol, mi experto en comunicación, que se convirtió en testigo de nuestra guerra de responsabilidades—. Vincent me aseguró que tenía consentimiento.

—Más que consentimiento, tengo derecho —rectificó él.

—Dame a la niña. No quiero que salga en televisión —se la reclamé. Él me la entregó.

—Esto acaba de empezar —susurró sobre mi oído cuando me incliné a cogerla. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

Un monstruo. Era un jodido monstruo.

A lo lejos, saliendo de la curva 8 y encarándose hacia nuestra posición, apareció Gerard tirando de su silla con energía. Goteaba sudor. Había sangre en sus aros propulsores, ya que se había dañado las manos con el vigor de sus impulsos para llegar hasta Campsa. Vincent se desternilló de risa al verle.

—¡Ponle motor a ese trasto! —Se reía a carcajadas—. Te espero en la parrilla de salida mañana —mantuvo el tono jocoso—. ¡Eres un ridículo! Negligente y ridículo.

—¿Qué haces aquí? Te dije que no vinieses —me dirigí a Gerard, observando las heridas de sus manos.

—¿Está bien Dahlia? —preguntó preocupado.

—Sí, y no gracias a ti —contesté con crudeza.

—Edelweiss, perdóname. No sé qué puedo hacer, qué te puedo decir para que me perdones.

—No tienes perdón, *idiot* —opinó Vincent, regodeándose de nuestra disputa.

—Edelweiss, por favor… —Gerard imploró clemencia.

—Dame tiempo, Gerard —le pedí, lastimada—. Necesito tiempo.

Semanas. Pasaron semanas hasta que Gerard se presentó en mi casa. Semanas en las que ocurrieron muchísimas cosas. No pude volver a viajar con el equipo, ya que Vincent -como progenitor de Dahlia- desautorizó los desplazamientos de la menor fuera de España y, aunque lo recurrí ante el juez, aún no había resolución. Si me saltaba la ley, podía enfrentarme a una multa económica, pena de prisión o, en la lucha por la patria potestad, perder la custodia. Así fue como el cabrón de mi ex consiguió "sacarme del box" sin él bajarse de la moto.

Delegué en Oriol la gerencia de la escudería, perdiéndome las carreras de Países Bajos y Alemania. Mi presencia en República Checa, a comienzos de agosto, todavía era un misterio cuando mamá ingresó en un centro de desintoxicación.

Estaba mal. Muy mal. El día que Dahlia desapareció durante 73 minutos, mi madre sufrió un fallo hepático que puso su vida entre la espada y la pared: o cesaba la ingesta de alcohol o había riesgo de muerte. Podían "parchearla", pero en cuanto volviese a beber, se desencadenaría la tragedia. Traerla de regreso a casa era imprudente, así que papá tramitó su ingreso en el Centro Zeus, en Tarragona, una prestigiosa clínica especializada en el tratamiento de adicciones.

En Pedralbes nos quedamos papá, Dahlia y yo.

Aquella mañana de mediados de julio, día de mi 28 cumpleaños, Gerard pidió un taxi y tocó la puerta de mi casa. Filipa me comunicó su visita, pero mi padre se ofreció a atenderle cuando contesté que no me apetecía recibirle. De igual modo, escuché a escondidas la conversación desde el hueco de la escalera:

—¡Qué poca vergüenza tienes presentándote aquí! —exclamó mi padre a modo de ~~bienvenida~~ "malvenida".

—*Bon día*, señor Moix. Disculpe la osadía, pero preciso hablar con Edelweiss. ¿Podría avisarla, *si us plau*? —solicitó Gerard, manteniendo la cordialidad y los modales.

—No quiere verte —le informó mi padre con regodeo—. Respeta su decisión. Al fin y al cabo, te confió lo más importante de su vida y tú le fallaste.

Desde mi escondrijo, suspiré. Conocía a Gerard y era consciente de que bastante se estaría castigando él mismo. No merecía más leña a un fuego que lo estaría abrasando.

—Señor Moix… No estaría aquí, jugándome lo que me queda de integridad física frente al responsable de mi condición, apartando el resentimiento que siento por usted, si no fuese por lo mucho que respeto y quiero a su hija y a su nieta —defendió su postura con solidez—. Avísela. Cinco minutos. Solo cinco minutos, por favor. Es más, si lo considera, puede quedarse y ser testigo de lo que tengo que decirle. Por favor, señor Moix. Déjeme al menos felicitarla por su aniversario.

Théo emitió una carcajada.

—¿Cuántos años tienes tú? —exigió saber mi padre.

—Ya lo sabe, señor Moix. ¿A qué viene ahora esta pregunta?

—Responderé yo: 45 años, cumplirás 46 en diciembre. Hoy, mi hija cumple 28 —comunicó lo obvio—. Cuando tú entraste a la universidad, Judit, mi mujer, la estaba pariendo. Cuando tú ya follabas con tu primera esposa, Edelweiss llevaba pañales. ¿No te da vergüenza?

—¿Y a usted? Sé que paga por sexo a chicas más jóvenes que Edelweiss, aprovechándose de su vulnerabilidad social y económica —se atrevió a decir Gerard—. La diferencia entre usted y yo, es que yo sí quiero a su hija y usted solo quiere follar.

—Pero… ¿Cómo…? ¡Eres un patán! —mi padre perdió los nervios—. No sé por qué todavía no te he rematado. —Oí cómo golpeaba el puño contra la palma de su mano.

—Las verdades duelen. ¿Verdad, señor Moix? Yo también lo sé perfectamente —prosiguió Gerard —. La verdad es que me despisté, que Edelweiss está decepcionada conmigo y que justo eso era lo que Vincent buscaba llevándose a Dahlia de mi despacho —explicó, haciéndome valorar que todo fuese un plan urgido al dedillo por el padre de mi hija y no un descuido de Gerard—. Avísela, por favor —insistió suplicante—. Quiero decirle que lo siento y que yo por Dahlia daría la vida.

—No —rechazó mi padre sin piedad—. No es un buen momento. Ya le diré y que ella elija si hacerte llamar más adelante.

Hubo unos segundos de silencio. Quizá Gerard asimilaba que debía marcharse sin cumplir su anhelo o, sospechoso de mi posible espionaje, me estaba dando tiempo a interrumpir la charla con una aparición sorpresa y esperanzadora. No bajé. Dudé, pero no lo hice. Tiempo. Necesitaba más tiempo.

—Está bien, señor Moix —se resignó Gerard—, pero no me voy a rendir. Ya dejé que usted y su esposa nos separaran una vez, y no me lo he perdonado. Ahora voy a luchar por ellas, por Edelweiss y la niña. Si quiere evitarlo, tendrá que "rematarme".

Esa palabra me estremecía.

Gerard se fue. Mi padre no me avisó, no me dio a elegir. Convencido de que yo ignoraba su conversación con Gerard, no me contó nada. De no haber fisgoneado el encuentro, jamás me hubiese enterado del intento de mi exmarido por hablar conmigo y explicarse; de su lucha por nosotras, por recuperarnos.

CAPÍTULO 25

PERO JUNTOS

Durante el verano, me centré en mi madre y su rehabilitación. Alquilé un apartamento en Sant Carles de la Ràpita, cerca de la clínica donde permanecía ingresada. No solo la visité en sus ratos de ocio, sino que la acompañé en su terapia. Mis vivencias familiares aportaron un contexto a la adicción de mamá. Fue tratada como víctima de maltrato y la animaron a denunciar. Ella no concebía denunciar a su marido, ya no por miedo sino por una (extraña e inconcebible) lealtad marital.

Tuve que volver a Barcelona por exigencias de Vincent. Estaba pesado. Pesadísimo. A la vuelta de las vacaciones, el campeonato de MotoGP™ empalmaba dos carreras: República Checa y Austria, por lo que Vincent reclamó un día con la niña. A falta de cerrar el acuerdo de custodia, lo ideal era no obstaculizar la relación entre ambos hasta la sentencia. Me costó horrores, pero cedí. Me aseguró que se quedaría en el ático de Selva de Mar con sus padres de 16 a 19 horas, tiempo que invertí en asistir a una revisión ginecológica con la doctora Moliner.

Atravesé los pasillos de Dexeus, pendiente de todo el que me cruzaba. No lo reconocí abiertamente, pero ansiaba encontrarme con Gerard. No fue así y, tras una corta espera, accedí a la consulta de mi médico.

—Hola, Edelweiss. ¡Qué alegría verte! —me saludó con vehemencia—. ¿Cómo estás? ¿Cómo está Dahlia?

—Hola, doctora. La peque está enorme. En un par de semanas hará seis meses —comenté orgullosa—. Ahora está con su padre. Hemos iniciado los trámites para solicitar la custodia compartida.

—¿Y cómo lo llevas? —preguntó reticente.

—Mal. Fatal, pero ¿qué puedo hacer? —me encogí de hombros—. Es un cabrón, pero un cabrón con derechos de padre.

—No debe ser nada fácil —mostró empatía—. Lo importante es que la niña está creciendo sana y fuerte, y que se sienta querida por su entorno. Vamos a ver qué tal está tu cuerpo después de traerla a este mundo.

La revisión fue bien, correcta. La herida de la cesárea había cicatrizado bien.

—¿Cuándo estarán los resultados de la citología? —curioseé.

—En unos 15 días. Te llamaré por teléfono, no hace falta que vengas hasta aquí —me informó ella, tecleando en su ordenador—. Por otro lado, después del parto, ¿has mantenido relaciones sexuales?

—Sí —contesté con timidez.

—¿Satisfactorias? ¿Hay algo que te preocupe?

—No —dije rotunda—. Digo, sí: satisfactorias. No, no hay nada que me preocupe. Todo igual que antes —sonreí cohibida.

—Como has recuperado la actividad sexual, sería recomendable valorar posibles métodos anticonceptivos para evitar embarazos no deseados —explicó la doctora Moliner con profesionalidad —. Tienes la opción de las pastillas anticonceptivas, que al estar dando el pecho tendrían que ser de progestágeno sin estrógeno; y el DIU, de similares características. ¿Tienes pareja estable o son encuentros fortuitos? Porque, si prefieres, el preservativo también es un método válido y fiable; además, te protege de ETS.

—Es complicado —contesté escueta.

—Claro. Te voy a dejar un folleto en el que aparecen las opciones que tienes y ya por ti misma valoras la que más se adapte a tu realidad —me tendió el folio que, a todo color y a dos caras, me daba indicaciones de cómo evitar un nuevo embarazo.

—Gracias, doctora —dije, levantándome de la silla y con intenciones de marcharme. Antes de traspasar el umbral de la puerta de su consulta, le lancé un interrogante—: ¿Sabe algo de Gerard? ¿Está bien?

—¿De quién? ¿Gerard? ¿El doctor Vergés? —quiso confirmar ella, yo asentí con la cabeza—. Iba a preguntarte a ti. Para que Gerard se pida una baja… ¡Vaya mala racha debe estar pasando!

—¿Una baja?

—Sí, ¿no lo sabías? Hará mes y medio que no viene a trabajar. Escuché que le habían dado la baja por depresión, pero son habladurías. La verdad es que no le contó nada a nadie.

—No sabía nada, no —suspiré—. Él era “mi pareja estable” de “encuentros fortuitos”, pero pasó algo horrible y nos hemos distanciado.

—Eso tan “horrible” y la “distancia” consiguiente deben de estar pasándole factura —dedujo la médica—. Me da pena, es un buen hombre. Además, con tu parto y sus complicaciones y con el seguimiento de la evolución de Dahlia, me dejó claro a mí y a toda la planta de neonatología lo mucho que le importáis. Nos acosaba en cualquier situación y a cualquier hora, siempre preocupado por vosotras.

—Gracias, Blanca —me dejé de formalismos—. Hoy me has ayudado muchísimo.

—Espero que seáis muy felices —usó el plural con doble intención: incluirme a mí y a Dahlia, pero donde también tenía cabida Gerard—. Te llamaré en 15 días con los resultados de la citología.

Tras mi visita a la ginecóloga, volví a Selva de Mar. En el piso no había nadie. Toqué mil veces al timbre, probé a llamar a Vincent, a sus padres. Nadie me cogía el teléfono.

Otra vez los nervios, el paso de los minutos. La incertidumbre. Eran las 19:20 horas y yo no sabía qué hacer, a dónde ir. Me senté en el suelo, en la puerta del ático y, pasadas las 19:35 de la tarde, se abrió la puerta del ascensor con la madre de Vincent, Margot, y Dahlia acomodada en su silla de paseo.

—¡Margot! ¿Dónde estabas? ¡Habíamos quedado a las siete de la tarde! —le increpé molesta y asustada a partes iguales.

—No voy a ir con prisas cuando tengo tan poco tiempo para disfrutar de mi nieta —rezongó ella.

—Más te vale cumplir los horarios o solicitaré al juez realizar los intercambios en un centro de mediación donde se ponga de manifiesto que se incumple lo estipulado —advertí, empujándola y haciéndome con el manillar del carrito—. ¿Dónde está Vincent?

—¡¿A ti que te importa?! —exclamó ofendida.

—Me importa mucho. Se suponía que quería estar tiempo con su hija antes de embarcarse en un viaje de dos semanas. Y, ahora, resulta que te veo llegar a ti sola con la niña. ¿Dónde está Vincent? —repetí.

—¡No lo sé! Dejaste a la niña y él se fue al cuarto de hora. Su padre lleva buscándolo desde entonces

—confesó, algo avergonzada del comportamiento de su hijo—. Yo he llevado a Dahlia al paseo de la playa.

—Dile a Vincent que la próxima vez que le deje a la niña y se marche, no habrá opción de custodia compartida. Lucharé por la total y él mismo me habrá dado los argumentos a favor —comuniqué a mi exsuegra.

—Nosotros no tenemos culpa de su inconsciencia —añadió ella, haciéndose la víctima.

—No. Yo os culpo de apoyar a un maltratador —concluí tajante.

Me marché.

En Pedralbes, papá no estaba. Qué raro, ¿no? Quizá había coincidido con Vincent en el mismo puticlub. Filipa cumplía con sus obligaciones y hacía la cena para una única comensal que, aparte, no tenía hambre: yo. Creyéndose sola, cantaba a pleno pulmón canciones en portugués. Al entrar en la cocina y verme, se disculpó por el concierto.

—*Desculpe-me, senhorita Moix. Eu não a ouvi chegando*.

—No te preocupes, Filipa. Cantas genial. Ojalá poder escucharte más a menudo —quise ser amable —. Filipa, necesito que sirvas la cena en un par de *tuppers* y me ayudes a hacer una maleta.

—*Vai viajar, senhorita? Já pensou em Ervidel?* —preguntó, interesándose en si me había pensado su propuesta de ocultarme en su pueblo de Portugal.

—No puedo salir del país con la niña sin la autorización del cabronazo de su padre —le recordé—. No puedo ni viajar por trabajo.

—*Você pode ir de carro* —propuso, sugiriendo un viaje en coche por carretera—. No parar *fronteira*. Policía, no parar —intentó hablar, con poco éxito, en español. —*Termino de preparar o jantar e subo para te ajudar com a bagagem*.

Filipa no insistió más con la huida a Ervidel y se centró en sus quehaceres, aunque a mí me dejó pensativa. A medida que doblaba camisetas y bragas, consideraba la posibilidad de desconectar para volver a conectar: coger el coche e irme a un pueblo en el interior de Portugal en el que pudiese disfrutar de mi hija sin cobertura ni sobresaltos. Sentada sobre la maleta, mientras Filipa cerraba la cremallera con serias dificultades, me imaginé a mí misma de aventura rústica en plena naturaleza lusa.

—*Tudo pronto, senhorita* —dijo Filipa, sacudiendo las manos.

—Filipa… Yo…. Creo que… —No sabía cómo abordar el tema de su residencia en Portugal sin parecer una interesada—. Quizá es una buena idea…

—*Aqui está a chave* —Filipa metió una mano en el bolsillo de su delantal y me tendió una llave de la que colgaba el llavero de un gallo—. *Peça "Filipa Domingues" a qualquer morador. Minha casa é branca com listras azuis. Não tem perda*.

—Casa blanca, rayas azules. Preguntaré por ti , “Filipa Dominges”, a cualquier residente —dije aceptando la llave—. Gracias, Filipa.

Lo siguiente fue cargar el coche, a la niña y largarme de Pedralbes.

No cogí la AP-7 con la intención de abandonar Cataluña. Todavía, no. Antes hice una parada. Con el corazón a mil, Dahlia dentro de la mochila de porteo y arrastrando un maletón que pesaba más que ella y yo juntas, apreté el timbre de una puerta de la que tenía llave. Jamás me había puesto a analizar el contrachapado de la puerta, ni sus arañazos ni muescas del paso del tiempo o la forma de la cerradura. Esperé y esperé. Volví a tocar, negándome a usar la llave. De la puerta pasé al marco, al interruptor de la luz del descansillo e, inevitablemente, al ascensor de salida. Suspiré, decepcionada.

De repente, escuché el traqueteo de llaves de una puerta cerrada que hacía por abrirse. Sonreí

esperanzada y descubrí al otro lado a una persona destruida que se remolcaba a duras penas en su silla de ruedas. Con la barba desaliñada de un mes, el pelo más largo y más canoso de lo que recordaba, ojeras y una delgadez extrema oculta bajo ropajes desgastados y sucios. Su rostro, apagado y taciturno, recuperó el brillo al encontrarnos. No se lo esperaba. Ni en sus mejores sueños se imaginó verme allí, frente a la puerta de su piso, cargada con mis pertenencias e intenciones de reconciliación. Aquella noche, arrojamos luz sobre la oscuridad de su depresión.

—¿Edelweiss? —preguntó para cerciorarse, como si estuviese viendo una aparición de la Virgen María (no tan virgen).

—Hola, Gerard.

—¿Qué haces… aquí? —seguía sin dar crédito a mi presencia.

—Nada, que me ha dicho Dahlia que echa de menos jugar al escondite contigo —solté burlona.

Él sonrió. Debajo del espeso vello de su rostro, percibí la extensión de la comisura de sus labios. Intuí que hacía varias semanas que no dibujaba una sonrisa en su cara. No había encontrado motivos.

—No os esperaba. Está todo hecho un desastre, yo estoy hecho un desastre —comentó avergonzado.

—No vengo a visitar un museo ni tampoco a ver un desfile de modelos —aclaré, quitándole importancia al estado de su casa y al de su físico—. He venido a perdonarte y a pedirte que tú también te perdones a ti mismo.

Se le rayaron los ojos. Esos preciosos ojos azules que te hacían recordar la inmensidad de un océano en el que te gustaría nadar el resto de tu vida y en los que, al mirarme, brotaba un reluciente destello similar al arcoíris.

—Te prometo que lo siento tanto —se rompió, fustigándose un poco más—. Cada vez que pienso en ese día… —golpeó el reposabrazos de su silla—. ¡Cómo pude despistarme!

Hiló palabras de castigo, una detrás de la otra, liberando calificativos negativos que dirigía hacia su propia persona. Me dolía escucharle. Él no era esa persona que describía, era mucho más y mucho mejor.

—Basta. Calla. No te permito que hables en esos términos de mi marido —pronuncié con dulzura, dándole a entender que la reconciliación era real y que yo estaba allí decidiendo volver a su lado—. ¿Puedo pasar?

—Puedes quedarte —indicó él, abriendo la puerta hasta el tope.

La penumbra del alma de Gerard se reflejaba en el piso. Con las persianas bajadas y las cortinas echadas, no entraba ni un mísero rayo de luz ni una molécula de oxígeno. Olía a cerrado, a sudor y salitre.

Lo primero que hice fue deshacerme del peso de mi equipaje y airear el espacio. Corrí las cortinas, subí las persianas y abrí las ventanas, permitiendo que la brisa veraniega de la Ciudad Condal eliminase el hedor a tristeza.

Aunque aún el sol no había terminado de caer, la potencia de sus rayos era insuficiente para alumbrar el salón. Encendí la luz y hallé un cambio significativo en el cuarto de estar: ya no estaba el cuadro de Mykonos; en su lugar, había un lienzo protagonizado por mí, alzando a Dahlia en brazos, con un fondo de girasoles.

—¿Y esta foto? ¿Cuándo me la tomaste? —curioseé, admirando la estampa tan bonita que había congelado la imagen.

—Te la saqué en Italia, en algún punto de nuestras largas madrugadas con Dahlia —confesó, temeroso de que le pidiese derechos de autor o le denunciara por “robar” mi intimidad. Reconocí la réplica del cuadro de Van Gogh—. Espero que no te moleste. Me encanta lo que transmite.

—¿Y Mykonos? —Pero no solo faltaba Mykonos, tampoco estaba el piano ni la estantería con los vinilos—. ¿Y dónde está el piano? ¿Y los vinilos? —inquirí nada más notar su ausencia; en su sitio, había un corralito de bebé acolchado con bolas y juguetes.

—Ven, acompáñame —me pidió.

Le seguí hasta el despacho. O lo que fue el despacho. Aluciné con la conversión de la habitación. De ser un cuarto de paredes grises y mobiliario tocho de madera oscura a transformarse en ambiente diáfano y bien iluminado, atractivo, armonioso y seguro, equipado según las necesidades de los niños: a su medida, con materiales educativos y áreas didácticas.

—Me ha ayudado Júlia Capdevila, la vecina. Se ha mudado a Volpelleres, pero sigue trabajando en Barcelona y estuvo una semana pasándose por aquí después de su horario laboral para ayudarme a pintar y montar muebles —me informó mientras yo alucinaba con el exquisito gusto de la decoración —. No dices nada. ¿Te gusta?

—Es una pasada —mascullé pasmada.

—¿Crees que Dahlia estará bien si… decides quedarte? —quiso saber vacilante.

—No imagino un lugar mejor —aseguré, echando un vistazo a los cuentos de una librería infantil—. Ni en la residencia de mis padres preparamos una bienvenida tan bonita. ¿Y Vincent? No ha puesto ni una cuna en Selva de Mar. —Me desabroché la mochila de porteo y dejé a Dahlia tumbada sobre el colchón de la cama tipi de estilo Montessori—. Esta casa es… un hogar.

—Nuestro hogar —corrigió él.

—¿Dónde has puesto el piano? ¿Y los vinilos?

—Lo he vendido todo —confesó—. Aina se encargó. Ella sacó las fotos, gestionó el perfil de Wallapop y las ventas. En apenas una semana, habíamos conseguido el dinero suficiente para comprar lo que ves.

—¿Qué? ¿En serio? Gerard, no hacía falta que vendieras tus cosas. Yo tengo dinero… —me interrumpí al hablar por si sonaba un poco arrogante presumir de cuenta bancaria.

—Era mi regalo de cumpleaños para ti —anunció, haciéndome viajar al día que se presenció en mi casa y trayendo a mi memoria la conversación que mantuvo con mi padre—. El cuadro de Mykonos, el piano, los vinilos… son cosas. Vosotras me habéis hecho más feliz que nunca. Y la cagué —se encogió de hombros, resignado—. No sabía qué hacer para pedirte disculpas, enmendar mi error y demostrarte lo importante que eres para mí. Solo se me ocurrió esto. Abrir de par en par las puertas de mi casa, de mi vida, a ti y a tu hija, y ofreceros mi humilde compañía.

—Es un gesto precioso —opiné—. Siento no haberlo recibido cuando correspondía —dije, refiriéndome a mi cumpleaños—. Sin embargo, me gusta más haberlo hecho así —agregué para su desconcierto—. He hecho una maleta y me he presentado en tu casa porque quise, sin dejarme obnubilar por todo esto. Ha sido una decisión tomada en frío porque estoy convencida de lo mucho que te quiero, Gerard.

Con sus brazos extendidos, reclamó mi cuerpo. Me acerqué y lo abracé con fuerza. Lo que había necesitado ese abrazo durante tantas semanas de distanciamiento.

—Gracias por volver a casa —susurró, perdido entre mechones de mi pelo.

—A la ducha —ordené, cambiando radicalmente de tema—. Toca despedir al Gerard deprimido y recuperar a mi "*sugar daddy*" —se rio, a pesar de que odiaba las alusiones a nuestra diferencia de edad—. Habrá que celebrar mi cumpleaños, ¿no crees?

—Vale, pero no me recuerdes la edad que tienes —pidió suplicante, saturándose de indirectas sobre los años que nos separaban.

—28 —dije para su disgusto—. ¿Y tú? 45 —metí más el dedo en la llaga—. Y no te cambio por

nadie, Gerard —le besé, incomodándome por el roce del vello de su rostro—. Aféitate.

—¿Alguna orden más que quiera darme la señorita? —protestó con cierta gracia.

—Uhmmm. Sí —me torné reflexiva, picarona—. Aféitate, aséate… y fóllame.

Casi se atraganta. No, bueno, se atragantó. Tosió del atragantamiento y de los nervios. Vale, y de las prisas también porque se afeitó y se aseó en un pestañeo. Ya olía a *after shave* y Varon Dandy cuando volví a tocar el techo del dormitorio. De "nuestro" dormitorio.

Extasiada, caí a su lado después de una cabalgada digna del Derby de Kentucky. Una carrera, sin récord de vuelta rápida, pero sí con victoria. Con triple corona.

—Vaya aguante, nena —masculló Gerard sin aliento, alabando mi destreza equina—. Llevo un mes y pico de terapia psicológica y tratamiento psiquiátrico, y tú con un polvo me has quitado todos los males.

Reí.

—Ni la terapia ni el tratamiento han acabado todavía —sonó, más que *disfrutón*, un poco amenazador.

—¿Me quieres matar? —exclamó preocupado por su condición física—. Morir a base de polvos, y no polvos de plomo: puro sexo. Aunque no se me ocurre una muerte más dulce: "Gerard Vergés, 45 años, murió de un ataque al corazón follando con su ardiente e incansable novia de 28".

Era la primera vez que Gerard hacía una broma usando nuestra diferencia de edad. Debía de ser la liberación de oxitocina.

—¡Serás bruto! —expresé, tapándome el pecho con la sábana y sentándome en posición de flor de loto—. Nos vamos de viaje.

—¿A dónde? ¿Vais a Brno? —dijo, creyéndose que hablaba por Dahlia y por mí y que me marcharía con el equipo de MotoGP™ a la carrera de República Checa.

—No, bobo. Nos vamos tú y yo. Y Dahlia, por supuesto —rectifiqué con premura.

—¿A dónde? —repitió confuso—. ¿Cuándo?

—A Ervidel. Salimos ahora.

Y nos fuimos a Ervidel. Sin pensarlo dos veces, sin atender a razones. Nos embarcamos en un viaje de doce horas para pasar una semana fantástica, lejos del lujo y de las comodidades, pero juntos.

Un inválido, más válido que cualquiera, y una madre soltera, más atada que casada.

Pero juntos.

CAPÍTULO 26

EL INTERCAMBIO ERA JUSTO

¿Qué sería de la vida sin aventuras? Sin esos planes improvisados que nacen de un “no hay huevos” y terminan a 1.200 kilómetros y en otro país, acompañada por una persona con la que hacía horas no te hablabas. Ervidel nos devolvió a otra época en la que no había problemas o, al menos, no tantos ni tan gordos. Quizá nos faltaba pasta y apoyo familiar, pero éramos felices. Los años, además de distanciarnos, nos habían envejecido el alma instalando un piloto automático que se centraba en desempeñar meras responsabilidades. Robots, víctimas de horarios y de facturas que pagar o compromisos que cumplir. Ervidel se convirtió en nuestra cápsula del tiempo, trasladándonos a una época de desconexión sin cobertura ni señal de televisión; una vivencia que ninguno de nosotros, a pesar de nuestras diferencias generacionales, había experimentado hasta entonces.

Nos redescubrimos, como pareja y como individuos. También nos descubrimos como padres, como familia. Dahlia tenía un progenitor biológico, el tipo que puso el esperma y que vive olvidado de su hija hasta que recuerda que quiere joder a la madre. Ella ya me tenía a mí, y nos bastaba, pero el cariño de Gerard sumaba.

Si escribes Ervidel en tu navegador, apenas encontrarás información en Internet. Era justo lo que buscábamos: perdernos hasta de Google. No esperes el típico pueblo de encanto medieval o de revista de viajes. Es sencillo, humilde. Llano, de calles mal asfaltadas y casas modestas, pero con las puertas abiertas a cualquier vecino o turista perdido. Allí todo el mundo se conoce y, de no tener el honor, poco tardarás en hacer amigos. Filipa debía ser muy querida entre sus gentes, ya que no nos faltaron pasteles de nata ni *tuppers* de buñuelos de bacalao.

En Ervidel conocimos el tradicional “verano de pueblo”, de abuelos a la fresca en sus sillas de plástico colocadas en mitad de la carretera y de siestas con ventilador. Aunque a Gerard le hacía rememorar sus vacaciones familiares en Pals, yo nunca había pasado por una pericia similar y me gustó.

Un día bajamos a la costa, a visitar el famoso Algarve portugués. Hora y media de trayecto para acabar fatigados del ambiente turístico. Entre las callejuelas de Ferragudo, extrañamos los adoquines de Ervidel. Comiendo arroz con tamboril, en un restaurante de guiris, nos faltaron las sardinas a la parrilla de Abílio, un amor de la juventud de Filipa. Queríamos volver al pasado. No tardamos en acostumbrarnos a ir sin móviles y en encontrarle el gusto a observar a las aves migratorias en el embalse de Roxo.

La semana pasó, transformándose en una quincena, y el retorno a Barcelona fue inevitable. En cualquier caso, Ervidel supuso la antesala de una convivencia maravillosa junto a Gerard. Portugal nos saneó las energías y, en el piso de Sant Gervasi, agosto transcurrió sin sobresaltos. Vincent, demasiado centrado en una competición que volvía a liderar, me dejó bastante tranquila. Mamá

avanzaba en su evolución favorable y papá… Bueno, papá seguía siendo papá: ausente, enredado por trabajo, cenas, fiestas y mujeres.

Con mis padres al margen, volví a formar parte del núcleo familiar de Gerard. Mis suegros me recibieron con los brazos abiertos, haciéndome sentir -otra vez- una hija más y dándome a entender que el tiempo no había pasado, que jamás me habían olvidado. La felicidad de Gonçal y Clàudia al presentarles a Dahlia creó un recuerdo imborrable. No era su nieta, pero no percibí diferencias. La aceptaron con una sonrisa desde el primer minuto, ofreciéndole un amor incondicional que agradecí desde lo más profundo de mi corazón. Mi hija les regaló años de vida a una pareja de octogenarios que creían que pocas emociones más iban a tener.

Llegó septiembre y Gerard quiso alargar la baja médica. Se sentía mejor, pero mi obsesión por el trabajo tambaleaba su salud mental. Por la desautorización de Vincent a mis viajes con Dahlia, no pude ir ni a Silverstone ni a San Marino, pero no me separé del teléfono ni del portátil en todo el fin de semana. A él le hubiese gustado perpetuar Ervidel y su apagón comunicativo.

Cuando el Mundial de MotoGP™ aterrizó en Aragón, sí viajé. Sabiendo que por España sí podía desplazarme con Dahlia, cité a mis patrocinadores en el circuito de Alcañiz y les ofrecí una vivencia única a pie de pista. Sin ayuda externa, tuve que recurrir a Vincent para los cuidados de Dahlia. Fue complicado, ya que hacía lo que quería cuando quería y saltándose a la torera mis indicaciones. Para él, la niña era un reclamo mediático con el que ganarse el apoyo de una afición que admiraba su rol de "padrazo". No había cambiado un pañal, ni siquiera pronunciaba bien "Dahlia", pero la gente se embobada al verle tirar de la sillita de paseo por el *paddock*. La usaba hasta para ligar. Yo requería su corresponsabilidad con la niña para poder trabajar, él me la devolvía para poder follar sin público menor de edad.

Ganó. Ganó en Aragón, se afianzó en lo alto de la clasificación general y mis patrocinadores se volvieron locos cuando les informé de que la idea era no renovarle el contrato de cara al año siguiente. Incluso, en un principio, mis socios más fieles se mostraron reacios a mi propuesta. Ya no había amenazas ni exigencias y Vincent cumplía con los objetivos. Para los *sponsors* era suficiente y yo perdí parte de su respaldo. Aunque no dije nada, ni a ellos ni a Vincent, no podía obviar el consumo de sustancias psicotrópicas que había descubierto a principios de verano.

Con la gira asiática, llegó de nuevo mi imposibilidad de viajar. Vincent se proclamó campeón del mundo de la categoría de MotoGP™ en el circuito de Tailandia, a 10.000 kilómetros de España, y a cuatro carreras para el final de la temporada. El equipo lo celebró sin mí, que tuve que ver el triunfo de mi proyecto a través del televisor, con Dahlia al pecho y Gerard durmiendo en la habitación. Me dio pena. Vincent se proclamó vencedor sobre una moto que yo coloqué entre sus piernas. Yo también tenía derecho a festejar el triunfo. Era mi equipo. Llevaba trabajando en él tres años para alcanzar una recompensa que no saboreé.

Aún lloriqueaba en el sofá cuando recibí un WhatsApp de Vincent:

—Lo conseguí. Conseguí el título, pero también conseguí follarte, embarazarte y mantenerte lejos de este triunfo. Consigo todo lo que me propongo. Ahora, mi próximo objetivo es Dahlia —escribió.

Me declaró la guerra. Una guerra cruel y sucia que ponía en el centro de la batalla a una inocente niña. Con mi padre fuera de juego y mi madre en tratamiento psiquiátrico, no conté con la fuerza de mi apellido ni la economía de mi familia para hacer frente a un tsunami de burofaxes que me ahogaba.

Vincent reclamaba la custodia total de Dahlia, alegando negligencia con pruebas ante el despiste de Gerard y considerando a mi actual pareja perjudicial para el bienestar de la niña. Ante las dudas, el juez pretendía otorgar la custodia temporal a Vincent en lo que yo demostraba que Gerard no era ningún loco irresponsable. Su baja por depresión me complicó las cosas.

Tenía poco tiempo. En cuanto se diese por concluida la gira asiática y Vincent regresase a Barcelona para ejercer de padre, el juez aplicaría el cambio de régimen y yo perdería a Dahlia hasta nueva sentencia.

Gerard volvió al trabajo, aunque ya era tarde para el juez. Sus problemas psicológicos ya manchaban el expediente; su discapacidad y nuestra diferencia de edad, aunque no se reconociera oficialmente, tampoco eran de ayuda. A unos días del final de fiesta en Valencia, me encontré desbordada entre documentos en la mesa del comedor. Una hora y otra, agobiada y bloqueada a partes iguales.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó con timidez Gerard, desolado por no saber qué hacer.

—No hay nada que hacer —resoplé, llevándome las manos a una cabeza que me iba a estallar.

—Tranquila, alguna solución encontraremos —fingió un optimismo que no nos creíamos.

—Tenemos que dejarlo —admití devastada.

—¿Dejarlo? ¿Dejar el qué?

—Nuestra relación —aclaré—. Gerard, Vincent te usa para separarme de la niña. Afirma que tú provocas un impacto negativo en Dahlia y el tribunal del menor, hasta que se esclarezca la situación, quiere protegerla. Si te saco de su vida, de la mía, Vincent no tendrá carta que jugar.

Gerard no dijo nada, pero su rostro deshecho me comunicó lo que le hacía sentir mi solución. Su corazón se partió en mil pedazos y, pese a su dolor, se mantuvo en silencio sin replicar mi decisión:

—Nos iremos esta tarde. Ahora llamaré a mi abogado y le diré que traslade el comunicado de la ruptura a la parte de Vincent —expliqué mis pasos a seguir—. Viajaremos al Gran Premio de Valencia separados, haremos vidas independientes; mientras tanto, lucharemos por reunir argumentos a tu defensa.

—Lo que tú digas —respondió afligido.

—Esto no cambia nada entre nosotros, Gerard —le aseguré—. Es un teatro en el que debemos participar por el bienestar de Dahlia. Yo te voy a seguir queriendo, aunque no pueda estar contigo.

—Haría cualquier cosa por Dahlia, ya lo sabes —me garantizó—. Me jode que ese cabrón se salga con la suya, que nos divida, pero no le vamos a dejar ganar. Demostraremos lo que haga falta.

—Así es como puedes ayudar —le sonreí—. Voy a llamar al abogado y recogeré mis cosas.

No hice una maleta grande: apenas rellené un *trolley*. No tenía cabida otra mudanza porque sabía que volvería a ese piso junto a Gerard. Era una farsa, una pantomima para dejar a Vincent sin argumentos.

Mi plan funcionó y, a los pocos días, justo cuando acababa de llegar al Circuit Ricardo Tormo para despedir el curso de MotoGP™ 2019, el juez desestimó la custodia temporal a Vincent y conservó el régimen actual hasta el juicio por la tutela compartida.

En Valencia tuve que evitar a Gerard, desplazado como médico del campeonato a la última carrera. Fue un fin de semana de lluvias torrenciales, derivados de la peor Gota Fría que vivía la Comunitat Valenciana en los últimos 50 años. Hubo muchísimas caídas, incluida un invertido de Francesco Bagnaia y un atropello escalofriante de la moto de Iker Lecuona a Johann Zarco. Gerard no daba abastos.

Vincent me trató con desprecio durante todo el Gran Premio. Carente de valor, envió a Oriol a mediar por él y solicitar la presencia de Dahlia en un reportaje de Movistar Plus+ titulado: “La ‘cara B’ de un campeón”, en el que vendía una imagen totalmente adulterada de su vida. Cedí por evitar malos rollos, aunque estuve presente en todo momento detrás de la cámara.

Como campeones del mundo, acudí a la gala de la FIM en el Palacio de Congresos de València. Vincent y su familia reclamaron la presencia de Dahlia y, al igual que con el reportaje, cedí por evitar

malos rollos.

Cedía y cedía a sus peticiones: a dejar a Gerard, a permitir la difusión de imágenes públicas de mi hija de 9 meses y a que lo acompañase a él en la entrega de premios.

Separada del festejo de mi equipo, me apoyé meditabunda en la columna de un rincón apartado y sombrío. Interponer distancia con Dahlia era una realidad que, poco a poco, tenía que ir tolerando. Desde la lejanía, observaba impotente a mi bebé pasar de mano en mano.

Cedía y cedía. Y yo sentía que me moría al ver a mi pequeña en brazos de desconocidos.

—¿Cómo estás? —escuché a mi espalda, donde la oscuridad reinaba con más intensidad—. No te gires, que no nos vean juntos.

Con mis ojos clavados en mi niña, ahora sostenida por Margot, tragué un buche de aire conteniendo mi deseo de girarme y abrazar a Gerard.

—Gerard… —dejé escapar su nombre en un suspiro—. No puedo estar con mi hija, no puedo estar contigo… —mascullé derrotada.

—Ya cambiarán las cosas —aseguró él sin garantías—. Te echo de menos, mi amor —confesó desde la penumbra de su escondite—. Los días son eternos, pero las noches… —extendió una mano y tocó superficialmente mi muñeca, generándome un energético escalofrío que me hizo desfallecer en mi esfuerzo por ignorar su presencia.

Me giré.

—Necesito aire —requerí a modo de auxilio—. Salgamos de aquí, por favor —solicité—. Cinco minutos; en la fuente de la entrada.

Abandoné la concurrida y festiva estancia con paso apresurado hacia la salida del Palacio de Congresos. En el exterior hacía frío y el cielo amenazaba con descargar su furia sobre nosotros. Me senté en el muro de la fuente, relajando mi vista con los aspersores de agua.

A los cinco minutos de reloj suizo, Gerard apareció.

—Eres la mujer más bonita de todo el evento —piropeó. Me levanté, parándome frente a él, sonriente.

—Yo también te he echado de menos —declaré, refiriéndome a la conversación que habíamos dejado a medias en el salón.

Por impulso, sin pensarlo ni por un instante, me abalancé sobre él para besarle. Habían transcurrido pocos días desde nuestra forzosa despedida, pero ya extrañaba mi dosis diaria de besos. Sostuve el rostro de Gerard con mis manos, mientras él deslizaba las suyas por el contorno de mi silueta ataviada con un apretado vestido de lentejuelas. La yema de sus dedos llegó a tocar mi piel al colarse por la abertura del muslo, acariciando la cara interna de mi pierna.

—Vaya mentirosa estás hecha, *ma sirène.* —Vincent, que se había percatado de la doble huida, se presenció en el exterior del edificio valenciano con Dahlia en sus brazos. De un brinco, me separé de los labios de Gerard—. Tendré que contarle a mi abogado que sigues enganchada a la dentadura postiza de este viejo —comentó con desprecio—. *Maman est une imposteuse, Dahlia*. Estarás mucho mejor conmigo, *ma vie*.

—Vincent… —Gerard quiso romper el hielo, pero lo mandé a callar con un gesto.

—Genial. El AMA y el TAS también estarán encantados de recibir mi denuncia e invalidar tu título por consumo de cocaína en el marco de los Grandes Premios —lancé para su sorpresa—. Y, como investiguen, quizá encuentren otras sustancias. Quién sabe si esteroides anabolizantes que impliquen una sanción tan larga que tendrás la edad de Gerard y aún no podrás subirte a una moto.

—Pero… ¿Cómo…? —Sin tocarle, le di un bofetón a Vincent que lo dejó noqueado—. Si yo pierdo el título, tú también —se defendió.

—¿Sabes qué? Me la suda. Así, sin vaselina. *Me-la-suda* —indiqué, deletreando la expresión.

—Perderás los *sponsors*. Tu proyecto personal. Todo tu trabajo de tres años, se irá *à la merde* —intentó convencerme.

—Me la suda —repetí por si había dudas—. Tú perderás el título de MotoGP™, la prima económica, tu fama, tu credibilidad y tu carrera deportiva. Pasarás a la historia del motociclismo como un drogadicto y la mancha del dopaje, sea o no real, te perseguirá para siempre. Tu faceta como deportista estará a perpetuidad en entredicho.

—*Tu es une putain de salope* —me insultó en francés como desde hacía tanto que lo había normalizado.

—Soy una puta zorra que te tiene por los huevos, Vincent —contesté intimidante—. Tengo pruebas —mentí.

—Estás de farol —replicó él, deseando que así fuese.

—¿Te vas a arriesgar a descubrirlo? —pregunté con retórica, sabiendo que no tendría el valor de correr el riesgo—. Devuélveme lo más importante de mi vida y dejaré que disfrutes de lo más importante de la tuya.

El intercambio era justo: Dahlia por su título. Tras pensárselo unos segundos, no dudó y me tendió a la niña.

—Esto no se va a acabar aquí —señaló perturbado, notando cómo la sangre le hervía en sus venas.

—Es verdad, aún falta una cosa: estás despedido —añadí sin vacilaciones—. *Adieu. Au revoir.*

—No puedes hacer eso. ¡Soy campeón del mundo! —exclamó, creyéndose que su medalla de oro me haría cambiar de opinión.

—Puedo y lo haré —me mostré segura y confiada—. Con el final de temporada, tu contrato se ha vencido y no te lo voy a renovar. He cedido a tu constante humillación, esperando este momento: noviembre 2019. Ahora, no te tengo que pagar ni un euro de la indemnización —respiré aliviada al desprenderme de un gasto que mi humilde escudería no podía asumir—. Tú y yo hemos terminado en todos los sentidos.

—Olvídate de eso —aseguró—. *C'est bon*, vete con la mocosa y el viejales. Yo regresaré a la fiesta a beber, esnifar y follar lo que el cuerpo me permita. Mañana tendré otro equipo y seguiré ganando… bebiendo, esnifando y follando… lo que me venga en gana y, cuando menos te lo esperes, te daré ahí donde más te duele —dijo señalando a la niña—. Nunca podrás librarte de mí, *ma sirène*. Te voy a joder la vida.

Vincent me dedicó una sonrisa maliciosa, retrocedió un par de pasos sobre sí mismo sin apartar su vista de Dahlia y se dio media vuelta para reintegrarse a la fiesta. En su trayecto hacia el interior del Palacio de Congresos, nos dedicó un par de cortes de manga y el grito de: "¡Qué te jodan, zorra!", en perfecto español.

A pesar de su marcha, permanecí temblorosa un buen rato. El fantasma de su existencia me provocó náuseas y malestar. Ante la inestabilidad de mis piernas, si no me iba de bruces era porque mi instinto maternal sabía que mi bebé podría dañarse con la caída.

Gerard acarició mis manos, reclamándolas desde su baja estatura. Quería mostrarme su apoyo, pero desde la silla de ruedas no podía abrazarme y yo no reaccioné a su silente petición. Con el corazón desbocado y el miedo contagiando mi organismo, arranqué a caminar con la única intención de alejarme del Palacio de Congresos.

—Vámonos de aquí —dije tras haber cogido varios metros de distancia—. Me quiero ir, me quiero ir —musité angustiada.

—Edelweiss, espera… —requirió un rezagado Gerard—. Has estado genial. Estoy muy orgulloso

de ti —añadió, mientras yo seguía andando y escuchaba su voz cada vez más lejos—. Espera, por favor, déjame darte un abrazo.

Detuve mi marcha en seco. Aferrando a Dahlia contra mi pecho, me volteé. Si mi corazón galopaba fuera de control, de repente se frenó. El miedo desapareció, dando paso a la esperanza.

No daba crédito. No era real.

—Oh, Dios mío —murmuré deslumbrada—. Gerard, cariño… Estás… ¿de pie?

Sí, estaba de pie. De lado, agarrándose con fuerza del reposabrazos de su silla, pero de pie. Tambaleante e inseguro, pero de pie. De pie. Gerard estaba de pie. Deshice los metros andados con el célere taconeo de mis pasos y lo abracé. Nos abrazamos los tres. Noté que él perdía el equilibrio e hice el esfuerzo por mantener su peso para que el abrazo no acabara tan pronto.

El cielo rugió y cayeron unas espesas gotas de lluvia que, de a poco, iban calando. Reí, lloré y reí otra vez. Gerard, también. Y Dahlia, en su desconocimiento, nos regaló su sonrisa asombrada por la llovizna que la empapaba. Reímos y lloramos. De pie. Los tres. De pie.

—Os quiero muchísimo —confesó Gerard, emocionado—. Gracias por darme la fuerza que necesitaba.

—Te quiero, Gerard —le besé a mi altura, sin inclinarme. La lluvia mojaba nuestros labios, mezclándose con la saliva de nuestras bocas y el sudor asociado al empeño de Gerard por mantener la vertical—. Volvamos a casa.

Le ayudé a regresar a su silla, extenuado por la descarga de adrenalina. Se quitó la chaqueta de su traje y cubrió a Dahlia, acostada en su regazo. Me retiré los tacones y caminé descalza sobre el suelo húmedo.

No fui al hotel, sino al coche. Esa noche, tardase lo que tardase en llegar a Barcelona, dormiríamos “en casa”.

Los tres. Siendo “como” una familia, pero sin el “como”.

CAPÍTULO 27

La chica de correos

Navidad, Navidad… Dulce Navidad. Los acordes de *Noche de paz* se extendieron durante las semanas estivales. Fue un mes de diciembre mágico que, por algún tipo de milagro navideño, pudimos disfrutar como una familia unida con visitas a la Fira de Santa Llúcia y el Pesebre Viviente de Corbera de Llobregat (sin ángeles caídos). Gerard, siempre contrario a las luces, guirnaldas y a la figura de Papá Noel, nos invitó a pasar una tarde en el Navidecor de Sant Fruitós de Bages. Allí, cargamos mi coche de adornos con los que decoramos el piso de Sant Gervasi a ritmo de *El burrito sabanero*. En lo que yo me peleaba con las largas cadenas de luces, Gerard subía a la niña a su silla e imitaba el rebuzno de un burro: *¡Arre, borriquito!* De *Campana sobre campana* colocamos las bolas, algunas caseras -con las huellas del pie y la mano de Dahlia- y otras personalizadas con fotos nuestras. Además, peluches… ¡Muchos peluches!

El momento más especial fue la colocación de la estrella:

—No confiaba en la mezcla del rosa con el color plata y los tropecientos muñecos del gordinflón yanqui, pero he de admitir que es el mejor árbol que he tenido en mi vida. ¡Buen trabajo, Dahlia! —Gerard le reconoció el mérito a una niña que no llegaba a los 10 meses—. Solo falta la estrella. Mamá, ¿haces los honores?

—No, lo harás tú —le dije, sonriente.

—Mi amor, yo… —señaló su silla—. No llego.

—Sí, sí llegas. Yo te ayudaré.

Gerard continuaba con su rehabilitación, pero no había vuelto a intentar levantarse desde la entrega de premios en Valencia, hacía casi un mes. Susana, la fisioterapeuta que confundí con su romance, nos dio luz verde para probar de vez en cuando a repetirlo, sin presión ni expectativas. Vi la oportunidad perfecta. Aunque se mostró reacio al inicio, sucumbió a mi propuesta.

Dahlia jugaba con el espumillón sobre la alfombra, por lo que pude centrarme en asistir a Gerard. Mariah Carey amenizaba la escena con su mítico *All I want for Christmas is you*. Reflexioné las rodillas, coloqué una de mis manos sobre la escápula de su hombro izquierdo y, con la otra, sostuve su muñeca para impulsarle. Sus piernas le fallaron y volvió a caer con brusquedad sobre la silla.

—Déjalo, por favor. No puedo —quiso rendirse rápidamente.

—Una vez más —insistí. Respiré hondo y saqué la fuerza del amor que sentía por él. De un empujón, se mantuvo en pie. Sonreí orgullosa—. Muy bien, cariño. Lo haces muy bien.

Soltándolo del hombro, estiré la mano y di caza a la estrella rosa brillante que Dahlia había escogido en la tienda manresana. Gerard titubeó, pero renunció al soporte que le aportaba mi otra mano para liberarse y situar la estrella en lo alto del árbol. Lo tomé de la cintura para darle garantías de equilibrio, aunque él lo hizo genial sin necesitar mi ayuda. Temblaba, respiraba con fragor y

empezó a sudar del esfuerzo titánico que le suponía preservar la verticalidad, pero fijó la estrella.

Se dejó caer de nuevo sobre su asiento.

—Ahora sí. Ya está completo —resopló agotado.

—¡Está precioso! —aplaudí emocionada, Dahlia se apuntó a la fiesta del aplauso—. Dahlia, ¿has visto qué bien lo ha hecho papá? ¡Es un campeón! —expresé con naturalidad, víctima de la alegría.

"Papá". Le llamé "papá". Aún no sé por qué lo dije. Me salió de dentro, de la cotidianidad, del día a día, de su sincero afecto por ella. Quizá esperaba que el milagro navideño fuese completo y convirtiera a Gerard en el padre biológico de mi hija. O, al menos, en su padre legal. Él se tornó serio, melancólico.

—No confundamos a la niña —pidió desde la prudencia.

—Da igual lo que diga la genética o los papeles del registro. Gerard, no hay nadie en la vida de Dahlia que se merezca más que tú llamarse "papá" —le recordé, reafirmando el calificativo que brotó de mi subconsciente—. Has estado con ella desde que vino a este mundo, le has dado un techo, cubres sus necesidades materiales y afectivas. La quieres y se lo haces saber. Me lo haces saber a mí —le argumenté con dulzura—. Dahlia no nació del amor, fue consecuencia de un descuido; en cambio, se está criando en el amor más sincero que existe.

—Seré lo que ella quiera que sea —agregó, observándola hacerse una bufanda de lo más glamurosa con el espumillón y haciéndonos reír con sus ocurrencias.

La pequeñina nos dedicó una enorme sonrisa de cuatro dientes, capaz de iluminar más que las luces del árbol, y mirándonos con sus intensos ojos azules, nos hizo un regalo en forma de respuesta:

—*Pa-pá* —pronunció ella.

Me llevé las manos a la boca, sorprendida. No era una niña de muchos ruidos ni balbuceos, aún no se le había entendido ninguna palabra con significado. Hasta esa tarde de diciembre, tras la colación de la estrella rosa -más propia de la casa de Barbie- en lo alto de un árbol cargado de peluches de Papá Noel y sus renos.

Gerard se conmovió, buscando ocultar sus sentimientos detrás de unas manos que aún le temblaban del esfuerzo y la excitación de escuchar a Dahlia elegir. Estiró sus brazos y ella gateó hasta ellos, tomándola en peso y abrazándola.

—Te quiero, princesa. Siempre serás mi niña —le susurró él, desbordando felicidad.

Ya lo decía Mariah Carey: "*All I want for Christmas is you*". "Todo lo que quiero para Navidad eres tú". A ellos.

¿Y Vincent?

Vincent viajó a Dubai para seguir celebrando su título de MotoGP™ en el Oriente Medio, pasando una *Blanca Navidad* de las que *beben y beben los peces en el río*. Drogas, alcohol y prostitutas, una vida que copó las portadas de los periódicos deportivos y, dado el escándalo, encontró su hueco en la prensa generalista. Él solo, sin necesidad de alertar a ningún organismo, se estaba cavando con excesos su propia tumba mediática.

En lo que Vincent debía tirarse al harén completo de algún jeque, nosotros pasamos la Nochebuena con mis suegros y mi cuñada. Dahlia, disfrazada de elfo, hizo "cagar" al *Tió de Nadal*. Cantamos, reímos y bebimos. Zumitos, solo zumitos. Y, durante la madrugada, también le dimos a la zambomba, recibiendo el 25 de diciembre con *fum, fum, fum*. Acompasado y satisfactorio.

El plan de Nochevieja fue similar, aunque con menos solemnidad que la cena de Nochebuena y más karaoke y bailes (más sexo). Mi suegra volvió a deleitarnos con sus manos en alto al escuchar *Highway to hell* de *AC/DC*. El paso de los años -9 para ser precisos- había debilitado sus rodillas y ya no saltaba, pero de igual modo lo daba todo estando sentada en su mullido sofá. Aina, Dahlia y yo

saltábamos por ella y también por Gerard. De resto, ya lo cantó Mecano: "*(...) como el año que fue. Otra vez el champagne cava y las uvas y el alquitrán* (¡lo que fuma mi suegro) *de alfombra están. Los petardos* (de los vecinos) *que borran sonidos de ayer y el ánimo para aceptar que ya pasó uno más*".

"Cinco minutos antes de la cuenta atrás".

El 2020 fue un año horrible. Para ti, para mí, para el mundo.

Reconozco que no empezó mal, que me engañó. Los Reyes Magos vinieron "cargaditos de juguetes". *Olé, olé, Holanda y olé*. Después de haber visto a Sus Majestades en la *Cavalcada de Reis*, Dahlia se sorprendió en el salón de casa con la materialización en plástico de sus dibujos animales favoritos: *La Patrulla Canina*. Centro de mando, barco, camión, avión y los vehículos de los protagonistas. ¡Un despliegue de canes superhéroes!

Gerard, en complicidad con Marc Márquez -al que conocía por su asistencia médica en los circuitos-, me regaló el 'Signature Helmet', un Shoei X-Spirit 3 diseñado por Dave Designs con los elementos del circuito de Montmeló: la tribuna principal, la torre de la recta y el piano. Un casco exclusivo, usado tan solo en la carrera del Gran Premi de Catalunya 2019, y firmado por su protagonista. Un *regalazo*. Por mi parte, invertí un porcentaje del dinero que había conseguido en mi última carrera clandestina en recomprar el cuadro de Mykonos, el piano y los vinilos de Gerard. Los Reyes Magos fueron más mágicos que nunca.

Tras las fiestas, la rutina se instauró en nuestras vidas. Gerard currando en el hospital, Dahlia en la guardería y yo -con más trabajo que vida- en la nave de Montgat. Mamá, aún en Tarragona, tenía permitido dormir fuera del centro de desintoxicación y disponer con libertad de los fines de semana. Ella, por la distancia que nos separaba, se había alquilado un estudio en Sant Carles de la Ràpita y apenas subía a Barcelona. Las malas lenguas (o buenas, según se vea) contaban que se estaba viendo con un hombre. Papá, ignorante de rumores, se había sumergido en una etapa de viajes de negocios que lo mantenían alejado de la Ciudad Condal. Vincent, tras su ruta por los Emiratos Árabes, marchó de vacaciones a México donde acudió a varios eventos en los que aparecía sonriente y rodeado de mujeres semidesnudas.

Aunque el juez resolvió la custodia compartida, no la cumplió. No se acordó ni del cumpleaños de Dahlia, y eso que coincide con el día de San Valentín. Lejos de felicitarla, compartió una desagradable foto en Instagram en la que le mordía la lengua a una modelo colombiana en bikini con la que no se le volvió a ver. En cualquier caso, a Dahlia no le faltó su vela en el pastel ni una celebración familiar en casa de los "abuelos" y la tía Aina, que hizo de canguro a la noche para que Gerard y yo pudiésemos salir de cena a conmemorar nuestro amor.

Gracias a la buena relación de Gerard con Los Mir, su hijo Joan nos barajó como opción y terminó fichando por nuestra escudería. Tuvimos una pequeña crisis interna cuando Vincent anunció su fichaje por Yamaha y sufrimos una huida masiva de patrocinadores. Emme Café se mantuvo a nuestro lado y nosotros duplicamos esfuerzos para encontrar los apoyos suficientes que nos permitieran ser competitivos y optar a repetir el éxito de la temporada pasada, a pesar de no contar con Vincent en nuestras filas.

A medida que las negociaciones avanzaban, el panorama social empeoraba. La aparición de un virus en la ciudad china de Wuhan no tardó en expandirse por el mundo. A finales de enero, España confirmó su primer caso de COVID-19 en la isla de La Gomera, pero las autoridades sanitarias hicieron un llamamiento a la calma asegurando que la epidemia tenía posibilidad de "empezar a remitir" y que nuestro país no tendría "más allá de algún caso diagnosticado", como mucho. Murieron más de 100.000 personas en España. A nivel mundial, los decesos se contaron por millones.

Gerard y yo, tan aficionados a la serie *The Walking Dead*, nos sentimos protagonistas de su guion.

Los casos se multiplicaban a diario y, a principios de marzo, ya teníamos un total de 83 positivos. El 3 de marzo se confirmó que un hombre fallecido en Valencia el pasado mes de febrero estaba infectado por coronavirus y, a partir de ahí, fue un no parar de muertos.

Justo el 3 de marzo se nos impidió viajar a Catar. El Mundial de MotoGP™ arrancaba ese fin de semana en Lusail, pero Gerard fue uno de los médicos que insistió en que, dada la situación sanitaria, era una locura desplazarnos al golfo Pérsico. La mayor parte de mi equipo ya se encontraba en el Estado árabe al haber acudido a los test de pretemporada, de los que yo me ausenté y sustituí por encuentros de despacho con las marcas colaboradoras. De igual modo, aunque Moto2™ y Moto3™ sí disputaron sus respectivas carreras, la organización canceló el Gran Premio para la categoría reina.

Cesó la actividad parlamentaria, se pospusieron las Fallas y se suspendieron eventos de más de 1.000 personas, e incluso algunas comunidades autónomas decretaron el cierre de sus centros de enseñanza.

El 11 de marzo, la OMS declaró la “pandemia por COVID-19”.

Todo sucedió muy rápido. La Liga de Fútbol Profesional canceló sus partidos, se prohibió el acceso a la Sagrada Familia y a otros monumentos emblemáticos, la guardería de Dahlia cerró y confinaron Igualada, Vilanova del Camí, Òdena y Santa Margarida de Montbui, a 60 kilómetros de nuestro piso en el centro de Barcelona. Hubo rumores de confinamiento masivo y de estado de alarma que se confirmaron el 14 de marzo con una intervención del presidente de España, Pedro Sánchez, en la que informó de la limitación de la libre circulación ciudadana y la clausura de comercios, lugares de ocio, educativos y culturales. Gerard estaba en el hospital y yo en casa, con Dahlia, cuando se inició la cuarentena en todo el país.

Con varias horas de retraso, 5.000 contagiados y más de un centenar de fallecidos, Gerard regresó a casa de un turno que no le correspondía hacer y con una mascarilla ocultando su rostro.

—Cariño, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien? —pregunté nada más verle, ya que tampoco obtuve respuesta a mi interés mostrado por WhatsApp—. Pedro Sánchez acaba de decretar el estado de alarma. ¡Qué locura! ¿No?

—No te acerques a mí —me pidió, estirando uno de sus brazos para interponerlo entre nosotros—. Trabajo en un hospital: puedo coger el virus en cualquier momento. Lo mejor sería que, antes de que se controlen los desplazamientos, te marches a casa de tus padres con la niña.

—¿Qué dices? No pienso irme —contesté a la defensiva.

—Y yo no quiero poneros en riesgo —se mostró tajante—. Desconocemos muchos aspectos de este virus. La lista de síntomas es eterna, confusa. Estamos viendo que el coronavirus genera una especie de neumonía bilateral que provoca una pérdida progresiva de la capacidad pulmonar con mayor gravedad en ancianos. Está muriendo gente, Edelweiss.

Haciendo oídos sordos a su explicación, me abalancé sobre él y lo abracé. Sentí miedo. La incertidumbre y el desconocimiento me invadieron. Si bien Gerard era traumatólogo y, en principio, el COVID-19 no formaba parte de su especialización, pronto la Sanidad -pública y privada- precisó la disponibilidad de cualquier persona con conocimientos de medicina. Acariciando la parte de atrás de su cuello, notando el roce de la mascarilla en mi rostro, escuché aplausos. Un largo rato de aplausos. Me asomé al balcón y había muchas personas rindiendo homenaje a los profesionales de servicios básicos y al personal sanitario. Me emocioné.

—Eres un héroe, cariño —susurré conmocionada por el gesto de la comunidad con aquellos que iniciaban una lucha sin precedentes contra una pandemia—. No quiero irme —sollocé, sabiendo que era una posibilidad que tenía que valorar por el bien de Dahlia.

Cada tarde, a las 20:00 horas, yo también salía a aplaudir. A aplaudir a mi pareja, que pasaba día y noche en el hospital; a sus colegas, a sus familias, a los enfermos, a los muertos. Se cortó el tráfico de

la frontera, hubo motines en cárceles por brotes, detenidos por desobediencia, la anulación del Festival de Eurovisión y el discurso del Rey Felipe VI sin estar en Nochebuena. Con más de 17 mil contagiados y casi 800 fallecidos, llegó el deceso del primer sanitario: una enfermera de 57 años en Galdácano (País Vasco). La lloré como si la conociera de toda la vida, consciente de que no soportaría leer el titular de la defunción de un médico catalán de 46 años.

Al día siguiente, viernes 20 de marzo, recibí un burofax del abogado de Vincent acompañado de dos salvoconductos: uno a mi nombre y otro al de Dahlia:

—Estaréis mejor allí —Gerard intentaba convencerme, mientras yo empapaba el papel con lágrimas—. Edelweiss, lo peor de la pandemia está por llegar y, si permaneces a mi lado, tú y la niña corréis peligro.

—No quiero separarme de ti —gimoteé como una cría asustada.

—Ni yo de vosotras, mi amor, pero la propuesta de Vincent y su abogado no solo es justa, sino que os garantiza protección. O, al menos, más que la que puedes tener conviviendo con un médico. —Me borró las gotas de llanto con la yema de sus dedos—. Serán unos días.

—Cuídate, por favor. Cuídate, Gerard, por favor —le supliqué.

—Sí, mi niña. Cuidaos vosotras también —me besó, saltándose el protocolo de distancia de seguridad.

Fue un beso de despedida. El lunes 23 de marzo, un día después de la aprobación de la prórroga del estado de alarma, Dahlia y yo usamos los salvoconductos para trasladarnos -provisionalmente- al ático de Selva de Mar con Vincent. Desaparecido desde hacía meses, Vincent había decidido hacer cumplir la ley en plena emergencia sanitaria. Junto con su abogado, el padre de Dahlia sugirió un sistema de "casa nido" en el que ambos progenitores pudiésemos pasar tiempo con la niña al margen de las restricciones por la pandemia. Gerard le vio la vertiente positiva, considerando que de esa manera estaríamos más protegidas de un posible contagio; por mi parte, prefería contagiarme de COVID-19 o VIH antes de cohabitar otra vez con Vincent, pero tenía que hacerlo por Dahlia y por cumplir con el convenio de custodia compartida que nos había impuesto el juez.

—¡Bienvenidas a casa, *mes amours!* —saludó radiante por haber conseguido salirse con la suya—. ¡Bendita pandemia! —exclamó, yendo directo a tomar en brazos a Dahlia.

—¿Bendita pandemia? ¿Tú te escuchas? —reaccioné a su inapropiado comentario—. Contamos los muertos por miles, Vincent. ¡Miles! Se mueren nuestros abuelos, se enferman nuestros sanitarios. Mejor cállate, anda.

—Mamá está gruñona, habrá que bajarle los humos —dijo, poco antes de que Dahlia arrancase a llorar al verse entre sus brazos—. *Buah*, has heredado su mala hostia —me la dio para calmarla.

—Bueno —respiré hondo, intentando aceptar que debíamos coexistir en el mismo espacio-tiempo durante dos semanas (mínimo)—, ¿cómo nos organizamos? ¿Dahlia y yo dormimos en el dormitorio principal y tú en el sofá? —Así dicho sonaba demasiado bien.

—¡No! ¡Qué va! Papá y mamá en el dormitorio principal y Dahlia en su cuarto —corrigió muy serio, a pesar de parecer un chiste.

—Ni loca voy a compartir cama contigo —le advertí—. ¿Dahlia tiene habitación? —pregunté sorprendida.

—Sí, mi madre le preparó el *gym* como cuarto. Y, o duermes conmigo, o el fisio te va a salir caro si pretendes descansar en la cama de Dahlia —rio jactancioso.

El cuarto de Dahlia era lo más parecido a la celda de una prisión de alta seguridad, váter incluido: una cama, estrecha y diminuta, un escritorio con silla de tamaño adulto y un orinal. Todo en blanco, sin gama de colores ni juguetes, pero sí con espaldera y mancuernas. Deprimente.

Tan deprimente como nuestra convivencia basada en roces, reproches y sarcasmos. Un terrible desgaste mental. Decidí pasar las noches en la habitación de Dahlia: iba saltando de la cama al suelo, porque no había lugar más cómodo que otro.

Ahí fuera, en el mundo real, los contagios se disparaban y la Sanidad se colapsaba. España pidió ayuda a la OTAN mientras convertía el Palacio de Hielo de Madrid en una morgue por la avalancha de muertes por coronavirus y el Ministerio del Interior detenía a infractores del estado de alarma. La bolsa se desplomó, los muertos superaron los 6.500 y la Ciudad de la Justicia de la capital se transformó en otra morgue. Otra prórroga del estado de alarma. Otros 15 días confinados. Aplaudimos a las 18:00 horas para que los niños pudieran sumarse al gesto. Los sanitarios no aguantaban más: estaban al límite.

Pedro Sánchez paralizó toda actividad no esencial en España.

—Te echo de menos, Gerard —murmuré, sentada en el suelo del baño mientras Vincent se peleaba con la cena de Dahlia—. ¿Cuándo va a acabar esto?

—Es difícil saberlo —contestó extenuado al otro lado del teléfono—. No creo que acabe, como tal. Tendremos que aprender a vivir con el virus.

—Nos contagiaremos todos —añadí catastrófica—. Han dicho por la tele que ha dado positivo Fernando Simón —comenté. Fernando Simón era el director del Centro de Coordinación de Alertas y Emergencias Sanitarias, la cara visible de la pandemia y el que aseguró que España apenas tendría casos diagnosticados: llevábamos 85 mil contagiados en 15 días—. Es una pesadilla.

—Edelweiss, yo… Hoy he ingresado a mi padre —me informó abatido—. También se ha contagiado. Es fumador y la cepa del virus, muy violenta. Hemos tenido que intubar. Está muy mal.

—Dios mío, lo siento muchísimo. —Me quedé sin palabras—. ¿Hay algún tipo de tratamiento?

—Aún no. Paliamos síntomas como quien apaga conatos de incendio —informó—. No hay un medicamento específico —resopló angustiado—. ¿Sabes algo de tus padres?

—Mi madre se ha confinado en Tarragona con un amigo. “Ese” amigo del que nos hablaron en el Centro Zeus, otro paciente de la clínica —conté, sin tener demasiados detalles dado el secretismo de la situación—. De mi padre no sé nada. Creo que le ha pillado todo esto en Suiza. Filipa dice que no ha vuelto a casa. Tampoco se ha puesto en contacto con nosotras.

—¿Y Dahlia? —Su voz se resquebrajaba cada vez que pronunciaba el nombre de la niña.

—Está bien. Extraña su casa, su habitación… y a su padre —dije con ternura.

—¿La trata bien? ¿Te trata bien a ti? —preguntó sin encontrar el valor de mencionar a Vincent.

—Sí, no te preocupes —mentí. La vida con Vincent era tremendamente agotadora.

—Os quiero.

Yo lo amaba. El paso de los días y la distancia se hacían insoportables.

Abril se hizo paso. Turquía requisó a España respiradores y cargamento sanitario. El estado de alarma se prorrogó otros 15 días. Y otros más. Un bucle infinito de extensiones y aplazamientos al concepto de “nueva normalidad”. Barcelona habilitó pabellones como hospitales de campaña. Aumentaron los casos, las muertes, pero también las recuperaciones. Muchos conseguían vencer la enfermedad. Un rayo de esperanza hasta que, con el eterno confinamiento, llegó la violencia: un incremento del 60 % en las agresiones domésticas. Mujeres asesinadas por sus maltratadores, niños en el centro del odio.

Mi hija y yo también fuimos víctimas de ese porcentaje.

—¡Muy bien, princesa! ¡Qué bien lo haces! Repetimos: uno, dos… ¡tres! —aplaudí con emoción los primeros pasos de Dahlia; Vincent jugaba a la consola en el salón, hasta las cejas de cocaína—. Campeona, te voy a grabar así se lo enseñamos a papi.

Vincent pausó el videojuego.

Cogí el móvil y me puse a grabar a mi hija y su tambaleante andar. Seguí animándola, orgullosa, mientras registraba sus movimientos en un vídeo. De espaldas a la puerta, sentí un fuerte tirón de pelo y me vi arrastrada por el suelo porcelánico del ático de Selva de Mar.

Recuerdo insultos en francés. No sé si incluso oí alguno en español o fue mi mente la que tradujo sus improperios. Una patada en las costillas me dejó sin aire; la siguiente, en la espalda, fue tan dolorosa que hizo que olvidara el dolor de las costillas. "Puta", "Zorra", "Te voy a quitar a tu hija", sus gritos se entremezclaban con el llanto inconsolable de Dahlia. No tuve opción de defensa, de espaldas y desprevenida. Me golpeó la cara con mi teléfono, una y otra vez, hasta romperlo: el teléfono y mi pómulo. Aturdida, luché por no perder la consciencia. Desapareció de mi vista por unos segundos, en los que -a duras penas- logré ponerme en pie.

Al levantar la vista, él sostenía en sus brazos a la niña mientras que, con su mano libre, sujetaba un cuchillo afilado apuntándola.

—¿Es mi hija? —quiso saber su versión más lunática—. ¡Responde! *C'est ma fille?* ¿O es del engendro de tu exmarido? ¡Dime la verdad!

—¡Es tu hija, Vincent! —vociferé histérica—. Hazle pruebas. Un test de ADN. Lo que quieras. Confírmalo. Es tuya, de verdad. No le hagas daño, por favor —le rogué—. Vincent, por favor, suelta ese cuchillo. No le hagas daño.

—Ibas a grabar un vídeo para "papi". La mocosa es hija del viejo, ¡mentirosa! —apretó el cuchillo contra el delicado cuello de mi niña.

—Era para ti. Te lo prometo —mentí desesperada—. Estabas en el salón, ocupado con tus cosas, perdiéndote los primeros pasos de Dahlia y te lo estaba grabando. Era para ti, Vincent. Te lo juro —insistí en el engaño—. Era para ti.

—Estás día y noche pegada al móvil, hablando con el anciano —me echó en cara—. La niña tiene el pelo negro, los ojos azules… ¡Es de él! ¡Lo sabía! Lo supe desde que estabas embarazada. ¡¿Cómo no he actuado antes?! —se flageló, creyéndose imbécil—. Te tenía que haber matado la noche que te encerré en el *motorhome*. —De repente, el muy falso, sí que se acordó de lo que ocurrió en el *paddock* de Valencia.

Obvié el duro mensaje que lanzaba y me mantuve en mi empeño por convencerse de la paternidad de nuestra hija.

—Vincent, Dahlia es lo más puro, bonito e inocente que hemos creado como pareja —expresé mirándole a los ojos, suplicante—. Además, si no fuese tuya, ¿qué necesidad tendría de pelearme contigo por la custodia? ¿Por qué cedería a dejarla contigo y con tus padres? ¿Qué pintaría yo aquí? Confinada en este piso en plena pandemia. Eres su padre, Vincent —afirmé rotunda—. Por favor, no le hagas daño a tu hija.

Soltó el cuchillo. El arma resplandeció por un instante mientras caía al suelo con un tintineo metálico. Mi corazón latía con fuerza, sin poder creer lo que acababa de presenciar.

Vincent parecía exhausto y su rostro reflejaba una mezcla de emociones tumultuosas. Aprovechando la oportunidad, me agaché rápidamente y tomé el cuchillo, asegurándome de mantener una distancia segura.

—*Ma fille. La fille à papa. La fille de mes yeux* —dijo alzando a Dahlia por los aires, ella lloraba angustiada.

—Vincent, por favor, devuélveme a la niña —pedí.

Finalmente, sus dedos se aflojaron y la dejó libre. Mi pequeña niña -temerosa, pero aliviada- gateó hacia mí y la abracé con firmeza, asegurándole que todo estaría bien.

Sin móvil, sin llaves y hospedada en un ático, aquella noche me convertí en prisionera de mi ex, engordando la lista de mujeres para las que la pandemia supuso más que un virus.

Mi libertad llegó en forma de paquete de Amazon. Vincent se había pedido unos videojuegos y la mensajera de la plataforma de Jeff Bezos tocó la puerta a la mañana siguiente. Cogí a la niña en brazos, que desayunaba un vaso de leche delante del televisor viendo dibujos animados, y me acerqué a la salida cuando Vincent estaba firmando la recepción de su caja.

—¿A dónde vas, *ma sirène*? —Vincent, atento a mis movimientos, me detuvo con una pregunta desafiante y ante el desconcierto de la repartidora de Amazon.

—Voy a mirar el buzón —me burlé de él, manteniendo la calma y sabiendo que no podría detener mi huida delante de otra persona—. Estoy esperando un paquete de Aliexpress de los que no entregan en mano —continué con mofa.

La chica de Correos se percató de los golpes de mi rostro y comprendió la situación delicada en la que me encontraba. Con gesto compasivo, se apartó despacio para permitirme acompañarle en el rellano, dándose cuenta de que tenía que actuar con prudencia. Vincent no se rindió:

—Te acompaño —dijo, apurado y agarrando sus llaves para ir tras de mí.

—No… —mascullé nerviosa.

—Amigo, creo que la señorita puede decidir por sí misma si quiere o no su compañía —intervino la joven mensajera, entrometiéndose entre nosotras y nuestro agresor.

Vincent miró a la chavala con furia en los ojos, frustrado al percibir cómo su control sobre mí se desmoronaba.

—Usted métase en sus cosas y váyase de aquí—increpó Vincent, frenético al verme escapar de su yugo con facilidad. Su semblante se ensombreció y su voz se tornó más amenazante.

—No espere que me quede indiferente. Si la señorita quiere irse, tiene todo el derecho de hacerlo —respondió la muchacha sin amedrentarse y otorgándome el tiempo necesario para darme a la fuga.

Era un ático en Selva de Mar. Bajé los escalones de tres en tres, corriendo por una escalera interminable. Me sujetaba a la barandilla para solventar los tropezones de la gran velocidad que había cogido. Nunca me creí capaz de correr tanto. La adrenalina, el pánico y el instinto de protección nos convierten en verdaderas heroínas. Crucé el portón y salí al exterior. El sol me recibió con su calor. Se hacía raro estar en la calle, sola, con el resto de la sociedad encerrada en sus hogares. Me sentí desorientada. Tanto Dahlia como yo estábamos aún en pijama, en mis pies calzaba unas chanclas. No tenía móvil, ni documentación ni dinero. Vi la furgoneta de Correos aparcada y consideré oportuno esperar a la repartidora por si podía dejarme hacer una llamada.

Apareció.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó ella nada más verme.

—Gracias. Gracias, de verdad —le agradecí con total honestidad—. Me has salvado la vida —le reconocí—. Gracias por no girar la cabeza y ayudarme a escapar de esa casa.

—No hay nada que agradecer, señorita. ¿Quiere que la lleve a algún sitio? —se ofreció ella, que tenía la cara cubierta por una mascarilla.

El sonido de una sirena captó nuestra atención. Un coche patrulla de los Mossos d'Esquadra se aproximó hacia nuestra posición. Del vehículo se bajó una pareja de policías, hombre y mujer, interesados en los motivos que me habían llevado a estar en la calle, vestida en pijama y con una menor en pleno confinamiento por la pandemia.

—Buenos días. Somos los agentes García y Soler —se presentó el hombre por los dos y observó con detalle mi magullado rostro—. ¿Qué le ha ocurrido?

—El padre de mi hija me ha pegado —contesté sin rodeos—. Mi nombre es Edelweiss Moix; ella es

mi hija, Dahlia. Estábamos confinadas en una "casa nido" con mi expareja, Vincent Joubert, para el cumplimiento de la custodia compartida durante el estado de alarma. Ayer por la tarde, me golpeó y amenazó con un cuchillo a la niña —relaté—. Esta mañana, gracias a esta chica que vino a repartir un paquete de Amazon, he podido escapar del piso.

La policía me ayudó. Al no disponer de identificación, contrastaron los datos a través de la radio, y tomaron testimonio de la chica de Correos. Llamaron a refuerzos y una ambulancia. Detuvieron a Vincent.

—Señorita, nuestros compañeros han procedido a detener al señor Joubert— me informó la Mossa —. ¿Desea usted presentar una denuncia contra su expareja por la agresión?

—Yo… Sí… Bueno —respondí asustada, vacilante. Temía las consecuencias de denunciar a Vincent a las autoridades, pero la vía legal era el único camino—. Sí, claro.

—Tranquila, estamos aquí para ayudarlas —intentó calmarme, consciente de mi estado de nervios —. Trataremos de asegurarnos de que estén protegidas y les brindaremos el apoyo necesario. ¿Le parece si las llevamos al hospital para que sean evaluadas por un médico?

—Sí, por favor —acepté la propuesta de inmediato—. Mi marido es traumatólogo, trabaja en Dexeus —comuniqué, omitiendo el detalle de que era un exmarido sin prefijo "ex" en la práctica—. Me gustaría ir con él.

—Perfecto. Les acompañaremos al hospital y luego procederemos con la denuncia en la comisaría para que se tomen las medidas necesarias contra su expareja.

La ambulancia nos trasladó al Hospital Universitari Dexeus. Al infierno del COVID-19. Por fortuna, la policía se había puesto en contacto con Gerard y nos recibió por una entrada alternativa a urgencias, disminuyendo las posibilidades de contagio. En el vehículo sanitario me hicieron un test rápido de antígenos para la detección temprana del coronavirus, que dio negativo, y me dieron una mascarilla higiénica. Al bajarme de la ambulancia, Gerard me esperaba impaciente.

—Edelweiss, mi amor, ¿qué os ha hecho ese impresentable?

No hubo virus ni protocolo sanitario ni mascarilla ni dolor de pómulo que impidiese nuestro reencuentro. Nuestro abrazo, nuestro beso.

Gerard estaba devastado, consumido. El frenético ritmo del hospital, el empeoramiento de la salud de su padre y nuestra agresión apagaron la luz de unos ojos que siempre había usado de faro.

—Le voy a denunciar —susurré sobre sus labios, con los míos rotos de los golpes—. No permitiré que se acerque más ni a mí ni a ti… ni a nuestra hija, ¿oíste?

Así fue. En el hospital atendieron mis heridas y el arañazo que Dahlia presentaba en el cuello por la punta del afilado cuchillo que estuvo tan cerca de dañarla. También nos atendió un trabajador social que nos prestó su asistencia y apoyo como víctimas de violencia de género.

Después de terminar en el centro hospitalario, los agentes de policía nos llevaron a la comisaría para presentar la denuncia formal contra Vincent. A pesar de mis temores, di el paso. Un paso que di acompañada por Gerard, Dahlia y la amable pareja de Mossos que en todo momento me brindó su respaldo. Los oficiales se cercioraron de que todos los detalles estuvieran documentados adecuadamente y me proporcionaron información sobre las medidas de protección que podía poner en marcha para garantizar nuestra seguridad: orden de alejamiento y suspensión temporal de la custodia compartida de Dahlia.

Además, llamé a Oriol para pedirle que redactara un comunicado: "El piloto de motociclismo Vincent Joubert es detenido por violencia de género e inculpado por consumo de sustancias psicotrópicas". Porque sí, también envié mi acusación al AMA y el TAS. En horas, todas las portadas del país se hicieron eco y a Vincent se lo comía la mierda.

Ahora sí. “Jaque mate” al Rey. Aunque herida, ganó la Reina.

CAPÍTULO 28

OTRA VEZ

Más prórrogas, contagios y muertos. Muertos por el COVID-19 y por sus parejas. Gatos domésticos infectados, perros 'hiperpaseados'. Arcoíris en las ventanas: "Todo saldrá bien". Mascarilla obligatoria y distancia de seguridad de 1,5 metros. Crisis económica, ERTE. Desconfinamiento infantil: un adulto por niño y en tramos horarios según la edad. Deporte al aire libre y descubrimiento de una sociedad de *runners*. Desescalada. Fases: 0, 1, 2, 3, de vuelta a la 2, a la 1. Puedes ir a la peluquería, pero no abrazar a tus padres. Aplausos y caceroladas. Test de antígenos, PCR, dexametasona. Vuelves a tu bar de siempre, te pides una birra, te quitas la mascarilla y brindas por el fin del estado de alarma tras 99 días de emergencia nacional.

21 de junio de 2023: 245.938 contagiados y 28.315 muertos; entre ellos, mi suegro.

Bienvenidos a la "nueva normalidad".

El Mundial de MotoGP™ inició la cuenta atrás para regresar a la competición a mediados de julio con una doble cita en el Circuito de Jerez-Ángel Nieto. El Gran Premio de España tendría lugar del 17 al 19 de julio; mientras que el recién denominado Gran Premio de Andalucía, en las mismas instalaciones, se disputaría a la semana siguiente, del 24 al 26 de julio.

En junio, un mes después del fallecimiento de Gonçal, mi suegro, Gerard tuvo que dar una rueda de prensa desde el Hospital Universitari Dexeus informando sobre los puntos claves del protocolo COVID-19 en el Mundial de MotoGP™: "Seremos muy estrictos", aseguró. Y es que tanto él como Óscar Haro, director deportivo del LCR Honda, habían perdido a sus respectivos progenitores por coronavirus y por la complicada gestión de la pandemia. No fueron los únicos, pero sí que se convirtieron en la cara más mediática del *paddock* en lo que respectaba a la atroz mortalidad del virus.

Test de COVID-19 tres días antes del evento, uso de mascarillas, distanciamiento social, horario escalonado en la clínica: "Y revisiones médicas diarias para los 1.200 miembros del *paddock* en busca de posibles síntomas", expuso Gerard a los medios de comunicación con solemne profesionalidad.

—¿Crees que se ha entendido mi explicación? Temí perderme en terminología médica y no llegar a conectar con la audiencia —comentó de camino a su consulta en Dexeus y patentando inseguridad—. Es una situación tan crítica como novedosa.

—Has estado genial. Nos ha quedado clarísimo cómo será el proceder a partir de ahora —hice por elevar su autoestima—. Será una temporada extraña. Larga, pero a la vez condensada. También bastante solitaria: se echará de menos al público.

—Al final, ¿qué pasará con Vincent? —preguntó Gerard, preocupado por volverse a reencontrar con él en la competición—. ¿Se sabe algo de la reunión que tenía esta mañana en la Audiencia de Barcelona?

—Seguirá en prisión provisional —compartí con evidente alegría—. La Fiscalía se opone a liberarlo porque alega que "el riesgo de fuga permanece", con la amenaza extra de que intente llevarse a la niña del país —me estremecía de contarlo—. Por otro lado, me he enterado de que entre el AMA y el TAS hay desavenencias: el AMA pide una sanción de 3 a 18 meses de inhabilitación, siempre y cuando se someta a una programa de rehabilitación; el TAS, por su parte, pide una penalización de hasta 4 años que condenaría definitivamente su trayectoria deportiva —le informé, ya que no había tenido ocasión de charlar sobre la actualidad de Vincent antes de la comparecencia. Cerré la puerta de su despacho, al que ya habíamos accedido—. En cualquier caso, Yamaha ya ha rescindido su contrato y Vincent se perderá este curso y no podrá defender el título de MotoGP™. Un título del que, a su vez, podría ser despojado después del procedimiento judicial.

—Pusiste la cara de Vincent en las portadas de la prensa internacional bajo el título de "maltratador y drogadicto". Hiciste justicia. Ahora, solo falta que la justicia sea justa —indicó, invitándome a tomar asiento tras su escritorio—. Ojalá pase una buena temporada entre rejas y que, al salir, no tenga nada —opinó Gerard, afectado por lo que Vincent nos había hecho pasar—. Su castigo, más incluso que la cárcel, será verse sin título y sin la posibilidad de regresar a competir.

—Mi padre está focalizado en ello —le recordé, rechazando sentarme—. Todos sus abogados están tratando las diferentes causas abiertas contra Vincent con el objetivo de hacerle pagar por el daño generado —suspiré esperanzadora de que el pleito concluyese con éxito—. Jamás pensé que lo diría, pero el regreso de mi padre a España me ha aportado tranquilidad y confianza. En él y en su cúpula de expertos, he delegado el grueso de la denuncia y yo he podido centrarme en otras cosas —me aproximé a él, coqueta—. En mi trabajo, en Dahlia… En ti —empecé a desabrocharle los botones de la camisa.

—Estamos en un hospital —apuntó él, sin percibir ningún atisbo de detenimiento por mi parte—. Y hablando de Dahlia, tenemos que irla a buscar. No sé hasta qué punto, mi hermana es una buena influencia para ella.

Sentándome sobre él y dejándole el pecho descubierto, rezongué:

—¿Me está rechazando, doctor Vergés? —cuestioné, fingiendo tristeza mientras le besaba el cuello.

—No se me ocurriría tal osadía, pero… —resopló abatido y apartándose de la trayectoria de mi boca.

—Joder, Gerard —me quejé, aburrida de sus constantes negativas—. Un mes es suficiente duelo, ¿no crees? —respondí por impulso, pecando de caprichosa e irrespetuosa—. Disculpa, cariño, no quise decir eso —me autocensuré—. Era tu padre, lo querías. Tómate el tiempo que necesites —dije, volviendo a abotonar su camisa.

—Murió solo. Soy médico de este hospital y, pese a todo, me prohibieron estar con él y murió solo —hizo memoria, dolido—. ¿Y el entierro? Mi madre no se pudo despedir del amor de su vida. A ella, más pronto que tarde, se la llevará la pena.

—Lo siento, cariño. —Ante el color lúgubre de la conversación, carraspeé la garganta y me quise incorporar; Gerard me frenó, acomodándome de nuevo sobre sus piernas.

—Pero tienes razón, mi amor. Mis padres compartieron 60 años de su vida. Por razones obvias, y por desgracia, nosotros no tendremos tanto tiempo —señaló con realismo nuestra diferencia de edad —. Será mejor dejar de perderlo —dijo acariciando mi rostro—. He visto mucho dolor estos meses. No solo en el rostro de mi padre, luchando por respirar; ni tampoco en los ojos de mi madre, al perder a su compañero. Ni siquiera al enviar otro cadáver a una saturada morgue. Son esas familias separadas a la fuerza, a las que se les ha impedido estar juntas y que no pudieron abrazar por última vez a un ser querido —me besó con delicadeza—. Qué suerte tengo de poder seguir besándote…

—Vivamos por ellos, por los que se ha llevado la pandemia, por la memoria de tu padre —rocé nuestras narices—. Vivamos por nosotros, porque no sabemos cuándo nos tocará bajar con los pies por delante a la saturada morgue.

Cuando nuestras bocas volvieron a encontrarse, mis manos regresaron a su labor pendiente con los botones. Realicé una pequeña pausa para facilitar la retirada de mi camiseta, el sostén ya se lo dejé a su destreza. Llevábamos más de un mes sin tocarnos. Desafiando al coronavirus en cada contacto robado a la madrugada. Usando la mente para jugar al solitario en una ducha de pocos minutos, deseando sentirme deseada porque deseo por él ya sentía, aunque lo contenía. Descubrí que él también se había estado conteniendo. La congoja y el luto habían sedado una pasión que ahora despertaba de su anestesia con besos. Su piel, adormecida, se erizaba bajo la yema de mis dedos. Su corazón roto se reconstruía con el pegamento de nuestra saliva.

Acaricié su cuello, él besó el mío; yo gemí, él gruñó. No era el lugar ni quizá el momento, pero necesitaba percibir su cálido aliento como si fuese oxígeno en plena apnea. Fui perdiendo la razón y mis caderas comenzaron a balancearse por inercia, aún con demasiada ropa entorpeciendo. Más capacitado que nunca, logró quitarme el cinturón y bajar la cremallera de unos pantalones que le impedían su ingreso al sendero del placer. Colaboré en apartar las prendas sobrantes, suyas y mías, para dar término a unos preliminares que nos habían calentado a niveles febriles. Éramos dos estufas encendidas en verano. Brasas ardiendo en gasolina.

Se coló. Bueno, no le hizo falta. No se trató de un allanamiento: mi cuerpo abrió puertas y ventanas para recibirle. Fue una bienvenida triunfal, de alfombra roja y Moët. Faltaban los fuegos artificiales, aunque ya estaba preparando la pólvora. Se venía un espectáculo pirotécnico sin precedentes. Y sin ser ni el lugar ni el momento, pero memorable.

—Eres mi adicción —susurró sobre mis labios—. Te deseo tanto…

—Hazme tuya —contesté ardiente; él se estremeció—. ¿Vamos juntos, cariño?

Él jadeó, extasiado. Agachó la cara para sepultarse a voluntad entre mis senos. Entendí su gesto como una afirmación a mi candente insinuación, por lo que aumenté la velocidad de mi vaivén. Con mi alarido de goce y el rugido de éxtasis de Gerard, pusimos fin a la sequía. Yo era una flor de regadío y Gerard, mi experto en botánica… e irrigación.

—Reconozco que follar en mi consulta era una fantasía sexual que había tenido toda la vida —confesó Gerard, dibujando una inmensa sonrisa de satisfacción.

Me tumbé en la camilla, aún recobrando el resuello. Mantener relaciones con Gerard, si bien eran maravillosas, suponían un desgaste físico brutal dada su movilidad reducida.

—Estamos a tiempo de repetir jugando a los médicos —bromeé con morbo—. Me duele justo aquí, doctor Vergés —agregué pícara, señalándome el pecho.

—Voy a por el estetoscopio —añadió divertido.

Semidesnuda, relajándome, tomé mi móvil para consultar mis notificaciones en lo que Gerard se recomponía. Tenía un mensaje de mamá en el buzón de voz:

—Edelweiss, hija mía, estoy subiendo a Barcelona. Voy a coger las riendas de mi vida y te necesito a mi lado. Por favor, ven a buscarme a la marquesina de Palau Reial sobre las cinco y media de la tarde. Acude sola.

La señal se cortó y automáticamente miré el reloj: faltaban 20 minutos para la hora señalada.

Me incorporé y recuperé mis prendas de ropa esparcidas por la consulta de Gerard.

—¿Todo bien? ¿Mucho curro? —interrogó, no en plan cotilla ni controlador, sino por mostrar interés en mis asuntos.

—Es mi madre. Quiere que nos veamos ahora: a las cinco y media en la parada del bus —le

compartí desconcertada.

—¿Quieres que te acompañe o prefieres ir sola? —se ofreció él con amabilidad. Noté que todavía se le iban los ojos a mi pecho descubierto.

—Iré sola, gracias —rechacé su compañía, tal y como indicaba mi madre en su audio—. ¿Te importa ir a por Dahlia? Podemos vernos en casa de Clàudia en un rato. Te voy avisando.

—Por supuesto, ve tranquila. Yo me encargo de Dahlia.

Había pasado un año desde el "despiste" de Gerard y era la primera vez que le responsabilizaba de la niña desde entonces. Él formaba parte de su vida, de sus rutinas, y le había dejado a solas con ella para darme un salto a Mercadona o a la farmacia, pero no en plan: "Cuídala porque yo no sé cuánto voy a tardar". Me había demostrado que "podía" confiar en él y, con naturalidad, le evidencié que "volvía" a confiar en él.

Me despedí de Gerard y visité el baño para asearme un poco después del improvisado polvo. En la cafetería, pedí un café expreso para llevar y bajé al *parking* para montarme en mi coche e ir a por mi madre. El punto de encuentro estaba cerca, apenas un par de calles por encima del hospital, así que llegué puntual. Mi madre ya esperaba en la marquesina del bus con su rostro cubierto con una mascarilla FPP2 negra y guantes de látex cubriendo sus manos. Toqué el claxon y me identificó entre el tráfico.

—Hola, mamá. Me alegro de verte —saludé, aún confusa por su repentino viaje—. ¿A dónde vamos?

—A casa —indicó nerviosa.

Hacía tiempo que no la veía y, pese al *look* pandémico, la noté más estilizada. Estaba guapa. Me atrevería a decir que la percibí radiante. La rehabilitación le había devuelto años de vida y el brillo de los ojos. Bueno, la rehabilitación y/o "su amigo".

—¿Quieres contarme algo? —pregunté impaciente por conocer sus planes, cogiendo la Avinguda de Pedralbes.

—¿Cómo está Dahlia? —cambió de tema—. La echo mucho de menos —se sinceró, añorando a su nieta.

—Está preciosa. Ya no camina, corre como una gacela y se juega la vida en cada paso —sonreí al pensar en mi hija—. Se ha quedado con mi cuñada, ya que Gerard y yo…

—Estabais follando. Hueles a sexo que tumbas —interrumpió ella como si me hubiese estado observando por un agujerito de la pared.

—Estábamos trabajando —corregí, molestándome sus dotes de videncia—. Gerard tenía que ofrecer una rueda de prensa importante.

—¿Vais a hacer la temporada completa? —indagó.

—Es la idea —contesté, girando por Pearson.

—¿Y qué haréis con la niña? —prosiguió con su interrogatorio.

—Nos estábamos planteando la opción de que viaje con nosotros e ir contratando canguros en destino —resoplé. La conciliación me traía de cabeza—. ¿Tienes una sugerencia mejor?

—Quiero separarme de tu padre —lanzó como una bomba nuclear—. No le quiero. Nunca lo quise. Solo quería algo de él que a día de hoy no me compensa. No hay dinero que pague mi infelicidad a su lado. Quiero el divorcio —insistió.

Tras su declaración, activé el freno de mano. Estábamos en casa: para variar, papá no se encontraba; o, al menos, no tenía su coche estacionado en el garaje. Por su parte, ahora que se permitían los desplazamientos, Filipa había viajado a Portugal para reencontrarse con su gente, ya que sufrió la pérdida de un familiar y quería juntarse con sus seres queridos.

Me roté para mirar a Judit, que ocupaba el lugar del copiloto:

—Eres muy valiente, mamá. Serás muy feliz.

—Mi intención es quedarme en esta casa —dijo sin ambages, refiriéndose a la mansión de Pedralbes—, pero mientras tanto, como comprenderás, tengo que salir de aquí. —Recargó sus pulmones de aire e intuí por dónde iban a ir los tiros, pese a que esperaba equivocarme—. Me preguntaba si me podía mudar provisionalmente con vosotros. —No, no me equivoqué—. En compensación a vuestra afable hospitalidad, os cuidaré a la niña en vuestros viajes: yo tendría un techo en el que esconderme de tu padre hasta la repartición de bienes y vosotros podréis seguir trabajando sin preocupaciones… y apestando a sexo día y noche.

—Mamá, el piso de Sant Gervasi es pequeño. Estás acostumbrada al lujo y no te sentirás cómoda —puse impedimentos—. Quizá alguno de tus hermanos te puede hacer el favor o…

—He vivido en una celda para locos durante el último año de mi vida —recordó—. Y fue justo en esa celda donde reflexioné sobre la poca importancia que tiene el lujo. Era feliz en la celda, sin tu padre. Prefería la celda en soledad a esta mansión con su compañía —explicó con total honestidad—. Sé que he sido una madre terrible. Rectifico: sé que no he sido madre, pero también sé que tú eres mejor persona de lo que lo he sido yo. Tú me has enseñado tanto, hija. No lo sabes bien. Tú y Gerard —reconoció—.Y ahora, con toda mi humildad, os pido perdón y ayuda. Por favor. Sin vosotros, no seré capaz de dejar a tu padre. Ayúdame, hija.

Ella, la que nunca aprobó mi relación y la que tachaba de "*medicucho*" a mi pareja, me pedía auxilio. Solicitaba instalarse en el piso del "impresentable" y "degenerado pederasta".

Llámame tonta. Estúpida. Quizá prefieres considerarme gilipollas y nos dejamos de remilgos, pero decidí ayudarla. Entré en la casa y le ayudé a hacer una maleta. Con una habitación hasta el techo de zapatos, mi madre metió en su equipaje tan solo un par. Cuatro prendas de ropa, algún enser de baño, álbumes de fotos y poco más. Le sobró hasta espacio. Con discreción, se separó de mí y dijo "hasta pronto" a lo que había sido su hogar por tres décadas. En un papel encontrado en el despacho de mi padre, de desconocida importancia, mamá escribió: "Me has arruinado la vida y no quiero volver a verte", y lo firmó como Judit Cambó i Batlle. Mamá recuperó su nombre completo. Dejó de ser "solo Judit" o "señora Moix" para reclamar su identidad.

Y sí, mi nombre completo es: Edelweiss Moix Cambó i Batlle. Única en el mundo.

Gerard estaba con Dahlia y Aina en el domicilio de mis suegros. De mi suegra, en singular. Clàudia vivía en Mollet, a 25 kilómetros del centro. Durante el trayecto, Judit Cambó i Batlle se mantuvo observando a través de la ventana y derramando lágrimas en silencio. En aquella (pandémica) época, las visitas estaban restringidas a un cierto número de personas. No lo recuerdo porque nunca lo cumplimos. Clàudia, aún de luto, necesitaba a sus hijos a su lado, a "su nieta", a su nuera… Lo último para ella era andar contando metros o personas. Fue bienvenida hasta mi madre.

—Un placer conocerla al fin, Judit —la recibió mi suegra—. Mi marido y yo teníamos muchas ganas de tratarla. Lástima que mi Gonçal no está para compartir este bonito momento familiar.

—Mi más sentido pésame —mamá presentó sus condolencias.

—Gracias. Afortunados los que aún disfrutan del amor, como nuestros hijos —Clàudia nos miró orgullosa—. Ni la edad ni el tiempo, ni una silla de ruedas ni un malnacido, ni siquiera una pandemia ha podido con ellos. —Habló de nosotros con tanta admiración que me ruboricé—. ¿Sabe, Judit? Para mi Gonçal y para mí, Edelweiss siempre ha sido como una hija. Ha criado usted a una mujer maravillosa.

Mi madre se rompió. De pronto, sin previo aviso, se quebró delante de mi familia política.

—El mérito no es mío, Clàudia. No sé de quién será, pero ni mío ni de su padre —reconoció

acongojada—. Mi hija se ha hecho a sí misma. Agradezco que usted, junto a su marido, le hayan dado el calor que en casa no tuvo —sollozó.

Clàudia invitó a mi madre a una infusión y ambas se retiraron a la cocina. Aina seguía ejerciendo de tía, bailando Luli Pampin en la tele del salón. Gerard y yo disfrutamos de un instante de intimidad.

—Tengo que contarte una cosa, cariño. Y también pedirte un favor que quizá no te hace ninguna gracia —le dije misteriosa, sentándome frente a él y entrelazando sus dedos con los míos—. Mi madre se quiere divorciar de mi padre.

—Puede venir a vivir con nosotros —adivinó él, haciendo gala de esa bondad que tanto lo caracterizaba—. Estaremos un poco apretados, pero nos apañaremos.

—¿Estás seguro? No le debes nada —precisé, negándome a aceptar la coyuntura por compromiso.

—Es tu madre, mi amor. Le debo traerte a este mundo. —Me conmovió y besé sus manos—. Dice mucho de ella que haya superado su adicción y quiera empezar de cero lejos de tu padre.

—Me acogiste a mí cuando no tenía dónde caerme muerta, luego recibiste a mi hija en tu corazón y ahora aceptas a mi madre bajo tu techo. ¿De qué nube te caíste? —bromeé, usando el símil de un ángel—. Te falta el arco y la flecha.

—El del arco y la flecha me disparó y me enamoré de ti —sonrió, acariciándome la mejilla.

La convivencia con mi madre fue peculiar. Se estableció en el salón, a pesar de la insistencia de Gerard de cederle su lugar en nuestra cama. Dada su condición, él estaba más seguro descansando en el dormitorio. Además, de esa manera, no renunciamos a nuestros momentos en pareja. Mamá descubrió de qué manera nos compenetrábamos él y yo en nuestro día a día, y nos respetaba y apreciaba a partes iguales.

—¿Qué le apetece cenar, Judit? —le preguntó Gerard la primera noche en casa—. Pensaba hacer unas almejas a la marinera. ¿Le gustan?

—¿Cocinas tú? —contestó asombraba mi madre—. ¿No tenéis ayuda?

—Mamá, Gerard es un chef estupendo. Ya verás —dije cargando a Dahlia en brazos para llevarla a la ducha.

—Ha sobrado un poco de crema de verduras de ayer. También, puedo descongelar un salmón y hacerlo a la plancha para la niña. ¿Te parece, mi amor? —comentó Gerard.

—Es perfecto —me acerqué para darle un pico en los labios—. Muchas gracias.

—A ti.

Mi madre flipaba en colores con nuestra organización y corresponsabilidad equitativa, con el afecto y los modales. Acostumbrada a mandar y ser mandada, a ser vapuleada y humillada, a veces se frotaba los ojos creyéndose en un sueño. Se fue acostumbrando y, sobre todo, fue normalizando las características de una relación sana.

Cumplí los 29 años y viajamos a Jerez. Los cuatro. Al ser dos carreras seguidas, nos quedamos en Andalucía durante un par de semanas y no cabía otra opción que no fuese traer a Dahlia con nosotros. Mamá se encargaba de ella, mientras Gerard y yo ejercíamos nuestras respectivas responsabilidades. La pequeñaja no tardó en convertirse en "la princesita del *paddock*". Los 1.200 trabajadores del *paddock* sabían que la niña era de Vincent; sin embargo, nadie lo mencionaba. Nadie se acordaba de él, nadie lo tenía en cuenta. De escucharse un eco, además de lejano, solía traer consigo las vibraciones de maltratador y drogadicto. Nadie tuvo en consideración al deportista, sino al monstruo.

El 19 de julio de 2020, Marc Márquez sufrió una aparatosa caída a cuatro vueltas del final de la carrera de MotoGP™ que condicionó su futuro en la competición. Se fracturó el húmero del brazo derecho y su vida -profesional y personal- no volvió a ser la misma. Joan Mir, en su estreno como

piloto del Emme Café Racing MotoGP™, también se fue por los suelos. Adam Schulz dio positivo en coronavirus. En la segunda ronda andaluza, Mir terminó quinto y Adam, de vuelta al ruedo, décimo.

De regreso a Barcelona, Gerard coordinó la operación de Marc Márquez el mismo día que se oficializó la retirada del título de Vincent Joubert. De esa manera, en lo que Márquez era intervenido en una mesa de operaciones para la colación de una placa de titanio, conseguía sumar a su palmarés el octavo título de su carrera deportiva, sexto en la categoría reina. Vincent, aún bajo arresto, lo había perdido todo.

Antes de viajar a Brno, Gerard supervisó una segunda cirugía: la pesadilla de Marc no había hecho más que comenzar.

La temporada avanzó. Una temporada rara. Rarísima. Sin Marc ni Vincent. Con Joan Mir a lomos de la Suzuki que fue de Vincent y Franco Morbidelli en la Yamaha que debió ser de Vincent: ambos disputándose los cajones del podio, las medallas de oro y el título de MotoGP™ 2020. Los sustitutos de Joubert eran los favoritos del curso. En Austria llegó nuestra primera plata y, tras la cuarta posición de Estiria, Mir encadenó varios podios con un tercero y dos segundos. Una regularidad que lo mantenía como firme candidato al asalto del campeonato.

En otro doblete, el de Valencia, llegó la primera y única victoria del curso y el título. Lo conseguimos. Volvimos a lo más alto. Nos repusimos. Emme Café Racing MotoGP™ ganó su segundo mundial con los 171 puntos de Joan Mir; tercera plaza para Adam Schulz, por detrás de la Yamaha de Franco Morbidelli. Éramos campeones del mundo, y terceros. Alegría duplicada.

Un nuevo pico de contagios evitó que se celebrara la tradicional entrega de premios en Valencia. De esta manera, fue el Algarve portugués el que coronó a nuestro piloto como campeón. Una ceremonia privada y emitida a través de redes sociales, que mermó un poco nuestro regocijo. Gerard y yo nos prometimos festejar el triunfo por nuestra cuenta en Barcelona, pero el aterrizaje en la Ciudad Condal fue un poco convulso.

Mi padre pidió un cara a cara con mi madre después de haberse pasado varios meses retrasando el momento de la negociación del divorcio. La noche previa a la citación, me quedé con mamá en la sala viendo álbumes de fotos de su juventud y mi infancia. No podíamos dormir y nos deleitamos con un recorrido a un pasado en común. Ninguna tenía buen recuerdo de esa época, pero a pesar de todo sentíamos cierta nostalgia.

—En Disneyland París, tu padre sobornó a Mickey para que te cantara el cumpleaños feliz —dijo señalando una fotografía.

—Sí, aún tengo pesadillas con aquello —reí.

—Oh, ¿y te acuerdas de este viaje? —preguntó señalando un cartel de Las Vegas—. A ti te encantó el Cadillac que alquilamos para hacer la ruta 66.

—Recuerdo que me dejaste sola en la habitación del hotel para ir al casino —me encogí de hombros—. Es un álbum familiar en el que fingimos ser una familia.

—Tienes razón, hija mía —reconoció—. Es triste admitir que es todo una auténtica farsa.

—Aquí nos hicimos una foto con Papá Noel y la mañana de Navidad me desperté sola en casa —suspiré, dejándome contagiar por la decepción de ese día.

—Eres una gran madre, Edelweiss. Has roto el círculo y, por fortuna, Dahlia vivirá en el epicentro de una familia bien avenida —comentó, intentando animarme y cerrando el álbum—. Se os ve muy bien. Me alegro por vosotros, te lo prometo —expresó con honestidad, hablando de Gerard y de mí—. Aspiro a lo mismo, hija. He conocido a alguien que me hace muy feliz.

Me contó que se llamaba Joaquín, que era de Castellón, divorciado y que entró en depresión por el fallecimiento de una hija en un accidente de tráfico. Decidió ingresar por voluntad propia en el Centro

Zeus con una adicción a opiáceos que lo evadía de su triste realidad, del vacío que había dejado la muerte de su hija. Allí conoció a mi madre y ella se deshizo en bondades describiendo lo buena persona que era.

Mamá estaba enamorada de Joaquín. De julio a noviembre había mantenido su relación a distancia, pero ya deseaba volver a verle. Ansiaba empezar con él una nueva vida, siendo una mujer libre.

Nos presentamos en el despacho de abogados, papá ya la esperaba. Me quedé en el exterior de la sala de reuniones, facilitando la privacidad de su conversación, y busqué entretenimiento en el móvil. Gerard me envió varios vídeos de mi cuñada balanceando a Dahlia en el columpio de un parque. De repente, revisando la grabación, lo vi. O me pareció verlo. Llevaba mascarilla, pero… Joder, se parecía un montón. ¿Sería él? Llamé por teléfono.

—Dime, mi amor —respondió Gerard a mi llamada.

—Cariño, fíjate en el tipo que está al lado del árbol, ¿lo ves? ¿Quién es? —pregunté perturbada.

—¿Qué árbol? Estoy en un parque, hay muchos árboles. Nos rodean árboles —contestó nervioso.

—A la izquierda del columpio. Entre la papelera y el árbol, mirando hacia el edificio del Consum —entré en detalles—. ¿Sigue allí?

—No veo a nadie, Edelweiss. ¿Qué pasa? —exigió saber alterado.

—En el segundo vídeo que me pasaste me pareció ver a… —Hice una pausa porque sonaba a locura— Vincent —pronuncié su nombre preocupada de que mis ojos no me estuviesen engañando —. En el primer vídeo, el tipo está sentado en el banco de la izquierda. Es él, Gerard. Estoy segura. ¡Está ahí!

—No puede ser. ¿No seguía en la cárcel? —Gerard empezó a creerme pese a su escepticismo inicial.

—Debería, no sé. Sal de ahí. Volved a casa, por favor. Avísame cuando llegues —le rogué inquieta —. Yo iré en cuanto pueda.

Caminé de un lado al otro de la habitación. Aquella sala de espera se me hizo pequeña y las agujas del reloj se movían con una lentitud desquiciante. A los 10 minutos, tras mirar y remirar las imágenes de mi teléfono móvil, recibí un WhatsApp de Aina en el que me adjuntaba el enlace a una noticia del diario AS que confirmaba nuestras sospechas:

“Exclusiva: el piloto de motociclismo Vincent Joubert, excampeón del Mundo de MotoGP™, abandona el régimen de prisión provisional sin fianza que mantenía desde el pasado mes abril. Joubert sale de la cárcel de Brians tras llegar a un acuerdo con el equipo jurídico de la parte demandante en el ‘caso Moix’ por violencia de género”.

Alterada, accedí a la estancia donde estaba teniendo lugar la disolución del matrimonio de mis padres.

—Siento la interrupción. Papá, ¿Vincent está libre? —solicité una respuesta inmediata.

—Edelweiss, estamos terminando. En 5 minutos te cuento qué ha sucedido —quiso alargar mi incertidumbre.

Saqué una captura del vídeo y le di zoom a la imagen. Sobre la mesa, dejé la fotografía de Vincent entre el árbol y la papelera en el parque donde jugaba Dahlia.

—El vídeo no tiene ni un cuarto de hora, papá. Dahlia se está columpiando con mi cuñada a 20 metros de ese individuo. ¿Es Vincent? ¿Está libre?

Papá cogió el teléfono, apretó los labios y cerró los ojos, disgustado y negándose a seguir mirando aquella prueba gráfica. Emitió un sonoro resoplido y se incorporó.

—Acepto sus condiciones. Todas. Se acabó la reunión —rubricó unos papeles y se dirigió a mi madre—. Gracias por todo, Judit. Espero que seas muy feliz —le ofreció una mano que mamá apretó

con firmeza—. Déjame arreglar esto.

—Más te vale —dijo ella.

Papá me explicó que sus abogados habían llegado a un trato con Vincent para evitar llevar el caso a los tribunales. Por lo visto, ir a juicio era una lotería que podría haberse puesto en nuestra contra. En cambio, de esa forma, Vincent renunció a la custodia compartida a cambio de su libertad (vigilada), cediendo la guardia y custodia monoparental y absoluta de Dahlia, otorgando una indemnización económica de 8.000 euros y aceptando una orden de alejamiento de 300 metros sobre mi persona. Discutí con mi padre. Si bien había descargado el caso sobre sus hombros, me hubiese gustado opinar sobre su resolución. Él aguantó el rapapolvo, en silencio y cabizbajo, y cuando terminé de gritarle me repitió lo mismo que le había dicho a mi madre minutos antes: "Déjame arreglar esto".

Se fue a arreglarlo, o eso creo. Mi madre, a su vez, estaba eufórica: ya era una mujer divorciada y la mansión de Pedralbes era única y exclusivamente suya. Esa misma tarde, recogió sus cosas y se marchó del piso de Sant Gervasi, mostrando su agradecimiento infinito por nuestra hospitalidad.

Empezó a llover. Era una fría noche de mediados de diciembre. Con cada parpadeo, veía a Vincent sentado en el banco o junto al árbol. Estaba libre y, fuesen cuales fuesen sus intenciones, ningún papel iba a frenarle. Nada le impidió tirarme del pelo, patearme las costillas ni romperme un pómulo. Nadie, salvo yo, lo detuvo de amenazar a nuestra hija con un cuchillo. Me apagué, tornándome taciturna. Gerard asumió la rutina nocturna de Dahlia; mientras yo, temerosa de cruzar miradas con Vincent, observaba a través de la ventana del salón el paso de los transeúntes cargados con paraguas.

—Voy a leerle un cuento a Dahlia. ¿Quieres pedir unas pizzas para cenar? —consultó. Mostré desdén con un gesto.

Respirando hondo y llenándose de paciencia, Gerard abandonó el salón y se fue a dormir a mi hija. Yo me mantuve en alerta.

Vi el piano. El piano que aporreé durante mis días como cuidadora de perejil, aquel que Gerard vendió para poder comprar la habitación de Dahlia y el mismo que recuperé del anticuario como regalo especial de Reyes. Sus teclas parecían invitarme a encontrar la paz y la evasión que tanto necesitaba, como si quisiera devolverme el favor de haberlo traído de vuelta a su rincón. Sin pensarlo demasiado, abrí la tapa del piano, me senté en la banqueta y dejé que mis dedos se movieran libremente.

—"*That Arizona sky burnin' in your eyes*". [Traducción: "Ese cielo de Arizona ardiendo en tus ojos].

La melodía de *Always remember us this way* se deslizaba por el aire, transformándome en Ally, como si hubiera *nacido una estrella*. Mi compás era un poco lento debido a la falta de práctica, pero eso no importaba: el sonido que producía era dulce y agradable. Sanador.

—"*When the sun goes down and the band won't play, I'll always remember us this way*". [Traducción: "Cuando el sol baje y la banda deje de tocar, siempre nos recordaré así"].

Gerard apareció, alucinado. Dahlia ya descansaba en su habitación. La sorpresa de mi exmarido fue evidente al verme tocar su piano con una habilidad insólita para él. Tras superar ese instante de estupefacción por escucharme generar música con mi voz y con su instrumento favorito, se unió a mí.

—¿Desde cuándo tocas? —preguntó mientras se situaba a un lado del piano para deleitarse con el improvisado concierto. Me sentí cautivada por sus ojos azules que me observaban con orgullo y admiración.

Por fin, compartíamos su gran hobby: la música. Dejé de ser solo yo y el motociclismo, para incluirlo a él y a su música entre mis aficiones.

Continué tocando, dejando que mi voz se mezclara con la melodía que emitía el piano a través de

mis inexpertas falanges. Fue un hermoso momento en el que el pasado o las dificultades que habíamos enfrentado -o que seguíamos enfrentando- pasaron a un segundo o, incluso, tercer plano. Solo estábamos allí, disfrutando de la música. Del presente y del amor que compartíamos como pareja.

En pleno éxtasis musical, concentrada en cada nota y entonación, Gerard se puso en pie con determinación y dio un par de pasitos inestables hasta la banqueta. Atónita, le hice sitio y nos dividimos el teclado del piano. El milagro de verlo caminar después de casi 10 años de haber sufrido la paliza que lo dejó parapléjico, me llenó de emoción. Fue inesperado, aunque muy deseado. Sé que apenas nos separaban unos centímetros, pero él los recortó. Solo, sin ayuda. Solo con Sol, pero también con Fa, Do y La.

Continué tocando, a veces me perdía en la partitura mental, pero Gerard estaba allí, guiándome con su presencia.

—"*When you look at me and the whole world fades, I'll always remember us this way*". [Traducción: "Cuando me mires y el mundo entero se desvanezca, siempre nos recordaré así"].

Terminamos la canción con un silencio cómplice, sintiendo que la música había cosido nuestros corazones; a ellos y entre ellos. Nos abrazamos. El piano, aquel que se pasó años cogiendo polvo y casi finaliza sus días en un vertedero, había sido testigo de la declaración de amor más poderosa que jamás había entonado.

—"Siempre nos recordaré así" —masculló Gerard, repasando la letra de la canción en medio de ese abrazo.

—¿Desde cuándo caminas? —pregunté ilusionada, recuperando su interrogante y adaptándolo a mi entusiasmo por haberle visto dar un par de pasos.

Sonó el portero.

—Las pizzas de Domino's —informó él, eludiendo saciar mi curiosidad—. Hay Lambrusco de Mercadona en la nevera.

Pizzas de Domino's y Lambrusco de Mercadona: la última vez que hicimos esa combinación, acabamos comprometidos. En el pasado, viendo una maratón de capítulos *The Walking Dead*; en el presente, interpretando la BSO de *A star as born*. Ni Rick ni Michonne, ni Bradley Cooper ni Lady Gaga desprendían tanta química como nosotros.

Dejándome embriagar por la nostalgia, le susurré:

—Cásate conmigo. Otra vez.

Me dedicó una sonrisa y una mirada brillante, cargada de sentimiento. Él, que ya daba nuestra relación por estancada ante mi constante negatividad a formalizarla a través de burocracia, había perdido la capacidad de expresión por el asombro que le producía mi repentina petición. Asintió con la cabeza, mudo y boquiabierto, acariciando mi mejilla con delicadeza y observándome con veneración.

—Nunca y siempre. Cada día. Otra vez —ofreció como respuesta—. *Nunca* te he olvidado y *siempre* te he querido. *Cada día* lo pasaría a tu lado. *Otra vez*, me casaría contigo —describió el jeroglífico de palabras, generando rubor en la mejilla que rozaba—. Sí, Edelweiss. Por supuesto, mi amor.

10 años después, borramos el prefijo "ex" a nuestra etiqueta y lo celebramos con pizzas de Domino's y Lambrusco de Mercadona.

CAPÍTULO 29

A DECIR VERDAD...

Papá se demoró en arreglarlo, pero lo arregló. Lo arregló para siempre. De cuajo, de manera inapelable, definitiva e irrevocable. Sin vuelta atrás. Tardó, sí, pero cumplió su promesa.

Mientras tanto, hasta ese día, no supe de él.

Gerard y yo nos casamos o, más bien, deshicimos el divorcio. Yo no era la niña de 19 años que se sintió abrumada por la sucesión de acontecimientos que alborotaban su vida; era una mujer de 30, decidida y convencida de querer pasar *el tiempo-que-fuese* con aquel hombre que había conocido haciendo de "copi" en un Supra durante una carrera ilegal. Contrajimos matrimonio religioso, por deseo de Gerard, en la ermita de Sant Emir, en la sierra de Collserola. En plena naturaleza y entre las carreteras en las que había experimentado tantas aventuras clandestinas.

Usé un vestido de novia en color crema, de estilo boho chic con encajes y tela vaporosa, cabello suelto y flores en el pelo, a conjunto con mi preciosa niña Dahlia. Gerard lució un traje completo, con chaleco incluido, en gris claro. Durante la ceremonia, dejó aparcada su silla de ruedas y me recibió en el altar de pie, sosteniéndose con la ayuda de un par de muletas. Su recuperación, aunque lenta e incompleta, era tangible y podía medirse en esos pequeños instantes de verticalidad que sus débiles piernas le permitían.

Sufrimos los coletazos de la pandemia, con vacunas y certificados COVID-19, mascarillas y limitaciones de aforo. Tuvimos pocos invitados, familia y amigos cercanos, en gran medida de parte Vergés; yo solo conté con mamá y Filipa. ¡Ah! Y Joaquín, al que tuve el placer de conocer (por fin). Joaquín, por fin. Una rima improvisada, pero consolidada. Mamá estaba tan feliz como cambiada. Hacían un equipo maravilloso.

Fue un banquete humilde, en un restaurante de carnes a la brasa de Les Planes y una fiesta de bailes hasta bien entrada la madrugada.

El mismo día de mi boda, a primera hora de la tarde, mamá me entregó un cheque con una importante suma de dinero:

—He vendido la mansión de Pedralbes —me comunicó, mientras adornaba mi recogido de novia con dalias en homenaje a mi hija—. Ahí tienes el dinero de la venta.

—¿Qué has hecho, qué? —cuestioné asombrada. Ella siempre adoró esa casa—. En cualquier caso, no hace falta. Es tu dinero, mamá. Quédatelo y disfrútalo con Joaquín —rechacé el talón.

—Joaquín está hoy; mañana, ¿quién sabe? —Había decidido vivir intensamente el presente, pero con los pies en el suelo—. Tú, en cambio, eres mi hija y Dahlia es mi nieta. Prefiero que tengáis el dinero vosotras—insistió en que me quedase el cheque—. De igual modo, me he quedado un porcentaje para cubrir los gastos de mi mudanza a Cerdeña. Me voy a instalar en la casa de verano de los abuelos.

—¿Te marchas? —pregunté, observándola a través del espejo.

—Sí. Quiero alejarme de esta ciudad que tanto daño me ha hecho y empezar de cero en otro lugar con la persona que a día de hoy me ilusiona, que me quiere y respeta como su compañera —explicó, dando por terminado mi tocado de novia—. Estás preciosa, hija mía. Esta siempre debió ser tu primera y única boda.

—Todo ha pasado como tenía que pasar, mamá. Sin más —comenté, agradeciendo tener un final feliz.

—¿Vincent sigue molestando? —quiso saber.

—Sí. Cada tarde se acerca a la escuela infantil de Dahlia y nos observa desde el otro lado de la calle. También visita con frecuencia el *paddock* de MotoGP™. Cuando menos te lo esperas, te giras y ahí está, pidiéndote un café, una charla, un rato con su hija.

—¿Has reportado su constante infracción de la ley? —preguntó interesada—. ¿No lo puedes denunciar?

—Sí, pero ya sabes cómo funciona el sistema —me encogí de hombros—. Quizá pasa una noche en el calabozo o le ponen una multa, pero al día siguiente vuelvo a encontrármelo.

—¿Y sabemos algo de tu padre? —curioseó, recordando su promesa—. Él nos aseguró que lo arreglaría.

—No. No sé nada de él. Se lo ha tragado la tierra —resoplé, agotada—. Gracias por el dinero, mamá.

—Edelweiss, úsalo para lo que necesites: cómprate una casa más grande, inviértelo en la escudería, crea un negocio, date un viaje. Haz una cosa o hazlas todas —sugirió.

Me mostré reflexiva. Llevaba tiempo pensando en algo. La idea me merodeaba la cabeza, entusiasmándome y amedrentándome a partes iguales. Era un cambio radical, un giro inesperado de 180º, pero que mi mente y -sobre todo- mi corazón me pedían a gritos.

—A decir verdad…

A decir verdad tenía un nuevo objetivo en el que me focalizaría después de mi luna de miel. Estábamos a mitad de temporada, en el parón estival de 2021, con Joan Mir defendiendo el título ante un incontestable Fabio Quartararo. Nuestros peores resultados habían sido una retirada en Austria y un noveno puesto en Alemania y, aunque el triunfo se resistía, sumábamos tres podios. Aún faltaban puntos por repartir, pero mi mente trabajaba a toda velocidad en otra cosa. En un novedoso proyecto.

—No sé qué pasará con Marc, pero después de la caída en Assen en Honda tendrán que tomar decisiones. Teniendo en cuenta que se perdió las dos primeras carreras del año, Márquez suma un total de nueve caídas en siete fines de semana —comentó, mientras yo observaba el atardecer y la silueta de una isla en el horizonte. “¿Cuál será?”, me cuestioné intentando recordar el mapa—. Viene de una lesión de ocho meses, tres operaciones… Se está jugando algo más que su carrera deportiva. Ya es una cuestión de vida o muerte.

No opiné al respecto. No tenía nada que decir o, más bien, no me apetecía hablar de ~~motos~~ trabajo en nuestra luna de miel. Bebí de mi copa de Retsina, con la mente más cerca de la isla vecina (y desconocida) que del restaurante en el que me encontraba cenando con Gerard.

—Oye, ¿qué te pasa? Llevamos dos días de viaje y apenas me has dirigido la palabra —compartió Gerard, bastante inquieto con la circunstancia—. ¿Qué ocurre? ¿Puedo hacer algo?

—No, nada —carraspeé la garganta, haciendo un esfuerzo por centrarme en la tediosa charla—. Todo bien, descuida.

—Me vas a disculpar por insistir, pero no te creo —consideró mi pertinaz marido.

—¿Quieres que te diga lo poco que me importan las decisiones que tome Honda? —contesté

antipática—. Me sabe mal por Marc, está claro, pero no me quita el sueño —expliqué con brusquedad —. Nada. Déjame, por favor. Pidamos la cuenta y volvamos al hotel.

Estábamos en un precioso restaurante frente al mar Egeo por el que tuvimos que reservar mesa con semanas de antelación. Kastros, ubicado en un majestuoso edificio del siglo XVIII en el corazón de la pequeña Venecia griega y a la espalda de la famosa iglesia ortodoxa Panagia Paraportiani, al lado de las ruinas del castillo de Mykonos. El sol caía en el horizonte, la temperatura era ideal y la comida estaba exquisita. Dahlia se había quedado en el club infantil del hotel que esa tarde celebraba una fiesta de disfraces en la discoteca. Gerard era mi único acompañante, y era una compañía insuperable, aunque no se lo estuviese haciendo saber en absoluto.

—Solo intentaba darte un tema de conversación. Siempre te ha apasionado hablar de motor y de la actualidad del campeonato. No entiendo qué te pasa, Edelweiss —se justificó—. ¿Es por Dahlia? ¿Estás preocupada? ¿Es Vincent? —continuó buscando razones a mi actitud.

—Sí, bueno, ellos también. Claro —comenté, molesta con su investigación—. Vine a Mykonos con Vincent hace unos años y temo encontrarlo en la siguiente esquina que doble.

—Si sabías que este viaje te iba a recordar a Vincent, ¿por qué me trajiste aquí?

—Ya…, pero es que no es solo eso, Gerard. Es… —Me costaba verbalizar lo que sentía. Consideraba que pensar lo que pensaba, que desear lo que deseaba, me convertía automáticamente en una fracasada.

—Me estás asustando —confesó él, abrumado por mi falta de claridad.

—Es… —retomé, incapaz de expresarme—. No eres tú —dije con el objetivo de señalar que él no era el problema que me rondaba. Lejos de conseguir esclarecer el asunto, lo enredé más.

—Oh, Dios —se temió lo peor—. ¿Me vas a dejar en nuestra luna de miel? —preguntó aterrado.

—¡No! ¡No! ¡Qué va! No te voy a dejar. Lo siento —exclamé, lamentando la confusión—. Lo siento, cariño —agregué la coletilla tierna con ánimo de rebajar la tensión del ambiente.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué "sientes"? ¿Qué ha pasado? —A Gerard se le iba a salir el corazón por la boca—. Habla, Edel, me estás matando.

—Me gustaría dejar las motos —escupí con franqueza, quitándome un peso de encima—. Estoy cansada de darle vueltas al mundo. Me apetece asentarme. Necesito parar.

Gerard respiró aliviado.

—¿Y qué tiene de malo, mi amor? —preguntó, alejando mi mano de la copa de vino y entrelazando sus dedos con los míos—. Es comprensible. El ritmo es agotador. Si lo necesitas, para. Paremos. Hagámoslo juntos.

—No, no quiero condicionarte —subrayé sincera—. Sigue con tu trabajo. Es un buen puesto, tienes buenas condiciones y te da mucho prestigio. No lo dejes por mí.

—No lo dejaría por ti, lo dejaría por mí —precisó—. Soy yo quien no quiere pasar la mitad de la vida lejos de casa si tú no me acompañas. Edelweiss, nunca te lo he dicho, pero acepté mi actual ocupación como director médico del campeonato porque el éxito de la presentación de tu escudería en el Hotel Silken llegó a mis oídos. Sabía que estarías en el *paddock* y no podía perder la oportunidad de estar cerca de ti —sonrió, ruborizado por su confesión—. Contacté a la FIM y les supliqué, rogándoles, implorándoles, que evaluaran mi candidatura de nuevo. Las cosas habían cambiado, pero me mostré dispuesto a aceptar cualquier término con tal de compartir el mismo espacio laboral contigo durante 18, 19 ó 20 fines de semana al año —chasqueó la lengua—. Sin ti, yo tampoco quiero estar.

—Gracias, Gerard. Gracias por no desistir y luchar por nosotros —le sonreí, él se derretía. Suspiré —. ¿Soy una fracasada? —externalicé mi temor más profundo.

—¿Y por qué ibas a serlo? Has logrado lo que te propusiste: llevas cuatro años y dos títulos —me recordó, aunque le faltó tener en cuenta el matiz de que a Vincent le retiraron el suyo—. La vida son etapas, Edel. Si para ti esta etapa ya llegó a su fin, despídete de ella y a por otra —contó con convicción —. Estás preciosa, con el reflejo del sol y… —agitó la cabeza, queriendo concentrarse—. ¿Dónde te ves en la próxima etapa?

Me sonrojé ante su inesperado piropo.

—Con Dahlia —declaré—. Quiero dejar de arrastrar a mi hija de carrera en carrera como si fuese la mascota de una feria ambulante. Quiero dejar de depender de canguros y de favores de familiares y amigos cada vez que surgen apelaciones de Dirección de Carrera o *briefings* de última hora —respiré hondo extenuada—. Yo tuve otra hija, Gerard. Una niña que nadie recuerda, pero que vive en mi corazón. Y la extraño. No quiero perderme ni un minuto más de Dahlia por horas de trabajo.

—Qué motivación tan bonita —opinó él, emocionado por mi revelación—. Que así sea. Por Dahlia —alzó su copa de vino para brindar conmigo—. Y por Melisa.

—Por Dahlia y por Melisa —choqué los cristales, estremecida al recordar a mi pequeño ángel—. Aunque, a decir verdad…

—A decir verdad… quieres romper conmigo en Mykonos para cumplir con el presagio del cuadro del salón —recuperó el chiste (con poca gracia) de la ruptura.

—Qué tonto eres —reí, atrapada en sus ojos azules.

—Antes de que sigas, tengo que confesarte una cosa: el cuadro ya venía con el piso cuando lo compré, junto con el piano —indicó, revelando una realidad ajena para mí—. Jamás pensé acabar de luna de miel en Mykonos, después de que mi preciosa chica me pidiese matrimonio tocando el piano.

—¿Cómo? —reí—. ¿En serio? Y yo creyendo que Mykonos era el destino de tu vida. Si lo sé, te regalo un viaje a Canarias.

—Mykonos lo es, lo fue y lo está siendo —añadió poético—. Entre broma y broma, hablábamos de la posibilidad de cambiar el cuadro del salón por una fotografía de nosotros en esta isla. Una década después, lo vamos a sustituir.

Gerard, con amabilidad, le pidió a los comensales de la mesa contigua si nos podían tomar una foto. El atardecer, el Egeo, el contorno de las islas vecinas, nosotros. Me coloqué a su lado, me aferré a su brazo y apoyé la cabeza sobre su hombro. Él besó mi frente. Escuchamos el primer disparo de la cámara.

El guiri nos pidió mirarnos: "*Now, look into each other's eyes*"; Mirarnos a los ojos, zambullirme en las profundidades de su océano. Su forma de mirarme me dibujaba una sonrisa y mi sonrisa daba lugar a la suya, de la misma manera que describía la instantánea de la cena de Eurovisión 2010 que Gerard aguardaba de recuerdo en su mesita de noche. "Algo pequeñito", cantó Daniel Diges en aquella final. "*Algo chiquitito: un gesto tierno, una mirada, un abrazo o una flor*". Allí, en Mykonos, todo se juntó y nos volvimos el "Satellite" del que hablaba Lena Meyer-Landrut, la representante de Alemania que ganó la LV edición del certamen: "*Like a satellite, I'm in orbit all the way around you*" [Traducción: "Como un satélite, estoy en órbita a tu alrededor"]. "*No puedo pasar un minuto sin tu amor*", eso transmitían nuestras miradas y eso fue lo que captó el segundo disparo de la cámara. "*I hope you always look at each other like this*", dijo el guiri, deseando que nuestro sentimiento perdurara en el tiempo.

Aún no había tenido ocasión de hablarle sobre mi proyecto. La conversación murió entre *flashes* deslumbrantes, sonrisas cómplices y miradas furtivas que se transformaron en delicadas caricias, apasionados besos y gratificantes jadeos cuando llegamos a nuestra villa.

Al día siguiente, decidimos pasar la mañana disfrutando de la alberca privada de la *suite*. Dahlia

chapoteaba en una piscina infantil hinchable, mientras yo me tostaba en bikini al sol de principios de agosto. Gerard, avergonzado de su físico en bañador, nos observaba vestido bajo una sombrilla sosteniendo una novela que aún no había abierto.

—Eres un aburrido —comenté incorporándome en la hamaca—. ¿No piensas darte un chapuzón en todo el viaje?

—Prefiero disfrutar de las vistas —dijo refiriéndose a mí y a la niña.

—¡Qué egoísta! ¿Y yo no puedo o qué? —protesté, acercándome a él con andar y contoneo sensual —. Estás coartando mi libertad y limitando mis derechos.

—Ya, claro —sonrió nervioso—. Te estoy haciendo un favor. Créeme —agregó acomplejado.

—¡Oh, vamos! Creo haberte demostrado que me vuelves loca —le susurré para no interrumpir el inocente juego de Dahlia en el agua—. Cada día, cada noche. Cada vez que tengo ocasión —le recordé con picardía—. Va, ponte el bañador. Métete conmigo. Al menos, siéntate en la escalera y refréscate.

Lo convencí. Le ayudé a cambiar sus pantalones vaqueros por un bañador de poliéster reciclado de color naranja. También desnudé su torso. Al borde de la piscina, Gerard se levantó de la silla y usó las muletas para entrar en el agua hasta encontrar la altura ideal en uno de los escalones. Me tiré de cabeza en la parte más profunda y buceé hasta su posición, abriéndole las piernas y situándome entre ellas. Ya en la superficie, rodeé su cuello con mis brazos.

—No sé si tengo más calor dentro o fuera del agua —bromeó al sentirme tan cerca suyo. Mi teléfono sonó en ese instante—. Cógelo, no vaya a ser importante. Yo me las apaño.

—No te voy a dejar solo —le comuniqué. Al poco, el móvil dejó de sonar—. Ya dejarán un mensaje en el buzón de voz. ¿Por dónde íbamos? —Le besé—. Ah, sí, por aquí —susurré sobre sus labios.

—De saberlo, me hubiese metido antes en la piscina. Con ropa, libro y todo —añadió divertido antes de continuar devorándome.

Después de un buen rato de carantoñas, degeneramos en juegos acuáticos que sumaron a Dahlia. En pleno lanzamiento de la pelota de Peppa Pig, quise retomar el tema que tenía pendiente.

—Gerard, ehmm —titubeé—. Ayer, cuando te conté mi deseo de dejar las motos, me faltó compartir un detalle.

—Cuéntame —me animó a hablar.

—A decir verdad… —resoplé insegura, golpeando la pelota en su dirección—. A decir verdad, quiero dejar la competición internacional porque me gustaría invertir el dinero que mi madre me ha donado por la venta de la casa de Pedralbes en otro negocio más local.

Gerard extendió los párpados, evidenciando su sorpresa y puso fin al juego con el balón Peppa.

—¿En qué habías pensado? —quiso saber, interesado.

—Quizá suena un poco tonto —dije con timidez—. Ni siquiera estoy segura de su viabilidad —me encogí de hombros—. Me ronda la cabeza montar un karting con escuela de conducción, museo y exposiciones temporales de vehículos de todo tipo. Desde coches clásicos o de lujo, motos deportivas o camiones. Lo que sea.

—¿Dices que suena tonto? ¡Suena genial, mi amor! —expresó emocionado, devolviéndome la pelota.

—¿Te gusta, de veras? —solicité honestidad.

—Por supuesto —asintió convencido—. En cuanto lleguemos a Barcelona, buscaremos una nave. Cuando la temporada de MotoGP™ llegue a su fin, nos meteremos de lleno en tu proyecto —organizó, ofreciéndose a colaborar.

El móvil volvió a sonar.

—Después lo cojo —volví a darle largas al remitente de la llamada, por temor a dejar a Gerard y a Dahlia solos en la piscina—. Más que llevar mi propia escudería, me gustaría preparar a pilotos para las escuderías de otros. Y no solo de motociclismo de velocidad, sino también automovilismo. Quizá de mi escuela pueden salir grandes pilotos de Fórmula 1 o *rallies* —expliqué con ilusión—. De querer competir, siempre tendremos campeonatos de resistencia puntuales e interesantes, como las 24 horas de Catalunya.

—Es una idea fantástica, mi vida —aseguró Gerard—. Conseguirás lo que te propongas —agregó con optimismo—. Y si necesitas cualquier cosa, lo que sea, cuenta conmigo.

—Mil gracias por tu apoyo. —Me reconfortaba contar con su respaldo inquebrantable a pesar del tiempo y los obstáculos.

—Gracias a ti por dejarme formar parte —respondió él con la gentileza que lo caracterizaba.

Pasó, como mínimo, una hora más hasta que hice caso al teléfono móvil. Salimos de la piscina, nos duchamos, nos vestimos y, poco antes de ir a comer, eché un ojo a las notificaciones. Tenía dos llamadas perdidas de mi padre y cinco de mi madre: solo un mensaje en el contestador automático. Pulsé para escucharlo con la vista hipnotizada en el giro de los molinos de viento que podía identificar en el horizonte:

—Hija, soy papá. He intentado localizarte; muy a mi pesar, sin éxito. Mamá me dijo que estabas de luna de miel en Grecia con el doctor Vergés. Aunque me haya costado reconocerlo, no es un *medicucho*: es un gran médico, y mejor hombre. Enhorabuena, Edelweiss. —Mi padre cogió aire y prosiguió—. Perdóname. Perdona por todo el daño que os he hecho. Nunca debí entrometerme en vuestra relación. No debí juzgarla, ni sentenciaros. Mamá asegura que estás muy contenta, que sois muy felices. Me alegro, hija. Me alegro de verdad, de corazón. Ella también está feliz. Yo no supe hacerla feliz y ha encontrado esa dicha lejos de mí, como tú. Perdóname. Perdón por haberos robado años, e incluso salud física y mental. A ella, a ti, al doctor Vergés. A todo el que se interpusiera en mi camino —reflexionó dolido—. Estoy muy orgulloso de ti, hija. Eres valiente, luchadora. Fiel a tus valores, a tus sentimientos y principios. Pones el corazón y el alma en todo lo que haces, te entregas a las personas que te rodean… Por una vez, me toca estar a tu altura. —Realizó una pausa larga. Tan larga que consideré que el mensaje había acabado.

»Voy a quitar de tu camino la única piedra que dificulta tu andar. Vive en tu zapato y te hace tropezar a cada paso, entorpeciendo el deleite de tu senda. Voy a arreglarlo, tal y como te prometí, porque necesito redimir mis pecados y condonarme… Y porque te quiero muchísimo, Edelweiss. A ti, a Dahlia y a mamá; a pesar de que no supe hacéroslo ver ni sentir, es la verdad. Ahora que os perdí, nada tiene sentido para mí y solo me queda allanar vuestra felicidad.

»Adiós, hija. Eres el orgullo de la familia Moix.

Un pitido me indicó el final del mensaje y un escalofrío recorrió mi cuerpo al asimilar las palabras que acababa de escuchar. Permanecí con la vista perdida en las aspas de los molinos, redondos y blancos con techo de madera. A priori, perdonar a papá era un imposible. A mamá la perdoné con hechos por hechos. Ella fue otra víctima de mi padre, y trabajó muy duro en identificar sus taras y en encontrar su mejor versión.

No, a papá no podía perdonarle. Por más que lo intentase, era incapaz. Ver a Gerard en silla de ruedas una década después de haberse pasado 598 días en un hospital peleando por su vida y cuyo mayor avance era permanecer de pie escasos minutos con la ayuda de unas muletas, todavía volvía el perdón más inviable. Revivir su empeño en mantener a Vincent a mi lado, sus insultos y vejaciones constantes a mamá, sus chantajes, amenazas, el uso sistemático de su poder económico e influencia, su consumo

de mujeres a la carta… No, a papá no podía perdonarle.

Aún repasando mentalmente su mensaje, mi móvil volvió a sonar. Otra llamada entrante. Al observar la pantalla, descubrí a mamá. Su sexto intento por dar conmigo. Insistente, persistente. Descolgué, modificando el objetivo de mi mirada y centrándome en Gerard y Dahlia, quienes recogían hojas secas del jardín como si se tratasen de las monedas de oro de algún tesoro pirata.

—Hola, mamá.

—Edelweiss, mi niña —pronunció mi nombre con aflicción y percibí que no venía con buenas noticias—. Tu padre ha sufrido un accidente de coche —me informó, sorbiendo su nariz—. Ha muerto.

"Ha muerto", retumbó en mis oídos. Yo lo acababa de oír, aunque el mensaje llevase un par de horas grabado en mi buzón. Lo tenía reciente, escuchaba el eco de su voz. Sin embargo, ya no estaba.

Théo Moix estaba muerto. Murió sin mi perdón, con mi rencor y resentimiento… Con mi ausencia y silencio.

—¿Qué ha pasado, mamá? —llegué a preguntar, afectada por el repentino y trágico suceso. Sea como fuere, era mi padre y acababa de escuchar lo que siempre quise oír de su boca.

—En el trato que tu padre alcanzó con Vincent, además de la custodia absoluta de Dahlia, la indemnización económica y la orden de alejamiento, exigió la devolución del vehículo que le regaló antes de vuestra boda: el Lamborghini Aventador Roadster amarillo —me contó, entrando en detalles que yo ansiaba—. Conducía tu padre cuando se salieron de la vía y volcaron, dando varias vueltas de campana en la C-17.

—Dios mío —susurré, atendiendo al verbo en plural que mamá había conjugado—. ¿Se salieron? ¿Quiénes?

—Papá y Vincent —agregó—. Vincent también ha muerto, hija mía. Papá cumplió su promesa —sollozó entristecida por la pérdida del que fue su compañero durante treinta años—: sacrificó su vida por "arreglarlo".

Nunca supimos qué pasó exactamente en el interior del coche. No sabemos cuál fue la conversación, ni cómo ni en qué momento papá decidió dar un volantazo que les costó la vida a ambos. La investigación lo único que reveló fue la intencionalidad del accidente: no hubo más implicados, tampoco ningún elemento externo que justificase la reacción de mi padre. Pasado Parets del Vallès, a la altura del circuito de Montmeló, pisó el acelerador y se estrelló. Un suicidio con homicidio más que voluntario. El Aventador se aventó.

Volví de Mykonos, mamá de Cerdeña. Vestidas de negro, bajo el abrasador calor del mes de agosto, nos tomábamos de la mano. Solo nosotras comprendíamos el sentimiento agridulce que brotaba en lo más hondo de nuestro ser. Esa tristeza teñida de alivio, ese dolor atenuado por el desahogo. Una pena consolada por la libertad.

Fue un reguero continuado de pésames y condolencias, un ir y venir de desconocidos, de arreglos florales y de lágrimas fingidas. Joaquín y Gerard nos acompañaron, mostrando un respeto y empatía que papá no merecía. Joaquín, a veces humillado por ser la nueva pareja de Judit, aguantó estoicamente al lado de mamá; nos traía café, alejaba a los invitados más fatigosos y masajeaba la espalda de mi madre cuando el cansancio la sacudía. Gerard, por su parte, fue el Sancho Panza de mi interpretación más quijotesca. Incondicional, cálido y compasivo, con su mano dispuesta a sostenerme y su mirada enfocada en consolarme; sus labios curando mis heridas y su saliva aliviando mi sed. El amor de mi vida, el padre de mi hija: no sería biológico, pero sí el mejor.

El único…, gracias a papá.

Frente al féretro, cerrado y a punto de recibir sepultura, no lo perdoné, pero le di las gracias. “Gracias por arreglarlo, papá”, pensé. Por arreglarlo para siempre. De cuajo, de manera inapelable, definitiva e irrevocable. Sin vuelta atrás. Tardó, sí, pero cumplió su promesa. “Púdrete, Vincent”.

FIN

EPÍLOGO

Acabo de colgar. No la localicé. Tuve que conformarme con hablarle a su buzón de voz. Le dije a su contestador lo que nunca fui capaz de pronunciar mirándola a los ojos. Ni a ella ni a su madre. Es triste mirar atrás y darte cuenta de que nunca en la vida has dicho "Te quiero". Ahora, más cerca de la muerte, es el único sentimiento que me sale verbalizar.

Ella, sin embargo, no quiso oírlo. No atendió mi llamada, ignoró mi despedida. Sé que no merezco más que su desprecio. También sé que le he hecho mucho daño; aunque haya realizado un esfuerzo en camuflar mis atroces actos como loables, no dejan de ser simples excusas que justificaban mi obsesión por mantener el control de cualquier circunstancia. Me creía feliz doblegando a mi entorno, amargándoles la existencia por puro alarde de autoridad desmesurada, cuando la realidad es que la felicidad individual de mi familia me completaba. No me di cuenta en su momento y hoy ya es tarde.

Me quedo sin tiempo. Mi enfermedad es terminal. Cuestión de meses. Puto cáncer. Lo descubrieron en Suiza, donde me trato desde entonces; de ahí mis constantes ausencias de Barcelona. Por desgracia, ni el dinero ni el poder ni la influencia han logrado sanarme. Me muero. Recibí el fatídico diagnóstico el mismo día que descubrí su perverso plan.

Me quedo sin tiempo. No puedo esperar a su regreso porque él no la dejará volver. Ni a ella ni a mi nieta. Tiene un vuelo para Atenas y un ferry que parte de Rafina a Mykonos mañana por la tarde. En Mykonos está mi hija de luna de miel. Se casó con el doctor Vergés, otra vez. Con la diferencia de que, por fin, disfruta de su relación con libertad y sin objeciones. Aunque sí que perpetúa un opositor.

El soplo lo dio Jérémie a mi equipo jurídico. Quien fue su mánager, conocedor de la obsesión insana de su excliente por mi hija, confesó que le había pedido dinero para la compra de los billetes. Según contó, su intención es "recuperarlas, sea cual sea el precio" y sus cuentas están teñidas de rojo.

Vincent lo perdió todo, como yo; y quiere vengarse, como yo.

Tengo que impedirlo. No puedo seguir delegando el trabajo sucio. Se acabó el contratar a otros para que limpien la mierda. Debo dar la cara. Prometí arreglarlo, y eso haré. Se lo prometí a Judit, también a Edelweiss. Lo haré por ellas, pero también por Dahlia. Y por mí. Nació en mí la (falsa) convicción de que ejecutando una heroicidad me ganaría el perdón de mi familia. Consideré que mi sacrificio sería suficiente para compensar mis agravios y lograr la clemencia de mi hija.

Lo llamo. Que si la "puta" de mi ex sale con un payaso, que si mi hija me ha vuelto a decepcionar. Suelto una mentira detrás de la otra, sorprendiéndome de lo bien que se me da engañar al prójimo. Pido disculpas, igual de fingidas que el resto de la conversación. Le aseguro que "tenía que hacerlo", pero que gracias a mi intervención llegamos a un acuerdo y pudo evitar la cárcel. La realidad es que me hubiese gustado verlo pudrirse en una celda, lejos de Edelweiss y Dahlia. Vincent se muestra reticente a creerme, pero cuando le ofrezco mi apoyo económico, su actitud cambia por completo. Abandonado

por su familia, despreciado por el motociclismo, por su afición y habiendo perdido sus diversas fuentes de ingreso, a Vincent le parece buena idea quedar conmigo.

Propongo una tarde de "machitos", haciendo tandas en el circuito de Montmeló y hablando de negocios conjuntos. Lo recojo en Selva de Mar con el Lamborghini que tiempo atrás le había regalado y que, según le he prometido, regresará a su poder. Demacrado y ojeroso, se sube en el lado del copiloto y activo el cierre de centralizado.

Salgo de Barcelona por la Ronda Litoral. Me muestro cercano, rescatando el *colegueo* que nos unía en el pasado. Por la C-58, menciono a Dahlia. A él no le importa Dahlia. Solo quiere envenenarse con detalles de la felicidad de Edelweiss. Carga su escopeta con odio derivada de la dicha de mi hija: "Si Judit es una 'puta', Edelweiss es una 'hija de puta'. Una enferma, *folla-viejos-tullidos*", dice rabioso mientras tomo la C-33. "Pagará por avergonzarte. Pagará por lo que me ha hecho", piensa en alto, confirmando el chivatazo de Jérémie. *Merci, Jérémie!*

Me quedo sin tiempo. O lo hago o irá a por ella. Es él o ella, y yo tengo la solución. "Cuídate, mi flor de las nieves. Cuida a mamá, cuida a Dahlia. Sed felices, mis chicas", pienso en mi fuero interno. Ella siempre será mi niña.

C-17. Montmeló. Una recta. Apenas hay tráfico. Acelero. La cruce está cerca, lo haré ahí. Acelero. Vincent se asusta, me pide frenar. Acelero. Por Edelweiss, por Dahlia. También por Gerard. Por mí.

Volantazo y... promesa cumplida.

Arreglado.

NOTA DE LA AUTORA

Este libro es un homenaje a mi adolescencia. A MSN, a los roles, a *Cosmopolitan Magazine* y a Edelweiss Morrison. A toda la comunidad.

Cuando tenía 12 años, Silvia -una amiga del colegio- me descubrió el apasionante mundo de los *fan fics* y los roles. Empecé escribiendo un *fan fic* sobre *Buffy, cazavampiros* (mi serie favorita del mundo mundial) y terminé creándome a su prima (inventada), Mistery, en un rol. De ser participante, me convertí en administradora de mis propias historias.

Mi primer rol fue un adelanto de la mediática serie estadounidense *Lost*, con personajes naufragados en una isla donde los misterios que los envolvían daban explicación al famoso Triángulo de las Bermudas. Más tarde, llegaron guiones de instituto y, en 2004, *Cosmopolitan Magazine*, una revista de moda dirigida desde Nueva Yok por Edelweiss Morrison quien, a su vez, estaba interpretada por la actriz Eliza Dushku y a la que yo misma daba vida a través del teclado de mi ordenador de sobremesa. Gregory (Gerard) y Vincent (Vincent) formaban parte de este "Triángulo" (aunque, en esta ocasión, no de las Bermudas, sino de Nueva York). Hugh Laurie (*Dr. House*) y Brad Pitt (*Troya*) eran sus avatares, y Sara y Laura las encargadas de llevarles con maestría.

Su éxito sobrevivió a MSN y se extendió a Foroactivo, donde continuamos con la narración de un relato que nos negábamos a concluir. Ganamos premios de la comunidad, insignias que lucíamos con orgullo.

Después de cuatro años, cerré un proyecto del que nunca me he olvidado. Ni de él ni de quienes formaron parte. Compañeras de letras, amigas de píxel y talentosas mujeres que, espero y deseo, sigan escribiendo a día de hoy por el bien de los amantes de la lectura.

Tras publicar "¿Y AHORA QUÉ? Cómo evitar que un cabrón te joda la vida" y ponerle el broche final con "¿Y AHORA QUÉ? (2) Más allá del cabrón", se me ocurrió adaptar el argumento de "La Cosmo" a una novela. Así nació: "OCURRIÓ EN EL PADDOCK".

Cambiamos el ámbito profesional, alejándome de la moda y dándole protagonismo a mi experiencia como periodista deportiva especializada en motor. También otorgué contexto a los protagonistas, eliminé carga dramática y opté por modificar el final, deprimente en el caso original. Me apetecía mantener la esencia, pero vislumbrando cierto optimismo en el horizonte. Necesitaba ese cambio (se lo debía a Edel).

Con esta historia, pretendía resaltar el papel de la mujer en altos cargos deportivos relacionados principalmente con hombres. ¿Cuántas directoras de escudería conoces en el Mundial de Motociclismo? Por fortuna, en la actualidad (2023), grandes féminas como Nadia Padovani y

Aurora Angelucci están cambiando las cosas.

Edelweiss es el centro de poder, aunque la realidad se empeñe en debilitarla. Quería poner de manifiesto lo utópico que resulta la conciliación familiar en algunos sectores y, así mismo, criticar la violencia patriarcal y vicaria que sufren muchas mujeres cuando sus parejas colocan a la descendencia en el centro de la disputa familiar.

En la bilogía “¿Y AHORA QUÉ?” usé dos clichés: relación interracial y diferentes clases sociales; en “OCURRIÓ EN EL PADDOCK” me decanté por la diferencia de edad, un triángulo amoroso y por introducir un personaje principal con diversidad funcional. Con ello, pretendo poner de manifiesto que el amor es libre, de números y condiciones.

Todos y todas tenemos derecho a amar y a ser amados.



AGRADECIMIENTOS

Toca “dar las gracias”. Voy a empezar por mí misma. Gracias a mí. Gracias porque he sabido conciliar una vez más doscientas horas al mes de trabajo (no es una exageración) con una familia, una casa y mi proyecto personal. Gracias porque, a pesar de que el síndrome de la impostora me visita con más frecuencia de la que me gustaría, me he sobrepuesto; he seguido dándole a la tecla, escribiendo un día tras otro, sacrificando horas de descanso y ocio. Gracias porque he vuelto a currármelo de principio a fin, de la primera letra a las líneas de corte de la cubierta. Ha sido un año difícil, a nivel de salud física y mental, pero no me he rendido. Abandonar era la vía fácil y yo opté por caminar, con dolor y heridas, pero caminar.

En esta ocasión, no he tenido silla donde sentarme. Ha sido un balancín, que a veces subía y otras bajaba. SARA y ÁGUEDA, ambas repetidoras. A Sara la conocí a través de mi primer libro y fue lectora cero del segundo, animándose a participar también en esta novela; Águeda, propietaria del punto de venta favorito de mis libros, El Árbol Blanco (@elarbolblancotenerife), y mi *beta reader* por excelencia, no me pudo acompañar por motivos personales en el proceso de escritura, pero sí que ha sido -una vez más- el Ying de mi Yang.

BEGOÑA y JORGE, amigos y compañeros de viaje inesperados en este proyecto: ella (@begovispe), la artista responsable de pintar a mano alzada la imagen que ilustra la portada de este libro; él, propietario de El Bosque Perdido (@elbosqueprohibido), encargado de digitalizar la estampa con el reto de mantener la viveza de los colores originales del lienzo.

En casa, ALEJANDRO Y ALICIA. Mi marido y mi hija, con un máster en comprensión y paciencia, no solo han sido una grata compañía sino una total fuente de resolución de conflictos e inspiración.

En cuanto a mis amistades, no podía faltar mi gran amigo y seguidor incondicional, URI, quien ha sido gasolina cuando mi autoestima estaba en reserva. Tampoco JAVI, que entre recomendaciones de Woody Allen y relatos de Afrodita A, siempre encuentra una palabra de aliento para esos días más densos.

Entre mis nuevas lectoras, ANA DELIA y LUCÍA, cuñadas y grandes aficionadas a la lectura; gracias por darme la oportunidad de lucir mis libros en vuestras estanterías. También gracias a VERITO, por su pasión al sumergirse de lleno en mis historias.

Un fuerte abrazo a mis chicas de BOOKSTAGRAM. Ellas me han apoyado desde la primera letra, compartiendo y reaccionando a mis publicaciones y ayudándome en la difusión de este nuevo libro a través de redes sociales:

BEGO (@begarziabooks), CRIS (@cristina_fabregat_escritora), YESENIA (leyendoafull), ROMY (@mipequenadiccion), YOLI (mi_vida_por_un_libro) y AINHOA (ainhoa.books).

Aunque haya perdido el contacto por el paso de los años y la incipiente tecnología de la época, gracias a las participantes que invirtieron su tiempo y talento en mis diferentes roles: primero en MSN y más tarde en Foroactivo. Gracias a la COMUNIDAD.

Gracias a mis colaboradores, EMME CAFÉ, empresa familiar y apasionada del café y las motos a los que presenté este proyecto literario y no dudaron en apoyarlo. Querían formar parte de este sueño, "de corazón", y así ha sido. Un equipo maravilloso de personas.

Y, por último, GRACIAS A TI, que quizá repites o me acabas de conocer. Estoy encantada de haberte encontrado y de compartir esta historia contigo.

MIL MILLONES DE GRACIAS.